

G. Juan Peribonay
Luis y Peribonay
Rodriguez Peribonay
Varios

REVISTA
DE LA
ASOCIACIÓN ARTÍSTICO - ARQUEOLÓGICA
BARCELONESA

Recopilación de Artículos Publicados en la

REVISTA

DE LA

Asociación-Artístico-Arqueológica-Barcelonesa

por
D. Manuel Rodríguez de Berlanga

VOLUMEN 3.º

1901-1902



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME VIVES

Calle de Muntaner, número 22

1902

Es propiedad de la ASOCIACIÓN AR-
TÍSTICO-ARQUEOLÓGICA BARCELONESA

ESTUDIOS EPIGRÁFICOS

AMPLIACIÓN

Á LA NOTA NECROLOGICA HÜBNERIANA INSERTA EN ESTA REVISTA (1)

El estado de excitación en que se encontraba mi espíritu al redactar la nota necrológica hübneriana inserta anteriormente en esta Revista y la precipitación misma con que la escribí causas fueron sobradas para que dejase pasar desapercibidas, al corregir las pruebas, algunas pequeñas omisiones y alteraciones por culpa mía originadas, que solo advertí más tarde al ver ya impreso el trabajo. Cuando remití el manuscrito para ser compuesto quedáronse traspapeladas entre mis demás borradores algunas cuartillas, mientras otras fueron colocadas fuera de su sitio y cuando lo noté no era ocasión de enmendarlo por el trastorno y el retraso que hubiera causado á la ilustrada Revista, que me da tan generosa hospitalidad, por lo que resolví explicar lo sucedido con la presente aclaración. (2)

En la página 198, entre el párrafo que termina con la pa-

(1) Véase el número 26, de Julio y Agosto de 1901.

(2) Esta rectificación al aludido ensayo necrológico publicado en el número 26 de esta Revista, correspondiente á los meses de Julio y Agosto, no pudo imprimirse en el inmediato de Septiembre y Octubre, porque cuando en Agosto mismo se remitieron estas cuartillas á la imprenta ya estaba componiéndose el número 27 y arreglados los originales que debía comprender.

labra *Justiniano* y el que comienza con el adverbio *Después*, debe insertarse lo siguiente:

En medio de estos trabajos verdaderamente monumentales no olvidaba el profesor Hübner seguir con vivo interés el movimiento literario que se hacía sentir en España, dándolo á conocer en seguida en su país, á la vez que se esforzaba en generalizar los mismos estudios de epigrafía histórica publicando monografías de mera vulgarización y procurando sin cesar, á medida que nuevos descubrimientos ó reiterados estudios personales lo exigían, rectificar sus mismas conjeturas ó darles más robustez, avicinándolas á veces con la evidencia.

Ya por los meses de Enero y Noviembre de 1861 en el *Monatsbericht* de la R. Academia de Ciencias de Berlín y en el *Bulletino* del Instituto de correspondencia arqueológica de Roma, ocupándose de la tan debatida cuestión *geográfica iberitana*, después de su primera visita á Granada, había sentido como consecuencia de sus observaciones personales sobre el terreno, que aunque las pocas inscripciones encontradas en el Albaicín *non bastano a provare que il sito della città antica sia identico con quello dell' odierna*, sin embargo, el plano del arquitecto Sánchez, hecho en 1768 y conservado en la Real Academia de la Historia, *daba la planta de un edificio, á no dudarle, romano, que no era posible suponer una construcción privada, acaso una Villa en la que se encontrase el panteón de una familia distinguida, como lo congeturaba antes de haber encontrado los dibujos de Sánchez*. El sabio epigrafista berlinés no sospechaba entonces que el tal dibujante no era otro que el arquitecto Sarabia, declarado falsificador por el Arzobispo de Granada y el Presidente de aquella Chancillería

en la causa seguida contra los impostores del Albaicín y sentenciada en 1777. No sospechando tampoco de la autenticidad de los tales dibujos al publicar en 1869 el segundo volumen del *Corpus*, reiteró sus ya conocidas afirmaciones, negando importancia á los textos árabes aducidos por Dozy en sus *Recherches*, también en el mismo año de 1860, con cuyo testimonio refutaba este ilustrado orientalista como insostenible la concordancia de *Iliberis-Granada*.

Más tarde, movido el sabio germano por las sólidas razones, que expuso el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Pamplona en el libro que en 1875 consagró á *Granada y sus monumentos árabes*, y á impulso de su indiscutible anhelo por restablecer la verdad histórica, resolvió volver á Granada para comprobar si las medidas dadas por Sarabia en sus diseños cabían dentro del perímetro del Carmen de Lopera, que en el siglo XVIII comprendió la calle del Tesoro y la de María de la Miel, sacando las consecuencias, que expuso en la monografía que publicó en 1890 con el título de GRANADA, en el *Deutsche Rundschau*. (1)

Al imprimir después en 1892 el *Supplementum* al ya indicado volumen segundo del *Corpus*, volvió á repetir estas dos afirmaciones.

En cambio el orientalista Leidense Reinart Dozy, arrastrado entre tanto por la autoridad del insigne epigrafista berlinés, queriendo concordar la opinión que éste expuso en sus *Inscriptiones Hispaniæ latinæ* con los textos árabes que tenía á la vista, no encontró otra manera más espedita de hacerlo que aceptando la descabellada salida ideada por el falsificador Bemudez de Pedraza, suponiendo dos Iliberis, una en

(1) Aquí el párrafo de la página 205, que empieza:—En este—y concluye—sus compañeros.

Sierra Elvira y otra en la *Alcazaba Cadima*, que es el colmo del absurdo.

El Marqués de Morante, de quien recibí la investidura del Doctorado, dispensóme después su preciada amistad, gozoso al ver mi entusiasmo juvenil por los estudios clásicos, complaciéndose en poner ante mis ojos admirados tantos y tantos libros de alta valía como atesoraba en su rica Biblioteca, que á la sazón catalogaba para dar á conocer el pormenor de sus riquezas bibliográficas. Con fruición inexplicable, que sólo puede comprender el que sienta esta misma excitación irresistible del bibliófilo, me hacía notar entre las doscientas ediciones latinas estimadísimas que poseía de *Horacio*, su poeta favorito, las más raras y preciosas de *Aldus*, *Stephanus* y *Plantinus*, del XVI, con las varias de los *Elzevirios* del XVII y otras también muy buscadas de los dos siglos siguientes, gozándose en señalarme, ya una encuadernación antigua ó moderna verdaderamente artística, ya el importante autógrafo de algún sabio renombrado que antes poseyera y anotara cualquiera de aquellos volúmenes. Dolíase considerando que muerto don Javier de Búrgos, último intérprete español entonces de más renombre del poeta Venusino, no encontraba entre los que iban saliendo de las aulas universitarias quien pudiera seguir dignamente las huellas del erudito ex-Ministro por el abandono á que estaban relegados estos estudios por estériles, en razón de no producir un jornal conocido para sustentar la vida como cualquier oficio vulgar. Llegó más tarde el insigne bibliófilo clásico al término de su vida habiendo dejado á la posteridad su *Catalogus librorum* y su *Lexico latino hispano*; pero á pesar de su notoriedad literaria apenas acompañaron sus restos mortales á la Sacramental, donde se inhumaron,

corto número de sus más íntimos amigos, porque á la sazón conmovía á la Villa y Corte un acontecimiento no político, que no quiero recordar y que tenía hondamente preocupada la atención pública. De entonces no abro nunca cualquier edición de Horacio para evacuar una cita ó refrescar la memoria de algún pasaje, que me interese, sin recordar con tristeza al ya olvidado Marqués, que no logró, siendo tan notable humanista, como tampoco Serafín Calderón, el estilista más distinguido de su época, ni menos el erudito orientalista Gayangos, á quienes también he profesado respetuosa amistad, pasar los umbrales de la Academia de la Lengua, cuyas puertas se abren sin embargo entre himnos de alabanza sin fin para el ingenioso *reporter*, cuyas sensacionales *interviews* baten ruidoso *record* á través de la prensa peninsular.

Cuando en 1885 hizo imprimir D. Marcelino Menéndez Pelayo, aún muy joven, su *Horacio en España*, fué extremada mi sorpresa al leer tan eruditísimos *Solaces bibliográficos*, trayéndome desde luego á la memoria al Rector distinguidísimo de aquella Universidad Central en la que el novel profesor había comenzado á explicar literatura. En este libro, escrito con singular atractivo, parecía como que se veía revivir el espíritu de nuestros más insignes humanistas como Fray Luís de León y el Brocense, de nuestros más inspirados poetas como Fernando de Herrera y Baltasar de Alcázar, elegantes traductores á la hermosa habla castellana de algunas poesías horacianas, y de tantos otros insignísimos varones como han ilustrado en tiempos que son ya pasados nuestros gloriosos anales literarios por el mismo camino que aquéllos recorrieron. Apresuráme, por lo tanto, á hacer llegar libro tan preciado á manos de mi buen amigo el Doctor Hübner, quien con el placer más íntimo lo dió á conocer desde luego en su país en el periódico alemán denominado *Nord und Süd*, donde le dedicó un interesante artículo crítico con el título de *Horaz in*

Spanen, en el que no le escatimó por cierto los elogios en medio de su parsimonia germana.

Tal era el aprecio en que tenía el catedrático alemán la ciencia del español, que no pudo por menos que sentir un asombro vecino al escándalo por los años de 1893 al saber que cuando ya llevaba publicadas el Sr. Menéndez y Pelayo obras tan magistrales como la *Historia de los heterodoxos españoles* y los primeros volúmenes de la *Historia de las ideas estéticas en España*, así como monografías de la importancia de los *Solaces bibliográficos*, el Consejo de Instrucción pública, que suponía el profesor germano compuesto de personas las más cultas é ilustradas del país, evacuando una consulta oficial, tuvo la valentía de informar al Ministro que no sabía que D. Marcelino Menéndez y Pelayo tuviese *obras publicadas ni otros trabajos literarios ó científicos calificados* por el Consejo, que lo hiciese acreedor á cualquier ascenso en su carrera. Verdad es que semejante documento, tan ofensivo para la cultura hispana, lo era más aún para el superior jerárquico al que iba encaminado, desde que lo aceptó, al recibirlo, como la última expresión de la más acrisolada crítica moderna española.

Semejante vejámen, que personas oscuras, sin nombre alguno literario, trataron de inferir á quien por sus obras estaba á tantísima altura sobre ellas, tuvo su turno de desagravio cuando en 1899 sus más significados admiradores de Italia y Alemania, de Portugal y Francia, acudieron, con algunos de los numerosos con que cuenta en España, á rendirle un tributo de consideración y respeto en el libro que publicaron en conmemoración del *año vigésimo de su profesorado*.

El Sr. Hübner no pudo dejar de acudir presuroso á aquel llamamiento hecho en nombre de los fueros de la erudición y la cultura, que había pretendido humillar la mal encubierta envidia con la más vulgar de las argucias curialescas; redac-

tando al caso su curiosísimo estudio sobre *los más antiguos poetas de la península*. (1)

Uno de los primeros trabajos didácticos de tan incansable maestro fué su *Römische Epigraphik*, impreso en Berlín hacia el año de 1876. (2)

Puede considerarse como un complemento del *Römische Epigraphik*, aunque había sido publicado con anterioridad por los años de 1870 en el *Jahrbücher des vereins von Alterthums freunden in Rheinland*, su *Mecanische copien von Inschriften*, reimpresso en Berlín once años después, en 1881, corregido y aumentado con tres apéndices, el último de los cuales es una *Instrucción para la estampación de las inscripciones*, redactada en francés con la mayor claridad. Este curioso papel contiene las reglas sencillas con arreglo á las cuales deben hacerse las copias mecánicas de los epígrafes latinos en reproducciones fotográficas ó en calcos sobre papel, los dos medios únicamente que dan á conocer con exactitud el estado de conservación ó de deterioro de cada piedra y los caracteres paleográficos ó sintáxicos del epígrafe, con lo que se evita que se atribuya á vicio de copia lo que es defecto del grabador, pudiendo fijarse la fecha del monumento, su restitución y su lectura general con más probabilidades de acierto.

Entre las obras hübnierianas de generalización no puede pasarse en silencio *La Arqueología en España*, estampada en

(1) Aquí el párrafo de la página 204 que empieza:—Esta interesante—y termina con la palabra—Berlín.

(2) Aquí el párrafo de la página 208 que empieza:—Esta es—y termina—esencialmente críticas.

Barcelona en 1888, que entraña tantísimo interés para los orígenes y desarrollo de la romanización de nuestra península. Comienza por dar á conocer las *fuentes escritas* más antiguas de nuestros anales, *los geógrafos, los historiadores, las inscripciones y las monedas*, concluyendo con las *fuentes mudas* como son los *monumentos arquitectónicos*. Al ocuparse de los escritores griegos y romanos, que de nuestras cosas han hecho alguna referencia, señala el valor intrínseco de sus afirmaciones por haber sido testigos oculares ó contemporáneos de los sucesos y más ó menos imparciales en sus juicios, ó bien por haber tomado la noticia de autores antiguos de mayor ó menor nota; señala luego sus ediciones más recomendables, añadiendo lo más selecto de cuanto la crítica imparcial ha consignado sobre el aprecio que deberá hacerse del testimonio de cada cual, dada la imparcialidad y contemporaneidad del analista con los sucesos que relata, así como la respetabilidad de las fuentes, á que acude en demanda de la narración de los hechos. En punto á las inscripciones, después de tratar de las ibéricas y del alfabeto que le parece más aceptable, pasa á ocuparse de las romano-hispanas, dando prevenciones acertadísimas sobre los falsarios, sobre las distintas colecciones epigráficas y su importancia, sobre sus diversas clases y su paleografía con otros detalles, todos del mayor interés, hablando luego de las monedas, enumerando las obras capitales que se han publicado sobre las antiguas de ambas Hispanias. Concluye el erudito autor tratando de los restos que aún quedan de monumentos romanos en la Península, de las estatuas y bajo-relieves en mármol, bronce y barro, que aún se conservan de tan remoto periodo, terminando con algunas observaciones sobre los mosaicos paganos y los sarcófagos cristianos que con frecuencia aparecen al remover el suelo en muchos lugares de todo el territorio propiamente español, del uno al otro mar y de los Pirineos al Estrecho

No conozco en la actualidad erudito alguno entre nosotros, que se encuentre suficientemente amestrado en las múltiples disciplinas, que componen el vasto estudio de la arqueología clásica, y en actitud de escribir con crítica independiente un libro análogo sobre tan delicada materia, que esté á la altura que alcanzan estas publicaciones en algunos países extranjeros. (1)

M. R. DE BERLANGA.

Málaga 21 de Marzo de 1901.

(1) Aquí debe seguir el párrafo de la pág. 198 que comienza *Después*.

Erratas que deben corregirse en este ensayo necrológico:

PÁGINA	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
193	22	que allí	que por allí
194	2	Alemania	Alemania contemporánea
194	12	biografía	bibliografía
197	3	restos	restos antiguos



TAULA DEL CARTULARI DE S. CUGAT DEL VALLÈS

(Continuació)

N.º 136—990—10 Set.—4 de Huch.

Los cónjugs Pons y Bellucia permutan al Abat Otho de S. Cugat d' Octavià y al monjos, terra prop la casa de S. C. en lo lloch d' Agulló prop del lloch de Magarova, Comtat de Barcelona, y á mes 5 unsas d' or purissim per ornaments. Confr. á Ll. M. y T. ab terra de S. C. y á P. ab lo Prat.

S. C. dona propietat situada en Aculione.

N.º 137—984—9 Dbre.—32 de Lothari,

Godmar, Bisbe de Gerona, dona á la casa de S. C. del Cenobi per després de son obit un alou en lo terme de Cerdanyola, C. de B., tres parelladas á Vila Major, una á Palou de Riu Sech y duas á Saltells.

N.º 138—990—1 Juny—3 de Huch.

Cixilo dona al altar de Santa Maria consagrat en la casa de S. C. d' Octavià alous situats á Palau Auzit en lo lloch Saltells y en lo terme de Cerdanyola, C. de B., que te per successió de son germá Guiguá qui va llegarlosli quan aná á Barcelona per guardar la ciutat ahont morí ab molts.

N.º 139—1058—15 Dbr.—28 d' Enrich.

Lo testament del clergue Mir fou jurat sobre l' altar de Sant Joan situat en la basilica de Santa Maria de Vallvidrera.

Dit Mir se feu Monjo apres d' ordenat son testament y rebé la benedicció de ma de Pere Abat de Sta. Cecília per ausencia del Abat Andreu del Monastir de S. C.

ESTUDIOS EPIGRÁFICOS

ALHAURÍN ¿ILURO?

Sobre la ondulada pendiente con que termina una de las montañas más al noroeste de la sierra llamada de *Mijas* y en su ladera septentrional, se levanta en anfiteatro, descendiendo suavemente al llano un pueblo de los más pintorescos de la provincia de Málaga, distante cuatro leguas al oeste de la capital, ceñido por un lado de huertas, que lo cercan de frondosas parras y de espesos naranjales, mientras por otro rodeanlo extensos viñedos y lozanos olivares agobiados bajo el peso de sus preciados frutos. Brotan de las vertientes de aquellos empinados cerros copiosos manantiales de agua, que riegan fértiles tierras pobladas de hermosa arboleda, que les presta regalada sombra, naciendo hasta en el más escondido rincón de aquellos prados copiosas flores de variados colores que embalsaman con su perfume el ambiente, que anuncia la primavera. Allí vive en casas, que deslumbran por su blancura, una población de activos labradores, que no pasa de ocho mil almas, sobria en demacia, cuyo tipo conserva impreso el sello indeleble del atavismo de raza de aquellos inquietos moriscos, que á pesar de haber sido arrojados por revoltosos de la península en el siglo XVI, dejaron incubados en el suelo donde habían nacido los gérmenes de los *pronunciamientos*, que han esmaltado las páginas de nuestra historia contemporánea. Desde la reconquista lleva el nombre de *Alhaurin el-*

1

Volumen III

Libro VI

no 29

Buenos Aires 1902

grande para distinguirlo de *Alhaurinejo*, otra villa más pequeña situada en la misma dirección; pero sólo á dos leguas de la capital. No se ha distinguido aquél por hechos esclarecidos, ni por hijos ilustres, conservándose sólo la memoria, porque aún están en pie sus ruínas, de haber sido volada la iglesia de su antiguo convento en un período de los más gloriosos para nuestra historia. En cambio está rodeado de pueblos, de que se conocen piedras escritas de la época romana, algunas de suma importancia, como lo son al norte Abdalaxis, la antigua *Nescania*, y Alora, al este Cártama, que fué *Cartima*, al sudoeste Fuengirola, antes *Suel* y al noroeste Tolox, cuya concordancia es desconocida.

En el Cortijo de Escaña, á las afueras de Abdalaxis, existe una piedra que vió Pérez Bayer, de la que conservo calco exactísimo sacado sobre el mismo original, en la que se lee el curioso cargo de CVRATORES · IVVENVM · LAVRENSIVM (1).

En Alora descubrí en 1864, sosteniendo una de las pilas del agua bendita de la Iglesia parroquial la inscripción, de que ya disfrutó copia aunque no completa Antonio Agustín, en cuyo original pude restablecer con certeza el interesante pasaje de derecho público municipal romano, C(*civitatem*) R(*romanam*) PER HonoREM IIVIR · (*ati*) · CONSECVTI (2). Más tarde fuí obsequiado con otro pedestal escrito, aparecido en 1874, en el que no leo, como sospecha el profesor Hübner, el nombre de la población antigua al final de uno de sus renglones más deteriorados (3).

El recinto del antiguo *municipio cartimítano*, hoy Cár-

(1) CIL · II. 2008. Supp. p. 878. Ephem. II, p. 239, Berlanga. Bronces de Osuna p. 333.

(2) CIL · II. 1945 y pág. 704.

(3) CIL · II. Supp. 5486.

tama, está sembrado de trozos de columnas, estatuas é inscripciones geográficas del mayor interés; pero demasiado conocidas de los que á estos estudios se dedican, para que sea necesario detenerse en puntualizarlas.

De Fuengirola se conserva el traslado del epígrafe, que publicó Aldarete, en el que se habla de los decuriones que existían en el MVNICIPIO SVELITANO (1).

Uno de los más descarados falsificadores del siglo pasado, el impostor Conde *alias* Medina, condenado como tal en 1777 por el arzobispo de Granada y por el presidente de aquella Real Chancillería, publicó una lápida funeraria, suponiéndola descubierta en las inmediaciones de Tolox y sitio llamado del Villarejo, en la que se hacía memoria de un tal HERMOGENES, niño de ocho años de edad y en cuya piedra se aseguraba que se encontraba la frase, no rara pero siempre curiosa, *Nihil · FVI · Nihil · SVM · ET · TV · QVI · VIVIS · ES · bibe · LVDE · VENI* (2). Aunque nada tiene este epígrafe de dagnable, como no me ha sido posible encontrar rastro alguno de su existencia en Tolox, dudo mucho que sea de dicho pueblo por lo mismo que se apoya esta afirmación en la palabra no más de personaje tan desautorizado.

Por lo que respecta á Alhaurín no sé que se haya encontrado dentro del pequeño perímetro de la población, objeto alguno antiguo que pudiera atribuirse á los romanos. Las sepulturas, que aparecieron hará ya acaso treinta años al rebajar el solar de una casa antigua, que iba á levantarse de nueva planta en la Calle de la Cruz, en su acera izquierda entrando por el camino de Málaga y antes de llegar á la Ermita de San Gaudencio, á juzgar por la descripción que de ellas me han hecho quienes las vieron al descubrirse, estaban

(1) CIL · II. 1944.

(2) CIL · II. 1434.

cavadas en la tierra, sin revestimiento de obra alguna, no habiéndose encontrado en ellas ni restos de indumentaria, ni de armas, ni de cerámica, ni de objetos de uso, ni aún monedas, sino únicamente los huesos de grandes dimensiones de una media docena de esqueletos, colocados simétricamente, aparte cada uno de ellos y todos en la misma dirección, indicando que no se trataba de un enterramiento improvisado. Por todos estos detalles se viene en conocimiento que aquellas tumbas antiguas no databan de la época de la dominación romana, de cuyo período abundan sin embargo restos aún visibles por las afueras de la población, desde que se dejan sus últimas casas hasta que se pasa de la Fuente del Sol, atravesando el extenso pago de la Dehesa y se llega después de haber recorrido una legua á las viñas de cierto villar, distante más de un kilómetro, en dirección de Cártama, de la dicha Fuente del Sol.

En efecto, saliendo de Alhaurín el Grande, por el camino de Coin, á poco más de un centenar de metros, aparecen á mano derecha las tapias que cercan una de aquellas primeras huertas, cuyas tapias están formadas de arcos antiguos macizados que conservan un carácter marcadamente arcaico. En el interior de esta pequeña finca de campo hará más de una docena de años, queriendo el colono alterar el trazado de unas atargeas, al rebajar el terreno por donde pasaban tropezó á más de un metro de profundidad con un enlozado de mármol blanco, que cubría un espacio no corto, aún cercado con los restos de viejos muros, que sobresalían cerca de otro metro de la indicada solería, conservando aquellas paredes desde su unión con el pavimento anchas cenefas de mosaico, todo ello conocidamente romano y á mi parecer del siglo II.^o La codicia más que la curiosidad hizo al labriego reconocer toda la zona de aquella especie de cenador, encontrando entre la tierra removida numerosos restos de antiguas esculturas de peque-

ñas proporciones, como si hubiesen pertenecido á estátuas del jardín de una *Villa* romana. Examiné todos los objetos que se descubrieron, encontrándolos bastante bien esculpidos especialmente varias figuras como de menos de un metro de altura con las túnicas y los mantos perfectamente plegados, la mano de una joven modelada con gusto, el busto de tamaño natural de un emperador, que me pareció Antonino Pío ó Marco Aurelio, á cuya época se ajustaba sin violencia la forma técnica con que aquellos fragmentos esculturarios resultaban ejecutados, además de diversos trozos de piernas y brazos, que tuve ocasión de estudiar en el sitio mismo del hallazgo. El que había encontrado inopinadamente tales cosas, no estimaba en su ignorancia misma que estarían bien pagadas sino casi á peso de plata, con lo cual sucedió que pasaron años sin que nadie se las comprase y despechado con tal desengaño las acabó de destruir, utilizando sus restos como material al componer uno de los muros de aquella heredad.

El dueño de la huerta, que está enfrente de esta de los Arcos, que así la llaman, me ha asegurado que también se encuentran cavando en su finca, trozos de solerías y de paredes antiquísimas, añadiéndome que en el plan del camino de Coin, que por entre ambas posesiones rurales atraviesa, vió descubrir, siendo muy joven, más de un sepulcro de gente pobre de remota fecha, abierto en la tosca, al recomponer el pavimento de aquella vía, deteriorado con el tránsito de la numerosa arriería que por allí pasa de continuo.

Siguiendo el indicado camino de Coin y torciendo luego á la derecha al llegar á la Acequia, que lleva el agua á la *Dehesa de riego*, que así se nombra aquel partido, se entra propiamente en el de la dicha dehesa, donde á más de un kilómetro del pueblo y también en dirección de la derecha, bien adentro se encuentra el haza de la *Mata* en la que se descubren á cada paso tejas planas, ladrillos, tiestos de vasijas de barro, en

extensión como de una fanega de tierra. Hará pocos años también se descubrió allí un pequeño bronce de Nerón y un Teodosio de plata igualmente pequeño, que ví y examiné detenidamente el 29 de Mayo 1898.

Algo más abajo en el mismo camino de la Dehesa y también á la mano derecha hay otra haza que dicen de Galiano, en la que como en la anterior aparecen de vez en cuando restos de cerámica y escombros de edificios de carácter igualmente romanos. De allí se baja al Fahala, enfrente de las últimas estribaciones de *Sierra gorda*, á la media legua de Alhaurín.

Siguiendo el indicado río en dirección de su corriente hasta llegar al costado de la Huerta de la Pagadora, se ven empotrados en los pilares de su puerta de hierro dos trozos pequeños de columnas delgadas, traídos de la opuesta orilla, pasando á la cual y subiendo por el pequeño repecho de enfrente, se entra en un veredón que atraviesa dos huertas, donde se encuentran recogidas varias piedras labradas de carácter romano, y continuando la subida de aquella suave cuesta se entra á poco en tierras de otra tercera huerta dicha del *Dogo*, en la que ya son numerosos y muy visibles los restos de columnas, de ladrillos, de tejas planas de gran tamaño, de albercas cegadas, y de muros á la razante misma del terreno actual en una extensión grandísima, cuyas señales de viejos edificios no dejan de aparecer por aquellos sitios hasta la llamada Fuente del Sol, situada algo más arriba al pie de la tan nombrada *Sierra gorda*, á corta distancia de la mencionada huerta del *Dogo*, torciendo á la izquierda conforme se llega á ella. En las distintas ocasiones que he visitado aquellos sitios he encontrado, especialmente en tierras de la indicada última huerta, pesos de los que se usaban en los telares, unos de piedra y otros de barro, con una perforación en medio que los atravesaba, ladrillos muy pequeños también

redondos como para formar las columnas de un hipocausto, en un todo semejantes á los que recogí en una hacienda de campo vecina á Malaga y en otra inmediata á Cártama hace ya años, que conservaban aún adheridas las señales marcadísimas del fuego. Otros ladrillos encontré también en las cercanías de la Fuente del Sol, una lámpara de barro figurando una concha de esmerada hechura; pero sobre todo lo que más me llamó la atención fué el capitel de una columna pequeña aún no terminado de tallar, al parecer de orden jónico á juzgar por las líneas que marcaban las volutas desbastadas no más; pero toda la pieza bastante adelantada en su labor para que se pudiera comprender muy bien lo que debiera ser luego de terminada. Indudablemente en aquella extensión de terreno á partir del pie de Sierra gorda, hubo de haber en lo antiguo, del siglo II.^o al V.^o de nuestra Era, una posesión de campo cuya importancia pudiera congeturarse por el descubrimiento epigráfico hecho recientemente por aquellos alrededores y del que en seguida voy á ocuparme.

Bajando de la tan nombrada Fuente del Sol al camino de Coin que está á pocos metros de aquella altura, y dirigiéndose á Cártama, á distancia de un cuarto de legua se llega al costado de una viña plantada en una colina de la derecha, que se conoce con el nombre del *Villar*. Subiendo luego una suave pendiente dejando á la izquierda el indicado camino se encuentra muy pronto como á su comedio una estrecha zona inculta, que marca las lindes de dos heredades, y en este pequeño eriazó aún he reconocido en el Otoño de 1899, restos como de un subterráneo, del que he visto extraer algunos huesos humanos de fecha antiquísima. Cuando hará unos tres años se dió una cava profunda á aquel terreno, tropezaron los trabajadores con el indicado sepulcro y con una piedra escrita algo deteriorada, que obra hoy en mi poder. Las letras de este epígrafe conservan en general la forma llena

10

y esbelta del período augusteo, presentando, sin embargo, algunas de ellas modificaciones tales que acusan una época muy posterior. Mientras la C, por ejemplo, guarda su figura semicircular arcaica, la O, tiende á tomar la de una elipse, y en tanto que la B y la R, aún presentan hasta cierto punto su aspecto antiguo, la P, une al asta la parte inferior de su curva, lo cual se observa ya en monumentos de comienzo del primer siglo (1). En cambio, la E, la L y la T, en vez de las antiguas líneas rectas horizontales las presentan onduladas como al mediar el mismo siglo 1.º (2), y sobre todo la A, la M y la N, afectan la forma con que aparecen en la centuria inmediata (3), por todo lo cual considero esta inscripción como exarada en el segundo siglo de la Era cristiana. Se encuentra grabada en un sillarejo de mármol blanco que tiene de largo treinta centímetros por veinte y uno de ancho y diez de alto. El borde del lado superior y el del costado de la derecha se conservan sin haber variado apenas su forma originaria, el de abajo aparece ya algo desperfectado hacia la izquierda, siendo el costado de este mismo lado el que ha perdido por completo la línea recta y á escuadra que aún conservan los otros.

La tal piedra no presenta señales que indiquen haber sido un gran sillar de dimensiones corrientes sacado de su primitivo asiento para reducirlo á tamaño más breve en época relativamente moderna y aplicarlo á otra construcción distinta, tanto más cuanto que de ser así hubieran reducido su espesor y destruído la inscripción, rebajándolo por este lado en vez de hacerlo por la cara opuesta. El traslado de la indicada inscripción es de esta manera:

(1) E · S · E · L, 400, 434, 446.

(2) Ibidem, 135.

(3) Ibidem, 532, 533.

VPICIANVS
· SIBI · ET · L · SVLPICIO
E · ET · M · RVBIO
L · RVBIO · MVNT
NT

Por la mera lectura de lo que queda de esta leyenda latina se viene en conocimiento sin la menor duda de que perteneció á un sepulcro familiar, edificado en el siglo II.^o de J. C. á costa de cierto sujeto, cuyo nombre, prenombre, paternidad y tribu han desaparecido, en cuyo sepulcro deberían guardarse los restos mortales del propietario, de ciertos agnados y cognados, hasta tres, del mismo, y de varios otros de sus deudos.

Fué trazada en el pequeño sillar encontrado excepto el primer renglón que se grabó, acaso en caracteres mayores y sin duda al final de la piedra que estaba sentada sobre la que ahora se ha encontrado.

Las letras que quedan del primer renglón existente dicen claramente VPICIANVS, que el profesor Hübner restableció desde luego y yo acepté sin titubear por sV/PINIANVS, suponiendo una mera equivocación del grabador la omisión de la L, como ocurre en otros muchos documentos análogos que fuera ocioso citar, en los que se ven suprimidas letras, que á veces se entrerenglonan después, sirviendo semejantes enmiendas interlineales como de verdadera fe de erratas. El cognombre SVLPICIO, que viene inmediatamente después, convence de la exactitud de esta restitución, porque es innegable que los que iban á reposar en aquella tumba habían de ser parientes más ó menos cercanos por línea de varón ó de hembra del que la hizo construir, siendo incompatible con la constitución de la familia romana el pretender que los destinados á descansar en un mismo sepulcro fuesen no más que amigos del propietario. Siendo esto así, el parentesco de

L. Sulpicio con el fundador estaría justificado por el cognombre *Sulpicianus*, derivado, como es sabido en onomatología romana, del nombre de mujer *Sulpicia*, hija de un *Sulpicio*, que debió ser madre del tal *Sulpiciano*, que hizo levantar aquel edificio.

Los rasgos que quedan de la primera letra de la segunda línea de este fragmento epigráfico hacen dudar si dicho signo formaba parte de una X ó era más bien una C, habiéndome decidido por esta última letra después de un detenido examen del original con tanto mayor motivo cuanto que para la X, no encuentro una restitución admisible, que esté al menos á mi alcance, dejándola de consiguiente para quien sea más afortunado. En efecto la palabra que sigue inmediatamente á dicho signo está reclamando antes la conocidísima fórmula *viv(us) f(aciendum) c(uravit) SIBI*, que de suponer X, la que considero C, habría que transformar de este otro modo *v(ivus) f(aciendum) c(uravit) uX(ori) SIBI*, que no recuerdo haber visto comprimida bajo la forma *V · F · C · VX · SIBI* y sin conjunción copulativa antes del dativo del pronombre reflexivo *se*, ni creo pueda ser aceptable en manera alguna en el estilo epigráfico de la época. No puede tampoco pensarse en otro cognombre terminado en X porque semejante polinimia no cuadra con la carencia que se observa de este apéndice en los demás personajes que se nombran en la piedra, además que de aceptar semejante suposición injustificada, no quedaría lugar para la fórmula esencialísima ya indicada como indispensable en este género de inscripciones sepulcrales, *VIBVS · FACIENDUM · CVRAVIT*.

Antes de la conjunción copulativa con que comienza el tercer renglón se ven claramente los rasgos característicos de una E, terminación de dativo del cognombre de *L · SVLPICIO* que pudo ser *svraE* ó bien otro análogo. La cuarta línea debía comenzar á su vez con el cognombre de *M · RVBIO*,

como antes de los tres únicos signos que quedan VNT de la quinta y que se restituyen sin dificultad por mVNT, debía leerse algo así como *agnatis* ó cosa parecida para terminar la serie de parientes que debían ser incinerados en aquella tumba familiar como ya la he clasificado. Partiendo de este supuesto que estimo innegable y señalada ya antes la cognación de *Sulpicio* con *Sulpiciano*, se desprende necesariamente que *Marco* y *Lucio Rubio*, sin relación ninguna de parentesco con el aludido *Lucio Sulpicio* debieron ser *agnados* del tan citado *Sulpiciano* que habría de llevar también de consiguiente el nombre de *Rubio*, pudiendo por lo tanto, restablecerse en parte con alguna seguridad de acierto el mencionado epígrafe de esta manera.

— *Rubius* — f. --- sVLPICIANVS viv.f.C · SIBI · ET · L
· SVLPICIO. ---- E · ET · M · RVBIO ---- et L ·
RVBIO · MVNT. et ---- mVNT.

Resultando desconocido el prenombre del que hizo levantar el edificio, el de su padre, la tribu á que estaba ascripto el primero, el cognombre de *Lucio Sulpicio* así como el de *Marco Rubio*, siendo vulgar el cognombre *Muntanus*, no conociendo por contra otro ejemplar antiguo en España del nombre RVBIVS, si bien sea hoy apellido muy común entre nosotros.

Así restablecida esta inscripción equivale á lo siguiente en castellano:

«—Rubio Sulpiciano hijo de — de la tribu ---- hizo construir en vida (este sepulcro) para sí y para Lucio Sulpicio ---- y para Marco Rubio ---- y para Lucio Rubio Muntano y para los ---- muntanos.»

El parentesco de los allí incinerados con Sulpiciano debió ser pues como acabo de decir de cognación respecto de *Lucio*

Pero ninguno de estos hallazgos evidencía que hubiese población romana en Alhaurin el grande, ni mucho menos da indicios del nombre antiguo de que se formó el moderno. Los restos del pueblo indubitadamente romano más próximo á esta Villa son los que se descubren á distancia de más de una legua al Este en la vecina Cártama, y los que aparecen á una legua corta al Sudeste en un villar que existe en el Olivar que se conoce con el nombre de Cortijo del Almendral y radica en la extensa posesión de Campo denominada la Alquería, que aún pertenece al Marquesado de Villalcazar. Este villar, situado como he dicho á una legua de Alhaurin, lo mismo que las tierras de aquella finca rústica se divisan claramente á la simple vista desde las últimas casas del mencionado pueblo que dan al Camino de Málaga. Hará más de veinte años estuve en el indicado Cortijo y formando parte de un pilar bastante elevado, que sostenía el colgadizo del Corral de la Casa de labor encontré empotrado un pedestal de piedra, que en una de sus caras tenía grabada cierta leyenda dedicada en 164 al emperador *Lucio Aurelio Vero* por decreto de los Decuriones de la *RESPUBLICA ILVREN SIVM* (1) cuyo texto ha sido publicado por mi y por el profesor Hübner hace ya algún tiempo. Posteriormente fué arrancado de su sitio el mencionado pedestal y trasladado á Málaga, donde volví á verlo repetidas veces en el portal de la Casa, frente de la Aduana, donde vivía el Administrador del Almendral, y de donde ha desaparecido con el indicado sujeto ignorándose hoy su paradero.

Si en el dicho Cortijo existió un pueblo de origen ibérico como esta misma piedra lo declara que se llamó *Iluro*, dada la

(1) Berlanga, Los Bronces de Osuna p. 240. 241, CIL · II, 1948. Posteriormente en el mismo Almendral se ha descubierto una lápida sepulcral que poseo y también he publicado en los Nuevos Bronces de Osuna como igualmente el prof. Hübner en el CIL · II, Supp. 5487.

costumbre que tuvieron los árabes, como lo testifican orientalistas de tanta autoridad y erudición como Gayangos, y Dozy de destruir algunas ciudades y levantar otras á corta distancia de su asiento primitivo, aplicando á la nueva el nombre mismo que llevaba la antigua, bien pudiera suponerse que la denominación de *Alhaurin* es una forma nacida del *Iluro*, que estuvo allí inmediato apenas á una legua de distancia y fué omónimo de otro pueblo de la Tarraconense que cita Plinio el naturalista (1). Pretender que este *Iluro* se trasladó á *Alora* á dos leguas y media largas al norte del sitio donde se encontró la única piedra geográfica que conserva su memoria es por todo extremo violento.

Por otra parte la Vega de Málaga, atravesada en su longitud por el Guadalhorce y limitada hacia el mediodía por la playa, se extiende al Oeste de la ciudad hasta las vertientes de la Sierra de Mijas; en cuyas faldas, que dan vista al río, se levantan varios pequeños pueblos alegres y pintorescos como Torremolinos y Churriana, Alhaurinejo y Alhaurin el grande. Apenas se sale de la Capital por la vía férrea se va viendo desarrollarse hacia la izquierda aquella alta cadena de montañas hasta llegar á la Estación de Campanillas, frente á la cual se distingue la ya nombrada villa de Alhaurinejo; pero caminando más allá desaparece la Sierra porque entre ésta y el río se interpone otra cordillera de montañas de menor extensión, pero completamente separada de aquella. En esta nueva cordillera y sobre su ladera, que mira también al Guadalhorce, se levanta *Cártama*, donde antes *Cartima*, existiendo casi pudiera decirse á sus espaldas, en las opuestas vertientes, el Villar de *Iluro* en el vértice de un ángulo obtuso, cuyos dos lados, cada cual de ellos de una legua de largo, van á termi-

(1) Plin. H. N. 3,22. El mismo autor cita también en la Hispania 14.71 el étnico *Laurenzia* á propósito de ciertos reinos estimados

nar en Alhaurín y Alhaurinejo respectivamente. Que de las ruinas del mencionado despoblado llevasen los moros materiales de construcción para levantar una y otra aldea en sus principios y del etnico *Iluro* romanizado formasen los nombres moriscos tan repetidos ya de *Alhaurín* y *Alhaurinejo*, como también se dijo *Caballo* y *Caballejo*, cosa es que no parece inverosímil, como lo sería el suponer que de Alora se trajese sin motivo alguno para ello al Cortijo del Almendral, distante cerca de tres leguas, el pedestal de una estatua erigida en el siglo segundo á Lucio Aurelio Vero, cuya traslación, después de todo injustificada, dejaría sin explicar el origen etimológico del nombre actual de Alhaurinejo.

Dos íntimos amigos míos se empeñan á la vez en concordar á Alhaurín con otro pueblo denominado *Lauro*, de que habla Floro con ocasión de la campaña sostenida en la Bética 44 años antes de nuestra era entre cesarianos y pompeyanos, como se han empeñado también en otros tiempos autores de nota en suponer á dos leguas del mismo Alhaurín, en la vecina Villa de Monda el célebre campo de batalla donde fué decidida y terminada tan sangrienta guerra civil. Para hacer ver lo imposible de ambas concordancias tendré que detenerme un momento recordando y poniendo de manifiesto varios pasajes de la *Guerra hispaniense*, que esclarecen completamente ambos puntos concretos.

Cosa es por demás extraña el empeño que en ocasiones distintas han demostrado nuestros historiadores á partir del siglo XII.^o hasta el que está para concluir en fijar la exacta concordancia de Munda al pie de cuyas murallas fueron desbaratados los de Pompeyo el 17 de Marzo del 44 antes de J. C. y la ninguna suerte con que han procedido, dando ocasión á las más dislocadas conjeturas que no resisten ni un ligero exámen. En vez de ajustarse al texto inapreciable de un testigo ocular de los sucesos, que dejó escrito el diario de

14

aquella campaña en el opúsculo conocido con el título de *Bellum hispaniense*, que se atribuye generalmente á Hircio, se han lanzado en alas de la fantasía buscando por esos mundos de Dios la altura *encumbrada*, el río *voraginoso* y la llanura *pantanos*a de cerca de cinco millas que con las piedras *palmeadas* parecían ser las llaves misteriosas que encerraban semejante enigma.

Prescindiendo de todos estos recursos tan gastados se hace indispensable ajustarse á las localidades conocidas por sus epígrafes, como lo son *Corduba*, *Ucubi*, *Ventipo*, *Urso* y *Cartheia*, para de éstas pasar luego caminando con más seguridad de acierto en busca de las últimas de que habla el jefe cesariano, que asistió á aquellos hechos de armas y entre ellas á la en que fué desbaratado el bando pompeyano. Según el aludido anónimo el 21 de Enero del 44 antes de nuestra era acampó Julio Cesar delante de Córdoba, á cuyo socorro acudió Gneo Pompeyo con sus soldados: (1) después de diversas marchas, operaciones y combates, bien conocidos y que no hacen al caso recordar, Gneo se dirige á Ucubi, adonde también se encaminó César al mes justo de la fecha antes indicada (2); incendiada esta población por la guarnición pompeyana, César se encaminó á Ventipo, de cuya plaza se apoderó siguiendo tras Gneo hasta Carruca, á la que también pegó fuego este mismo dirigiéndose á Munda, en cuyas tierras acamparon ambos rivales frontero el uno al otro. (3) Según el anónimo aludido, de *Ventipo* á *Carruca* había una jornada, *iter fecit*, y otra de *Carruca* á *Munda*, *itinere facto*, (4) á diferencia del *iter biduo*, jornada doble, de que habla Frontino, (5) siendo

(1) *Bellum hispaniense* 4 y 5.

(2) *Ibidem* 20.

(3) *Ibidem* 27.

(4) *Ibidem* 27.

(5) *Strab.* III, 1.

al decir de Vegecio (1) la jornada natural de las legiones de cinco horas en verano, caminando con el paso regular, de veinte millas por día y con paso acelerado de veinte y tres, es decir, de ocho leguas escasas como máximo de distancia recorrida diariamente.

Después de la rota mundense quedó Fabio Máximo al frente de una división encargada de la toma de la Ciudad, de la que logró apoderarse, pasando de allí á sitiar á *Urso*. Pero sucedía que á seis millas á la redonda de esta plaza fuerte no había árboles, de los que eran á propósito para construir las máquinas de batir, porque Pompeyo, para asegurar más los medios de defensa, los había echado abajo, almacenando en la población toda la madera que había resultado de aquella corta. Por ello fué preciso que los cesarianos transportasen desde Munda, que acababan de ocupar, todo el material de guerra que necesitaban para expugnar á *Urso*. (2) De modo que de datos tan claros se deduce que *Munda* estuvo á dos jornadas de *Ventipo* y á poco más de dos leguas de *Urso* en la zona que del norte de Osuna baja al medio día caminando por el este de dicho pueblo. Y aquí deben terminar las conjeturas de todo crítico, dejando para el conocedor del terreno el marcar los lugares donde hayan de hacerse exploraciones, esperando que el acaso venga con la reja del arado ó el pico de la espiocha á resolver una duda que no pueden aclarar las discusiones puramente teóricas. (3)

(1) De re milit. 1. 9.

(2) Bellum húp. 41.

(3) En su *Disertación histórico geográfica acerca del paraje de la célebre ciudad de Munda* y en su *Compendio de Historia de España* notó D. José Ortiz la circunstancia indicada de la corta de madera en torno de Osuna y su traída á la ciudad; pero se extravió desde el momento en que quiso puntualizar, sin conocer á fondo el terreno ni hacer las debidas exploraciones, el sitio donde se imaginaba desde su despacho que debía estar Munda.

Ahora bien: de tales precedentes se colije que la opinión sustentada por el Arzobispo D. Rodrigo y aceptada después por el Rey Sabio, quienes suponen á Munda en las proximidades de un río de la Lusitania, que llevaba aquel nombre y desemboca en el Atlántico, es de tal manera absurda, que no exige el detenerse á contradecirla.

Que Munda fuese Ronda como estimaron Franco y Espinel ó bien la llamada Ronda la vieja como sostuvieron Hurtado de Mendoza y Pérez de Mesa; tampoco puede al presente repetirse, porque se han encontrado y se conservan en ambas localidades inscripciones importantísimas, que justifican hasta la saciedad, que la moderna *Ronda* fué la antigua *Arunda* y que en el recinto de *Ronda la vieja* estuvo en otro tiempo el nombrado *Acinipo*.

Llevar á Munda á la Bastetania, como lo han hecho los que se han dejado engañar por las leyendas de los *Toros de Guisando*, sería caer en el mismo error de los que han dado por indubitados estos epígrafes conocidamente falsos.

Ocampo, Morales, Mariana, Velázquez y Florez, guiados por el solo criterio de la semejanza del nombre antiguo de *Munda* y el moderno de *Monda*, supusieron el célebre campo de batalla de pompeyanos y cesarianos en las inmediaciones de Coin, trayéndose á la provincia de Málaga y á dos leguas de Alhaurin este lugar insigne en la Historia del mundo romano de fines de la República.

Prescindiendo de las inscripciones supuestas que se inventaron para sostener semejante congetura, bastará hacer notar que de haber sido la Monda actual la vieja Munda, no hubiera sido necesario llevar de ella á Osuna las máquinas de guerra indispensables para el asedio de esta plaza de armas, porque á mucho menos distancia de las doce leguas que separa hoy ambas poblaciones modernas, existirían sobradamente por entonces árboles bastantes que poder cortar, para construir

con su madera los aparatos bélicos á que hace referencia el citado anónimo, que trae semejante noticia.

Pretender que bajando Gneo Pompeyo de Espejo á Casariche, seguido de Cesar, luego que éste ocupó á Ventipo, retrocediese aquél á Montilla como quiere Cortés y López, ó al Castillo de Bib-bora como conjetura Fariñas es tan opuesto á la más rudimentaria táctica militar de cualquier ejército, como ridícula la etimología de *Munda illa* para *Montilla* ideada por el neogeografo, que apadrina semejante concordancia.

Pero es más monstruosa la reducción de dicha plaza fuerte pompeyana á las inmediaciones de Xerez, como supuso Marinneo Sículo en el décimosexto y ha defendido con inaudito arrojo en el que va á fenecer un literato, que se ha distinguido por sus imperdonables atrevimientos.

La misma adversa fortuna con que han caminado nuestros críticos al tratar de concordar el campo de batalla mundense con alguna localidad conocida han tenido los que han intentado designar el pueblo moderno en cuyos alrededores fué muerto, después de aquella derrota, Gneo Pompeyo, el mozo.

Dejándose llevar del relato de Strabon, Velayo Patérculo y Floro, que escribieron con posterioridad de un siglo, más ó menos largo, después de los sucesos, y de lo que dicen en el segundo, en el tercero y en el quinto Appiano, Casio Dion y el español Orosio, todos ellos ya muy de segunda mano, los analistas modernos han pretendido que el *Lauro*, cerca del que supone Floro que fué muerto el tal Gneo, hubo de ser ó *Liria* de Valencia, como conjeturaba Morales, ó Alhaurín, en la provincia de Málaga, como pretendió Valdeflores. Pero ciñéndose únicamente al relato del mismo Anónimo cesariano tan citado ya, que acompañaba al ejército del Dictador y asistió á las escenas que relata ó las oyó referir á quienes las presenciaron, momentos después de acaecidas, las consecuencias que se deduzcan habrán de ser por todo punto distintas.

16

En el momento en que tuvo lugar la rota mundense, Gneo Pompeyo, seguido de algunos partidarios fieles, se encaminó á *Cartheiá*, hoy la Torre del Rocabillo, en el centro de la ancha bahía de Gibraltar, á cuya población llegó conducido en una litera á causa de lo quebrantado de su salud. Al verlo tan mal trecho hubo entre los Cartheyenses quienes se inclinaron al partido del Cesar con lo que originóse una enconada lucha, tal que vióse obligado Gneo, herido como estaba, á embarcarse precipitadamente, huyendo con veinte naves largas que en aquel puerto estaban á su devoción ancladas, singlando precipitadamente con rumbo á las costas mediterráneas de la Bética. La salida de Cartheya fué en el acto puesta en conocimiento del almirante de Cesar, que zarpó inmediatamente de Cádiz en demanda de los que huían, quienes llevaban cuatro días de navegación cuando se vieron obligados á recalar en una de las ensenadas de la costa para proveerse de agua potable, que ya les faltaba, en cuya ocasión fueron sorprendidos por sus contrarios que prendieron fuego á algunos buques y apresaron otros. Pompeyo fué á guarecerse en un lugar fuerte por su naturaleza; pero herido en la pierna y en el hombro izquierdo, habiéndose además torcido un talón, encontrábase imposibilitado para seguir su retirada por sitios tan abruptos en los que no era dable servirse ni de caballo, ni de carruaje, en términos que, asediado por todas partes, faltándole los recursos más indispensables iba á ocultarse en una cueva donde no hubiera sido fácil encontrarlo á no haber sido delatado por los prisioneros, siendo entonces sorprendido y muerto (1). Un siglo después de este suceso indicaba Floro que el lugar donde pereció Gneo Pompeyo se encontraba *enfrente de la ciudad de Lauro* (2), y para poder determinar dónde estaría

(1) Bellum hispanense 32, 37, 38, 39.

(2) Flor. VI. 2. 86. apud Lauronem oppidum.

esta población, es preciso tener en cuenta que al final de la república romana los buques de la marina de guerra destinados á combatir se llamaban *naves longae*, siendo finos en su construcción, rápidos, fáciles para maniobrar, con un espolón á proa en forma de tridente, obedeciendo al doble impulso de los remos y de las velas, pero sin poder luchar contra mar ni tiempo contrarios. Las naves largas se dividían en *uniremes*, *biremes*, *triremes* y hasta *quinqueremes*, según estaban dotadas de una, dos, tres ó cinco andanadas de remeros, siendo las de mayor número, más bien ejemplares de lujo que de aplicación práctica.

Las *uniremes* tenían una sola línea de remeros, 25 á babor y otros tantos á estribor, y su longitud, como la de las demás de las otras clases, estaba en relación con su anchura en una proporción de 8 á 1 ó de 7 á 1. Las triremes con 87 remeros por banda, desarrollaban un andar de 10 millas marinas por hora de navegación, lo que proporcionalmente hacía suponer que las *uniremes* con 25 también por banda, caminarían por lo menos á razón de tres. Suponiendo que las veinte naves pompeyanas hubiesen sido todas ellas *uniremes*, que ni el viento, ni la mar estuviesen revueltos, porque de otro modo lo hubiera indicado el tan citado anónimo, pero que en cambio las velas no prestasen gran ayuda al andar de los buques por lo encalmado del tiempo y que de los remeros descansasen la mitad mientras los otros bogaban, para remudarlos después de comer y dormir, resultará que un buque ligero con 25 hombres bogando constantemente noche y día, con el ansia de no caer en manos de los enemigos que los perseguían, sin tiempo tempestuoso sino en completa calma, bien podría andar lo menos una legua por hora en línea recta, que representa más del doble en las curvas de las costas. Por lo tanto en cuatro días Pompeyo pudo haber hecho 96 leguas de camino, que reduciéndolas á 72, equivalentes á tres días completos no más, re-

sultaría que los buques salidos de Cartheya en el centro de la bahía de Gibraltar á las 24 horas habrían navegado más de un grado de á 20 leguas y pasado por frente de *Málaca*; á las 48 divisarían por estribor á *Abdera* y á las 72 estarían por lo menos doblando el Promontorio *Charidemo*; de modo que habrían pasado de Almería cuando fueron sorprendidos y apresados, siendo por lo tanto imposible buscar en la provincia de Málaga, la población designada por Floro con el nombre de *Lauro*, á no suponer que las naves que huían necesitaban cuatro horas para adelantar una legua. Por lo demás, se comprende que las triremes de Cesar alcanzasen á las uniremes pompeyanas, aunque hubiesen zarpado aquellas con algún tiempo de retraso y de punto distante del puerto de que salieron los que huían, porque su mayor contingente de remeros les hacía ir diariamente acortando la distancia que mediaba entre los que huían y los que iban en su seguimiento y persecución.

Reasumiendo, pues, cuanto queda espuesto se podrán fijar dos conclusiones hasta cierto punto indubitadas, la primera que en todo el recinto que ocupa Alhaurín el grande no se ha encontrado hasta ahora resto alguno que indique fuese en lo antiguo una población romana, y la segunda que al salir de dicho pueblo por la carretera de Coin, que arranca de la Fuente de Lucena, torciendo al cuarto de legua hacia la derecha, atravesando la Dehesa de riego hasta llegar al Fahala, pasando á la otra banda del río, siguiendo después á la Fuente del Sol, bajando de allí en dirección de Cártama hasta encontrar al cuarto de legua las viñas del Villar, en cuyas lindes se ha encontrado la piedra de SVLPICIANO, se habrá atravesado una extensión de terreno como de una legua, en el que han aparecido bastantes restos romanos en sus extremos y en toda la ancha zona referida.

Pero si ahora se quiere descubrir en el nombre moderno de la población, precedido del artículo árabe *al*, la denomina-

ción romanizada del antiguo pueblo *laurín*, las conjeturas no podrán ser sino muy livianas. La importantísima inscripción de *Nescania*, en la que se habla de los *jóvenes laurenses*, aunque como ya indicó el profesor Hübner, se refiera á una corporación especial, (1) no por eso deja menos el dicho calificativo de tener todo el carácter del étnico de una población denominada *Lauro*, como el *lauronensia* de Plinio (2) refiriéndose á ciertos vinos de la vieja Hispania. Pero aun siendo esto así el Cortijo de Escaña, sitio del hallazgo, á 4 leguas de Alhaurín, se encuentra tan distante de esta villa que no es posible concordar dicho nombre antiguo con el aludido moderno y más aún estando el Valle de Abdalaxis á una legua de *Alo-ra*, que bien podría reclamar el nombre de *Lauro*, transformado en *al-lauro* precedido también del artículo árabe. Tampoco hay que pensar en el *Lauro* de Floro, porque como se acaba de demostrar no ha existido, ni podido existir por aquellos sitios sino á mucha más distancia de Málaga hacia el Este, en las costas del Mediterráneo, pasado el Cabo de Gata.

Tan solo queda como pueblo antiguo más inmediato á Alhaurín, al Sudoeste y casi á la misma distancia que *Cártima*, cuya reducción es bien conocida, el que debió existir en el tan citado Villar del Cortijo de Almendral, cuyo étnico ILVrenSIVM se formó de *Iluro*, que los árabes bien pudieron transformar en *Al-laurín*, como se escribía este nombre á raíz de la conquista (3).

(1) CIL. II. 2008.

(2) Plin. N. H. III. 71.

(3) Oliver, Munda Pompeyana p. 139 n. 1. Para todo lo referente á la campaña de los hijos de Pompeyo en la Bética, la obra citada es la más importante, pudiendo verse en ella discutidos todos los extremos que han sido objeto de tan empeñada controversia. Por ello, contra mi costumbre he dejado á veces de aducir las fuentes en que se apoyan mis afirmaciones, porque todas aquellas se encuentran en el mencionado libro y en su complemento, que lo es el *Viaje arqueológico* del mismo autor.

Tan breve estudio, pues, parece que solo da por conclusión un resultado negativo; que en Alhaurín el grande no se encuentran restos romanos; pero sí muchos en sus alrededores y que ese nombre no pudo ser en lo antiguo *Lauro*, porque no hubo tal pueblo por aquellas cercanías, habiéndose llamado el más próximo *Iluro*. Pero aún así y todo, pone de manifiesto algunos errores históricos, que suelen pasar inadvertidos y que todo espíritu sincero debe condenar en su conciencia íntima, esforzándose á la vez porque no se propaguen poniéndolos de manifiesto, *sine ira*, (1) á la clara luz del día.

M. R. DE BERLANGA.

Alhaurín el grande 12 de Mayo de 1900.

(1) Tacit. Ann. I. 1.

ESTUDIOS NUMISMÁTICOS

DE ALGUNOS MANUALES DE NUMISMÁTICA CLÁSICA (1)

En las postrimerías de la edad media, cuando surge el renacimiento y logra Gutemberg fijar los caracteres móviles, con que imprime su primera Biblia latina, preclarísimos varones, llenos del más fervoroso entusiasmo, prestan toda su atención al estudio de los Mss. clásicos y á la lectura de las antiguas piedras escritas, afanándose por coleccionar con cándida veneración las más viejas monedas de griegos y de romanos, pueblos que por entonces eran considerados como el prototipo del saber humano.

Un siglo más tarde ya entrada la centuria décima sexta, las nuevas prensas, que á la sazón se habían venido extendiendo desde Maguncia hasta la Italia y la España, comienzan á estampar libros, en los que aparecen trazadas con inseguros

(1) La numismática clásica como verdadera ciencia auxiliar de la historia, tiene únicamente por objeto el estudio de las monedas batidas en el mundo antiguo desde su invención en el siglo VII.^o antes de J. C. hasta que en el 476 de nuestra era desaparece con Augustulo el imperio de Occidente.

Durante el largo periodo de la edad media en la Península hispana, primero las feísimas piezas amonedadas góticas, ridículas caricaturas de aquellos monarcas, y luego las hispano-árabes, con ligeras indicaciones geográficas ó cancillerescas entre ampulosas leyendas alcoránicas aun sostienen el interés de su estudio.

Pero cuando con la conquista de Granada comienzan entre nosotros los tiempos modernos, pierde por completo la numismática, que se inicia en el siglo XV.^o, su carácter científico, como había perdido el clásico al abrirse las zecas visigóticas.

rasgos los más elementales principios de la que será más tarde ciencia numismática. *Enea Vico* en Venecia (1) y el tres veces ilustre por su virtud, por su saber y por su elevada gerarquía, *Antonio Agustín*, en Tarragona, capital de su arzobispado (2) son de los primeros que abren la marcha en estos nuevos estudios, que después de un siglo han de tomar al fin dos derroteros distintos, el uno puramente teórico con las disertaciones de *Exequiel Spanhemio* (3) y el otro esencialmente práctico con la curiosa colección de monedas ibéricas de Lastanosa. (4)

Estos y otros trabajos análogos vinieron preparando la evolución del décimo octavo, iniciada por el eminente historiógrafo *Enrique Florez*, gloria de nuestra patria y de su Orden con su apreciable libro sobre las *medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos* de España (5) y generalizada por *José Eckel* en su celeberrima *doctrina numorum veterum* (6) habiendo seguido ambos análogos sistema con método semejante. En los estensos prolegómenos de sus obras respectivas, procuraron satisfacer las exigencias de la crítica histórica, mientras en sus minuciosos catálogos numarios atendían hasta las más modestas aspiraciones del mero clasificador. En ambos trabajos quedaron perfectamente deslindados la ciencia especulativa y el arte puramente práctico, y separado el camino que deberá seguir el numografo erudito del que habrá de emprender el colector por simple curiosidad, vana afición ó por pura grangería. Hacia la misma época iniciábase en España otro linaje de trabajos sobre monedas con el *diccionario nu-*

(1) Discorsi sopra le medaglie degli antiqui. 1555.

(2) Diálogos de medallas, inscripciones y otras antigüedades. 1567.

(3) De praestantia et usu numismatum antiquorum. Edit secund. Amsterdam 1671. Elzevir.

(4) Museo de medallas desconocidas españolas. Huesca 1645.

(5) Madrid 1757 á 1773.

(6) Viena 1792 á 1798.

numismático para la inteligencia de las medallas antiguas que publicaba Gusseme (1) y en Alemania con el *Lexicon universal rei numariae* que hacia Rasche del dominio público, (2) volúmenes de abrumadora lectura y de escasisima aplicación práctica, nunca muy manejados y que pronto quedaron relegados al olvido.

En el siglo actual, las *observaciones numismáticas de Borghesi* (3), al comenzar, y algo más tarde la *historia de la moneda romana de Mommsen* (4) han venido á imprimir elevadísimo impulso á la *numismática puramente clásica*, que es al presente una ciencia verdaderamente moderna, que tiene por objeto el estudio y la clasificación de las más viejas monedas acuñadas en el mundo antiguo, desde que dá principio el siglo VII.^o anterior á J. C. hasta que se aproxima á su término el V.^o de nuestra era, durante un período de tiempo de más de mil años.

En España no llegó á conocer estas dos últimas obras el laboriosísimo Sr. Delgado, ni alcanzó á inspirarse en tales modelos, contentándose con seguir modestamente en su *Nuevo método de clasificación* (5) las huellas del sabio Maestro Florez, mientras su discípulo el Sr. Zobel, nacido en Filipinas y educado en Alemania, procuró, no siempre con fortuna, aplicar las teorías mommsenianas al *estudio de la moneda antigua española*. (6)

Libros sin embargo de tanto precio y balumba algunos de ellos, no era posible que estuviesen al alcance de todos los coleccionadores, ni que estos pudiesen sacar gran provecho de su lec-

(1) Madrid 1773.

(2) Leiprig 1785 á 1805.

(3) París 1862. Oeuvres completes, tom. I.

(4) Berlín 1860.

(5) Madrid 1878 á 1880.

(6) Sevilla 1871 á 1876.

tura, á no dedicarles sobrado tiempo, de que no disponían y atentísimo estudio, al que no les cuadraba sujetarse. Por ello con el mejor acuerdo se ideó en el pasado y en este nuestro siglo, para vulgarizar las capitales doctrinas sustentadas por los numismáticos más conspicuos, compendiarlas y darlas á conocer en breve resúmen por medio de Manuales, de los que han visto algunos la luz pública en Italia, Francia, Inglaterra y Alemania, como entre otros:

Monaldini. *Instituzione antiquario-numismática*, Roma, 1772.

Zaccaria. *Instituzione antiquario-numismática*, seconda edizione. Venezia, 1793.

Caronno. *Munuale doctrinae numorum veterum á celeberrimo Eckhelio editae*. Roma, 1808.

Jacob Kolb. *Traité élémentaire de numismatique ancienne..... d'après celui d'Eckhel*. París, 1825.

Akerman. *Numismatic Manuel*. London, 1841.

Graesse. *Handbuch der alten numism.* 1854.

Pero de estos libros sin tener en cuenta el más antiguo uno ha sido editado de nuevo cuando ya era del dominio público el volumen primero de Eckhel (1) otro antes de los *Decadas numismáticas* de Borghesi (2) y los tres últimos cuando Mommsen aun no había hecho imprimir su *Historia de la moneda romana* (3) por lo que carecen al presente de todo interés por resultar sus autores en extremo atrasados en conocimientos.

Otra cosa era de esperar que debiera decirse de los compendios que más modernamente se han estampado en Francia y en Italia, especialmente de los tres tan conocidos.

Henín. *Manuel de numismatique ancienne*, 1839, edit. second-París, 1872.

(1) 1892.

(2) 1821.

(3) 1860.

Barthelemy. Nouveau manuel complet de numism. anc. et moderne 1866. edit. sec. París, 1890.

Ambrosoli. Manuale de numismatica, 1891. edit. secund. Milano, 1895.

siendo, sin embargo muy de extrañar que á pesar de las fechas respectivas de sus reimpressiones, no resulte ninguno de ellos á la altura de los adelantos de su época, variando en extremo el interés que despierta su lectura, más que por lo que de unos en otros se repite, por lo muchísimo interesante que omiten.

Henín. En los primeros capítulos de la segunda edición de su libro presenta un extracto de casi todos los de los prolegómenos de *Eckhel* terminando luego con el resumen del Catálogo general de los pueblos de Europa, Asia y África, que acuñaron monedas, siguiendo el que había publicado primero el sabio numógrafo vienés, descartando ó compendiando en extremo las disertaciones con que resulta ilustrada esta parte de obra tan monumental. *Reinach* califica de *mediano* el Manual de *Henín* (1) y por mi parte no habré de modificar esta apreciación aunque solo conozco la edición segunda y el crítico francés se refiere á la primera.

Barthelemy. El libro que ha publicado sobre monedas comprende dos partes, la una destinada á la numismática antigua y la otra á la moderna, resultando aquella en sus preliminares y en los prodromos de cada sección más compendiada que la de *Henín* pero redactados los Catálogos, aunque bajo el mismo método de eckheliano, con algún más desarrollo y acierto que los de su citado compatriota. El mismo *Reinach* se contenta con decir de este libro por todo elogio que es *cómodo para viajar*, como del de Graesse que es ya *raro*. (2)

Ambrosoli. El solo anuncio del manual numismático de

(1) Manuel de philologie classique, edit. sec. París, 1884. II. p. 154.

(2) Manuel de philologie classique, edit. sec. París, 1884. II. p. 155.

este profesor, que debía publicarse en Milán, despertó grandes esperanzas entre los que no podían olvidar que la Italia había sido cuna de Carelli, Cavedoni, Fiorelli, Garruci, Riccio, Salinas y de tantos otros numismáticos como han ilustrado aquella tierra verdaderamente clásica; pero bien pronto se desvanecieron tan halagüeñas ilusiones ante la más desconsoladora de las realidades, en el momento en que se hizo del dominio público libro tan pequeño, por demás exíguo para tamaño asunto, y desprovisto de cuantos caracteres son esenciales para hacerlo de alguna aplicación práctica, en la parte al menos que se refiere á la numismática clásica, que es la única de que debo ocuparme. Compendiar los elementos de una ciencia tan vasta en poco más de un centenar de páginas en diez y seisavo, podrá ser un *milagro del saber humano*, como ha dicho un ilustrado crítico italiano, pero resulta el más impío de los martirios, impuesto por un editor desalmado, que á impulso del frenesí igualitario, de que está poseído, se empeña en reducir todos los conocimientos al mismo tamaño microscópico, adaptándolos al lecho de Procrusto de que se vale y al que somete irremisiblemente sus Manuales. Quien tiene abnegación bastante para someterse á tan tiránica imposición debe conocer que no escribe un libro, sino que lo fabrica á gusto únicamente del expendedor.

Realmente no puede desconocerse, que los tres indicados manuales están muy lejos de satisfacer las más modestas aspiraciones de actualidad por sus numerosas y sustancialísimas omisiones, sin que por ello se exija una obra ni remotamente parecida al *Handbuch der roemischen Altherthumer* de Mommsen Marquard ni aun análoga á los *Elementa epigraphices graecae* de Franz; pero al menos algo semejante al *Traité d'épigraphie grecque* de Newton y Reinach ó bien al *Manuel d'épigraphie latine* de Cagnac en su última edición.

Cuando Eckhel fué llamado á la dirección del Museo Im-

perial de Viena eran dos los sistemas que estaban en práctica para la colocación en los vastos armarios de estos centros arqueológicos de la copiosa cantidad de monedas antiguas atesorada en los más ricos gabinetes numismáticos de Europa. *Froelch* las dividió en muchas series, siguiendo primero el metal y luego el tamaño, agrupando en las de oro las del módulo máximo, separadas de las del tamaño medio, como estas á su vez colocadas aparte de las del mínimo. En las de plata procedió lo mismo, siguiendo igual procedimiento en las de cobre, con lo cual resultaron todas las piezas amonedadas desde su origen hasta que termina el imperio romano fraccionadas en más de quince secciones. No hay que esforzarse en probar la falta absoluta de todo criterio racional y científico de que adolecía este método al que substituyó el de *Oiselinus* que tomó por punto de partida la división que se venía haciendo de las inscripciones romanas y que ha llegado con accidentales modificaciones hasta *Orelli* y su ilustre continuador *Henzen*. Dejando á un lado el metal y el módulo las compartió aquel en geográficas, de dioses y de diosas, de sacerdotes, de templos, de signos pontificales, de consagraciones, militares, de edificios públicos, de circos y de juegos, reservando una última serie con el nombre de miscelanea para las que no pudieran tener cabida en las anteriores categorías.

Aunque este procedimiento pueda ser de más utilidad que el de *Froelch* es necesario reconocer con *Eckhel* que producía también una confusión extrema para el estudio sistemático de la numismática clásica, dislocando grupos y separando á gran distancia piezas, que la proximidad de las respectivas zecas entre otras razones de gran peso, imponía la necesidad de que aparecieran en un orden más natural y consecutivo. *Eckhel* acudió á remediar estos defectos de sus predecesores dividiendo la numismática clásica en dos partes únicamente, abrazando la primera las monedas de las regiones, de

22

los pueblos y de los reyes y la segunda la de los romanos (1) comprendiendo en esta la serie consular por orden alfabético las familias de los triunviros monetales, por no ser posible adoptar el cronológico, que reserva para la de los emperadores; y colocando en aquella las monedas insulares después de las del continente á que estaban más próximas las islas que las acuñaban. De este modo trazó una línea divisoria entre las piezas monetales que habían seguido los sistemas ponderales griegos y babilónicos cualquiera que fuese el idioma en que estuviesen escritas sus leyendas y las que con epígrafe romano se sujetaban como unidad de medida al *as* á sus múltiplos y á sus divisores, excepción hecha de las de Sicilia que al lado del sistema púnico siculo tenía el de la *litra* para las acuñaciones griegas, que era peculiar de aquella isla y oriundo de la Italia donde la libra se compuso ó originariamente de 12 *uncias* formando la base del sistema monetario *ante-romano* de la vieja península italiota.

Este método de clasificación eckeliano que ha servido en el siglo actual para reformar el adoptado antes en epigrafía, no es posible sostenerlo hoy sino sujetándolo á las modificaciones que enseñan los grandes Cuerpos de inscripciones de la Academia de Berlín y del Instituto de Francia. Ante todo la división primaria ha de ser tripartita comprendiendo en la una las monedas con leyendas griegas, en la otra las que las tienen latina y en la última las que ostentan caracteres semíticos en los flanes de sus piezas amonedadas. Constituyendo el prodromo de la acuñación propiamente romana deberá figurar la antiquísima de los pueblos Italiotas independientes, etrusca y osca entre otros y como apéndice de la semítica ó de la helénica, la Cypriota, la de Lycia y Pamphilia, porque los alfabe-

(1) Eckhel, D. N. V I CLXXX *prima* (pars) numos urbium populorum, regnum, *secunda* monetam romanorum complecteretur.

tos de estas regiones antiguas tenían cierta mezcla del griego arcaico con otro al parecer más arcaico aún que introdujo en aquellos abecedarios signos que no son de puro origen fenicio. A las acuñaciones romanas de las colonias y municipios de la península española hay que agregar como preliminar las griegas de Emporitón y Rodeton, las neopúnicas de Cadiz é Ibiza, y algunas de las más arcaicas-romano-iberas, y como apéndice las más modernas de éstas, las romano-tartesias y las romano-obulconenses en su mayoría bilingües, acuñadas estas cuando se estaba ya en plena dominación romana en el norte, este y sur de las Hispanias. El peso y la lengua en que aparecen redactados los epígrafes monetales son los dos caracteres externos que hay que tener en cuenta para la exacta clasificación geográfica por naciones, provincias y pueblos en las tres grandes series monetales, la helénica, la romana y la semítica que se acaban de dejar consignadas.

No deben reputarse como monedas griegas, propiamente hablando, sino las acuñadas por pueblos que hablaban la lengua griega y en cuyas piezas amonedadas se ven leyendas helénicas; así como monedas romanas sólo las batidas con epígrafes latinos por ciudades que formaban parte de aquella república ó del imperio.

Las emitidas con inscripciones semíticas, sean fenicias, neopúnicas, hebreas, arameas, siriacas, paleo árabes, himyaritas ó etiópicas, cualquiera que haya sido la ley de su peso, constituyen una serie aparte, que no hay que confundir con las helénicas, todo ello en armonía con los citados Cuerpos modernos de inscripciones antiguas (1).

(1) *Corpus inscriptionum Graecarum auctoritate et impensis academiae litterarum regiae berussicae.*—Berolini, 1828 et seq. 4 volúmenes. Obra terminada, que comprende las inscripciones escritas en griego conocidas cuando se publicó.

Corpus inscriptionum latinarum concilio et auctoritate Academiae

Eckhel además de dejar consignada su división numaria bipartita en monedas de regiones, ciudades y reyes y en monedas romanas hizo notar que «los romanos usaron del latín, los helenos del griego, los fenicios, los hebreos, los hispanos y los oscos cada uno de su lengua respectiva según se ve en sus monedas», añadiendo que «las inscripciones numarias en otra lengua» que la latina y la griega «han sido explicadas en sus monedas respectivas ó se ha confesado no entenderlas, habiendo tratado de las inscripciones fenicias después de las monedas» con leyenda de este pueblo «uniendo á ellas los epígrafes de las de Cilicia, Sicilia, Punicas, Numídicas é His-

litterarum regiae borussicae.—Berolini, 1863 et seq. Obra aún no terminada que abraza todas las inscripciones romanas descubiertas.

Corpus inscriptionum italicarum antiquioris aevi, cura et studio Ariodantis Fabretti. Aug. Taurinorum.—1867 et seq.—Comprende las inscripciones oscas, samnitas, umbrias, etruscas y demás antiquísimas de Italia.

Monumenta linguae ibericae edidit Aemilius Hübner Berolini, 1893. Abraza las inscripciones de las Hispanias, griegas, iberas, obulcorenses y tartesias.

Corpus inscriptionum semiticarum ad Academia inscriptionum et litterarum humaniorum conditum et digestum Paris, 1881. Obra no terminada. Abrazará las monedas semíticas bajo este plan preinserto en la Introducción de la obra.

Monedas de la Fenicia.

- » de Citium y Marium en Cypre.
- » de Cartago y África.
- » de Sicilia y las Islas vecinas.
- » de Malta y de España.
- » Hebreas de Jerusalem.
- » Arameas de Cilicia y Capadocía.
- » Nabatheas de Hauran y Pelta.
- » Seríacas de Edessa y de la Characena.

Monedas árabes primitivas de los musulmanes.

- » himyaritas.
- » Ethiopicas.

Apéndices.

Monedas Cypriotas.

- » de Pamphilia.
- » de Lycia.

pánicas por parecer derivarse del idioma fenicio (1).» El sabio vienés entrevió ya la tercera división monetar de las piezas semíticas que después han venido á justificar la Academia de Berlín y el Instituto de Francia.

Henin y Barthelemy sólo indican en algunos casos las monedas que no tenían leyenda griega ni latina poniendo el uno la nota de *moneda autonoma*, que es una nomenclatura absurdísima, y el otro notando el idioma en que está grabado el epígrafe numario. Pero el doctor Ambrosoli va más allá, no dedicando la menor palabra á las acuñaciones semíticas, etruscas ni iberas, que mezcla y revuelve lastimosamente con las helénicas, empezando antes por afirmar muy serio que *la numismática antigua se divide en dos secciones, la serie griega y la serie romana, comprendiendo en la primera no solo las monedas propiamente griegas, sino también todas las de los otros pueblos antignos extraños á Roma*, error crasísimo, que acentúa aún más al fijar en el PROSPETTO DE LA SERIE GRECA como primera nación de la Europa, comprendida en la dicha serie griega, la Hispania dividida en sus tres regiones de la Lusitania, la Betica y la Tarraconense. Para conocer lo absurdo de semejante clasificación bastará recordar que la Lusitania sólo acuñó bronce en Balsa, Ebora, Myrtilis, Ossonoba, Pax Iulia y Salacia, plata en las monedas militares del propretor Carissió en Mérida, todas ellas sujetas al tipo romano del *as* y del *denario*, cuando las legiones llevaban tiempo de ocuparla. En la Betica ante-romana se acuñó plata y cobre en Gades, de la talla sículo-púnica y después de la ocupación de las legiones, monedas de plata iberas y de cobre tartesias y abulconenses también del tipo del *as* y del *denario*. En la Tarraconense se acuñó primitivamente plata en dos pueblos griegos, Emporia y Rode-

(1) Eckhel D. N. V. I., cap. xvii, § iv, p. xcii.

24

ton, bajo la talla foceo-babilónica y luego en varios otros iberos plata y cobre de talla romana. Entre ambos períodos I biza acuñó plata y cobre del marco púnico-sículo y en las tres dichas regiones hispanas desde fin de la república hasta Calígula se batieron monedas de cobre con el peso del as y de algunos de sus divisores. ¿Con qué razón ha podido nunca la Lusitania y la Bética figurar por sus monedas en la serie griega cuando jamás acuñaron piezas con leyenda helénica ni sujeta á ninguno de los patrones ponderales de las numerosas monedas de los pueblos griegos? ¿Cómo se intenta esta clasificación cuando la mayoría de las monedas hispanas son municipales, coloniales é imperiales de cobre con leyenda y peso puramente romano formando una excepción las pocas griegas y las escasas púnicas, puesto que las iberas y las bilingües tartesias y obulconenses se sujetan al patrón romano?

Los tres manualistas más modernos de que voy ocupándome omiten dos detalles interesantísimos especialmente en sus Catálogos y que son el peso y el nombre de las monedas que describen, *óbolo* ó *drama*, *sestercio* ó *triens*, echando completamente en olvido á *Mommsen* y á *d' Ailly* ó afectando no dar importancia á lo que la tiene tanto para la más puntual y exacta clasificación numismática.

Habiendo empezado al comenzar el siglo VII antes de J. C. la acuñación del oro en la Lidia y la de la plata en Egina, muy pronto se extendió el uso de la moneda, haciéndose sentir la necesidad de batirlas entre los demás pueblos helénicos y no helénicos, que con los griegos estaban en contacto y en íntimas relaciones comerciales.

De Sardes en la Lidia se extiende la monetización de los dos metales á las costas del Asia menor al litoral de la Grecia y de la Macedonia, y de la Isla de Egina al continente helénico, de manera que en el siglo VI.^o acuñaban moneda todos los pueblos que hablaban la lengua griega.

Cuando en el v.^o Darío manda sus soldados á la Grecia para ser vencidos en Marathon y su hijo Xerxes más tarde su numerosa flota para ser destrozada en Salamina, los Fenicios que estuvieron en contacto con Persas y con Helenos acabaron por adoptar también la invención de la moneda como elemento altamente mercantil y civilizador.

Cuando Cyrus derrotó á Cressus y se apoderó de Sardes, capital de Lydia, apenas mediado el vi.^o siglo los persas comenzaron á usar la moneda, batiendo años después sus célebres dáricos.

Hasta el siglo iv.^o los Etruscos no acuñan definitivamente oro y plata.

En el mismo siglo iv los Cartagineses hacen acuñar en Sicilia sus primeras monedas, por el sistema sículo, para atender en aquella Isla al mantenimiento del ejército de ocupación. Algún tiempo después los mismos Cartagineses en África acuñan monedas á fines análogos por el sistema ponderal fenicio (1).

Pero no todos los pueblos, que se aprovecharon de esta invención, ni aun los de la Hélada continental propiamente dicha, acuñaron los mismos metales con análoga proporción, con pesos y unidades ponderales semejantes ni con múltiplos y divisores idénticos; porque es fuerza tener muy presente que no fué la Grecia una gran nación unida y compacta como el Egipto y la Asiria, formada de todos los que hablaban el idioma helénico, sino, á su comienzo un conjunto de pequeños principados federales, y más tarde, al terminar el período heroico una mezcla de repúblicas tan reducidas que el territorio de algunas de ellas por no decir de todas, tenía una extensión

(1) Tal vez al final de este mismo siglo comienza la acuñación en las costas africanas y españolas.

algo menor que cualquier *latifundia* (1) romana de época posterior. Semejante profusión de Estados tan diminutos unidos solamente por el estrecho lazo de una religión, llena de poesía y de misteriosos encantos, había tenido sus similares en siglos muy remotos en las monarquías sacerdotales que al amanecer de la historia, apenas se vislumbran hoy, existiendo entonces en la región memphítica cabe el Nilo y en la que más tarde puebla la Caldea y baña el Enfrates. Estas últimas, las egipcias como las babilónicas, produjeron á Thutmes III.º y los dos Rhamses, á Salmalasar V.º, á Navopolassar y su hijo, mien-

(1) En uno de mis libros impreso antes de 1892 y después en una monografía epigráfica del 1900, me he ocupado de las *latifundias* plinianas, que nunca pueden compararse á nuestras modestas posesiones de campo modernas, porque reunidas todas las más extensas no llegarían á ser de la extensión de la dozava parte del África—*sex domini semissem Africae possidebant*,—que formaba una de aquellas á que se refería el Naturalista al comenzar el imperio. (XVIII, 35).

Nadie pudo entonces parar mientes en esta palabra usada en un libro, que no había de salir á la venta; pero ocurresele años después á una de nuestras más presumidas notabilidades plagiar cierta manoseada frase puesta en moda por un conocidísimo economista francés, y denomina á nuestras modernas dehesas *latifundios*. Sus admiradores actuando después en la prensa diaria de humanistas rezagados, se apresuran á enseñar que «*latifundium* es neutro y su plural *latifundia*, usado por Plinio nada tiene de femenino, á pesar de la terminación,» y pudieran haber añadido, *ni tampoco de masculino*.

La Academia de la Lengua, que con tanto esmero recoge todas las barreduras de nuestra moderna *lingua rústica*, debiera leer atentamente tan curiosa anotación, y así como ha decretado, contra la opinión de todos los latinistas franceses, ingleses, italianos y alemanes, que la R noble es una letra sola, distinta de la sencilla, y no debe dividirse á principio de renglón, como se ve practido en todas las ediciones de los clásicos latinos hechas en las citadas naciones europeas, sería igualmente oportunísimo que ordenase que los plurales neutros de la segunda y tercera declinación latina al pasar á nuestro idioma debería conservar siempre su artículo de origen, diciéndose: *folium*—lo hojo—*folia*—los hojos, en vez de *la hoja, las hojas*; *Caput*—lo cabezo—*capita*—los cabezos—y no *la cabeza, las cabezas*; *Uber*—lo ubre—*ubera*—los ubres—nunca *la ubre, las ubres*.

tras aquellas vinieron á ser deshechas sin gloria 146 años antes de J. C. por las armas romanas comandadas á la postre por Mummio, general vulgarísimo, que consideró á Corinto y las admirables obras de arte que embellecían la Grecia como un almacén de juguetes, que iba á regalar á sus conciudadanos. Las inquietas repúblicas griegas alimentaban por su misma pequeñez envidias y rencores en sus recíprocas relaciones internacionales, y sufrían en su constitución interna imposiciones personalísimas del despotismo más ó menos ilustrado, más ó menos grosero de los eupatridas, de los plutócratas ó de los demócratas, nobles, ricos y plebeyos. Por ello no es de extrañar que todas las regiones de la Grecia no acuñasen desde un principio monedas iguales de oro ó de plata, sujetas al mismo patrón ponderal, ni con idénticos divisores y múltiplos y que se conociese tanta diversidad de unidades monetarias con pesos tan distintos.

La statera de oro de Lidia como la de Focea pesaba 16 gr. 50 y sus dos terceras partes ó séanse 11 gr. era el peso de la plata, unidades ponderales adoptadas en Persia para los dáricos.

El siclo de plata babilónico tenía 11 gr. 22, cuyo tipo ponderal predomina originariamente en el Asia menor, la Fenicia y la Grecia asiática para sus diversas emisiones monetales.

La statera de plata de Egina pesaba 12 gr. 51 y su mitad representó más tarde la drachma de 6 gr. 25, cuyas dos unidades de peso se extendieron para las acuñaciones por la Grecia europea.

Las monedas propiamente griegas, batidas en pueblos helénicos, formaban dos series diversas correspondientes á su doble origen; las de oro seguían la talla del talento Eúbico y las de plata el babilónico. El talento Eúbico valía 3000 dáricos de oro de 8 gr. 36, cada uno, pesando 25080 gr. y el babilónico de plata equivalía á 3000 stateras persas de plata de

11 gr. 14 importando 33440 gr. El antiguo talento de oro asiático pesó 26196 gr. y se llamó también Eúbico siendo el que más tarde se denominó igualmente ático.

La base de la moneda de Asia fué el oro, y la de las acuñaciones de la Grecia la plata, partiendo esta última de la statera babilónica de 11 gr. 14. Esta unidad ponderal pareció demasiado fuerte á los griegos isleños quienes idearon la drackma de 6 gr. 25, mitad de aquella en la serie Egineta de 12 gr. 51 ó bien la de 4 gr. 17 tercera parte de la misma moneda de Egina, cuyas divisiones se extendieron por el resto de la Grecia continental escepto Atenas y Corinto.

El profesor Mommsen apoyado en una inscripción griega bien conocida deduce con exactitud que cien drackmas de las acuñadas antes de Solon en Atenas eran iguales á 138 de las batidas después de la reforma de aquel legislador, y como las drackmas aticas más modernas pesan proximamente 4 gr. 366 las antiguas debieron haber tenido 6 gr. 025, cuya cifra es casi igual á la de 6 gr. 20, que ha producido á dicho profesor como término medio el peso de varias drackmas áticas antiguas. Estos dos resultados vienen á poner de manifiesto que la drackma ática primitiva de 6 gr. 20 equivalía á la mitad de la statera de Egina, que, como se ha visto pesaba 12 gr. 51. En Corinto como en Atenas esta misma statera Egineta representaba la *didrachma*, su mitad la *drachma*, su cuarta parte el *trióbolo* y una doceava el *óbolo*; mientras en otros pueblos también griegos se dividía la misma statera de plata por terceras partes, para sus drachmas de 4 gr. 17 y para sus trióbolos de 1 gr. 36.

La reforma de Solon consistió en sustituir á la statera de plata de Egina de 12 gr. 51, la de Lidia de 16 gr. 50, que pesaba tanto como el dárco persa. El medio dárco se hizo equivaler al didrachma, con lo que la drachma ática de Solon resultó próximamente de peso de 4 gr. 36 y la tetradrachma de 17 gr. 46.

El sistema de Corinto tiene también por base el dáríco de plata. Una moneda de dicho metal batida ciertamente en aquella ciudad después de la reforma Soloniana pesa 8 gr. 66, que equivale proximamente á la didrachma ática.

Este nuevo tipo numario ponderal pasó pronto a Sicilia, á la Italia y á la Cirenaica, si bien en la Italia, mientras la Etruria emitía la plata, tallándola por el sistema ático de Solon y batía el oro con arreglo al marco de Mileto, las colonias calcídicas usaban el Egineta, las foceas y las de la Campania el persa, en tanto que aparecía la moneda indígena de cobre sujeta á una nueva unidad ponderal peculiarmente italiota que se denomina *litra*.

Los Rhodios acuñaron primitivamente tridrachmas y tetradrachmas y más tarde tetradrachmas, didracmas y dracmas que tuvieron mucha circulación, siendo su sistema de monetización muy semejante al de Tiro, fluctuando el peso de su unidad monetaria de 14 gr. 73 á 12 gr. 69 y teniendo además piezas de 6 gr. 93, de 4 gr. 53 y de 3 gr. 37 que pueden considerarse como la mitad, la tercera y la cuarta parte de la dicha unidad apesar de las pequeñas alteraciones indicadas en su peso. La más pequeña de estas fracciones es la que con más frecuencia se encuentra; algunas veces se le consideraba también como drachma y entonces la unidad de 14 gr. 73 á 12 gr. 68, por término medio 13 gr. 21, pasaba á la categoría de tetradrachma. Distintas de estas drachmas de Rhodes y de las de Atenas eran las de Mileto, cuya monetización seguía la talla oriental. Su principal unidad pesaba 10 gr. 59, que era muy rara, y sus divisores de 8 gr. 39, de 6 gr. 61, de 5 gr. 14, de 3, 63 y de 1, 71 equivalían á una, dos, tres, cuatro y cinco sextas partes de la referida unidad de 10 gr. 59, que representaba la drachma de Mileto.

Los griegos del Asia menor venían acuñando el oro y los del continente y las islas la plata bajo tan diversos sistemas

ponderales, cuando la Sicilia ya muy tarde, probablemente del 560 al 481 antes de J. C. comienza á acuñar habiendo adoptado con cortas excepciones el nuevo sistema ático; pero al iniciarse las emisiones Siculas se introduce en la monetización otro nuevo metal, el cobre, y otra nueva unidad de peso, que como ya he dicho era indígena y se denominaba *litra*, equivaliendo á la quinta parte de la drachma Atica de 4 gr. 36 ó séanse á 0,87 centigramos, peso también de la libra de cobre. La *litra*, que como ya he indicado no fué de origen griego sino italiota, era usada por los Sicilianos antes de que comenzasen á acuñar sus primeras monedas, siendo el peso normal de la hemílitra de 0,43 centigramos correspondiendo á las tres quintas partes del óbolo ático de 0,74 centigramos, que es la sexta parte de la drachma Atica de 4 gr. 36.

El talento de plata babilónico equivalía á 3000 stateras de Babilonia de 11 gr. 14, importando 33440 gr.: la tercera parte de dicha statera ó séase la pieza amonedada de plata de 3 gr. 71, se denominó drachma, la doble de 7 gr. 42 didrachma, la cuádruple de 14 gr. 82 tetradrachma, como la sexta parte del drachma pesando 0,62 centigramos se dijo óbolo, del sistema greco-babilónico, que fué el adoptado en el Asia menor, el que se generalizó en la Gran Grecia y el que usaron los Rhodios fundadores de *Massalia*, *Emporiton* y *Rhodeton* en las Galias y en las Hispanias, de quienes lo recibió la primera de dichas colonias.

De Emporiton se conocen, según el Sor. Zobel, tres acuñaciones, la más antigua de moneditas de plata, que pesan las unas 1 gr. 15, las otras 0,60 centigramos y algunas 0,57.0,32. 0,26 y 0,14 centigramos también: las monedas del período siguiente son de 0,90 y de 0,52 centigramos y las de la tercera época de 0,65 y de 0,40 centigramos. De Rhodeton hay también monedas análogas de planta y de ambas poblaciones, otras que pesan, las de Ampurias de 4 gr. á 5 gr. 6 y las de

Rosas de 4 gr. 43 á 5 gr. 0,5. Poseo cuatro ejemplares, dos de cada población, muy bien conservados, especialmente los de Emporiton, que pesan éstos 4 gr. 61 el mejor y 4 gr. 18 el otro, mientras los de Rhodeton, no en tan buen estado de conservación, alcanzan 4 gr. 74 y 4 gr. 60, pareciendo en todos ellos que presentan algún desgaste por los cantos, intencional acaso y no casual.

Las moneditas de plata de los pesos mínimos de ambas colonias greco-hispanas, estima el mismo Sor. Zobel que pertenecen al sistema foceo-babilónico marsellés y las de los tipos más altos que provienen de la aplicación en las dos indicadas poblaciones helenas del norte de España del sistema aureo púnico siciliano, adoptado por los Cartagineses en Sicilia en sus primeras acuñaciones de oro. Por mi parte dejo á su inventor toda la responsabilidad de este acerto, aceptando sin embargo desde luego el que después establece cuando fija la época de las emisiones Emporitanas y Rhodenses del 280 al 240 antes de J. C.; cuando aún todavía no se había celebrado el tratado de 226, que fijó el Ebro como frontera entre las posesiones púnicas españolas y las posesiones greco-hispanas, que quedaron bajo el protectorado de Roma.

M. R. DE BERLANGA.

(Concluirá.)



TAULA DEL CARTULARI DE S. CUGAT DEL VALLÉS

(Continuació)

N.º 401—996—27 Set.—10 de Huch.

Lo levita Isimbart dona á S. C. casas, vinyas, terras, horts, molins, etc. situat á Sta. Margarida.

Confr. á T. ab terra de Rich y de Lindul, á Ag. ab terra de Albarich, de Guillem y vinya de Ursi y de Adroer, á M. ab vinya y terra de Guilbert, á P. ab la roca y los ríus de S. Martí y Vidrá.

N.º 402—1108—5 Nbr.—1 de Lluís.

Testament del levita Seniofret.

N.º 403—1011—18 Octub.—15 de Robert.

Adalbert fill de Wiriberga llega á S. C. la torre anomenada Moga (1), vinyas y terras en lo terme del castell de Olérdula, y lo castell de Albinyana.

N.º 404—1011—29 Juliol.—15 de Robert.

L'any que 'l Comte Ramon y son germá Ermengol tornaren de Córdoba contra las bárbaras naciones, morí Adalbert fill del Ves-Comte Guitart qui llegó a S. C. la torre de Mogia.

N.º 405—1114—25 Abr.—6 de Lluís.

Rotlan Abat de S. C. ab sos monjos estableix als cónjugs Bernat Arnau y Sicars los feus que Arnau pare de dit Bernat te per S. C. y ensemps los hi comanan la ballia de Moia ab la torre que han de construir y que la defensin.

(1) Moja

ESTUDIOS NUMISMÁTICOS

DE ALGUNOS MANUALES DE NUMISMÁTICA CLÁSICA

(CONCLUSIÓN)

Como ya he indicado, con ocasión de las Guerras médicas vuelven los fenicios en el siglo V.^o á estar en contacto con los Griegos, de los que se mostraban apartados, recibiendo de ellos la bimonetización, que hacía dos siglos habian inventado, adaptándola al sistema ponderal babilónico, cuyo siclo de 11 gr. 22 es la unidad, cuya tercera parte produce la drachma fenicia de 3 gr. 77. La tiria según el testimonio de Flavio Josefo, en que se apoya Mommsen, pesaba de 3 gr. 78 á 3 gr. 36 siendo tan rara como la didrachma, mientras que eran muy numerosos los tetradrachmas de 14 gr. 34 á 13 gr. 36. Alejandro el grande generalizó la drachma Soloniana de Atenas de 4 gr. 36; á su muerte en 323 antes de J. C. la Fenicia entró á formar parte de una de las diferentes Satrapías en que se dividieron las vastas conquistas del guerrero macedonio, y algo después las acuñaciones monetales de aquella region del Asia en vez de adoptar la moneda ática subiendo el tipo ponderal del Siclo babilónico de 11, 22 á la Stetera de plata de Egina de 12 gr. 51, redujo el dicho siclo á 10 gr. 90 y hasta 10 gr. 20, resultando de su tercera parte la drachma de 3 gr. 63 y de la sexta parte de la drachma el óbolo de 0,60 centigramos, aquella con 14 centigramos y éste con tres menos que la drachma y el óbolo, divisores del siclo babilónico de 11 gr. 22. Cuando 574 años antes de J. C. cayó Tiro en poder de Nabucodonosor

Tom II no 33
Volumen III
Sep - Oct 1902

y perdieron los Fenicios sus posesiones de la Hispania, aun no conocían las monedas inventadas apenas hacía un siglo en Lidia y en Egina. Cuando poco después, los Turdetanos se levantan en armas contra Gadir, cuyos moradores, Fenicios como los Penos, se ven obligados á pedir y aceptar el auxilio de sus congéneres los Cartagineses, estos nuevos protectores aún desconocían también la monetización griega. Así se explica que en el sarcófago de Cádiz, del siglo V.^o anterior á nuestra era no se encontrase moneda fenicia ni púnica, que aún no habían comenzado á batirse por Tiro ni por Cartago. Al correr el siglo IV.^o fué cuando esta república africana se hizo batir monedas en Sicilia según el patrón de la drachma ática de Solon adoptado en Moyta y Selinunto, colonias en otro tiempo de los fenicios, para la plata, siguiendo para el cobre el sistema de la litra italiota, que pasó luego íntegra á las acuñaciones romanas.

La bimonetización se extiende de Cartago á la Numidia, la Mauritania y la Hispania, adoptando las Ciudades de las dos primeras para sus más antiguas acuñaciones de plata el marco al parecer tirio. Los grabadores y los tipos de las monedas púnicas de Sicilia del Africa y de la Hispania son originariamente griegos como á veces hasta sus símbolos. Los reversos de la Státera de oro de Cysico ostentan como emblema las pelamides lo mismo que los de las drachmas de plata gadéritanas. Las monedas púnicas de Gadir presentan á la vez en sus anversos la cabeza de Hércules cubierta con la piel de león como los tetadrachmas de Alejandro magno.

Las más antiguas monedas hispanas comienzan á circular unos veinte años antes que concluyera la tercera centuria, que precedió á J. C. para terminar con Calígula, cuando aún no era mediado el siglo primero de nuestra era. Tan largo período tres veces secular debe considerarse dividido en dos épocas diversas, comprendiendo la una las acuñaciones de plata y co-

bre preromanas, que se comenzaron á emitir hacia el 279 antes de J. C., durante la república, para terminár cuando aun no había logrado Augusto la sumisión de la península cispirenaica, y abarcando la otra desde esta fecha hasta la muerte del sucesor de Tiberio en 41 de nuestra era.

Rhode y Emporia al pie de los Pirineos orientales en las costas mediterraneas de las Hispanias fueron las que hicieron batir por la fecha indicada del 279 antes de J. C. las primeras monedas peninsulares que son sus conocidas drachmas de plata, con leyenda griega del sistema ponderal foceo-babilónico.

Aun no era pasado medio siglo, hacia el 237 antes de J. C. Gadir y Ebusus ponen en circulación sus monedas también de plata y luego las de cobre, con leyenda púnica y de la talla púnico-sícula, á las que siguen después las de cobre de algunas otras estaciones navales cartaginesas del litoral de la Bética, como Malaca, Sexs y Abdera.

Cuando aun no habían pasado los postrimeros años de ese mismo siglo tercero algunas poblaciones de los Ilergetes, como otras de los Yacetanos y de los Ilercaones, comienzan á batir piezas de plata con leyendas íberas y el peso del denario, á las que los romanos dan el nombre de *argentum oscense*, según el testimonio de Livio, emitiendo casi al mismo tiempo las numerosas monedas de cobre, también con letras ibéricas, y el peso del as ó de sus divisores, que llegaron propagándose del Norte al mediodía hasta Ilíberis y Cástulo.

Entre estas dos poblaciones indígenas y la fenicia Gadir existía la región tan renombrada de *Tartesssus*, donde mucho más modernamente se pusieron en circulación algunas monedas de cobre del sistema romano, mandadas batir al parecer por Africanos, que venidos con los Cartagineses importaron á la Bética el alfabeto que usaban en su patria de origen.

Todas estas emisiones se hacían por pueblos autónomos completamente independientes del yugo romano, para atender

á las necesidades de sus mercados respectivos, modeladas en troqueles griegos como lo demuestran las hermosas cubezas de perfil del Heracles gaderitano, del Cabiro malacitano de las más antiguas emisiones, y los elegantes tipos de algunas de las ibéricas de Ilerda, Osca y Arse.

Esta monetización vino sosteniéndose con más ó menos dificultad no ya hasta que el primer africano arroja los ejércitos cartagineses del país sino mas bien hasta que Cayo Julio Cesar después de la campaña pompeyana prosigue en su empeño de romanizar la península, cuyo proyecto desarrolla su sobrino con mayor reposo, después que somete á los Astures y Cantabros rebelados. Aunque Itálica fué creación de Publio Scipion, el vencedor en Zama, Corduba, á lo que se cree de Claudio Marcelo y Valencia de Junio Bruto, todas ellas con anterioridad al Dictador Julio Cesar, la verdad es que hasta más tarde ya comenzado el imperio no tomaron incremento las colonias y municipios hispanos. Entonces la generalidad de aquellos pueblos independientes cambian su antigua libertad política por la más completa sumisión á la legislación de Roma, que reciben voluntariamente, conservando los más favorecidos, que eran los que gozaban de la *civitas*, el derecho de acuñar moneda local de cobre, PERMISSV CAESARIS, como *Corduba*, trocado su nombre por el de *Colonia* patricia, y *Ursao* transformada en *Iulia Genetiva*.

Pero los centros de población, que solo alcanzaban la *latinitas* de la época de los Flavios, como aconteció á *Málaca*, perdían también con su independencia la facultad de tener abiertas sus fábricas de monedas. Ultimamente las nuevas emisiones monetales del período imperial, que comienzan con Augusto, terminan como ya he dicho con Calígula, con quien finaliza la acuñación regional de la Hispania, siendo sustituido este numerario peninsular por el general del imperio, que es importado de Roma.

Estas brevísimas indicaciones, que aparecen completamente justificadas en las primeras páginas de la Historia de la moneda romana del profesor Mommsen, donde se encuentran comprobadas las cifras de pesos que dejo aducidas, justifican por completo la afirmación que hice al principio que en la monetización de los pueblos de origen helénico y que se valían de la lengua griega, no se adoptó ni un mismo sistema ponderal, ni un tipo igual de piezas amonedadas, acuñando cada cual los múltiplos y divisores de la unidad monetaral que les plació, y que mayor disparidad se observa aun entre las acuñaciones de los pueblos no dependientes de la Grecia, como la Persia, la Fenicia y la misma Cartago, los que por más que afectaron unos seguir la talla helénica, los más adoptaron la babilónica sin perjuicio de alterar sus tipos según sus necesidades ¿De dónde ha podido deducirse, pues, que la moneda de cobre de Celsa con el peso del as, con símbolos y leyenda en caracteres indubitadamente iberos, pueda ser nunca clasificada como una moneda de la serie griega, como con toda tranquilidad lo afirma el señor Ambrosoli, en las primeras páginas de su Manual?

Más motivo habría para suponer la monetización romana de origen egipcio ó caldeo muy primitivo, desarrollada después bajo el sistema helénico, sin tomarse otro trabajo que el modificar los nombres á algunas piezas monetales de las emitidas por dicho pueblo.

En efecto; en la historia de la numismática clásica hay un hecho que aun permanece inexplicado. En el siglo XI.^o antes de J. C. se sabe de una manera positiva que los egipcios se valían del cobre como elemento representativo del valor de las cosas que compraban, que satisfacían primitivamente en informes lingotes, que sometían al peso en cada transacción. Estos lingotes se redujeron á la forma general de pequeños ladrillos con peso determinado que á cada transacción ratifica-

ban con la balanza. La unidad superior para estas piezas de cobre era el *uten*, con peso de 94 á 96 gr. según las épocas, que se componía de 10 *kite* pesando cada uno de 9,40 á 9,60 gr.

En la misma centuria oncena en Caldea se valían, para idénticos fines de abonar el precio convenido de lo que se compraba, de pequeños círculos ó anillos de oro y plata de peso determinado que se justificaba también con la balanza cuando se entregaban en pago de cualquier objeto. La unidad ponderal para el oro era el siclo de dicho metal con 8,415 gr. y para la plata en pequeñas sumas el siclo de 11,22 gr.

En la Grecia prehomérica, muchos siglos antes del VII.^o que precedió á J. C., el elemento rudimentario de la moneda fué el pedazo de metal más ó menos precioso, que se entregaba al peso como precio de lo que se adquiría por compra (1)

En el indicado siglo VII.^o los de Lidia y los de Egina casi simultáneamente idearon el estampar una marca determinada sobre la haz de pequeños pedazos ovalados de oro y plata con un peso fijo en cuanto era posible, dados los imperfectos medios que tenían para ello, con lo cual produjeron la *Statara* de oro ó de electro de 16,50 gr. y la de plata de 12,51 gr., cuyo peso no necesitaba ya rectificarse, con lo que la moneda quedó inventada yendo perfeccionándose con los siglos hasta producir admirables obras de la glíptica griega.

Algunos siglos más tarde corriendo el IV.^o en la misma Italia aún se usaba para las compras ventas del *aes rude*, pedazo informe de cobre fundido que se entregaba al peso al perfeccionarse el contrato y al que sucedió el *aes signatum* con peso fijo en libras italiotas y sellado en su origen con figuras de animales, viniendo por último el *aes grave* con el peso de una libra, y sus fracciones hasta la onza. Estos pedazos

(1) Hom. *Ilías* VII. v. 472.

de metal que se veían en Etruria, en Umbria y en Roma mismo, se equiparaban con las monedas, que parecieron surgir del *aes grave* y que no empezaron á circular en la dicha Roma hasta la época de los decemviros.

En efectó hacia el 451 antes de J. C. empiezan á acuñarse en la capital de la naciente república el as libral, con el tipo reglamentario de 12 onzas, y sus divisores, el semis, el triens, el quadrans, el sextans y la uncia. El peso legal del as libral debía ser de 327,45 gr. pero nunca alcanzaba esta cifra, teniendo por término medio 10 onzas solamente y 272,88 gramos. Duró este sistema desde los decemviros hasta la primera guerra púnica proximamente siendo coladas las cuatro primeras clases de monedas, y batidas las dos últimas, por ser muy pequeñas.

En 264 antes de J. C. se verifica una sensible disminución en el peso de estas monedas de cobre, quedando reducido el *as libral* á la categoría de *triental* ó de 4 onzas con sus multiples, el dispondio de ocho y el tripondio de 12, con lo que solo se alteró el nombre de las antiguas monedas de cobre llamando *as triental* al *triens* primitivo y tripondio al *as libral*, introduciéndose una nueva moneda, el *dupondio*, que equivalía á un duplo del antiguo *triens*. Por entonces también comienzan á acuñarse, no á fundirse, los denarios de los Dioscures, pesando 4,54 gr. con sus divisores el quinario de 2,27 gr. y el sestercio de 1,13 gr. las tres de plata fina, á los que siguen después los bigatos con reverso de Diana ó la Victoria guiando un carro, tirado por dos caballos, los quadrigatos en los que figura Júpiter ó la Victoria conduciendo una cuadriga y los victoriatos con cabeza de Júpiter y la Victoria coronando un trofeo. Durante la dicha primera guerra púnica el *as triental* de cuatro onzas bajó á sextancial ó de dos, peso que conservó hasta la segunda.

En 217 antes de J. C. la ley Flaminia hizo descender el *as sextancial* á *uncial*, ó de una onza reduciendo el peso del denario

de plata á 3,89 gr. el del quinario á 1,94 gr. y el del sestercio también de plata á 0,97 gr. El victoriato, que fué una moneda de plata sin curso legal en Roma, sino solo en la Iliria, emitida para poder hacer concurrencia á la que allí corría, pesaba en su origen 3,41 gr. habiendo bajado á 2,92 gr. Durante esta misma segunda guerra púnica los generales romanos tuvieron que acuñar oro para atender á necesidades perentorias de la campaña cuya circulación fué pasajera, habiendo tenido estos aureos de valor sesenta, cuarenta y hasta veinte sestercios de plata.

En 154 antes de J. C. se crean los triumviros monetales y en 89 antes de J. C. la ley Plautia Papiria reduce á la mitad el *as uncial* ó séase á media onza, acuñándose en 87 los aureos militares de Sila, en 81 los de Pompeyo y en 46 los de Cayo Julio César, deteniéndose la circulación del cobre durante el periodo Sulano.

Al comenzar el imperio el Senado-Consulto del año décimo quinto anterior á nuestra era arregló la acuñación del cobre, reduciendo el as á un cuartillo de onza; el dupondio, que era de latón, á 2 onzas, y el sextercio de cobre á cuatro: estas tres piezas monetales son las llamadas por el vulgo de los especuladores en este género de antigüedades, pequeño, mediano y gran bronce. Respecto de la plata el denario de Augusto siguió pesando 3,89 gr., el quinario ó su mitad 1,94 gr. y el sestercio de plata 0,97 gr. Los denarios de Nerón y de Severo alcanzaron un peso de 3,41 gr., pero perdieron en la calidad del metal por su mayor liga.

Y aquí habré de detenerme, porque sería fuera de mi propósito el seguir indicando las alteraciones introducidas en el siglo IV.^o de J. C. en la acuñación del cobre por Diocleciano que sólo conoció el *as imperial*, de la cuarta parte de una onza por haber desaparecido mucho antes sus dos múltiplos y sus dos divisores, así como las variaciones á que sometió Constantino el grande las monedas de plata, porque el pequeño dena-

rio de cobre de aquél y el miliarensis de plata de éste son ya monedas degeneradísimas, cuya descendencia del as libral de los decemvires y del denario de los Dioscuros, es imposible fijar porque en vano se buscaría un punto de conexión entre aquél y este sistema de acuñación.

Estos hechos comprobados por los historiadores, las inscripciones y las monedas mismas vienen á dar á conocer, que de los Egipcios tomaron los griegos y los etruscos los ladrillos de metal como tipo del precio de las cosas venales, éstos directamente desde sus primeras campañas en las tierras que baña el Nilo, aquéllos por intermisión sin duda de los navegantes fenicios. Además se desprende de lo aducido que, inventada la moneda de oro en la Lidia y la de plata en Egina, la Grecia toda aceptó tanto la una como la otra, que pasó á la Persia, á la Fenicia, á la Etruria, á Carthago, á Africa, á Roma, á las Hispanias, donde se acuñaron monedas por artífices griegos, con tipos también griegos, pero con pesos desemejantes, según el sistema ponderal á que se sometían, diferenciándose por lo tanto por su diverso modulo y sobre todo por los distintos idiomas y los diferentes signos gráficos de las leyendas grabadas en las numerosas piezas que cada país emitía para atender á las necesidades de su tráfico especial.

La Fenicia, pues, la Etruria, el Africa y la Hispania, en un principio naciones autónomas é independientes de la Grecia, batieron sus primitivas monedas locales con epígrafes fenicios, etruscos, púnicos é ibéricos; siendo por lo tanto absurdo clasificarlas todas en montón como helénicas, según sostienen los citados manualistas. Aceptando, por ejemplo, la clasificación propuesta para las monedas ibéricas y comparando sus pesos con los de las piezas de las otras series púnico-hispanas y greco-hispanas batidas en la Península, se obtendrá como resultado definitivo, que mientras *Emporia* y *Rhodes* acuñaron monedas de plata con leyenda griega por el sistema *foceo-babilónico*, *Ga-*

des y Ebusus emitieron piezas de plata con inscripción púnica por el *púnico-sículo*, así como *Sagunto* y *Osca* batieron denarios de plata con epígrafe ibérico con el peso del patrón *romano* (1), sin que acierte á comprenderse por que irreflexivo capricho, todas las numerosas piezas monetales íberas, que siguen el tipo ponderal de la libra italiota y del denario romano, lo mismo que las cartaginesas batidas en las costas del mediodía de Gades á Ebusus, han de ser comprendidas en la serie de las griegas, á pesar de no tener el peso ni la leyenda de las dos únicas helénicas emitidas en España por las dos colonias focas del nordeste de la Iberia. De ser posible admitir esta teoría, que rechaza el sentido común, no habría razón para dejar de clasificar también entre las griegas las acuñadas en Roma desde los decemviro hasta el Imperio, á pesar de seguirse en éstas la talla de la libra italiota, *litra*. En efecto; el denario de los Dioscures pesaba en gramos 4,34 y la drachma de Solon 4,36 gr.; el denario de Augusto 3,90 gr. y la drachma phocéa 3,71 gr.; el denario de Nerón á Severo 2,41 gr. y la pequeña drachma de Rhodes 3,37 gr; mediando una corta diferencia de dos decigramos de más, de 4 ó de 19 de menos, entre las citadas monedas griegas y sus casi equiponderales romanas.

Al ocuparme del Tesorillo de los Gaitanes (2) he recordado que el peso de los denarios de los Dioscures, según d'Ailly, llegaba á 4,36 gr., el de la República, según Cohen, á 3,93 gr. y y el del Imperio, según Mommsen, á 3,90 gr. y comparados con la drachma de Solon, con la de Phocaea y con la de Rhodes, se ha visto que de estas dos últimas una tenía 19 centigramos menos y la otra cuatro, respecto de los denarios augusteos y postneronianos.

Ahora bien, en los Catálogos del mencionado Tesorillo se

(1) Zobel Hist. de la mon. hisp. I p. 26, 60, 146 y siguientes.

(2) Rev. de la Asociación arq. barcelonesa, 3.^{er} tomo, 1896.

ha tenido á la vez ocasión de observar que en treinta y seis ejemplares de la última emisión de Augusto, del segundo año antes de nuestra era, se encuentran denarios pesando 3,93 gr. y 3,91 gr. contra otros que solo llegan á 3,64 gr. y 3,61 gr. con una diferencia entre sí de 29 á 30 centigramos y en noventa y cuatro monedas muy bien conservadas de la segunda emisión de Tiberio del 15 de J. C. se registran denarios también de 3,93 gr. y de 3,91 gr. con otros alcanzando únicamente 3,65 gr. y 3,45 gr. cuya diferencia recíproca es de 28 á 46 centigramos, siendo estas variantes muchísimo más elevadas que las que resultan comparando los pesos normales de los denarios republicanos é imperiales con algunas drachmas griegas como la de Salon, que después de 'Alexandro de Macedonia se extendió á los países conquistados por aquel hazañoso soberano.

Pero aún hay más, el victoriato emitido hacia el 217 antes de J. C. con el peso originariamente que tuvo más tarde el denario postneroniano de 3,41 gr. aunque aquel de mucho mejor plata, así como el medio victoriato, fueron monedas creadas expresamente para tener curso tan solo en la Iliria en concurrencia con las drachmas griegas, allí en curso corriente, en las transacciones mercantiles. Se sabe por otra parte, (1) que oficialmente estaba reconocido por los tratados que el Talento de plata ático equivalía á 80 libras romanas; ó lo que es lo mismo 75 drachmas de Solon á 1 libra de Roma, lo cual se justifica también por el peso de las mismas monedas que se conservan, y por último, que desde que comienza el Imperio, las monedas griegas se emplean en concurrencia con las romanas, teniendo ambas igual aceptación en aquellos mercados.

Sin embargo, la misma razón que hay para separar por el sistema ponderal y el idioma las acuñaciones helénicas de las italotas, existe para distinguir una y otra de la fenicia, desde

(1) Polib. XXI, 14 Liv. XXX, VIII, 38.

las guerras médicas hasta que muerto Alexandro magno se transformó aquella región en Satrapia, así como de las emisiones púnicas de Sicilia, la Numidia, la Mauritania, la Hispania y las Beleaues, de igual manera que se distinguen los epígrafes *griegos* del Cuerpo de inscripciones de Boeckh de los *romanos* del de Mommsen, editados por la Academia de Ciencias de Prusia y de los *semíticos* del que publica el Instituto de Francia. Cada una de estas obras deja ver, al compararlas, diferencias tan marcadas entre los monumentos, que comprenden, por su idioma, su estilo y sus caracteres esenciales, como resultan del estudio simultáneo de la numismática de estos tres mismos pueblos antiguos entre sí, tan desemejantes, artista el uno, guerrero el otro y comerciante el tercero.

Por eso ante todo se hace indispensable reformar la gran división Eckeliana de las más viejas piezas amonedadas únicamente en griegas y romanas, añadiendo por lo menos otra tercera en que se agrupen las semíticas, cuyas tres grandes categorías han de seccionarse por reinos ó por provincias bajo el mismo sistema adoptado en las tres copilaciones epigráficas modernamente en vías de publicación en Alemania y Francia. Porque la ciencia numismática no se ha quedado estacionaria desde que se estampó la *Doctrina numorum veterum*, sino que ha venido haciendo grandes progresos hasta la *Geschichte des römischen Münzwesens*, sin haberse detenido tampoco en este momento de desarrollo, sino habiendo seguido progresando de continuo hasta el presente. Entre estos dos grandes numógrafos hay la misma diferencia que existe entre Gruter y Muratori como epigrafistas, y los ilustres profesores Boeckh y Mommsen, gloria que serán siempre de la moderna Alemania.

También se hace indispensable corregir, en punto á la Numismática hispana, errores muy persistentes que se repiten en esos Manuales como en obras y trabajos con pretensiones de estremadamente críticas, comenzando por establecer, en razón

del peso y del idioma, usado en las diferentes monedas antiguas de la península; la división tripartita en *greco*-hispanas, *púnico*-hispanas y *romano*-hispanas; subdividida esta última clase en cuatro series, *íberas*, *tartesias*, *sidonias* y peculiarmente *romanas*, batidas las tres primeras en los pueblos autónomos desligados del dominio de la república italiota, y estas últimas en las colonias y en los municipios de *latinos* ó de *ciudadanos*, después que llega á su término la segunda guerra púnica, según de todo ello he tratado por extenso hace años en un libro especial en el que me ocupo de la materia más detalladamente (1). En la misma obra he procurado deshacer también otro error en extremo extendido dentro y fuera de España, aunque sin éxito alguno lisonjero, porque el error sigue adherido á nuestra numismática con la tenaz persistencia con que se adhieren todos los grandes extravíos del espíritu humano, sin que basten razones por sólidas que parezcan, para limpiar cumplidamente de tales impurezas los anales patrios.

Escritores tanto nacionales como extranjeros no dudan en llamar monedas celtíberas á las acuñadas en la Hispania con peso romano; pero con leyendas en caracteres peculiares de la Península, que denominan también celtibéricos, cuya copiosa emisión de numerario verdaderamente nacional se inicia en los comienzos de la segunda guerra púnica, cuando apenas empezaba á surgir, como dejo indicado, la futura Celtiberia y fuera precisamente de sus linderos septentrionales, que andando el tiempo habían de correr de Coruña del Conde á Calahorra y Zaragoza (2). Para convencerse de ello bastará traer á la memoria que fué á los principios del siglo IV.^o anterior á J. C. cuando los Celtas atravesando las cordilleras pirenaicas

(1) Berlanga. Los Bronces de Lasc. Bonanza y Aljustrel, página 344 y 345.

(2) Berlanga. Los Bronces de Lasc. Bonanza y Aljustrel p. 100 y 101. Zobel Hist. de la mon. hisp. II p. 225 y 241.

(1) dieron principio á la conquista del país que invadían rechazando las escasas tribus íberas que se asentaban desde las costas septentrionales de *Gallaecia* hasta las meridionales de la *Lusitania*, posesionándose de aquella ancha faja de tierra que las aguas del Océano Atlántico limitaban al ocaso desde el promontorio Nerio al Sacro. Al llegar á las márgenes del *Anas* fueron detenidos en su marcha por los soldados de Cartago que ocupaban militarmente la Turdetania desde que hacía más de un siglo habían acudido en socorro de Gadir amenazada por los indígenas desde que Tiro perdió su autonomía y su preponderación en 574 antes de J. C. Entonces un gran núcleo de Celtas debió replegarse, retrocediendo hasta encontrar, hácia el comedio del camino que acababan de recorrer, un paraje que juzgaron debilmente defendido y cuyo paso trataron de forzar, dando ocasión con tal motivo á la cruda guerra que surge de improviso entre iberos y celtas á que vino á poner término el tratado de paz y de alianza, de que dá noticia Diodoro Sículo, (2) comenzando de entonces en aquella parte del territorio hispano la fusión de ambas razas con uniones recíprocas entre sus tribules de ambos sexos, formándose de tales enlaces una subraza híbrida, que después de haber comenzado la segunda guerra púnica recibe el nombre de celtíbera. Durante el largo periodo de esta conquista á través de

(1) Hübner. La Arqueología en España, página 6. Un inmortal cispirenaico que ha pasado lo mejor de su vida ocupándose de los Celtas, después de confesar ingenuamente en uno de sus libros sobre las dos maneras de escribir la historia, el tedio que le causaba Chateaubriand con ser su paisano, en otro sobre las fuentes célticas ha incurrido en el mismo error en que incurrí yo en 1881 atribuyendo la bajada de los Celtas á la Hispania á una fecha poco anterior á Herodoto. Pero como semejante conjetura ha sido refutada por el profesor Hübner, que reduce dicha expansión á los tiempos que precedieron á Pytheas, no hay para que volverse á ocupar inutilmente de semejante opinión tan trasañeja.

(2) Diod. Sicul. V. p. 33. 1.

un país extenso, ocupado por tribus semisalvajes y guerreras, por más que en algunas localidades no estuviesen muy compactas, hubieron de correr muchos años y más numerosos aun mientras se elaboraba esa mezcla entre elementos antagonistas, con el lento cruzamiento sucesivo entre gentes de distinta procedencia, debiendo haberse necesitado que pasasen lo menos tres generaciones para que en los nietos se borrara la mayor parte de las huellas étnicas, que distinguían entre sí á los padres. En semejantes evoluciones, de suyo lentas como acabo de indicar, debió invertirse un largo lapso de tiempo que sin exagerar habría de pasar de un siglo, con lo cual acontecería que al apoderarse Hannibal de Sagunto aun estaría en estado embrionario el desarrollo de la sub-raza Celtíbera, precisamente cuando ya los iberos, fuera de los límites de la futura Celtiberia, habían batido sus primeras monedas con el tipo ponderal romano y las leyendas en caracteres desconocidos peculiares de aquellas tribus (1). Siendo esto así no se comprende que estas monedas y tales leyendas se hayan denominado *celtibéricas* contra el testimonio de la historia, sin que sea cosa fácil señalar la causa de semejante error sino apuntar tan solo una conjetura más ó menos probable. Nuestros antiguos numógrafos, que de estas piezas amonedadas se han ocupado, como Antonio Agustín y Juan de Lastanosa, llamáronlas *hispanas*, lo mismo que á los caracteres alfabéticos en ellas grabados, habiendo adoptado Eckhel idéntica denominación. Posteriormente á los dos primeros, cuando surge en la nación vecina la escuela sostenedora del celticismo europeo y se bautizan los monumentos megalíticos con nombres exóticos tomados de la lengua de los dichos Celtas, no pudiendo atribuir á éstos aquellas monedas porque ni en las regiones donde se sabía que habían morado, ni en todo el ancho camino que

(1) Zobel. Hist. de la mon. hisp. II p. 225 y 241.

siguieron para arribar á Francia, á Inglaterra, á Italia y á España se había logrado descubrir ni el menor rastro de ese extraño alfabeto, peculiar de nuestra península, se consolaron algún tanto los celtófilos desemejante decepción atribuyéndoselo á los celtíberos, congéneres de aquéllos, así como los monumentos numários en que aparecían grabados semejantes caracteres, rindiendo este tributo de admiración á los Celtas hispanos tan *brillantemente* retratados por Diodoro Siculo poco antes que Jesucristo viniese al mundo (1), y alhagando por otra parte con semejante clasificación la topolatria especial que entonces alcanzaba mayor boga entre nosotros.

Con haber sido una Soberana ilustre de Castilla la que realizó la heroica empresa de la reconquista y la sorprendente del descubrimiento de un Nuevo mundo, el prestigio de aquel reino subió de punto en el espíritu público en términos que los diversos dialectos del país quedaron supeditados al que hablaban los monarcas vencedores, que fué declarado lengua nacional, á pesar de ser uno de los menos armoniosos de entonces, recibiendo el nombre genérico de castellano. De aquí que se estableciera como regla indiscutible que la manera fuerte y recortada de pronunciar en ambas Castillas, era la peculiar de nuestro idioma originario, declarándose á la vez vicios insoportables la completa asimilación entre los sonidos silvantes de la S y de la Z, como la elisión de algunos finales, accidentes que fueron privativos de la lengua latina y se conserva en Andalucía como huella indeleble de la romanización de la Bética y de la absoluta adaptación de la fonética italiota al más arcaico idioma de la Turdetania. Pero no he notado estos errores para rebatirlos, porque sobre ser fácil fuera inútil donde de tal modo arraigan las preocupaciones añejas, sino para traer á la memoria el interés que despertaba

(1) Diod. Sicul. Biblioth. hist. V. 32. 7.

en aquella época todo cuanto cediera en pro de la gloria de ambas Castillas, haciendo comprender el entusiasmo con que sería acogido el pensamiento del primero que arrastrado por su fantasía denominó celtibéricas esas monedas, llevando su cuna al corazón de Castilla y haciendo brotar por generación espontánea en aquella región privilegiada, el rarísimo alfabeto de sus leyendas. Entre nosotros, Velazquez y el P. Florez aceptaron sin titubear semejante clasificación, que Sestini primero y Saulcy más tarde se encargaron en propagar de la parte allá de los Pirineos, con lo cual está demás añadir que nadie intentó protestar de semejante despropósito. Hoy cualquier numismático medianamente ilustrado debe saber que el mal llamado *alfabeto celtibérico* está copiado del que inventaron los fenicios, (1) quienes jamás entraron en la Celtiberia, y que las monedas también erradamente llamadas *celtíberas* tienen todas el peso de las batidas por los romanos, que si se acepta el relato de Tito Livio, tardaron muchos años en someter por completo aquel país y cuando llegaron á lograrlo eran ya numerosas las emisiones de numerario en la Yaccetania y Cosetania, desde Jaca á Gerona y Valencia (2).

Que en medio de un país semi-salvaje, que no había estado en contacto con ningún pueblo culto, como lo era la región hispana, que después de la entrada de los romanos se llamó Celtiberia, apareciese de pronto no solo un alfabeto, sino una acuñación de numerario, gérmenes el uno y la otra de una poderosa civilización, que se extendería luego del cen-

(1) Lenormant *Propagation de l'alphabet phénicien*. I, cuadro. IV.

(2) Zobel *Ibidem*, II, pág. 213, 241, 225, 249, 253. Tres años después de escritas estas líneas he leído sin embargo en el *programa del Congreso internacional de numismática*, convocado en París para mediados del 1900, que el segundo tema que debería tratarse en la sección de Numismática antigua había de tener por objeto *el estado actual de la numismática celtibérica!*

tro del país á las playas más remotas del mar interno que baña la Hispania, es fenómeno tan extraño, que ni tiene ejemplo en la historia de la humanidad, ni es posible que lo tenga (1).

Por el contrario, á juzgar por lo que enseñan los documentos que de fechas remotas se conservan, puede afirmarse que los primeros civilizadores de la Hispania prehistórica se asentaron en las playas del Mediterráneo, de Gadir (2) á Abdera y Ebusus, cuyas factorías, cuando Tiro perdió su independencia, tuvieron que acogerse á la protección armada de los Cartagineses; habiendo sido las primeras poblaciones de la península que batieron monedas púnicas, antes de la ingerencia armada de los legionarios en el país. Al nordeste y al pie de los Pireneos orientales existieron dos colonias phoceas más modernas que Gadir y Ebusus, que también acuñaron monedas, aunque griegas, casi contemporáneas de las que acabo de citar. Con anterioridad al momento en que los soldados de la república pisan las tierras de la península ya los romanos, celosos de los progresos territoriales de los cartagineses y de los coloniales de los griegos, procuraban frecuentar también las costas de los *Indígetes* hasta la de los *Ilercaones*, introduciendo su numerario en aquellos mercados ribereños del mar interno, cuyas poblaciones no excusaban el tráfico de mercancías con tales extranjeros, de los que copiaron el victoriato y semivictoriato con leyenda ibérica (3), para

(1) Polibio, XIV, 7 y 8, que murió en 124, antes de nuestra era, nació el mismo año que terminó la segunda guerra púnica siendo el más antiguo escritor en que yo haya visto que se hable de los celtiberos, refiriéndose al 146 antes de J. C., cuando hacía cerca de un siglo que los romanos estaban en España.

(2) Berlanga. El Nuevo Bronce de Italica. Apéndice segundo. Véanse también en la Revista de Archivos: *Nuevos descubrimientos arqueológicos hechos en Cadiz* del 1891 al 1892 y *La más antigua necrópolis de Gades*.

(3) Zobel Ibidem, I, p. 126 á 131.

dar mayores facilidades á sus recíprocas especulaciones, cuando aún no había estallado la segunda guerra púnica y antes que los Iberos hubiesen comenzado á amonedar el cobre con la talla latina y epígrafe en la lengua y en el alfabeto que les era peculiar. Esta civilización importada fué adelantando de las playas al interior del país, á medida que avanzaba la ocupación de la península por los ejércitos italianos, aunque encontrando á cada paso mayor resistencia á recibir tanta cultura por parte de las indómitas tribus del centro, del norte y nordeste de región tan extensa. Como nadie puede ignorar, costó numerosos años y torrentes de sangre hispana romanizar el país, que aparece más inculto á medida que la conquista va llegando á las guaridas de los Vascones y á las de los Celtas, cercanos á las fronteras de las Galias y aun no mezclados con los Iberos, y en el más deplorable estado de depravación (1).

Si esta es la verdadera enseñanza de la historia no hay razón para sostener la clasificación de alfabeto y de monedas *celtibéricas* que debe desaparecer con tanto mayor motivo cuanto que hoy es bien sabido, como ha dicho un ilustre crítico del arte, que *los Celtas han sido largo tiempo el recurso de los arqueólogos sin crítica*; porque *como por decirlo así no se sabía nada de su estado social, ni de su arte, durante el período que precede á la conquista de la Gaulia por los Romanos, se encontraba muy cómodo achacarles todos los monumentos, que no se explicaban por sí mismos y que no tenían un carácter bien marcado.*

Si tales reformas y ratificaciones exigen, pues, las obras más capitales de numismática hispana; ¿cuántas enmiendas y correcciones no necesitan en todos conceptos los defectuosísimos Manuales de Henín, Barthelemy y Ambrosoli? Como ya

(1) Diod. Sicul, V. 327.

he dicho, persona tan competente como Reinach ha juzgado no favorablemente los dos primeros, y por lo que hace al último son tan cortas las páginas que comprenden los cinco pequeños capítulos que dedica á las monedas antiguas, resulta tan diminuto y escaso de noticias y tan lleno de errores, hoy del todo inconcebibles, que exige por lo menos una segunda edición completamente reformada que comprenda, entre otras cosas, breves resúmenes de la metrología numismática seguida por los Griegos, Persas, Fenicios, Cartagineses, Romanos é Hispanos entre los demás pueblos que acuñaban monedas en la antigüedad. Porque este libro, tal como hoy existe impreso con su defectuosísimo prontuario de monedas griegas, exceptuadas las imperiales, podrá ser de algún corto provecho á los que se dedican á la pequeña industria del ropavejero, comprando y vendiendo monedas viejas entre otros objetos antiguos, á los que en verdad basta y sobra con seguir la regla práctica de todo mercader, de vender caro y comprar barato; pero, suponer que pueda ser un tratado elemental para la enseñanza de esta ciencia, es ir hasta donde más ha podido llegar la complaciente deferencia de la amistad indulgentísima. Por este camino no se hace favor alguno á los autores elogiados sino que se les perjudica grandemente, porque la severa imparcialidad de la crítica impone el deber, no de fustigar con cruel ensañamiento los errores, sino el de señalarlos con parsimonia, y sin apasionamiento alguno, notando á la vez sin exageración las deficiencias que se observen en el libro que se examine para que su autor las reforme debidamente, si á bien lo tiene al reproducirlo de nuevo. Tal ha sido mi intento sin erigirme por ello en autoridad intalible é inapelable, sino con el deseo tan solo de acertar; si no lo he conseguido, si mis observaciones son infundadas, si mis datos no son siempre exactos por equivocación ó por ignorancia mía, habré de ser yo quien salga peor parado en la discusión, y por si llega el caso de que al-

guien se dé por ofendido con la franca espresión de mis opiniones, me anticiparé á rogarle que no vea en mí un impugnador apasionado, sino un mero aficionado á estos estudios, que con la mayor cortesía ha querido expresarle sus más sinceras apreciaciones sobre su trabajo por si podía redundar en beneficio de su Manual, ni menos en mis frases al vertirlas á su sonoro idioma, nada que pueda mortificarle, porque si pudiera sospechar que se hubiesen deslizado algunas que se prestasen á semejante suposición, antes rasgaría este papel, que entregarlo á la imprenta.

M. R. DE BERLANGA.

Alhaurín, 16 Julio 1896.

INVENÇÕES E DESCOBRIMENTOS DOS PORTUGUEZES

(Noticia succinta, por ordem chronologica, das principaes invenções scientificas e industriaes e dos descobrimentos geographicos dos lusitanos desde o anno de 1335.)

Ao leitor.— Este trabalho de investigação foi objecto de uma conferencia, que, no anno de 1892, proferi na cidade do Porto, em homenagem o Colombo, pretenso descobridor da America.

Quiz por esse meio prestar homenagem ao illustre genovez e ao mesmo tempo reivindicar para Portugal a gloria de muitas invenções e de grandes descobrimentos maritimos e terrestres, que no estrangeiro são postos em duvida.

Este trabalho ja sahiu a lume em folheto; mas sem a ordem e desenvolvimento que presentemente lhe pretendo dar. Além d'isso curarei tambem de o expurgar de alguns erros chronologicos e outras pequenas faltas que escaparam na primeira edição.

SEculo XIV

Foi n' este seculo que os nossos navegadores, impulsionados pelo Infante de Sagres (D. Henrique) começaram de visitar as costas de Marrocos, alongando as suas viagens até ás *Canarias*, ainda mal conhecidas, e habitadas por arabes em estado barbaro.

Foi no anno de 1336 que alli chegou o primeiro navio portugues. A segunda viagem data de 1341 e a terceira de 1402, anno em que o capitão Agostinho de Bettencourt alli chegou com uma esquadra.

SEculo XV

O primeiro descobrimento maritimo-geografico foi o da ilha de *Porto Santo* em 1418, feito por Bartholomeu Perestrello.

Seguem se:

Em 1419 o da ilha da *Madeira* pelos navegadores Tristaõ Vaz Tei-

ESTUDIOS EPIGRÁFICOS

DE LAS PEQUEÑAS INSCRIPCIONES JURÍDICAS ROMANO-HISPANAS

Cuando al declinar de la vida se intenta contemplar de nuevo con los ojos del alma el largo camino que se ha recorrido, surgen de improviso, como evocados de entre las nubes, que cubren el lejano horizonte del pasado, los acontecimientos, que se han ido sucediendo á nuestro alrededor por espacio de más de medio siglo y de los que se ha venido siendo de continuo testigo silencioso. Si para avivar los recuerdos se acude á los analistas contemporáneos se encuentran muy luego deformados los sucesos, falseadas sus causas generadoras y de tal modo contrahechos y desfigurados los retratos de las personas que le dieron vida, que más parece estarse asistiendo á la representación mal ensayada de una comedia de pura fantasía que no leyendo la historia positiva de hechos conocidísimos y aún bien fijos en la memoria de los que los presenciamos. Si luego se vuelve la vista á las efigies que en bronce ó en marmol se ha pretendido que perpetúen la fama de las notabilidades creadas artificialmente por los injustificados arrebatos del vulgo de cada época, el ánimo decae de una vez para siempre al ver enaltecidos los que jamás mostraron poseer las dotes que les prestan parciales sus oficiosos admiradores. Nace tan pronunciada divergencia entre la realidad de semejantes hechos y el mentido relato, que de ellos se intenta legar á la posteridad, entre el insignificante modelo del tipo más vulgar y su representación plástica, avalorado aquél con rasgos prestados, del convencionalismo rutinario de escuela, que provoca un desconsolador escepticismo en el ánimo

¹ Volumen IV - no 35

Año VII -

Encero - Marzo 1903

de quien, refractario á semejantes engaños, examina desapasionadamente y compara la serie de deplorables errores que vino á constituir la vida pública de esos personajes políticos vulgares, y la insulsa cuanto estrambótica novela inventada para prestarles un relieve de que carecían. Pero crece el asombro, cuando salvando los Pirineos, se visitan algunas de las naciones que nos son vecinas, en cuyas ciudades, como en las nuestras y en sus sitios más señalados, sorprende ver erigidos monumentos singulares á los que velando su ignorancia con la más estéril palabrería, pretendieron hacer la felicidad de su patria y la condujeron al borde del abismo, sin que entre tantas efigies contemporáneas, suela encontrarse la de algún preclaro patricio, que estuviese adornado de las más austeras virtudes.

Este abuso, sin embargo, tan generalizado en algunos pueblos de la moderna Europa, no es por cierto peculiar de nuestro tiempo, sino vicio ya muy añejo y de tal modo extendido en el mundo romano, que pocos ignorarán que el viejo Catón *al ver á Roma tan llena de estatuas*, en el siglo III^o antes de J. C., *no consintió que se le dedicase ninguna, porque decía que mejor quería que se preguntase por qué no se le había levantado, que no por qué se le había erigido* (1). Por eso se explica que se encuentren en la capital como en provincias epígrafes honorarios redactados en alabanzas de Cónsules sin historia, de militares sin hazañas, de particulares completamente desconocidos, que debieron á sus admirados clientes, á sus opulentos herederos, á su fortuna propia ó á sus agradecidos deudos, el que se levantaran sus estatuas algunas varas sobre el nivel del suelo que habían pisado, sin dejar impresa la menor huella, como lo enseña la conocida fórmula de *Ho-*

(1) Plut. *Præcepta gerendæ republicæ* XXVII ed. Didot. *Moralia* 1000—51 á 53.

nore Acepto Impensam Remissit. Para convencerse de esta verdad notoria no es necesario registrar los volúmenes que van publicados de la *Prosopographia imperii romani*, sino hojear tan sólo cualquiera de los del *Corpus*, como por ejemplo el que á la *Hispania* se refiere, teniendo en cuenta que al invadir los romanos en 218 antes de J. C. esta región cispirenáica estaba dividida en pequeños cantones, ocupado cada uno de ellos por alguna tribu íbera, independiente de las que le eran vecinas y sometidos los respectivos tribules al jefe militar que los comandaba, que á la postre trasfórmase en régulo. Una vez expulsados los cartagineses del territorio hispano en 206 anterior á nuestra era y enseñoreados de estas tierras los romanos, comenzaron paulatinamente y no de pronto á organizar el país á medida que iban consolidando su ocupación militar, comenzando por dejar su autonomía, y exento su suelo de todo tributo, á alguno de esos pequeños centros de sociedad política, que quedaban reconocidos como pueblos libres del yugo italiota, por haber sido tal vez federados de Roma en la segunda guerra púnica. A otros dieron la categoría de municipios de derecho *romano* ó *latino* con los terratenientes que ocupaban su territorio, en recompensa á veces de la benevolencia con que habían acogido las legiones, transformando en colonias las poblaciones que les fueron hostiles, y ocuparon á fuerza de armas, lanzando á sus viejos moradores á la *ergastula*, y sustituyéndolos con ciudadanos romanos, que aceptaban la consideración de colonos á trueque de las propiedades que recibían para librar su vida, antes precaria. La *Hispania romana* no formaba pues una nación compacta, como no la había formado tampoco la *Ibera*, sino un conjunto de pueblos entre sí completamente independientes, cada uno con su gobierno propio y puramente local, regidos unicamente por los más distinguidos y los más ricos de los naturales de cada colonia ó municipio. Estos magistrados municipales ó coloniales

41

sólo podían entender en lo civil de las reclamaciones de menor cuantía, y en lo penal limitábanse sus facultades á la imposición de algunas multas; en cambio estaba completamente á su cargo el gobierno de la población, la dirección de las elecciones por curias, cuando las había y el sostenimiento de un pequeño cuerpo de milicias destinado al servicio especial de la localidad. En todo lo demás dependían estas poblaciones, no ligadas entre sí por ningún vínculo que las hiciera depender unas de otras, de un Presidente, supremo magistrado enviado de Roma y jefe á la vez de la división del ejército de ocupación acantonado en la provincia respectiva. El olvido de estas nociones elementales del derecho público romano vigente en el primer siglo de nuestra era y el haber confundido y amalgamado la moderna centralización administrativa con la absoluta independencia de las colonias y municipios hispano-romanos de aquella misma época, ha hecho caer al cronista titular de una capital de provincia, en el error censurable de suponer personaje malacitano de distinción á *Junia Rustica*, que fué la primera Sacerdotisa perpétua de *Cartima*, como su padre *Decimo Rústico Melino*, el primer caballero romano de la misma población, *EQUITI ROMANO EX CIVITATE CARTIMITANA PRIMO FACTO*, que nada tenía que ver con *Malaca* ni le estaba unida con vínculo alguno político, ni administrativo. Porque hoy se sabe mucho menos de nuestros antiguos anales que se sabía hace cuatro ó cinco siglos.

Cuando estaba para terminar el décimo tercio Gil de Zamora, y al comenzar el décimo quinto Sánchez Arévalo, iniciaron entre nosotros los estudios epigráficos que desarrollaron con tanta brillantez en el décimo sexto Gaspar de Castro y Antonio Agustín, Ocampo y Morales, Franco y Mariana, entre los que hay que dejar olvidados por falsarios á Britto y Roman de la Higuera. En el décimo séptimo Valenzuela y Velazquez, Vazquez Siruela, Lastanosa, Lorenzo de Padilla y

el Dean Martí volvieron por el honor de nuestras humanidades tan mancilladas por los impostores Luna, Castillo y Pedraza, y en el décimo octavo Mayans y Florez, Velazquez y Bayer hacen olvidar á Trigueros y Flores Oddouz á Echevarría y á Perez Solano, *alias* Medina Conde. Durante todo este largo período de tiempo reunían unos con sumo interés las monedas viejas que encontraban, mientras otros coleccionaban los textos de las piedras escritas de antigua fecha que lograban descubrir, contentándose con leerlas y comprender su significado material; pero sin llegar á profundizar en la crítica de los nuevos documentos que lograban examinar, manteniendo siempre vivo el interés por tan importantes monumentos de la antigüedad clásica. Entonces, al entrar el décimo octavo, todos nuestros eruditos se atenían no más que á las enseñanzas de Gruter y de Muratori, sin proceder más allá de donde había dejado Maffei el *Ars critica lapidaria*, no intentando descubrir horizontes más anchos en punto á epigrafía. En cambio, por lo que se refiere á la más exacta clasificación de la numismática hispana, no iban nuestros colectores á tomar lecciones de los eruditos extranjeros, que tenían que aprenderlo todo de nuestro celeberrimo Enrique Florez, quien sin embargo sólo ilustró con peregrino acierto las monedas hispanas con leyendas latinas, como el insigne Perez Bayer *el alfabeto y la lengua de los fenices y de sus colonias* y las *monedas hebreo samaritanas* (1), concurriendo ambos á los trabajos de erudición del infante Don Gabriel, hijo de Carlos III^o. No faltó tampoco entonces gente maleante que abusando de la cortedad de vista que por sus dilatados trabajos venía sintiendo el Reverendo

(1) Perez Bayer. *Del alfabeto de la lengua de los fenices y sus colonias*. Madrid Ibarra 1772.

De numis hebraeo-samaritanis 1781. Numorum hebraeo-samaritanorum vindiciae 1790.

Agustino, logró sorprenderlo en su ancianidad con monedas falsificadas, pronto descubiertas, sin embargo.

El impulso estaba ya dado, y al calor de obras tan capitales comenzó el siglo XIX^o, con un marcado movimiento numismático dentro y fuera de la Península, queriendo ilustrar eruditos de distintas procedencias nuestras monedas ibéricas.

Sestini, en 1818, al clasificar las hispanas del Museo Hedereriano se valió para interpretar sus leyendas con torpe Minerva, del Alfabeto de Bustamante, nuestro numografo, que le facilitó el médico Puertas. Con ser su trabajo de tan poca autoridad, sirvió de fundamento un año después á Mionnet, para ocuparse algo y mal de esta árdua materia. Saulcy, en 1840, sólo consiguió escribir un libro más estimable que el de sus predecesores; pero sin lograr ni con mucho llenar su objeto. El sistema de Lorichs dado á conocer en 1852, y el de Boudart estampado en 1859 no pueden ser más disparatados. Al morir un antiguo político de renombre que había sido Ministro de la Corona, D. José García de la Torre, trajeron los testamentarios, de París, un experto, que dándose el título de anticuario, clasificó las monedas que dicho personaje tenía hacinadas, publicando su catálogo en el mismo año de 1852. Con más fortuna al morir Lorichs, encomendaron sus sucesores á D. Antonio Delgado, la clasificación del monetario, y esta monografía impresa en 1859 fué el sólido fundamento de su futuro renombre. Semejantes trabajos provocaron cierto movimiento arqueológico en el país, y no sé si diga que hasta el nombramiento de algunos Inspectores de antigüedades, que hicieron despertar á los falsificadores de su aparente letargo. Establecido el primero en Tarragona el espíritu de especulación trajo consigo el afán de retocar algunas monedas íberas de una manera fantástica, para darles valor escepcional por su rareza, llegando su atrevimiento hasta el punto de inventar uno que bautizaron de sepulcro egipcio, con el que engaña-

ron á Modesto La Fuente, cuya falta de ilustración arqueológica y de crítica histórica eran notorias. Correspondió el segundo Inspector á Granada, y muy luego en las inmediaciones de la Capital se estableció una fábrica de cerámica árabe, de donde salieron, entre otras cosas, un gran jarrón como el de la Alhambra y hasta un supuesto baño de no sé que Sultana, cuyo baño estuvo á pique de dar ocasión á un ruidosísimo proceso. El tercero tuvo su residencia en Córdoba, donde comenzaron á aparecer muy luego y casi sin intermisión armas y baratijas arabes y cristianas de la edad media que inundaron á Andalucía, distinguiéndose entre otros trabajos monedas íberas de descomunal tamaño y con una patina tan intensa que parecían charoladas. Pero pasaron los tales inspectores y nadie pensó en sustituirlos, si bien en cambio en varias poblaciones principales para satisfacer exigencias de algunos literatos políticos cuidaron de nombrarlos sus Cronistas titulares, quienes osaron desde luego redactar los antiguos anales de su pueblo natal, algunos de ellos con todo el atrevimiento que les prestaba su ineptia. Desde que volvieron á la vida tales forjadores de leyendas han aparecido los falsificadores del Cerro de los Santos y los tan recientes murcianos de Totana, sin que los tales cronistas descubriesen el engaño, como no habían descubierto los inspectores los de su época. Pero lo más grave del caso es el atrevimiento con que esos analistas de última hora, después de haberse apoderado del puesto ambicionado, se lanzan á escribir la historia antigua de cualquier viejo pueblo hispano con toda la audacia que les dá su falta de conocimiento de las fuentes y del idioma que usaban los historiados. En vano ha sido que el profesor Hübner, al examinar algunos de esos libros publicados sin preparación bastante haya dejado señalada la vasta instrucción clásica que necesitan reunir los que se dediquen á redactarlos y el camino que han de seguir; porque para escritores modernistas tan libérri-

mos, la ley suprema es no someterse á voluntad ajena, sino seguir siempre los impulsos de sus derechos intangibles. Por eso al ver la manera tan superficial con que en nuestra época se ha escrito sobre las lápidas de *Singilia* y *Cartima*, sin conocer ni aún el *Corpus*, en algunos insignificantes opúsculos de baratillo, se colige la tristísima suerte que está reservada en el siglo que ahora comienza á este linage de investigaciones, sin un epigrafista ni un numismático, porque todos han muerto ya, que entienda y pueda explicar semejantes documentos.

Pero concretándome ahora á las inscripciones regionales, diré que es muy frecuente encontrar en el emplazamiento de los antiguos pueblos hispano-romanos, algunas honorarias dedicadas á personajes nacidos en la misma localidad, expresando á veces los servicios que habían prestado á su ciudad natal, como costeando obras públicas de su peculio particular, ó revindicando los *Propios* de la población, *vectigalia*, usurpados por algunos de sus compatriotas (1), ó entregando en las arcas públicas fondos bastantes para que el municipio abonase las deudas que tenía en descubierto (2), sin que falten inscripciones de la misma clase, en las que no se expresa el motivo de la erección (3), pero se manifiesta que los interesados mismos ó sus amigos, sufragan los gastos, sin gravar al erario local, que originen el esculpir la estatua y el levantar el pedestal sobre el que deberá asentarse. Al primer caso corresponde la antes citada fórmula H·A·I·R (4), y al segundo, la no menos conocida EX·AERE·CONLATO (5), indicando

(1) CIL·II·1956.

(2) CIL·II·1957.

(3) CIL·II·1954·1955.

(4) CIL·II·1956 2064 et passim.

(5) CIL II 1306·1348·1380·1572·1971·2022 2025 et passim.

ésta que autorizada la obra por los decuriones DECRETO DECVRIONVM, se había llevado á cabo por suscripción entre los más íntimos del galardonado con semejante distinción, no faltando ocasiones en que el favorecido devolvía el importe de lo suscrito y recaudado HONORE·ACCEPTO·CONLATIONEM·REDDIDIT (1), y de sus fondos personales abonaba todos los gastos. Ocurría con frecuencia, que agradecido un colono ó un munícipe á su pueblo natal por circunstancias especiales, dejaba en su testamento alguna manda en obsequio de la localidad, cuya manda solía estar constituida por una memoria vitalicia en favor de determinadas clases de la población, y entonces los agraciados procuraban, que al desprendido proceder de tan espléndidos personajes, se correspondiera dignamente, erigiéndoles una estatua, expresando en su pedestal el motivo porque se intentaba perpetuar en mármol su memoria, llegando en ocasiones la explosión de la gratitud, hasta el punto de trasladar íntegra á la piedra, la cláusula testamentaria que la provocaba. De esta índole son precisamente dos inscripciones honorarias descubiertas en Barcelona, la antigua *Barcino*.

Esta denominación varía al pasar de los siglos; en el primero y segundo de J. C., Mela, Plinio y Ptolemeo, la llaman *Barcino*, como en el cuarto, Ausonio; en el tercero, el Itinerario la denomina *Barcinone*, y en el quinto, Orosio, *Barcinona*; en el cuarto, Avieno, *Barcilonum*, y en el séptimo, el anónimo de Ravena, *Barcelona*. Por otra parte, Mela la designa, después de Tarraco, entre las ciudades pequeñas inmediatas, Plinio, la califica de Colonia, trasmarina, Paulo, de inmune, y Ausonio, como poblacion de origen púnico. Por lo que hace á Avieno, se sabe que en el siglo cuarto, hacía el 366,

(1) CIL-II-1971.

escribió su *Ora marítima*, tomando por base de este trabajo, un periplo anónimo del sexto siglo antes de Jesucristo, que debió adulterar bastante, en punto especialmente á las nomenclaturas geográficas, porque si bien pudiera afirmarse que *Barcino* existiese ya seis siglos antes de nuestra Era, no puede asegurarse que llevase entonces el nombre de *Barcilonum* ó de *Barcinonum*, que son dos variantes de los Mss del indicado Prefecto del África (1).

Pero antes de ocuparme de estas piedras, habré de señalar á dicho propósito un caso especial que ocurre en aquella población, en cuyo recinto se han encontrado hasta diez y seis epígrafes de otras tantas estátuas que se erigieron allí á un mismo sujeto, que lejos de haber sido un personaje de importancia, fué un esclavo del *varón consular* Lucio Licinio Sura, que lo emancipó, habiendo tomado el nombre Lucio Lucinio Segundo, y lo hizo su *Accensus* en los tres consulados que desempeñó en 92, 102 y 107 de nuestra Era. De éstas, cuatro fueron

(1) Las fuentes de información, son pues:

- Siglo I. Mela II·6·5 indea Tarraconem parva sunt oppida... Barcino.
 » I. Plin. III·22. Colonia Barcino cognomine Faventia.
 » II. Ptolem. II·6·18. Barcino.
 » III. Paulus. Dig. 50·15·8. Barcinonenses in munes.
 » III. Itinerar. ed. Wessel. 390·5·398 4. Parth. Pind. p. 181·191. Barcenone.
 » IV. Avienus. *Ora marítima* vv. 519·520.
 inde Tarraco oppidum
 et Barcilonum amoenas sedes ditium.
 Siglo IV. Auson. Epist. xxiv ad Paulinum vv. 68·69.
 Occidui me ripa Tagi, me punica laedit
 Barcino, me bimarís iuga, ningida Pyrenaei.
 Siglo V. Oros VII·43 apud Barcinonam Hispaniae urbem.
 » VII. Raven. Anon. ed. ind. et Parth. p·303·4·42·7·p·341·5·3·15. Barcelona.

El examen de estos textos hace ver, que en el espacio de 700 años, la palabra *Barcino* se va transformando en *Barceno*, *Barcilo*, *Barcinona* y *Barcelona*, forma actual que data del séptimo siglo, durante el período gótico y antes de la invasión musulmana.

costeadas por los fondos públicos de la Colonia Barcinonense EX·D·D·BAR (1), una por los decuriones Ausetanos (2), otra por el municipio flavio Iamontano de la Isla menor (3), otra por los Sexviro Augustales de la misma Barcino (4), otra por los individuos de la Sociedad *Assotana* (5), ocho por otros tantos amigos, unos seviro augustales de Barcino ó de Tarra-co (6), pero los más, personas sin cargo alguno, y hasta por un forastero *civis convena* (7), y lo que es más, la última por un liberto (8). Como ya he dicho, el favorecido con estas diez y seis reproducciones de su efigie, había sido un simple esclavo, que al obtener la libertad por beneplácito de su dueño, lo designó éste como su *Accensus* en tres ocasiones distintas, cargo anual muy análogo al de pregonero, *praeco*. Varrón, en diversos lugares de sus obras, se ocupa de aquéllos, definiendo sus funciones (9), y uno de los Bronces de Osuna (10), los enumera como empleados subalternos de los duumviro entre los escribientes, peatones, pregoneros y flautistas, que estaban asignados al servicio de los dichos magistrados coloniales. Cicerón habla también del *Accensus* consular, como un empleo civil distinto del militar del mismo nombre (11), y Suetonio indica en qué ocasiones solían preceder al eponíneo, en un pasaje bien

(1) CIL·II·4536 a. b. Supp. 6148 c. d.

(2) CIL·II·4537.

(3) CIL·II·4538.

(4) CIL·II·4539.

(5) CIL·II·4540.

(6) CIL II 4541 á 4547.

(7) CIL II 4 pp 6149, véase sobre el *convena* y su diferencia del *advena*, á Cic Orat I·9·Aul·Gell·18·12·Varr R R·3·5 Plin 10·23·31.

(8) CIL·II·4548.

(9) Varr·L·L·VI·88 y 89. Varro Rethor lib. XX. apud Nonium v. Decuriones.

(10) Aes·Ürs·R·LXII·

(11) Cic·Epist. ad Quint. frat. I·1·4 y 7.

conocido de su biografía de Julio César (1). De todo ello se deduce, que el *Accensus* consular era un cargo civil muy subalterno, sin que se diga en las aludidas inscripciones (2) de Barcino, qué fué lo que hiciera en favor de la Colonia el tal Lucio Secundo, que sólo obtuvo en ella el cargo de Sexvir augustal, único á que podía aspirar como liberto, y que fué muy inferior al decurionato, que sólo era dable alcanzar á los hijos libres de padres libres, que llama *ingenus* el derecho.

Por otra parte hay que tener en cuenta que los aludidos diez y seis epígrafes honorarios son poco posteriores en fecha al 107 de nuestra era, en que *Licinio Sura* ejerció un tercer consulado, cuando apenas hacía medio siglo que el geografo hispano Pomponio Mela había calificado á *Barcino* de población pequeña y de segunda orden *oppidum parvum*, no sabiéndose hasta una centuria mas tarde por el jurisconsulto Paulo que hubiese obtenido la inmunidad territorial (3).

Semejante *iconorrea* sobrepuja pues con mucho á la de que se sienten atacadas modernamente las más de las naciones europeas, que han democratizado la estatuaria honoraria, rebajándola hasta el género más ínfimo.

Del examen de los textos precedentes se deduce: 1.º Que *Barcino* fué fundada por los cartagineses, acaso como estación

(1) Suet. in J-Caes. 20.

(2) Berl. Los Nuevos Bronces de Osuna, p. 65.

(3) Mela en su Choroграфия, III, 49, habla ya del triunfo de Calígula sobre la Bretaña en 40 de J. C. pero desconoce la división del Africa del Norte, I, 25, hecha por Claudio en 42, de modo que debió escribir su libro el 41, de nuestra era según la acertada deducción de Teuffel al escribir la *Historia de la literatura latina*. Parthey en su edición de Mela no tiene en cuenta este último dato apuntado con notaria distracción. Praef. I, al fijar la época en que vivía dicho escritor del primer siglo.

naval, tomando su nombre de los Barcas de Cartago (1). 2.º Que cuando los romanos expulsaron á los punicos al Africa, era y continua siendo hasta el siglo primero una población pequeña. (2). 3.º Que Julio César llevó á ella nuevos pobladores dándole el título de Colonia, que amplió y confirmó Augusto (3). 4.º Que al comenzar el siglo III.º de J. C. recibió la inmunidad del suelo de todo tributo (4). 5.º que fué patria del consul Lucio Minicio Natal Quadronio y probablemente de su padre, consul á su vez en 107 de J. C. (5).

Pero volviendo ahora, que ya será tiempo, á los otros dos epígrafes Barcinonenses conteniendo la cláusula testamentaria que los motiva, habrá de comenzarse por indicar que el uno de ellos está dedicado á Lucio Minicio Natal Quadronio Vero Consul como su padre, el cual en unión de su dicho padre, Lucio Minicio Natal, Consul en 107 de J. C. hizo unos baños públicos en tierra de su propiedad, unos pórticos y acaso también construyó un acueducto ¿DVCTus? (6). Fué hecha la dedicación que dejo aludida á *Lucio Minicio Natal Quadronio Vero*, ...por los sexviros Augustales en razón á sus merecimientos para con ellos, según las palabras de su testamento que son: «*Doy, lego á los colonos barcinonenses, entre los que he nacido, cien mil sestercios si se obligan á entregar con los réditos de esta suma al 5/100 anual en el día... de Febrero en que nací un donativo de 4 denarios á cada decurión que estuviere presente y tres denarios á cada Augustal también presente.*»

(1) Ausonio. Epist. XXIV ad Paul. 68-69.

(2) Mela·II 6 5.

(3) CIL·III·4536 á 4548.

(4) Paulus.Dig. 50·15·8.

(5) CIL·II·4509-4510.

(6) CIL·II·4509 4510.

«En el caso que concurren pocos, repartase á prorata entre los presentes más cantidad, de modo que todos los años en mi natalicio se inviertan los cinco mil sesterios de réditos que competen á cada anualidad.»

Esta al parecer sencilla manda testamentaria encierra en sí el germen de tres creaciones jurídicas, hoy muy conocidas, la primera el establecimiento de una memoria perpetua pagada precisamente por años, vencedera en cada mes de Febrero é importante 5000 sestercios, la segunda la constitución de varios censos también perpetuos é irredimibles establecidos sobre diversas fincas rusticas, y la tercera la inscripción hipotecaria de las fincas acensuadas en un registro especial archivado en el erario colonial de Barcino; todo lo cual lo enseña la conocida tabla alimentaria de Veleja, y los también conocidos pasajes de las cartas de Plinio el joven referentes á estas donaciones imperiales ó particulares.

Los orígenes de Tarraco como indica el profesor Hübner figuran patentes en las piedras de sus antiquísimas murallas; la zona más baja con sus grandes monolitos sin labrar apenas, y con sus enormes umbralados de una pieza sola sobre sus pequeñas puertas, revelan el trabajo colosal de los primitivos terratenientes hispanos apenas salidos del más rudimentario prehistorismo que levantan los recios muros de aquel campo atrincherado, que los descendientes adicionan andando el tiempo con algunos metros más de piedras menos toscas, marcadas ya con letras bien legibles para aquellos iberos que acababan de fijar su abecedario; pero que aún no acuñaban monedas. Así encuentran los romanos aquella imponente fortaleza primitiva cuyas murallas les trae á la memoria las de *Alatri*, *Cora*, *Babiano*, *Atina* y de tantas otras que se ven en la Italia de donde arribaban, y queriendo hacerla más inespugnable aún, van agregandole nuevos sillares sobre los ya tan viejos, pero contruidos á escuadra, los que aun coronan

aquellas curiosísimas murallas. Estas y otras obras de fortificación realizadas por Cneo y Publio Scipión, y por el primer Africano indugeron á Plinio á llamar á aquella población *obra de los Scipiones* (1).

El ilustre epigrafista alemán antes citado, después de examinar todas las fuentes históricas tarraconenses, sienta como deducciones, las más probables:

1.^a Que además de la guarnición militar de aquella plaza fuerte, habitaban en su recinto algunos otros ciudadanos romanos, de los que trajeron origen las familias ascriptas á las tribus Quirina, Pálatina y Colina.

2.^a Que dicha población recibió de César la denominación y categoría de Colonia, con los nombres de *Julia, Victrix, Triunfalís*, refiriéndose á los triunfos y victorias del mismo caudillo; con lo que recibieron la ciudadanía romana aquellos de sus moradores que carecían de ella. Que semejante condición tuvieron Carthago nova y Celsa, en la Tarraconense, Pax Julia y Scalabis, en la Lusitania, Hispalis, Ucubi é Ituci, en la Bética.

3.^a Que á la vez se agregaron nuevos colonos, ascriptos á la tribu Galeria, traídos de fuera, á los que ya habitaban la ciudad colonizada, como parece indicarlo el símbolo del buey en sus primeras acuñaciones.

4.^a Que nada de esto sucedió en tiempo de Augusto, porque nunca tuvo Tarraco la denominación de *Augusta*, como lo tuvieron colonias de origen cesariano, aumentadas después con nuevos colonos por Augusto, como aconteció con Ilici (2).

(1) Plin. H. N. III. 21.

(2) CIL. II. p. 539. Todo lo que precede es extractado de Hübner y las cuatro conclusiones últimas, mas que extractadas son traducidas del mismo autor.

En los claustros de la Seo tarraconense, existía en el siglo xvii, en la época en que era arzobispo de aquella diócesis D. Antonio Agustín, una piedra escrita que copió el sabio prelado, que tres siglos más tarde encontró en el mismo sitio y copió también el profesor Hübner, y poco después de este último, ví en los mencionados claustros, en cuyo epígrafe, según la lección hübnneriana, se dice de esta manera:

«Publio Rufio Flaus, hizo en vida (este sepulcro) para su meritísima mujer y para sí. En memoria perpétua (de ello) entrego los huertos colindantes, ó séase el fundo suburbano, á los libertos y libertas de su mujer, Marcelo, Antroclo, Helena y Tertulina, prohibiéndoles que ninguno los vendiese, sino que su posesión pasase á sus descendientes en línea recta á sus consanguíneos y á sus manumitidos.»

Con poco esfuerzo se encuentra en esta cláusula testamentaria, los orígenes de nuestros extinguidos mayorazgos, á los que se pretende dar otra paternidad, no siendo ésta la única piedra funeraria en la que se descubre semejante tendencia á inmovilizar un edificio sepulcral, prohibiendo su enagenación y su herencia.

M. R. DE BERLANGA

(Se continuará)

de la inscripción me confirma en la opinión que emití de ser la primera letra del renglón III la sigla griega Θ . El tipo paleográfico es de la primera mitad ó promedio del primer siglo (1). Hay que leer. *V(ica fecit Quintia, etc., y no creo, en vista de la fotografía, que el trazo que hay sobre el nexo de T̄(ti) en Quintia, sea resto de una c, porque no es curva ni se prolonga. Estimo que es rasguillo caligráfico y análogo al que se observa en el trazo superior ú horizontal de la T en Privata. La sílaba final de contubernali, pareceme que está figurada por I.*

Me reitero su affmo. S. S. A. y C.

q. b. s. m.

FIDEL FITA

^{s/c} Isabel la Católica, 12.

Sr. D. Pelegrín Casades y Gramatxes.

Málaga 25 Febrero 1903

Mi muy apreciado amigo: acabo de recibir la excelente fotografía, que ha tenido la amabilidad de remitirme, de la lápida sepulcral romana recientemente descubierta al abrir unos cimientos en la calle de Aviñó y Bajada de San Miguel, al pié de los restos de la antigua muralla romana de Barcelona, y voy al momento á satisfacer sus deseos dándole á conocer mi opinión sobre dicho texto, que leo y traduzco de esta manera: Quintia, V(aleriae) liberta, Privata, sibi et (obito) Q(uinto) Marcio, Q(uinti) l(iberto), Modesto, Contubernali(i)

Quincia Privata, liberta de Valeria, para sí y para su contubernal, ya difunto, Quinto Marcio Modesto, liberto de Quinto.

Pocas palabras tendré que añadirle para justificar mi interpretación. La unión de la T con la I, como aparece en QVINTIA, es tan frecuente que no presenta la menor duda. No sucede lo mismo con la inusitada

V
forma C̄.L. que he leído V(aleriae) l(iberta), porque las siglas C̄.L. equivalen, como es sabido, á *feminae liberta*, sin marcar nunca el nombre de la emancipante. Esta última fórmula parece derivarse de la que mediaba en el antiguo matrimonio romano *per coemptionem*, que ha conservado Plutarco, (Quæst. rom. 30) *ubi tu Caius ibi ego Caia*, y á que ya aludía Cicero, Pro Muren. 12) en una de sus oraciones. Por eso C̄.L. propiamente debía equivaler á C(aiae) l(iberta) como C̄.L. correspondería á C(aii) l(iberta); pero como no todas las que emancipaban en los municipios ni en las colonias con arreglo á la ley romana de la localidad (Aes. Salp. Rub. xxviii) era dable que se llamasen *Caia*, de ahí que en epigrafía la C invertida C̄ seguida de una L, se lee simplemente por *feminae*. El caso actual es el primero que he visto en el que, sobre el siglo C̄ apa-

(1) Hübner, *Exempla Scripturae epigraphicae latinae*, núm. 85, 174, 201. Berlín 1885.

rezca coincidiendo la V inicial de *Valeria*, marcando de esta manera el nombre de la emancipante, que de otro modo se hubiera ignorado, como en tantos análogos.

La *Theta*, que precede al nombre del liberto *Quinto Marcio Modesto*, en la epigrafía del mundo romano, del Lacio (CIL·XIV·1434 *Ostie* p. 584 Θ·P·SVLPICIVS), al África (CIL·VIII·105 3. *Tunes* p. 1106 Θ·C·FIDICVLANIVS), se interpreta por *Obitus*, tanto por Mommsen y Wilmanns, como por Dessau y Hübner, (Hüb. E·S·E·L·36 Θ_{obitus}), siendo esta lápida barcinonense la única que en España ofrece semejante signo con el aludido significado (CIL·II·p 1202 Θ et similia in titulis hispanis nou leguntur). En cambio, no es de conocido en la Península el nombre de *Quintia*, que aparece en una piedra del Cerro de Cabeza de Griego, como el de la esclava de un *Manio Cornelio Valeriano* (CIL·II·3091 *Quintia M' Cornelii Valeriano serva*), ni el de *Quintio*, que figura en el fragmento de una lápida del Museo de Barcelona (CIL·II·4595).

La palabra *Contubernat*, en el caso presente, es de un significado muy claro, no expresando otra cosa que el esclavo unido á una esclava, á veces por voluntad de su señor (Dig·XXXIII·7·12·633 *contubernales quocque servorum, id est uxores*), porque *contubernio*, como lo explica claramente Paulo (Sent·II·19·6), no es el matrimonio propiamente dicho, sino la simple unión sexual entre quienes, como los esclavos, no gozaban de derecho alguno por ser reputados *cosas*.

Respecto de la edad de este epígrafe, considero que puede ser de los comienzos del primer siglo de nuestra Era, asemejándose mucho su paleografía á la de la época de Augusto, posterior al 753 de la fundación de Roma (Hübner E·S·E·L·45·48 al 55·60 y 64).

Deseandó haberle complacido, me reitero su más affmo. amigo

q. b. s. m.

M. R. DE BERLANGA

ESTUDIOS EPIGRÁFICOS

DE LAS PEQUEÑAS INSCRIPCIONES JURÍDICAS ROMANO-HISPANAS

(Continuación)

En Talavera de la Reina existía un mármol escrito que formó parte de un sepulcro familiar levantado por «Antonio Severo, natural de Segisama, á los manes de su madre *Alia*, de su hermana *Severa*, de su tío *Antonio*, de su mujer *Valeria*, de su hijo *Severino*, de 21 años, y del mismo *Severo*, de 78», al final de cuya piedra (1) se lee la frase significativa HOC·MONIMENTVM·HERedem NON·SEQVETVR.

De esta fórmula generalizada se sacó el conocido grupo de siglas H·M·H·N·S, expresando idéntica prohibición que se ve tan repetida por la península; como en Linares (2) y en Barcelona (3).

Estas mismas siglas suelen estar apendizadas con otras tres N·L·S, significando que ni *el monumento*, ni *el lugar de la sepultura* pasan al heredero (4), nec locus sepulturæ.

Pasando á la segunda inscripción barcelonesa á que me he referido, contiene inserta otra cláusula testamentaria de

«Lucio Cecilio Optato, hijo de Lucio, de la tribu Papiria,

(1) CIL·II·900.

(2) Ibidem·3283.

(3) Ibidem·4527.

(4) Ibidem·4534·4611.

Vol IV no 36

Libro VIII - Abis - Jun 1903

centurión de la legión séptima, gemina, feliz y de la décima quinta Apolinar, retirado del servicio con la mejor nota, por los Emperadores Augustos, Marco Aurelio Antonino y Aurelio Vero, elegido por los Barcinonenses entre los inmunes, habiendo alcanzado los honores edilicios y sido tres veces duumvir y flámen de Roma y de los divinos Augustos», quien hizo á la república Barcinonense el siguiente legado:

»Doy, lego y quiero dar 7,500 denarios, con cuyos réditos al 0 $\frac{1}{2}$ %, quiero que se dé todos los años un espectáculo de Atletas el día 4 de los idus de Junio (1), gastándose hasta 250 denarios y en el mismo día, de los otros doscientos denarios, quiero se suministre para el pueblo aceite á las *thermas* públicas y se faciliten lechos, bajo esta condición, que mis libertos, así como los libertos de mis libertos y libertas, que alcanzasen el honor del *sexvirato*, queden exentos de todas las cargas del dicho *sexvirato*. Si á alguno de aquéllos se exigiese que satisficiera estas cargas, entonces mando que estos 7,500 denarios sean transferidos á la república Tarraconense con la misma obligación de dar en Tarragona los espectáculos arriba indicados. El lugar de la estítua fué dado por decreto de los decuriones».

Los magistrados coloniales de Barcino hubieron de aceptar la condición impuesta por el testador, puesto que otorgó en sitio público de la colonia espacio para levantar una estátua al generoso centurión.

Hay una inscripción napolitana que explica perfectamente los trámites que hubo de seguir este expediente, para hablar en la forma burocrática moderna.

El heredero debió dar cuenta á la corporación decurional del legado de Cecilio Optato, exigiendo caución verbal antes de entregar la suma convenida, y darla en acta dicha corpora-

(1) 10 Junio.

ción, con lo que entraría en la administración de los 7,500 denarios, que enseguida entregaría á rédito en la forma ya indicada en la aludida Tabla de Veleja (1).

De los citados textos, también se desprende que tan luego como los colonos barcinonenses, representados por sus magistrados los duumviros del orden decurional, recibieron del heredero del ex cónsul Quadronio Vero los 100,000 sextercios del legado que encomendaban á su cuidado, los debieron dividir en lotes, entregando cada porción respectiva al terrateniente de más garantías, que la hubiese solicitado, dejando su finca obligada con el gravamen de entregar anualmente por la cantidad recibida un rédito al 5 %, cuya obligación se hacía constar grabada en una tabla de cobre, que se guardaba en el departamento más seguro del lugar de las reuniones periódicas de los decuriones (2).

A este propósito debo hacer observar, como también lo indiqué al hablar de la *Institución* alimentaria hispalense, que ya al final del siglo 1.º de J. C., manifestaba Plinio el sobrino á su amigo Caninio, que no podía confiarse en la buena fe administrativa de los magistrados municipales ni coloniales, porque á cada paso se veía que desfalcaban los fondos entregados á su cuidado, por lo que era preciso hacer las cosas por sí mismo y no dejarlas al cuidado de aquéllos, por donde vemos que á pesar de todos los decantados adelantos alcanzados en nuestros tiempos con la libertad democrática, en punto á moralidad estamos tan atrasados, sino más, que los contemporáneos de Plinio, á pesar de los 18 siglos de *progreso indefinido* pasados desde entonces (3).

(1) Mommsen I·R·N·L·6828-1354. Dejardins de Tabulis alimentaris p. III á XXIV.

(2) Debe verse á este propósito la piedra mutiladísima de Carthago nova, CIL·II·3415, en la que, aceptada la ingeniosa restitución Mommseniana, se columbra una donación análoga.

(3) Plin. Epíst. XVIII, lib. VII.

Pero dejando ya las citadas inscripciones barcinonenses, estimo oportuno señalar otras hispanas en las que también se hace referencia á determinadas cláusulas testamentarias, que son de gran interés para dar á conocer la marcha progresiva de la romanización del país, al calor de las colonias trasmariñas y de los municipios, ya latinos, ya romanos, establecidos.

Ni los geógrafos, ni los historiadores, ni los poetas latinos, ni griegos hablan de *Arunda*, conservándose únicamente el étnico de este nombre en dos inscripciones, la una perdida, la otra mal copiada por Fariñas, de quien la tomó y publicó defectuosamente Caro, que no era muy escrupuloso en punto á corrección de textos epigráficos. Por fortuna, fué esta última encontrada y leída no con pocas dificultades sobre la piedra original en una pared del Cuartel de Caballería de Ronda, por los Doctores Hübner y Oliver en el caluroso estío de 1860, *inviso æstate*. Las lagunas de sus cinco últimas líneas al comenzar, fueron felizmente restituídas por Mommsen, merced á lo cual, hoy se posee íntegro este inapreciable texto, que es una inscripción honoraria en memoria de (1)

«Lucio Juno Juniano, hijo de Lucio, de la tribu Quirina, duumvir por segunda vez, el cual había dispuesto en su testamento que se le construyese un sepulcro de hasta 1,200 denarios, y cuando su liberto y heredero Lucio Junio Auctino se disponía á cumplir la voluntad de su patrono, la corporación municipal Arundense le pidió que pusiese mejor en el foro una estatua de Juniano y otra de su hijo Galo, y aun que conoció que era mayor el gasto, estimó decoroso y preciso obedecer, conformándose con la voluntad del cuerpo de decuriones».

Se comprende que en esta ocasión se seguiría otro expe-

(1) CIL·II·1359.

diente análogo al del caso de Cecilio Optato de Barcelona. En sesión ordinaria algún decurión propondría la erección de las estatuas, y aprobado el proyecto, en otra sesión, se haría conocer al heredero, que aceptaría desde luego la modificación. Lo que no puedo alcanzar á comprender, es como siendo firmes de toda firmeza las disposiciones testamentarias en aquella época, se pudo alterar tan radicalmente la del duumvir arundense Junio Juniano, labrándole una estatua en vez de un sepulcro, POTIVS, como había ordenado, CAVERAT. Comprendería, sí, que en lugar de POTIVS dijese ETIAM, que convendría más aun con el QVAMQVAM SVMPTV MAIORE AGRAVARI.

Cicerón escribía las palabras de las XII Tablas: *Uti legassit super pecunia tutelave ita ius esto* (1), que repetía Ulpiano en tiempo de Antonio Pío (2), comentando las cuales poco antes el jurisconsulto Pomponio en los días de Marco Aurelio, decía que con ellas *parecía atribuirse* una potestad latísima de instituir heredero, de legar, emancipar y nombrar tutor (3), que concuerdan con las del mismo Ulpiano (4), *quod legis modo testamento relinquitur*, que era la jurisprudencia vigente en los días en que se grababa la inscripción honoraria Arundense de Lucio Junio Juniano.

Fué *Searo* ó bien *Siaro*, un municipio del territorio hispalense, que tan sólo es citado por Plinio (5), del que se conservan monedas con el nombre de *Searo* y una piedra con el étnico *Siarensis*, descubierta en una heredad vecina á Utrera, que lleva la denominación de Sarro. En esta misma posesión de

(1) Cic. de inv. 2,50 Rh. ad Heren, 1,13.

(2) Ulp. Reg. xi.14.

(3) Dig. L.16. 120.

(4) Ulp. Reg. xxiv.1. Legatum est quod legis modo, id imperative testamento relinquitur.

(5) Plin. 3.3.11.

campo se encontró otro gran pedestal con una larga inscripción muy mutilada en sus primeros renglones. De lo que forma algún sentido al final de la leyenda, como que se colije, que habiendo algún testador dejado cierta manda para que con sus réditos anuales se celebrase su natalicio el 6 de las calendas de Agosto (1), como por la cortedad del donativo ofrecido se venía notando *una gran desidia* en los concurrentes hacía ya veinte años, tal vez el hijo del donante, para dar más aliciente á dichas reuniones, después de rogar la asistencia, añade: «por lo que, todos los años en que viva, daré á nuestro municipio Siarense por cada decurión presente tres denarios, por cada sexvir dos, y por cada individuo varón ó hembra de la plebe ó avecindado, uno, cuya suma facilitaré mientras viva».

Esta donación *inter vivos*, como decían los jurisconsultos de entonces, venía á auxiliar sin duda con mayor cantidad de emolumentos la otra, *causa mortis*, que debió dejar establecida el antecesor del último donante.

El nombre de *Aurgi* tiene todo el carácter de ser ibero como *Murgi*, sin que pueda asimilarse en nada á *Auringi* como algunos pretenden, y no citándolo ningún clásico antiguo, conservándose únicamente su étnico en varias piedras descubiertas en Jaén, cuya denominación moderna no tiene la menor analogía con la antigua. Entre los epígrafes Aurgitanos, hay dos que contienen otras tantas donaciones *inter vivos* de algunos personajes acaudalados de la población al municipio mismo.

Dice una de las piedras lo siguiente:

«Lucio Marcilio Galo y Lucio Marcilio Alejandro, Aurgi-

(1) CIL·II·1276.

tanos, por honor del Sexvirato y á petición de los munícipes del municipio, su excelente patrono, dieron y donaron, por decreto de los decuriones á los munícipes del municipio Aurgitano, 200 asientos para los espectáculos, cada uno, importando doble cantidad».

Se comprende que en el acta misma en que los decuriones nombraron Sexviro á los dos Marcilios, consignasen que se les interesara para que éstos en vez de abonar por la distinción la suma honoraria reglamentaria, costeasen 400 asientos del anfiteatro para el pueblo, la mitad cada uno, y en otra sesión se hiciese constar la aceptación de los interesados, haciendo un desembolso doble del que debían hacer, DVPLICI EX PECVNIA.

Respecto del OPTIMI PATRONI, si bien son convincentes las negativas de Hübner, no lo son tanto las afirmaciones de Mommsen, por lo que me permito presentar otra conjetura, y es que los dos *Marsilios* debieron ser *Servi Municipii*, y al ser emancipados y elevados al Sexvirato, pudieron llamar á *Aurgi* con el título de MVNICIPI OPTIMI PATRONI, *el mejor de los patronos*.

La otra donación Aurgitana es de más importancia, y dice de este modo:

«Cayo Sempronio Semproniano, hijo de Cayo, de la tribu Galeria, duumvir por segunda vez, pontífice perpétuo, (y su hija Sempronia Fusca Vibia Anicila, dieron y donaron las *Thermas* con su acueducto, hechas á sus expensas, y un bosque de 300 *Agnuas* de su caudal».

Thermas aqua perducta, indica unos baños públicos dotados del agua necesaria, convenientemente encañada, para el servicio de los diversos departamentos. *Agnua* es una cabida de tierra de 120 piés de largo por igual cantidad de ancho, ó séanse 14,400 piés romanos cuadrados. Considerando el pie romano de la extensión próximamente de una vara castellana,

cada *Agnua* tendría 1,600 varas cuadradas, y las 300 *Agnuas* 480,000 varas en cuadro de tierra (1), llamando los de la Bética *agnua* el dicho espacio de tierra de 14,400 pies romanos cuadrados. Este bosque debió entrar á formar parte de los propios del municipio Aurgitano, y ser dado en vectigal acaso para pastos, *pascua*.

El dicho mármol que conmemora semejante donación, hubo de ser grabado por *Decreto Decurionum*, para perpetuar semejante acto de desprendimiento, como todo ello se haría constar en las actas de las sesiones, que celebraban periódicamente los magistrados y decuriones aurgitanos.

Cartima, á juzgar por el nombre, debió ser una población púnica, y atendidas sus inscripciones, sus esculturas, sus columnas y sus mosaicos, de la mayor importancia, por lo menos al comenzar y ya bien entrado el imperio. Las magníficas estatuas de mujer de más tamaño que el natural, por la corrección de sus líneas esculturales, por la soltura de sus ropas plegadas con naturalidad suma y sin amaneramiento y la flexible morbidez de sus contornos sobrepujan acaso á la mejor que se conserva de Málaga también de mujer con los pliegues simétricos y convencionales de su manto y con su túnica ceñida y poco suelta que la hacen algo enjuta y poco airosa (2). En una de las primeras monografías por mí publicadas dediqué bastantes páginas á estudiar los restos arqueológicos cartimitanos haciendo una nueva revisión de sus epígrafes en unión del Dr. Hübner (3), por lo que no habré de volver á tratar de sus piedras, ni á repetir que sólo por ellas se conoce su nombre, que no ha conservado autor alguno de la antigüedad, ocupándome tan sólo de mostrar los

(1) *Agnua*.—Varro R·R I·10·2·Columela 5·1·5.

(2) Hoy en el Museo Loringiano.

(3) *Estudios Romanos*.—1860.

diversos y en extremo curiosos pasajes en los que se alude bien al derecho público, bien al civil, bien al administrativo. Antes, sin embargo, habré de emitir mi opinión sobre dos inscripciones falsas en las que se ha pretendido encontrar este nombre transformado en *Cértima* unido al de *Munda* que se ha atribuido por afanosos topolatras á la *Munda* vecina á Coin. Al publicar mis estudios romanos, sólo me permití hacer sobre ellas ligeras indicaciones, porque un deber de cortesía hacía mi sabio amigo el erudito Obispo de Pamplona, me vedaba entrometerme en materia, que había escogido para objeto de su especial ilustración, por lo que hoy, cambiadas las circunstancias, respondiendo á consulta del Dr. Hübner, debo ser todo lo explícito que acostumbro apoyándome para mayor seguridad de acierto en las investigaciones mismas de mis dos indicados amigos, que puedo asegurar realizaron á mi presencia.

Todos los que á estos estudios hayan prestado su atención, saben de más que hubo un tiempo en que preocupó á nuestros eruditos sobre manera la concordancia de la *Munda* pompeyana con alguna ciudad moderna ó algún despoblado de la Bética en su afán de entonar un himno de gloria en pró de la localidad agraciada (1), y al intento procuraron fijar bien los puntos más salientes de la descripción del *Bello hispanense*, lanzándose á buscar los análogos en los lugares por que mostraban predilección, resultando con ello á la postre que apare-

(1) Entre nosotros acaban de entrometerse algunos escritores militares, llevados de su *topolatria*, á funcionar de arqueólogos y numismáticos, resucitando primero la ridícula etimología de Cortes y López, y reproduciendo después la absurda concordancia del coronel francés Stoffel. La marcha retrograda de *Casari*che á *Montilla* de un ejército como el pompeyano, derrotado y en abierta retirada, pasando sin tropiezo ante las legiones vencedoras, que venían cerrándole el paso á una jornada de distancia, se ajustará muy bien á la estrategia moderna; pero jamás, ni á la antigua, ni aun al sentido común.

ciesen varios con iguales condiciones. En este conflicto de identidades, buscaron inscripciones en los lugares agraciados con sus votos, que vinieran á justificar sus acertos, y no encontrándolas, se acordaron de lo que habían hecho Luna en Granada y Román de la Higuera en Toledo, y se dejaron llevar de los impetuosos arranques de su imaginación. En la provincia de Ávila, cerca del Monasterio de Guisando, aparece primero un letrado del que resulta que *allí en el campo de los basetanos fueron derrotados los hijos de Pompeyo*. Morales da como existente á la puerta de la iglesia de Monda una piedra en que se habla del *prætorium in urbe Munda*. Ocon otra en el mismo pueblo recordando al *prætor mundensis*. Brito, el cronista infiel de Portugal, asegura con toda seriedad que estuvo en el *repecho del monte de Tolox*, donde vió un arco de piedra labrada ya arruinado y una piedra con letras romanas bastante bien grabadas que trasladó en un libro de memoria, en cuya copia aparece la forma *ordo mundensis*. Martín de Roa, compañero de Román de la Higuera, también se deja llevar del atractivo de su imaginación y transcribe el supuesto fragmento de una inscripción fingida astigitana, que se da el gusto de restituir y en la que lee con toda evidencia *victo ad Mundam filio) Pomp.* Espinel, en Ronda la vieja, supone un letrado con las tres expresivas palabras: *Munda imperatore Sabino*. Marzo pone en Ronda el célebre brocal de pozo de la calle de Linaceros con la frase inexplicable *Cæsar mundense hanc*. Rivera, uno de los eruditos rondeños más atrevidos, parodia unos versos anónimos, que trae Suetonio en la vida de Nerón, cambiando el *Veios migrate quirites* de aquél por *Mundam migrate quirites*, que más le placía, é hizo grabar en la portada de su casa. Pero todas estas piedras, así como las cuatro supuestas monedas mundenses, igualmente contrahechas, son ya tan conocidamente falsas, que no hay para que volver á demostrarlo, pero entre aquéllas hay dos miliarias de

que no me he ocupado, pero como después de haberlas declarado espúreas los Doctores Oliver y Hübner, han sido defendidas como ingenuas con notable descaro, voy á permitirme hacer ver sus absurdos epigráficos, por cuanto tienen relación con Cartima.

Nadie ha dicho haber visto estas dos inscripciones, cuya única copia, de la que pueden dimanar todas las publicadas, se encuentra en una monografía que dejó manuscrita D. Juan Bautista Valenzuela y Velázquez, muerto en 1645 de Obispo de Salamanca, con el título de *Vetera aliqua Hispaniae monumenta*, que encaminó al legado *a latere* de S. S. Urbano VIII, *illustrissimo domino suo colendissimo Francisco Cardinali Barberino*, en cuya biblioteca la vió Nicolás Antonio y la copió Juan Bta. Donio, incluyendo este último los epígrafes hispanos con las anotaciones correspondientes de aquel prelado, en su conocido libro *Inscriptiones antiquæ*, que sacó á luz Gorio en 1731. La indicación que precede á la primera piedra dice de este modo: «en una columna miliaria, que aún existe en la vía antigua, entre Cabeza de Griego, donde en otro tiempo estuvo *Munda*, y Alconchel, no lejos del cual existió *Certima*, á saber donde está la Iglesia de Nuestra Señora de la Cuesta (1).»

Cuando Muratori en 1739 publicó su *Novus Thesaurus vet. inscriptionum*, trasladó este mismo letrado *ex Donio* (2), abreviando la anotación presente, reduciéndola á estas breves palabras: «En la Hispania, cerca de Certima, en el templo de Santa María de la Cuesta», extracto que transformó el P. Florez, asegurando que *el sitio donde existe la piedra, es la ermita de Nuestra Señora de la Guerra, junto á Cártama*, en cuya población no ha existido jamás ermita con semejante advoca-

(1) Donio p. 91.

(2) Muratori, Nov. Thes. 451. 1.

ción. Pero es que no sólo hay que descartar dichos monumentos del citado pueblo á tres leguas al occidente de Málaga, sino tener muy en cuenta que son falsísimos. Como queda dicho, los monumentos son dos, uno del consulado segundo y otro del cuarto de Trajano, esto es, del 118 al 121 respectivamente de J. C.; bastando á mi propósito ocuparme del más antiguo únicamente, considerándolo dividido en cuatro miembros epigráficos diferentes. El primero contiene la ascendencia imperial del soberano, en la que Orelli encontró el error de haber dado el título de Británico, que no tuvo Hadriano, además del dictado de P. P. antes de la T. P. XXII (1). El segundo hizose sospechoso á Echhel estimándolo fingido sobre las monedas del mismo soberano, acuñadas con ocasión de haber perdonado antiguos atrasos de los tributos públicos, *reliqua vetera HS novies milies oblita* (2), condonación recordada por Sparciano (3) y por Casio Dion (4), y en efecto este es el pasaje más absurdo que contiene la inscripción, que sólo pudo ocurrirse al que no tuviere cabal idea del formulario epigráfico romano de aquella época.

Ante todo el advverbio *præter quam quod* no encaja en manera alguna en la fraseología epigráfica. Por fortuna los falsificadores de antaño desconocían por completo que en Roma la redacción de las inscripciones estaba sujeta á reglas determinadas, que tenían alguna pequeña alteración en ocasiones; pero que guardan siempre cierta ritualidad, que da á conocer las adulteraciones cuando las hay, en los documentos que se falsifican. Las columnas miliarias contienen no más que el nombre y ascendencia del Soberano en cuyo tiempo se gra-

(1) Orelli I. 194.

(2) Echhel VI. 478.

(3) Spar. vit Hadriani, 7.

(4) Epit. 69, 8.

baron, el número de millas que construyó, FECIT, las que compuso, REPARAVIT, y las que hizo de nuevo, RESTITUIT, los puentes que reparó, construyó ó levantó de nuevo y á veces las millas que mediaban de un punto á otro (1), pero jamás cosas ajenas á las vías públicas. Cuando se quería conmemorar las virtudes públicas del algún distinguido magnate ó su generosidad para con su patria, se recurría á las inscripciones honorarias levantadas en el foro ó en sitios preeminentes de la ciudad, en las que, después de los honores y distinciones del agraciado, se indicaba el motivo de la erección *quod provinciam Baetic(am), caesis hostibus, paci pristinae restituerit* (2); *ob plenissimam munificentiam erga patriam et populum* (3); *ob municipium diutina obsidione et bello maurorum liberatum* (4). Cuando la munificencia era imperial, solían también batirse monedas conmemorativas, *Ægipto capta* (5); *ob cives servatos* (6); *ob reliqua vetera HS novies milies abolita* (7). Mezclar una fórmula honoraria en un monumento miliario es el colmo del error y tratar de empalmar la una con la otra por medio de un adverbio, tan disonante en epigrafía clásica como *preter quam quod*, es aún más absurdo. La frase, *el emperador Hadriano, además de perdonar á las provincias* (¿qué provincias? porque también perdonó á Italia) *lo que se le debía, restituyó tantas millas de Munda á Certima*, recuerda esa otra tan vulgarizada entre nosotros por lo ridícula: *era de noche y sin embargo llovía*.

(1) C·I·L II, p. 621, á p. 655

(2) C·I·L II, 1120.

(3) C·I·L II, 1185.

(4) C·I·L II, 2015.

(5) Cohen, I, p. 47 n. 44.—Eckhel, VI, 83.

(6) Cohen, I, p. 60 n. 176 —Eckhel, VI, p. 88.

(7) Eckhel, VI, p. 478. —Cohen Monnaies frappées sur l'empire romain, II, 1046-1049.

Como indica perfectamente Eckhel el falsificador tuvo presente para forjar semejante frase la moneda del 118 de Hadriano (1) y el pasaje de Sparciano en la biografía de este Soberano (2).

El tercer miembro de la inscripción fingida, comprende los dos nombres geográficos, que motivaron el fraude, *a Munda et fluvio Sigila ad Certimam usque*, habiendo tenido buen cuidado de anotar el que facilitó la copia al Obispo Velenzuela, que Cabeza de Griego, *ubi olim fuit Munda*, estaba poco distante de Alconchel, *a qua non longe stetit Certima*.

En el último período de la leyenda, tuvo que sujetarse el falsificador á la corta distancia de veinte millas para concertar Alconchel y Cabeza de Griego con las dos poblaciones antiguas con que deseaba concordarla, pero dejóse llevar también de su fantasía usando de la fórmula P(ecunia) S(ua) antes del RESTITVIT. Tratándose de un Emperador, están de más estas siglas; pero lo mismo acontece al principio con el título de *britannicus*, que no tuvo Hadriano, que al final con la cifra P. S., impropia de este linaje de inscripciones, dejando el falsificador estas dos huéllas patentes de sus manipulaciones, á las que ponía el sello de su mal encubierto fraude el expresivo *praeter quam quod*, que viene tan fuera del caso.

La segunda columna miliaria es como un eco de la primera, conserva el *britannicus* y suprime el *praeter quam quod* y *a Munda*, pero dejando en su sitio á *Certima* y resueltas las siglas equivalentes á *pecunia sua* (3).

He creído necesario insistir sobre las falsedades de estas dos piedras inventadas y colocadas expresamente *en una calzada de romanos desde Alconchel á la Cabeza de Griego*, para

(5) Eckhel, VI, 478 —Cohen, 2, p. 235.

(6) Sparciano, vit. Hadrian, 7.

(1) C I·L·II. 464* 465*.

hacer de este villar las ruinas de la *Munda celtibérica liviana*, y tanto más he insistido en ello, cuanto que la tendencia de los modernos *pseudolatras* parecía inclinarse en un tiempo á traer arrastrando ambas columnas falsas de la Tarraconense á la Bética, hasta las inmediaciones de la Cartama actual y en el camino que de dicha villa va hoy á Coin, desde luego, como después á *Monda*, con el intento sin duda de robustecer con tan expresivas leyendas miliarias las otras falsedades del descarado Britto y de los que le habían precedido en este empeño de llevar á dicha pequeña villa la célebre plaza de armas pompeyana.

Previas, pues, estas aclaraciones indispensables, procederé ya á señalar los diversos pasajes jurídicos de sus interesantes mármoles escritos.

La más importante, con relación á la historia íntima de la población, por ser su página más antigua, es una inscripción honoraria levantada del 53 al 54 de J. C.

«A Tiberio Claudio César Augusto, pontífice máximo, con la tribunicia potestad por la décima tercera vez, proclamado emperador por la vigésima séptima, cónsul por la quinta, padre de la patria, Censor», por (1) «Vestino, hijo de Rustico, decemvir», á propósito de cuyo cargo dice el profesor Hübner que se refiere á la época anterior á la fecha en que los Cartimitanos obtuvieron el derecho latino, á lo que añade Mommsen, que no sólo en Cartama, sino en otras ciudades de las Hispanias, antes que Vespasiano, siendo Censor en 74 de J. C. (2), les concediese el *ius Latii*, existía una corporación de diez varones que tenían á su cargo la administración pública, denominándose el primero de ellos *decemvir maximus*

(1) Corresponden estas dignidades, según el CIL II 1953, al año del 53 al 54 de J. C., y según los *Fasti Consulares de Klein*, al 51.

(2) CIL II 2322.

X·V·MAXIMVS (1). Como lo enseña otra piedra de Estepa, cuyo texto descubrió manuscrito el eruditísimo Obispo de Pamplona Dr. Oliver, que contiene una dedicación «A Druso Caesar, hijo de Tiberio, cónsul», hecha del 15 al 20 de J. C. por un tal «Quinto Lario Nigro, hijo de Lucio, decemvir máximo» (2).

Cartima, pues, no fué municipio creado por César, ni por su sobrino, ni por Vespasiano, porque entonces hubiera llevado el calificativo de *Iulium*, de *Augustum*, ó de *Flavium*, sino erigido tal después del 44 y antes del 74 de J. C.

Al mediar el primer siglo era una ciudad autónoma, y por lo tanto, gobernada por funcionarios locales desligados de toda dependencia con la administración romana, que desde la conquista, hacía unos 250 años, venía extendiéndose por las Hispanias, y que concluyó por contar á dicha población entre las más importantes entidades municipales del país, antes que Vespasiano subiese al trono imperial en 69 de J. C. (3).

M. R. DE BERLANGA.

(Se continuará)

(1) CIL·II·2953.

(2) CIL·II·5048 X·V·MAXIMVS.

(3) Véase Marquardt *Hanbuch* VIII. part. I. pág. 308 y 309.

ESTUDIOS EPIGRÁFICOS

DE LAS PEQUEÑAS INSCRIPCIONES JURÍDICAS ROMANO - HISPANAS

(Continuación)

La otra inscripción de *Cartima* que sigue en importancia á la señalada anteriormente, aparece grabada en el pedestal que sostuvo «La estatua, que los amigos de Décimo Junio Melino consiguieron de los decuriones cartimitanos se le decretase, cuando aun vivía, y una vez muerto, su madre Melina cuidó se le levantara á su costa, dispensando los gastos al municipio».

Las dificultades que semejante texto encierra, estriba en estas frases (1): D·IVNIO·GAL·MELINO·EQVITI·ROMANO·EX CIVITATE·CARTIMITANA·PRIMO·FACTO·; porque de ellas resulta, que con ser IVNIO MELINO munícipe cartimitano, aparecía inscrito en la tribu Galeria en el siglo segundo, mientras que en la misma fecha todos los cartamitanos conocidos lo estaban en la Quirina (2). Pero esta dificultad da ocasión á Kubitschek en su opúsculo *De romanorum tribuum origine et propagatione* (3), para suponer que *Junio Melino*, en tiempo de Augusto ó poco después de Vespasiano y Claudio, fué hecho caballero; indudablemente antes de Vespasiano y

(1) CIL·II·1955.

(2) CIL·II·1949·1951. L. Porcius Quir. Victor 1954, M. Decimus Quir. Proculus 1957, L. Porcius Quir. Saturninus 1961, L. Porcius Quir. Rusticus 1962, L. Vibius Rusticus.

(3) Viena, 1882, p. 137.

Claudio, debiendo ser inscrito en la tribu Galeria, porque nadie pensará que precisamente el emperador Vespasiano hiciese á dicho snjeto el primer Caballero romano de la opulenta población de Cartima (1). El ilustre epigrafista alemán, Hübner (2), haciéndose cargo de estas observaciones del escritor vienés, con verdad afirma *que ni uno ni otro argumento tiene importancia alguna, y que la inscripción no es verdaderamente del tiempo de Augusto, sino como las demás cartimitanas del siglo segundo, no pudiendo explicarse que Melino estuviese ascripto á la tribu Galeria, sino siendo oriundo de otra parte*. El mismo impugnador hübneriano reproduce sus argumentos en otro opúsculo, *Imperium Romanum tributim descriptum* (3), afirmando también con notable error que cree á Junio Melino *anterior á los Flavios*, porque así se le antoja, y que *la tribu se refiere á la persona, pero no á la ciudad*, distinción que no soluciona la duda.

Si el señor Rubitschek, antes de meterse á corregir á Hübner, hubiera estudiado un poco el mecanismo municipal romano en el siglo segundo, de cuya época, no sólo son los epígrafes de Cártima, sino sus hermosas estátuas y el mutilado, pero aun bello mosaico descubierto hace años en aquel pueblo y hoy en el Museo de *La Concepción*, pronto hubiera encontrado la solución, que ya indica el mismo Hübner con las significativas palabras, que aplica á Junio Melino (4) cuando escribe *homo hic... fuit originis externa*.

La población municipal se componía de hombres libres, hijos de padres libres, á los que el derecho llama *ingenui*, na-

(1) Este escritor, que muestra un desmedido prurito por corregir á Hübner, cae por este mismo afán en errores considerables, que no tiene importancia el rebatir.

(2) Supp. p. 876, núm. 1955.

(3) Viena, 1889, p. 172.

(4) Supp. p. 876, núm. 1955.

cidos en la misma ciudad, que eran los *cives*, ó bien originarios de otros pueblos, establecidos y naturalizados en el municipio, *adlecti inter cives*; de forasteros, *advenæ*, que podían ser hispanos ó de fuera de la península; y por último, de esclavos, *servi*, de los particulares, ó de la municipalidad, *servi publici*.

Los *cives* municipales de origen, tenían todos la misma tribu á que el municipio estaba ascrito; pero no así los *adlecti*, que conservaban la del pueblo de que eran naturales, á la que agregaban á veces la de su nueva ciudad (1). En el año de 1779, se descubrió en Tarragona un pedestal, que sostuvo la estatua erigida á «Marco Valerio Capeliano, hijo de Marco, de la tribu *Galeria* y de la *Aniense*, natural de Damania—*adlecto in coloniam Cæsaraugustanam ex beneficio divi Hadriani*,—habiendo disfrutado de todos los honores en una y otra población». A la tribu *Galeria* perteneció *Damania*, y á la *Aniense* la *Colonia Cæsaraugustana* (2).

En las Hispanias hay numerosas memorias de estas *adlectiones*, pudiéndose citar entre las más curiosas, la de una mujer llamada *Avita Avia*, hija de Moderato, la cual, *civis recepta est Caparæ* (3).

En Tarragona existió una inscripción, que decía de esta manera:

«A Marco Sempronio Capiton, hijo de Marco, natural de Gralia, de la tribu Quirina,—*adlecto in ordine Cæsaraugustano*,—habiendo gozado de todos los honores en la una y en la otra de ambas poblaciones» (4), que es precisamente el caso de la de Cártima, porque el agraciado al ingresar en la Colo-

(1) Grotefend, *Imperium romanum tributim descriptum*. Hannover, 1863, p. 15 y 16.

(2) Grotefend, *Imp. rom. trib. descriptum*, p. 96-97-98.

(3) CIL·II·813.

(4) CIL·II·4244.

nia Cæsaraugustana, conserva la tribu Quirina de Gralia, y no menciona la Aniense de Cæsaraugusta (1). Además, existen en España dos piedras escritas, una en Cartagena y otra en Caracena (2), ambas con inscripciones casi iguales, conmemorando á cierto personaje llamado *Lucio Emilio Recto*, natural de Roma, DOMO ROMA, de la tribu Quirina (3), el cual fué á la vez ciudadano de *Carthago nova*, de *Asso* y de *Basti*, en las Hispanias, por *adlectio in civium numerum*. Pues bien, la carrera civil de este personaje, se redujo á haber sido en Roma *secretario de la questura* primero y *de la edilidad* después, como más tarde edil de la colonia hispana de *Carthago nova* y patrono de *Asso*. Por sus servicios, no en las ciudades provinciales, en algunas de las cuales, como se ha visto, había sido *adlectus in ordine*, sino en la capital del imperio, obtuvo la dación del *equo publico ab imperatore Cæsare Trajano Hadriano*, es decir, la recompensa de ser nombrado caballero romano, que no otra cosa significa la *donación imperial del caballo público*. Todos los que hayan dedicado su atención al estudio de la arqueología jurídica romana conocen perfectamente las causas de la creación del orden ecuestre, que nacida en los orígenes de la monarquía, se sostuvo en el período republicano y termina con los Césares y Augustos.

El Rey primero, después el Censor, y el Emperador á la postre, concedieron semejante distinción, que traía consigo la obligación de servir en los cuerpos de Caballería de las legio-

(1) Grotfend, Imp. rom. trib. descriptum, p. 99, *Grallia*, p. 96, Cæsaraugusta — Para otras *adlectiones* hispanas, véase CIL·II·2026·2960.

(2) CIL II·3423. Supp. 5441, vide etiam, CIL·II·3424.

(3) Hay una inscripción en Galicia, CIL·II·2600, dedicada á Marte, por un prefecto del Ala segunda de la Caballería, Tiberio Junio Quadrato, que también era DOMO ROMA, y aparece como inscripto en la dicha tribu QVIR, véase sobre ello Grotfend, Imp. rom. trib. desc. p. 74 á 76, y Rubitschek, Imp. rom. trib. descriptum, p. 7 y 8.

nes durante la guerra, y en la paz formar parte de los jurados que en Roma fallaban los litigios y las causas (1), teniendo por distintivo la estrecha banda de púrpura, que les atravesaba el pecho, *augustus clavus*, y el anillo de oro, con derecho á un asiento especial en los anfiteatros. Pero todos estos detalles fueron desarrollándose con el andar de los tiempos y el cambiar de las instituciones, de modo, que la historia de las vicisitudes de esta clase ecuestre, sobre ser larga, es en extremo complicada, y fuera estemporáneo que me detuviera aquí á puntualizarla (2), por lo que, concretándome al epígrafe cartimitano, objeto de estas observaciones, concluiré indicando que *Junio Melino* podía haber nacido en *Barbesula*, antiguo municipio ascrito á la tribu Galeria (3), que estuvo en tierras de Guadiaro, no muy distante de Cártima, viniendo de allí á establecerse en esta última población, donde prosperara en fortuna, y por su respetabilidad fuera *adlectus in civium numerum*, donde no obtuvo cargo alguno, ni la edilidad, ni el dumvirato, ignorándose por completo cuál pudo ser el *cursus honorum* que lo llevara á la categoría de *eques romanus* por la designación de algunos de los emperadores del siglo II.^o, al que pertenece la paleografía del monumento epigráfico, de Trajano á Septimio Severo (4), inclinándome á creer que debe considerarse esta gracia imperial como otorgada por Hadria-

(1) CIL·II 4275.

(2) Los que deseen profundizar en esta materia, deben acudir al profundo estudio que dedica al Orden ecuestre el profesor Mommsen en su *Hanbuch der Althertumer*, VI, 2.^a, p. 169 á 181, ed. fr., y al libro de Belot, *Histoire des Chevaliers Romains*, donde se exponen las fuentes constitutivas de esta institución.

(3) CIL·II 1941.

(4) En las Hispanias hay tres epígrafes que conmemoran la dación del *equo publico* por Hadriano á algunos personajes hoy desconocidos, CIL·II 4213 4254 4275, sin que sus sucesores, hasta Septimio Severo, recuerde que otorgasen esta distinción á español alguno.

no, por ser el único emperador de dicha centuria del que se registran otras tres concesiones del *equo publico*, todas ellas en Tarragona.

La última inscripción descubierta en Cártila, lo fué en 1871, grabada en una gran tabla de mármol blanco y dedicada á una tal *Valeria Situlina* con ocasión de haber hecho construir á sus expensas y en terreno de su propiedad, un edificio público, cuyo destino se ignora, habiéndolo inaugurado con un convite. La importancia de este epígrafe estriba en su segunda línea, que dice: SACERDOS PERPETVA D·D·M·C·F, cuyas siglas resolví al publicar por vez primera el texto, *Decreto Decurionum Municipii Cartimitani Facta*, solución que fué aceptada por la crítica imparcial hübnieriana (1). Mommsen, en sus *Inscriptiones Regni Napolitani latinae*, había ya trasladado dos piedras, que decían: la una CLODIA·A·F·SACERDOS PVBLICA·CERERIS D·D, y la otra LASSIA·M·F·SACERDOS·PVBLICA·CERERIS D·D (2), cuyas conocidas siglas daban á comprender que el sacerdocio municipal era designado por los decuriones de la localidad correspondiente. Pero sobre todo es á este propósito interesantísimo el decreto que se conserva en el Museo Borbónico, grabado en piedra, acordado por los decuriones de *Cumas*, convocados y reunidos el 1.º de Junio del 289 con el fin DE SACERDOTE FACIENDO... IN LOCVM... SACERDOTIS DEFVNTI, en cuyo documento se hace constar que PLACVIT·VNIVERSIS·LINCIVM SECVNDVM·SACERDOTE·FIERI (3).

Después de ésta y de la piedra de *Decimo IVNIO MELINO*, primer caballero romano de la ciudad de *Cartima*, es digna de fijar la atención la de *IVNIA*, *Decimi Filia*, *RVSTICA*, tal vez

(1) CIL·II·Supp. 5488.

(2) I·N·L·2378.

(3) I·N·L·2558.

su hija, como expresaba Hübner (1), que fué á la vez SACERDOS PERPETVA ET PRIMA IN MVNICIPIO CARTIMITANO, la cual, después de haber hecho varias obras públicas, dado espectáculos y convites, erigido dos efigies, una de Marte y otra de Cupido, y levantado varias estatuas, todo á sus expensas, su liberalidad y su amor al pueblo donde había nacido, la llevó hasta *revindicar los vectigales públicos*.

En otra ocasión he demostrado cómo y de qué manera pudo esto verificarse (2), por lo que al presente sólo reproduciré lo que á tal propósito dice el profesor Hübner: *vectigalia publica municipii cartimitani, id est, agros publicos vectigales, ab Iunia Rustica ideo puto vindicata sunt, quod nescio qua causa in privatorum possessionem cesserant; id quod Berlanga solus perspexit* (3). La extrañeza del ilustre epigrafista alemán no explicándose cómo los bienes de propios cartimitanos pudieron ser usurpados por algunos munícipes, hubiera cesado si hubiese vivido en nuestros días y entre nosotros; pero aun sin eso basta leer lo que Plinio el Joven decía á su amigo Caninio, respondiendo á la consulta que le hace de cómo instituir una memoria perpétua en favor de los munícipes Comenses *honesta consultatio, non expedita sententia. ¿Numeres reipublicae summam? Verendum est non dilabatur. Des agros? Ut publici negligentur*; «si se deja en efectivo, el dinero se desliza entre las manos, si en una finca rural, pronto cae en abandono como los campos públicos de la población». Frases estas últimas elocuentísimas, que demuestran que los funcionarios del Estado no han variado, desde el *duumvir* al *alcalde constitucional*, desde el *publicano* hasta el *delegado de Hacienda*.

La expresiva frase de la inscripción de Junia Rustica,

(4) CIL·II·1956.

(5) Berlanga. Estudios romanos, p. 117 á 123.

(6) CIL·II·1956.

vectigalia publica cartimitana *vindicavit* (1), trae naturalmente á la memoria la tan conocida de la Epístola de Vespasiano á los saborenses; *vectigalia quæ a divo Augusto acceperisse dicitis custodio; si qua nova adicere vultis, de his proconsulem adire debetis* (2), y ambas hacen pensar en el sistema tributario de los romanos para con las provincias trasmarinas (3) y como natural consecuencia en la manera como tenían organizadas las Hispanias, al menos desde que en 49, antes de J. C., Julio César *concede la ciudadanía á los gaditanos* (4), hasta que Vespasiano otorga el derecho latino á la generalidad de los pueblos de la Península, que aun no habían tomado parte en la romanización del país (5) por los años de 75 de nuestra Era, siendo Censor con su hijo Tito (6).

Plinio el naturalista, que murió cuatro después de la Censura de Vespasiano, y Tito, víctima de la formidable erupción del Vesubio, que sepultó á Pompeya, tuvo á la vista al hablar de las Hispanias, cuyo país había visitado (7), los trabajos geográficos de Agripa, entre otros, que no deja de indicar (8), y fundado en tales fuentes, divide la *Uterior* y la *Citerior* en dos grupos diversos de pueblos; el uno más reducido en número, que comprende aquellos aun refractarios á la dominación italiota, y el otro, que abarca á los que la habían acep-

(1) CIL·II·1956.

(2) CIL·II·1423.

(3) Véase, para mejor inteligencia, la Rúbrica LXIII del Bronce malacitano, CIL·II·1964.

(4) Tit. Liv. Perioch. cx. *Cæsar Gaditanis civitatem dedit*, Cas. Dio. xli·24, repite exactamente las mismas palabras, tomándolas sin duda del citada epitomé Liviano.

(5) Res gestæ divi Augusti.—Lat. 5·10·11·12·35, cap. xxvi xxviii.—Plin. N·H·III·30.

(6) CIL·II·1610.

(7) Plin. Epist. vi·xx.

(8) Plin. N·H·I.—Libro III.

tado sin restricción alguna. Entre los de aquella serie, se encuentran las ciudades *libres*, que se gobernaban por sus propias leyes, *autónomas*, y toleraba el conquistador, vienen luego las que de estas ciudades libres eran *federadas* de Roma, unidas á la capital del imperio por un tratado especial de alianza, terminando con las *estipendiarias*, que rendidas al conquistador, le pagaban un cánon anual á título de sumisión. Pertenecen á la segunda categoría pliniana, las *colonias* y *municipios*, bien *romanos* ó bien *latinos*, gobernados por un código especial de leyes emanado de Roma, que aceptaba á cambio de su propia autonomía, de que hacían dejación inmediata, romanizándose por completo, quedando bajo el mando supremo del Propretor ó del Procónsul de la provincia. Estas poblaciones que entraban por semejante transformación á disfrutar del sistema administrativo, que los Romanos habían adoptado para sus posesiones trasmarinas, formaban ciudades entre sí independientes, con un gobierno puramente local, cuyos individuos, hijos de la que regían por voto unánime de sus conterráneos, necesitaban tener elementos sobrados de vida con que desarrollarse, y para ello se les dotaba de rentas públicas bastantes á cubrir sus atenciones, cuyas rentas recibían el nombre genérico de *Vectigales* (1). Consistían éstos en varios impuestos que gravaban el movimiento de la riqueza del país, y que eran, según Ulpiano, los derechos de *Aduana*, los de *Alcaba*, los de la *Sal*, los de las *Minas* y los de *Pesca*, además del que pesaba sobre las tierras de labor (2), porque en las indicadas poblaciones romanas provin-

(1) Dig. xvi, 17. Publica vectigalia intellegere debemus ex quibus vectigal fiscus capit: quale est vectigal portus, venalium rerum, salinarum, metallorum et picariarum.

(2) Dig. xii 10... praedia quæ nostri patrimonii sunt... et vectigalia vel superficialia.—Dig. xxii 31. Lex vectigali fundo dicta erat ut si post certum temporis vectigal solutum non esset is fundus ad dominum redeat. Véase Gai iii, 145.

ciales, el suelo era, por regla general, usufructuado por el poseedor á trueque de pagar un cánon anual por el aprovechamiento de su cultivo (1), que solía ser la décima de sus frutos (2), por lo que se decían aquellos campos *decumanos* (3). Al lado de estos grandes centros de población, hubo en lo antiguo otros acaso más reducidos, que fueron agregados sólo para los efectos de la tributación á algún municipio ó colonia de mayor importancia, y se llamaron, según Julio César, poblaciones *contributas* (4), así como en frente de las ciudades *estipendiarias*, de que ya se ha hablado, existieron las *immunes*, exentas de tributación, de las que se contaron varias entre las colonias hispano-romanas (5) de la Bética. Pero de todas estas ciudades, parecían las más favorecidas las que gozaban del *derecho itálico*, como *Acci* y *Libisosa* (6), las cuales, además de disfrutar de una organización independiente, con magistrados propios elegidos por los tribules de la misma localidad, estaban exentas de todo impuesto territorial y personal, teniendo sus naturales capacidad de disponer por derecho quirritario de las tierras, que constituían el territorio de la colonia, que con semejante privilegio había sido distinguida (7). Fueron, pues, tres las concesiones que hicieron los romanos á los pueblos hispanos después de la conquista, no siempre conjun-

(1) Gromat. vet. I. p. 4. 10. Aggenus Urbicus... quod omnes etiam privati agri in provinciis tributa atque vectigalia persolvunt.

(2) Cic. in Verr. III·XL·91. Halicyenses, quorum incolae decumas dant, ipsi agros immunes habent. Vide etiam Cic. in Verr. III·XXXVIII á XLI. 87 á 93.

(3) CIL·II·1438.

(4) Caes. de Bello civili I. 60., Calagurritani, qui erant cum Oscensibus contributi, Plin. H·N·III·14.

(5) Plin. H·N·III·12.

(6) Plin. H·N·III·25.

(7) Puchta. Corso delle Istituzioni I. xciv. Véase á Zumpt. Commentationes epigraphicae, I, pág. 482 á 489.

tas, sino por lo general separada la una de las otras. La más capital era la *libertas*, ó séase el derecho de gobernarse libremente por magistrados elegidos por cada localidad de entre sus mismos conciudadanos (1); pero la cual no presuponía ni la *inmunidad* ni el *dominio quiritario*, que eran cosas diversas en su esencia. En cambio, á la *inmunitas* acompañaba la *libertas*, y siendo aquélla la esencia de todo tributo, constituía localidades de todo punto distintas á las estipendiarias (2). Por lo que hace á la *proprietates* debía coexistir con la *libertas* y la *inmunidad*, siendo el complemento constitutivo del *derecho itálico*, que abarcaba estos tres grandes privilegios (3), y siendo, de consiguiente, el *ius quiritorium* la diferencia radicalísima que mediaba entre las poblaciones de *derecho itálico*, que tenían el dominio quiritario del suelo, y las de *derecho latino*, que sólo disfrutaban de su posesión.

Si de la división geográfica hispana de Plinio, del 79 de J. C., se pasa á la consignada en los fragmentos de bronce de la Ley Rubria, encontrados en Veleja (4) y conservados en el Museo de Parma, respecto á los pueblos de la Galia Cisalpina por los años del 49 al 52, antes de la Era cristiana, se verá como coincide la una con la otra de una manera muy perceptible. La tabla Velejana habla, ante todo, de la plaza fuerte, *oppidum*, donde radicaba la capitalidad del distrito, ya fuese colonia ó municipio (5), luego del castillo roquero, *castellum*, levantado en los sitios estratégicos del distrito rural de la colonia ó municipio para defensa de las respectivas fin-

(1) CIL·II·2021. *Ordo municipum municipi liberi Singiliensis*.

(2) CIL·II 1663, *Coloniæ immunes provinciae Baeticae*.

(3) Dig. L xv·8. *Paulus*. In Lusitania Pacenses et Emeritenses iuris Italici sunt.

(4) CIL·I·205.

(5) CIL·II·1964. *Oppidum municipi flavi malacitani*. Supp. 5439. *Oppidum coloniae Genetivæ*.

cas del campo (1). Se ocupa después del *vicus*, aldea ó séase pequeño centro de población, morada abierta de la gente de campo (2), concluyendo con el *forum*, sitio destinado á mercado á veces en las afueras de la capital del distrito (3). Habla también el Bronce de la ley Rubria de las *Prefecturas*, que fueron en Italia los pueblos señalados, á los que anualmente se enviaban Prefectos á administrar justicia (4), y equivalían, como pueden comprenderse, á los *Conventus iuridici* de las Hispanias conmemorados por Plinio (5), con la diferencia que en éstos eran los Pretores los que estaban encargados de aplicar el derecho, *ius dicere* (6).

El mismo texto Veleyano, donde se enumeran como entidades administrativas el *municipio* y la *colonia*, como pequeñas colectividades rurales el *vicus* y el *forum*, y como plazas de armas, erigidas en defensa de aquellos centros de población, el *oppidum* y el *castellum*, concluye ocupándose del distrito jurisdiccional de las dos primeras clases de capitalidades urbanas mencionadas antes, dándole la denominación de *terri-*

(1) CIL·II Supp. Castellum Berense 5353. Castellum Ciseli 5320.

(2) CIL·II·365. Vicus Boedorus gentis Pintonum.

(3) Varr. L·L·V·145. Quo ferrent suas controversias, et quæ vendere vellent quo ferrent, *forum*, appellarunt. Fest. De verb. sign. V. *Nundinae*. Nundinas feriarum diem esse voluerunt antiqui, ut rustici convenirent mercandi, vendendique causa. Véase C·I·L·XIV·270. *Nundinae Salus Beguensis*, y Plin. H·N·III·10. Forum Iuli, y se comprenderá que los mercados ó ferias tenían lugar dentro de la colonia ó del municipio, y también extramuros y en el campo, cuyos *foros* rurales solían transformarse en una población de más ó menos importancia con el trascurso del tiempo.

(4) Fest. v. *Præfecturae*.

(5) Plin. H·N·III·7.

(6) Cæsar De bello galico, I, 54. Ipse Cæsar in citeriorem Galliam ad conventus agendos profectus est. *Ibidem*, VI, 44, in Italiam ad conventus agendos profectus est Cæsar. Cic. in Verr. Act. II, lib. V, cap. 11, in Sicilia..... ex iis oppidis in quibus consistere praetores et conventum agere soleant.....

torium, con el que es también conocido en los textos epigráficos hispano-romanos, como se ve designado en el Bronce de Aljustrel (1). Semejante *territorio* debía estar, y lo estaba en efecto, perfectamente deslindado y cercado con los correspondientes aledaños, que marcaban los linderos, *finés*, hasta donde llegaban los terrenos de la colonia ó del municipio, que, como se ha visto, eran en general *campos vectigales* (2). De estas lindes hablan numerosas inscripciones (3), y estaban señalados con piedras terminales, á veces escritas, en las que se indicaba el campo colonial ó municipal, cuyos límites señalaban, como en una inscripción del pueblo de Ledesma, cerca de Salamanca, se lee: *terminus augustalis inter Bletisam et Mirobrigam et Salmanticam* (4), denominándose *trifinium* estas piedras terminales, que marcaban el punto de contacto de tres diversos territorios (5), coloniales ó municipales. No hay que detenerse á demostrar, porque es muy sabido, que los tales campos vectigales comenzaban al pie de las murallas del *oppidum*, que circundaban; pero los epígrafes terminales han venido á enseñar que había poblaciones, como la colonia *Claritas Iulia*, antes *Ucubi* y hoy *Espejo*, que poseía terrenos formando parte de su *ager colonialis*, lindando con el campo

(1) CIL·II. Supp. 5181, lín. 37, *territoria metalli Vispascensis*.

(2) Cic. in Verr. Act. II, lib. III, § 6, *inter Siciliam ceteras que provincias. ... in agrorum vectigalium ratione hoc interest, quod ceteris aut impositum vectigal est certum, quod stipendiarium dicitur, ut hispanis... aut censoria locatio constituta est*. Cic. in Verr. Act. II, lib. III, § 11, *cum omnibus in aliis vectigalibus Asiæ, Macedoniæ, Hispaniæ, Galliæ, Africæ, Sardinie, ipsius Italiæ quæ vectigalia sunt*.

(3) CIL·II 1963, *intrave fines municipi eius Salpensani*, Supp. 5181, *fines Metalli Vispascensis*, 5439,—*fines oppidi coloniæ ve qua aratro circumductum erit*, 5439, *finesque coloniæ Iuliæ erunt*, 5439, *finesque coloniæ dati erunt*, 5439, *intrave eius coloniæ fines*.

(4) CIL·II·859. Véanse también las piedras 460·858-857-5033-2916. Supp. 5806.

(5) CIL·II 2349, *trifinium territoriorum.....*

también colonial de *Emerita*, á 30 leguas de distancia de aquella población de la Bética (1). Semejantes linderos fueron en su época en extremo respetados; pero cuando por cualquier accidente, intencional ó fortuito eran alterados, dábase para restablecerlos, si las circunstancias lo exigían, hasta la acción civil, que se conocía con la denominación de *finium regundorum* (2). Una tal reclamación provocaba de suyo la sentencia correspondiente, de las que se conserva el importante ejemplar de la conocidísima de los *Minucios*, grabada en bronce y que se guarda esmeradamente en el Ayuntamiento de Génova, en donde he tenido la satisfacción de calcarla.

En este documento importantísimo del 637 de Roma, es decir, redactado 117 años antes de J. C., se consigna ante todo el motivo que lo provoca con estas expresivas frases: *Quinto y Marco Minucio Rufo, hijos de Marco, conocieron personalmente y resolvieron sobre el terreno las controversias suscitadas entre los Genuenses y los Viturios. fijando las reglas á que debían sujetarse respecto á la posesión de aquellos campos y á los límites que se les debía asignar, mandando marcar sus linderos y establecer sus términos* (3).

Entran luego aquellos jueces á clasificar los campos respectivos dividiéndolos en *públicos*, que eran los que pagaban

(1) CIL·II·656. *Augustalis terminus colonorum coloniae Claritatis Iuliae Ucubitanorum* [et] *inter Augustanos Emeritenses*. Esta piedra curiosísima, que existía en Valdecaballeros, villa á la derecha del Guadiana, en los confines de la provincia de Extremadura, estaba dedicada al Emperador Domiciano César Augusto, hijo de Vespasiano, siendo por otra parte muy sabido, que de Valdecaballeros á Espejo habrá unas 30 leguas, estando interpuesta entre ambas poblaciones la cordillera de Sierra Morena, como ya lo hace notar el profesor Hübner.

(2) Dig. X·I·4·9. *Finium regundorum actio et in agris vectigalibus. competere potest.*

(3) CIL·II·199, hic 1 á 4. *EOS·FINES·FACERE·TERMINOSQVE·STATVI·IVSERVNT.*

un cánon anual al Erario de Genua (1), y en *privados*, que fueron los que podían ser objeto de compra y venta y transmitirse por herencia, porque IS·AGER·VECTIGAL·NEI·SIET (2), deteniéndose enseguida á deslindar aquéllos (3) y éstos (4) con suma prolijidad, para que en sus linderos pudieran levantarse las piedras terminales ordenadas, TERMINOSQVE·STATVI·IVSERVNT (5).

Existía en Tarragona, hacia el siglo XVI, una sentencia análoga del 193 de J. C., grabada en piedra, pero mutilada en la parte más importante, pues sólo se conservaban las primeras líneas, por las que se viene en conocimiento que en tiempo del Emperador Helvio Pertinax, un tal Lucio Novio Rufo, legado de Augusto y propretor, pronunció una sentencia análoga á la de los Minucios, poniendo término á la controversia entre los habitantes de *Valeria* y *Favencia*, y los que moraban en los pagos del arroyo *Lavarense*, localidades, que debían pertenecer á la Citerior (6).

De otra sentencia terminal habla una piedra escrita, copiada por Franco, que estuvo en la Iglesia de Villanueva de la Xara, y hoy no existe. Fué pronunciada por un Julio Próculo, juez designado por el emperador Domiciano para dirimir la

(1) CIL·I·199, hic 25·26·PRO EO·AGRO·VECTIGAL·.....IN POPLI·CVM·GENVAM·DENT.

(2) CIL·I·199, lín. 6. En los fragmentos de Bronce de la Ley agraria del 643 de Roma, 111 antes de J. C., que he visto en el Museo Borbónico, CIL·I·200, se habla del campo *público* y *privado* de Italia primero, y del África después, texto que debe tenerse muy presente con el ámplio comentario de Mommsen, que le sigue en el primer volumen del *Corpus* al número antes citado.

(3) CIL·I·199, lín. 14, AGRI·PVBLICI ..HISCE·FINIS·VIDENTVR·ESSE.

(4) CIL·I·199, lín. 7, FINEIS·AGRI·PRIVATI.

(5) C·I·L·I·199, lín. 3.

(6) Mommsen. Die Stadtrechte der latinischen gemeinden Salpensa und Malaca, pág. 488·C·I·L·II·4125.

contienda entre tres territorios colindantes (1). Por último, á media legua al Poniente de Estepa, se descubrió otra piedra que *cuidaron de colocar los de Ostipo*, señalando el límite de los campos decumanos, cuyos hitos terminales habían sido restituidos y renovados en el año 49 de J. C. (2).

No puede ocultárseme que todos estos detalles son aridísimos; pero sólo á través de ellos se puede llegar al verdadero conocimiento de la organización política, administrativa y judicial de las Hispanias durante la dominación romana. Con Valdeflores y Pérez Bayer pasaron completamente de moda tales estudios, y cuándo aquéllos dejaron de existir, quedaron los antiguos anales romano-hispanos entregados dentro y fuera de la Península á meros literatos, con nociones tan superficiales como de segunda mano de cuanto tenía relación con semejantes investigaciones críticas, que no lograron redactar sino obras de mera imaginación, como los libros de caballería.

Demás sería añadir que no puedo comprender entre estos últimos, á los ilustres sostenedores de la escuela histórica alemana, seguida por Mommsen, quien con su libro, desconocidísimo en España, *Die Stadtrechte der Latinischen gemeinden Salpensa und Malaca*, inició de nuevo el estudio profundísimo de nuestras fuentes históricas, á partir desde los tiempos más remotos hasta que los Visigodos se enseñorearon de la Península, en cuyo camino le siguieron cuantos hispanófilos germanos han venido después encaminando por anchos carriles la crítica de estos monumentos y la depuración de sus lecciones más genuinas.

(Se continuará)

M. R. DE BERLANGA.

(1) C·I·L·II·2349. *Trifinium [trium territoriorum] Saciliensis. Idienses, Soliensis ex sententia Iulii Proculi iudicis [dati ab] Imper(atore) Cæsare Domitiano Augusto.*

(2) CIL II 1438..... TERMINI·AGROR·DECVMANOR· restiTVTI ET·NOVATI·Q·VERANIO·C·POMPEIO·GALLO·COS.

ESTUDIOS EPIGRÁFICOS

DE LAS PEQUEÑAS INSCRIPCIONES JURÍDICAS ROMANO - HISPANAS

(*Conclusión*)

Ejemplo de esta mala administración es otra piedra de Cartima, dedicada «A Lucio Porcio Saturnino, de la tribu Quirina, quien, por el honor de haber sido nombrado pontífice, dió al municipio veinte mil sextercios para que pagase sus deudas» *sestertium viginti milia nummum dedit ut aes alienum reipublicae cartimitanae liberaret* (1).

Entonces es sabidísimo que había una completísima desamortización; cada colonia ó cada municipio, con la *civitas* ó con el *ius Latii*, administraba por sí sus fondos y los invertía en los gastos públicos naturales de la localidad con independencia completísima. Producían los ingresos el censo, que anualmente debían pagar los poseedores de las tierras de propios, *vectigalia*, y el importe de la recaudación de algunas contribuciones indirectas, como la *vicesima hereditatum*, creada por Augusto seis años antes de J. C., modificada por algunos emperadores del II.º siglo y extinguida hacia el IV.º (2).

En Cártama existieron tres pedestales (3) dedicados: uno

(1) CIL·II·1057. Véase la anotación Hübneriana sobre la manera gramatical como debiera estar redactada la segunda parte de esta fórmula.

(2) Marquardt. Handbuch der rom. Alterth. X. p. 335.—Cagnat. Les impôts indirects chez les Romains, p. 175 y siguientes.

(3) CIL·II·1949·1951·1952.

1. Volum IV no 38
Año VII. Octbre 1903

á Marte y dos á Venus, por los herederos de otros tantos finados que dejaron en su testamento estos legados á dichas divinidades, por respecto á las cuales, los poseedores de la herencia no dedujeron el cinco por ciento del total de la manda, como hubieran estado en su lugar haciéndolo, si no abonaron la *vigésima* al erario municipal, pagando el importe de su peculio proprio, que es lo que significa la conocida fórmula HERES·XX·NON·DEDVXIT (1).

Hay una cuestión de derecho público á que se alude con frecuencia en varias inscripciones de la Bética y en una de la Lusitania. Esta última fué encontrada en *Aramenha* en 1797 y estuvo dedicada á *Publio Cornelio Macer, de la tribu Quirina, cuestor* primero y *duumvir* después de una localidad antigua desconocida, el cual VIRITIM·A·DIVO·CLAUDIO·CIVITATEM·DONATO, es decir, que el emperador Claudio, antes de morir en el 54 de J. C., le había otorgado la ciudadanía, únicamente á su persona, *viritim*, y no trasmisible á sus ascendientes ni descendientes (2), lo cual constituía una concesión particular por servicios individuales, que nada tenía que ver con la que nacía de la *latinitas*, que preparaba en casos determinados la aptitud del sujeto para la *civitas*.

En Cabra se conserva otra, que es una dedicación de los *municipes Igabrenses á Apolo, porque por gracia del emperador César Augusto Vespasiano, habían conseguido la ciudadanía romana por el desempeño de las supremas magistraturas municipales*, BENEFICIO·IMP·CAESARIS·AVG·VESPASIANI. Civitatem Romanam Consecuti PER, honoreM, (3). Este epígrafe es análogo á otro algo mutilado de *Cisimbrio*, en el que se usa, poco más ó menos, de la misma fórmula BENEFICIO·IMP·

(1) CIL·II·1949·1951·1952.

(2) CIL·II·159.

(3) CIL·II·1610.

CAesaRIS·AVG·VESpaSIANI·et·tiTI·CAESARIS·AVG·fil·
VICoS·C·Romanam·coNS·CVM·sVIs·OmnibuS·PER·HONO-
REM·IIVIR (1).

Con estas dos inscripciones también hace juego la de Luce-
na, en la que aparece que Lucio Junio Faustino y Lucio Junio
Mamio *Civitatem Romanam* PER·HONOREM·CONSECuti·
BENEFICIO·*imp·caes·aug·vespasiani* (2).

La más moderna de estas piedras hispanas que se refieren
á semejante materia, es la que volví á encontrar en 1864 soste-
niendo la pila del agua bendita de la iglesia parroquial de Alora
—pueblo que no fué *Iluro*—y en tiempo de D. Antonio Agustín
servía de quicio á la puerta de aquella pequeña población
moruna (3). Según el texto que copié y cuyo calco remití al
profesor Hübner, que lo publicó enseguida, la lápida en cues-
tión fué grabada en memoria del *Emperador Domiciano César*
Augusto Germánico (4), á expensas de *Lucio Mummio Novato*
y *Lucio Mummio Aureliano, duumviros de una localidad des-*
conocida, que por el honor de la duumviralidad consiguen la
ciudadanía romana (5). Por las tres primeras Rúbricas que se
conocen del Bronce de Salpensa (6), se viene en conocimien-
to que Vespasiano y Tito durante su censura y en el sexto
consulado del primero, como ya lo refiere Plinio (7), del 74 al
75 de J. C., concedió á las Hispanias el *ius Latii*, que ratificó

(1) CIL II·2096.

(2) CIL·II·1631. En la de Rute, CIL·II·1635, las siglas C R C dan á
entender que se trata también de análogo beneficio; pero está tan mutila-
do el texto y es tan breve, que su restitución sería aventurada y sin inte-
rés práctico.

(3) CIL·II·1945.

(4) Cuando promulgó las Tablas de Malaca y Salpensa, aun no ha-
bía recibido esta última denominación.

(5) CIL·II, p. 704.

(6) CIL·II·1963·R·XXI·XXII·XXIII.

(7) Plin. H·N·III·30.

después Domiciano, según los pasajes citados del fragmento que se conserva de la Ley Salpensana, en la que se consigna que todo *ciudadano latino*, que en aquel municipio ejerciera la cuestura, la edilidad ó el duumvirato, después de terminada cualquiera de estas magistraturas, adquiriría, con sus ascendientes y descendientes, la *ciudadanía romana*. En esta Tabla no se da á Domiciano el título de Germánico, como en la piedra de Alora, que recibió el 84 de J. C., de modo que el Bronce es anterior á esa fecha, y la columna de los Mummios posterior, el uno puede ser del 82 al 83 y la otra del 84 al 85 (1).

Las dos Rúbricas primeras que se han salvado de la Tabla de Salpensa, dispone que el cuestor, el edil y el duumvir que después de un año de ejercicio en el desempeño de su magistratura, obtenga la ciudadanía romana con sus padres, sus mujeres, sus hijos y nietos legítimos, conserve la patria potestad, la marital, *minus*, y la dominical, sobre los hijos, la mujer y los esclavos (2), pasaje que concuerda con el tan conocido de *Gaius* sobre el *maius et minus Latium* (3).

En el siglo XVI existía en el palacio arzobispal de Tarra-gona y en vida del ilustre prelado D. Antonio Agustín, una inscripción importantísima, que no se dice si se encontraba grabada en piedra ó bronce, y que el profesor Hübner buscó en vano en 1860 cuando estuvo en aquella población y visitó la residencia del prelado. Aunque existen varios traslados de esta leyenda, todos hacen ver que el original en su segunda parte

(1) CIL·II, p. 260.

(2) Aes. Salp. R·XXI·XXII. Prefiero á la restitución de Mommsen, la que yo propongo para el comienzo de la R·XXI, por estar calcada exactamente en el principio de la R·XXVI.

(3) Gai. Comm. I·95 et 96. Véanse las lecciones sucesivas de Goeschen, 1820 1824 y 1842, con la de Lachmann, la de Huschke de 1861, la de Böcking de 1864, apógrafo, y la de Studemund de 1874, también apographo.

estaba deterioradísimo. Lo que se conservaba legible, decía vertido al castellano:

«A los tres días de los Idus de Febrero, siendo cónsules Quinto Sossio Falcón y Cayo Erucio Claro, y Emperador el César Publio Helvio Pertinax, Príncipe del Senado, Padre de la Patria» (1).

«Sentencia que dictó Lucio Novio Rufo, Legado de Augusto, Propretor, varón clarísimo, entre los moradores del Arroyo Larense y la población de Valeria Faventina, grabada y fijada el día antes de las Nonas de Noviembre (2), cuyas palabras son las siguientes» (3):

«Rufo, Legado, habiendo conferenciado con el Consejo (4), leyó públicamente este decreto, escrito en membranas de tejo» (5):

«Conforme con mi propósito.....».

Hasta aquí llega el texto, porque de las seis ó siete líneas que siguen, sólo se conservan algunas palabras sueltas, que no forman sentido, lo que es muy de lamentar, porque todo hace presumir que fuese este documento muy semejante á la conocida *Sentencia de los Minucios* (6), y hubiera dado á cono-

(1) 11 Feb. del 193 de J. C.

(2) 4 Nov. 193.

(3) CIL·II·4125·IN·V·I·S, esto es, IN Verba Infra Scripta.

(4) Ibidem, CCC, es decir, Cum Consilio Collocutus.

(5) CIL·II·4125 EX·TILIA Todos los que conocen el latín, saben que *Tilia* era un árbol de que habla mucho Plinio, (Plin. H N XVI·XVII·XVIII·XXIV et passim), que en griego se llamaba *φύληρα* y en castellano *tejo*, y tiene entre la corteza y la madera una membrana muy tierna, á la que dieron varias aplicaciones, dedicándola también á escribir en ella, por lo que dijo Ulpiano: Dig. XXXI·52. Librorum appellatione continentur omnia volumina sive in charta sive in membrana sint, sive in quavis alia materia: sed et si philyra aut in tilia ut nonnulli conficiunt, aut in quo alio corio, idem erit dicendum.

(6) CIL·I·199. El comentario de Rudorf: Q et M Minuciorum sententia, Berlín 1842, y el de Mommsen, en el 1.º vol. del Corpus, I, 199, p. 72, Berlín, 1863, son dignos del estudio más detenido.

cer curiosos detalles, al presente ignorados, de las relaciones administrativas entre la población denominada *Valeria Faventina* y *los compagani rivi Larensis*, quedándose todo reducido á saber que Lucio Novio Rufo fué cónsul *suffectus* en Mayo del 186, imperando Cómodo (1), Legado propretor de la Tarraconense en los días de Pertinax, de Febrero á Noviembre del 193, y muerto por orden de Severo (2) antes del 211, en que dejó de existir dicho emperador.

No menos importante que este epígrafe, es otro (3) encontrado cerca de Utrera, donde estuvo Salpensa. Fué un pedestal de grandes dimensiones escrito en sus cuatro caras, teniendo en una de ellas la dedicación del monumento hecho al emperador Antonino Pío en el año 147 de J. C., por un tal Marco Cucio Prisco Messio Rustico Emilio Papo Arrio Próculo Julio Celso, personaje muy caracterizado á juzgar por sus *cursus honorum*, conservado en el pedestal de la estatua que le levantó en el mismo pueblo su admiradora *Cesia Lenilia* (4). Pero lo principal de la primera piedra consiste en el texto, por desgracia muy mutilado en su principio y fin, de cierto decreto de los munícipes del municipio flavio salpensano, recomendando al emperador Antonino Pío para que promoviera á más alto grado de dignidad al mencionado *Marco Cucio Messio*.

En la epigrafía hispano-romana no encuentro nada que haga relación con esta solicitud directa de los munícipes de un municipio al príncipe, sino es el pasaje del Nuevo Bronce de Itálica (5), en el que se habla de la dimisión del sacer-

(1) Henzen. Act. frat. arvalium, p. CXCI.

(2) Spart. vit. Severi, 13·1 y 7. — Occidit autem sine causae dictione hos noviles... *Novium Rufum*.

(3) CIL·II 1282.

(4) CIL·II 1283.

(5) Aes Ital. R·IV.

docio de las Galias, presentado por el elegido, directamente al soberano (1). De todos modos, dicho pasaje hace ver que Salpensa, cuya moneda más conocida con la cabeza de Apolo, la lira y el trípode, revela que no fué de origen oriental, ni africano, sino más bien greco-romano, era ciudad de importancia é independiente antes del 41 de J. C., recibió el *ius Latii* en 74 y fué elevada á municipio hacia el 83, habiendo alcanzado gran importancia en el 147, ó lo que es lo mismo, que al comenzar el imperio acuñó moneda como ciudad autónoma, acaso de origen helénico y no ibero, fenicio, cartaginés ni romano, cuyas emisiones concluyeron al morir Calígula; que Vespasiano al darle la *Latinitas*, la preparó para que su hijo Domiciano le otorgase la municipalidad, y que siguió prosperando grandemente después de extinguida la dinastía *Flavia* bajo soberanos tan ilustres como Trajano, Hadriano y los Antoninos, es decir, que contó en sus anales más de un siglo de no interrumpidas prosperidades, que le dieron en el mundo antiguo la importancia que revela el decreto en favor de Marco Cusio Prisco, acordando dirigirse al emperador Antonino Pío para que adelantara en su carrera á dicho protegido, en razón de sus relevantes méritos. Semejantes iniciativas no eran peculiares de las colonias ni de los municipios, cuya acción procuraban sus magistrados quedase circumscripita dentro de los límites de su territorio, como se vé en los honores tributados á un munícipe por estos mismos salpensanos, siendo el agraciado un joven de 18 años, denominado Lucio Marcio Saturnino, á quien concede el *ordo municipii flavii Salpensani*, las siguientes distinciones (2):

(1) Véase sobre este particular, Berl. Nuev. Bronce de Itálica, páginas 20-24 55 y 156.

(2) CIL-II 1286.

- 1.^a La oración fúnebre—*LAVDATIO*,—de las que se conservan dos muy curiosas (1).
- 2.^a Terreno en sitio público para su sepulcro—*LOCVM SEPVLTVRAE*.
- 3.^a Gastos del funeral—*IMPENSA FVNERIS*.
- 4.^a El derecho de conservar su imagen retratada en bronce—*CLYPEVM* (2)
- 5.^a Una estatua pedestre—*STATVA PEDESTRIS*.
- 6.^a Los distintivos del decurionato—*ORNAMENTA DECVRIONATVS*.

Como es fácil observar, tantos honores tributados á un muchacho insignificante, de 18 años de edad, eran un tributo de adulación exagerada al padre, que acepta tamañas distinciones, dispensa al erario municipal todos los gastos, que se encarga de cubrir de su peculio para hacer más patente la comedia que se había representado entre el doliente y sus compatriotas los decuriones sus amigos; farsa que viene de continuo reproduciéndose hasta nuestros días, y que en ocasiones toma una magnitud que ya toca en lo ridículo. En efecto, en la Carolina y en Vilches, se han encontrado dos bases de estatuas con una inscripción honoraria de fines del siglo I.^o dedicada á cierto personaje, completamente desconocido, llamado Cayo Sempronio Celer, hijo de otro Cayo Sempronio Celer, al cual hijo no se sabe por qué, al morir, le decretaron de consuno:

El municipio flavio Besucitano, *laudatio*, elogio fúnebre, *locum sepulturae*, lugar de la sepultura, *impensa funeris*, gastos del funeral, *exequiae*, exequias y *statua*, estatua.

(1) Bruns. *Fontes iuris*. ed. V., p. 303 á 306, se refieren á dos mujeres, á quienes, desde el 390 de J. C., según Livio, V. 50, se permitió que como los varones, *post mortem sollemnis laudatio esset*.

(2) Véase el conocido pasaje de Plinio. H·N·XXIV·4·1, *imaginum quidem pictura, quam maxime similes in aerem propagabantur figuræ in totum exolevit, aerei ponuntur clipei...*

El flavio Laminitano, elogio fúnebre y estatua.

El flavio Tugense, elogio, lugar de sepultura y gastos del funeral.

El flavio Vivaciense, elogio, lugar de sepultura y gastos del funeral.

Los ciudadanos Besucitanos y los avecindados, estatuas (1).

Estos dos epígrafes honorarios corresponden, el uno á la estatua decretada por el municipio flavio Besucitano y el otro á la concedida por el flavio Laminitano, faltando la inscripción de la tercera, levantada por suscripción entre los municipios y los avecindados besucitanos.

Por más que estas distinciones se concediesen á los jóvenes muertos prematuramente, en obsequio del padre sobreviviente, en este caso y en otros análogos, ni el padre ni el hijo se distinguen por los puestos que han desempeñado, ni por los beneficios que han prodigado á su pueblo natal, ni por nada análogo, pues ambas personas son oscuras, sin más que gran fortuna, que permite al padre aceptar por el hijo. cuantos honores se le decretan por cuatro municipios á la vez, dispensando á todos ellos los gastos del funeral, exequias y erección de las tres estatuas, que costea de su peculio particular (2).

Más comprensible es el epígrafe de Cazlona, cerca de Linares, dedicado «A Quinto Thorio Culeon, hijo de Quinto, Procurador de Augusto en la provincia Bética, porque á su costa rehizo las murallas, deterioradas por los años, porque dió un solar para edificar el Baño, porque reparó el camino, deteriorado por las lluvias continuas, que conduce por la Sierra de Castulo á Sisapo, porque puso en el teatro unas imágenes de Venus Genitrix y de Cupido, y porque perdonó

(1) CIL II 3251-3252. — *Laudationes* — IV — *locum sepulturae* — III — *imp. funeris* — III — *exequiae* — I — *statuae* — III.

(2) CIL II 3251-3252.

la suma de cien mil sextercios, que se le debía del erario público, habiendo dado, además, un convite al pueblo».

A personaje tan espléndido es muy natural que «los municipales de Castulo le dedicasen una estatua, habiéndose verificado por dos días, al inaugurarla, juegos circenses» (1).

Se comprende que levantaran estatuas al que construyó á su costa un acueducto para dotar de agua alguna ciudad (2), y por suscripción de la plebe, PLEPS·EX·AERE *conlato*, al duumvir de *Pax Iulia* por su administración integérrima y por sus auxilios en dinero para el abasto del pueblo OB·REM·P·BENE·ADMINISTRATAM·ET·ANNONAM·INLATA·PECVNIA·ADIVTAM (3), así como por obras públicas importantísimas á opulentos personajes de *Castulo* (4) y de *Dianio* (5); pero prodigar tales honores á un cualquiera por desmedidas influencias de sus allegados, cosa es, que entonces como ahora, toca en el ridículo y desprestigia aun más que enaltece á los agraciados.

Pero pasando á ciertas fórmulas que se ven usadas en determinadas leyendas sepulcrales, entraré á ocuparme de otro orden de ideas diferente.

En Badalona existía una piedra en la que se hacía constar que los «Decuriones de *Baetulo* dieron á Cayo Picario Novato, hijo de Cayo, de la tribu Publilia, el lugar para la sepultura, los gastos del funeral pagados del Erario y todos los demás honores». Al final de esta leyenda, se dice con oportunidad: H·M·H·N·S·N·L·S—*ni este monumento, ni el lugar de la se-*

(1) CIL·II 3270.

(2) CIL·II 3240.

(3) CIL II 53.

(4) CIL·II 3270.

(5) CIL·II·Supp. 5961.

pultura pasarán al heredero (1),—fórmula de que ya he hablado hace poco.

Y en este punto no puede pasarse en silencio otra piedra que existió á dos leguas de Lisboa, en el camino de Lareiro, en la que se lee, que estando vivo hizo su sepulcro un tal *Flavio Quadrato, hijo de Marco, de la tribu Quirina, aquilífero de la legión segunda*, ordenando que aquel MONIMEN·TVM·CVM·MVNITioNibus·TRICleAe·HERedem·NON·sequetur (2).

La *munitio tricleae* parece referirse al *reparo* ó *defensa* de un *tinglado* ó *cobertizo* construído con intento de preservar el sepulcro, de los daños que pudieran causarle las tempestades, estando á cielo abierto.

A la fórmula *Hoc Monumentum Sive Sepulcrum Heredem Non Sequetur Nec Locum Sepulturae*, que parece haber sido la más desarrollada, hay que añadir alguna otra frase que la complemente, cuyo conocimiento es debido á una inscripción romano-hispana de Denia, del siglo II.^o, dedicada á *Maxumilia*, en cuya última línea aparece este otro grupo de siglas H·S·H·A·N·L, que he leído *Hoc Sepulcrum Heredi Abalienari Non Licet* (3), apoyándome en el NEQVIS·A·NOMINE·NOSTRO·ALIENARE·AVDEAT, de una inscripción ilustrada por Rossi (4) y en los demás textos ya antes citados, sin que después haya visto otra lectura que pueda satisfacerme de esta fórmula abreviada (5).

(1) CIL·II·4611.

(2) CIL·II 266.

(3) Berl. Revista Archeológica portuguesa, núm. 3, Marzo 1883, página 4 y siguientes.

(4) Rossi. *I collegii feneraticii* en las *Comm. philol. in honor Th. Mommseni*, p. 709.

(5) CIL II. Supp. 5891. La lectura que en este lugar del *Corpus* aparece de dichas siglas, no está justificada por el calco que poseo de la piedra.

Naturalmente, tan menuda discusión con el fin de fijar el significado de algunas letras aisladas, no puede ser de interés para nuestras eminencias contemporáneas, á las que importa bien poco que semejante fórmula jurídica se ajuste en un todo ó no se ajuste al texto Gayano (1), como tampoco puede importarles prestar atención á estas ligeras observaciones sobre letreros escritos hace más de mil ochocientos años, reveladores de antiguos hábitos públicos de poblaciones hora desaparecidas, que ocupaban por entonces estas comarcas.

Entre ellos, uno de los más curiosos por cierto, es el escrito en una plancha de plomo y casualmente encontrado en la Sierra de Córdoba, que decía de esta manera (2):

«El tres de las Kalendas de Septiembre, siendo duumviros Lucio Valerio Peno y Lucio Antistio Rustico» (3).

«Lucio Valerio Kapito ocupó este lugar para Colmenar» ALVARI·LOCVM·OCVPAVIT (4). Semejante epígrafe parece tener muchos puntos de contacto con el PITTACIVM de la última Rúbrica del Bronce de Aljustrel, de cuya palabra me he ocupado trasladando las interpretaciones que de la misma dan Hübner, Mommsen, Wilmann y de Rossi (5), siendo la

(1) Gai Comm. II·3. Divini iuris sunt veluti res sacræ et religiosæ... 4 religiosæ quæ diis manibus relictæ sunt. 9 Quod autem divini iuris est, id nullius in bonis est... 7 Sed in provinciali solo placet plerisque solum religiosum non fieri, quia in eo solo dominium populi romani est vel Cæsaris, nos autem possessionem tantum vel usufrutum habere videmur: utique tamem etiamsi non sit religiosum pro religioso habetur. Vide etiam. II·2·3·4·6·7 y 9.

(2) CIL II·2242.

(3) 30 de Agosto de un año que se ignora, porque no se conocen las listas de magistrados locales epónimos de la población á que esta lámina se refería.

(4) Mommsen interpreta en efecto este pasaje diciendo: *alvari locum occupare*; de occupatione agri, in quo alvaria, fiant intelligendum est. CIL·II·22·42 Véase Verg. Georg. IV. v. 34 y Plin. H N·XXI 80.

(5) Berl. Los Bronc. de Lasc, Bonan y Aljustrel, p. 710, 711 y 817.

significación que más me satisface la que expuso Petronio en el siglo I.^o (1), creyendo que sea precisamente éste el nombre que deberá aplicarse á la lámina de plomo de la Sierra de Córdoba, la cual pudo ser el tarjetón puesto en las tierras concedidas por un cánón anual por los magistrados locales á Lucio Valerio, con destino á un Colmenar. Pero aun son más curiosos otros detalles por su semejanza á veces con las costumbres modernas.

En la Tarragonense existía una piedra sepulcral de «Lucio Memmio Probo, natural de Clunia, gramático latino, á quien, á los 25 años, la ciudad de Tricio le señaló un sueldo», cuya cifra no está clara en el texto (2), siendo el primer ejemplo de un dómene retribuido por el Estado, de que se tenga noticia en España.

En Torre Milano, cerca de Fuente Ovejuna, se halló la losa funeraria de un tal «Publio Frontino Sciscola, médico de los colonos de la Colonia Patricia», también otro ejemplo del primer médico titular de Córdoba (3), y en Mérida se descubrió una tercera, que dedicaba «Cassio Filipo á su incomparable esposa Julia Saturnina, de 45 años, médica excelente, mujer virtuosísima, en razón de sus méritos» (4), en la que se vé que las Doctoras en medicina y cirugía, hace más de quince siglos que implantaron entre nosotros la moda de trocar la *ruca*, *colus*, y el huso, *fusus*, de la antigua matrona, por el *forceps* y el *speculum* (5) de los discípulos de *Archagatos* y de *Asclepiades*.

(1) Petron. Satyr. 34 Statim allatæ sunt amphoræ vitræ diligenter gypsatæ, quarum in cervicibus pittacia erant affixa cum hoc titulo *Falerium Oppimianum annorum centum*.

(2) CIL·II·2892.

(3) CIL·II·2348.

(4) CIL·II·497.

(5) Véase la caja de instrumentos quirúrgicos que se conserva en el Museo Borbónico, encontrados en Pompeya.

El ejemplo de la profesora de medicina Julia *Saturnina* y el de la poetisa satírica *Sulpicia*, demuestran á las claras que la invasión de las *viragines* data de hace miles de años, y no puede reputarse nacido, el antianeirismo, de los celeberrísimos adelantos modernos.

El profesor de latín de Tricio y el médico titular de Córdoba, ambos hijos de libertos, puesto que después de su nombre no se marcan en las respectivas inscripciones las conocidas siglas indicando la ascendencia, así como el *magister artis grammaticae* de Sagunto y el *Medicus Pascensis* (1), no eran los únicos empleados de las colonias y de los municipios, pues, además, había otros dependientes encargados de los diversos ramos de la administración pública, como el *accensus*, el *scriba*, el *librarius*, el *viator* y el *praeco*, de que hablan los Bronces de Osuna (2), quienes reciben en las mismas Tablas el nombre genérico de *Apparitores* (3), teniendo asignado un sueldo por el ejercicio de sus funciones, de las cajas públicas.

Estos últimos solían pertenecer á la clase de esclavos de la misma ciudad *coloniae servi* (4), ó bien *servi publici* (5), cuyos esclavos formaban lo que se denominaba entonces *familia publica* (6). Cuando algunos de ellos, no por sus méritos, que jamás se han tenido en cuenta para los ascensos en los pueblos antiguos, ni en los modernos, sino por sus influencias personales, obtenían la libertad, eran libertos del municipio ó colonia respectiva *libertus municipii* (7) ó *Rei Publi-*

(1) CIL·II·3872 y 21.

(2) Berl. Nuevos Bronc. de Osuna, R. LXII.

(3) Ibidem. R. LXIII.

(4) CIL·II·1418-2992.

(5) CIL·II·2229.

(6) CIL·II·2229.

(7) CIL·II·2009-2011.

cae libertus (1) y desempeñaban cargos administrativos de más categoría á veces que los del simple *praeco* ó del *viator*.

El pormenor de estos detalles se ha conservado en algunos de los grandes bronce hispanos, que han venido á enriquecer soberbiamente los antiguos monumentos jurídicos romanos, sin que por ello, sin embargo, hayan desmerecido los pequeños epígrafes, que á veces enseñan lo que ha pasado desapercibido para historiadores y poetas satíricos. De ello hay un ejemplo muy palmario en la inscripción que aun se conservaba en Antequera (2), traída de *Cerro León*, la antigua *Osqua*, esculpida en un gran pedestal, que debió sostener la estatua de un *tribuno militar* llamado *Publio Magnio Rufo Mangoniano*, que fué, además,

PROC·AVG·XX·HER·PER·HISP·BAET·ET·LVSITAN

PROC·AVG·PER·BAETIC·AD·FAL·VEGET

PROC·AVG·PROV·BAET·AD·DVCEN.

Acabo de indicar que, según la conjetura más probable, fué Augusto el que estableció hacia el quinto ó sexto año de J. C. el impuesto de la vigésima sobre las herencias (3), es decir, que obligó á llevar al Tesoro la vigésima parte del valor líquido de los bienes testamentarios, que debían adjudicarse á los herederos y legatarios del finado, cuya vigésima equivalía al 5 por 100 del importe del aprecio de lo inventariado, deducidos los gastos. En la época en que este importe se cobraba directamente por el Estado, hubo funcionarios públicos encargados de la vigilancia de su recaudación, con el título de Procurador imperial, cargo que desempeñó en la Bética y en la Lusitania, Publio Magnio Rufo Mangoniano, del orden equestre, como C. Manlio Félix, otro tribuno militar, que en

(1) CIL·II·435·1418.

(2) CIL·II·2029.

(3) Cass. Dion. 53 15.

los días de Trajano fué nombrado *Procurator Augusti (vice-simae) XX hereditatum* (1).

Otro de los impuestos indirectos de Roma fué la *centesima rerum venalium*, que se considera también creación de Augusto (2) y fué recibido por el pueblo con bastante oposición. En 17 de J. C. pudo Tiberio reducir este gravamen á la mitad y en vez del 1 por 100, *centesima*, exigió el uno por doscientos, *ducentessimam in posterum statuit* (3), que suprimió en Italia Calígula *ducentessimam auctionum Italiae remisit* (4), por los años de 38 de nuestra era (5).

No se tenía una idea del funcionario que recaudaba este impuesto sobre las ventas en subasta, *auctionum*, y la inscripción osquense que acabo de citar hace ver que, como para la *vicessima hereditatum*, había un *Procurator Augusti, provinciae Baeticae ad ducentessimam*.

En la Tabla de Aljustrel se habla con grandes detalles de la *centesima auctionum*, y su poleografía nos lleva al final del primer siglo (6), no debiendo olvidarse en este punto las Tablas enceradas de Pompeya, comentadas primero por de *Petra*, luego por *Mommsen* y ultimamente por *Zangemeister*.

Pero el cargo más curioso que desempeñó Publio Magnio Rufo fué el de *Procurador imperial para la aclimatación en la Bética de las Vides de Falerno*, de lo cual no se tenía la

(1) CIL-III 726 Vide Marquardt, Hanbuch, X p. 335 y siguientes.

(2) Tac. Ann. I. 78. *centesima rerum venalium post bella civilia instituta.....*

(3) Tacit. Ann. II. 42.

(4) Suet. vit. Calig XVI.

(5) El pequeño Bronce del Gabinete de Francia, con el nombre de C-CAESAR-DIVI-AVG PRON-AVG, del año 39, que tiene en el reverso las siglas R. CC, interpretadas desde Eckhel *Remissa ducentesima*, es la moneda que se trae siempre en apoyo de lo dicho por el biógrafo imperial. Cohen. Monnaies imper. I. p. 148. n. 14. Eckhel D. N. V. VI p. 224.

(6) Berl. Los Bronc. de Lasc. Bon. y Aljustr. p. 229 y 653. R. *Centessimæ argentariæ stipulationis*.

menor noticia hasta que el profesor Mommsen dió la exacta lectura de este pasaje de la piedra. Se sabía únicamente que allá por el 93 de J. C., en razón de las abundantes cosechas de vino que se venían sucediendo y las escasas de trigo, se creyó que el excesivo cultivo de la vid había hecho descuidar las sementeras, por lo que ordenó Domiciano que en Italia no se plantasen nuevas viñas y en provincias se arrancasen lo menos la mitad de las existentes (1), edicto imperial sin embargo que por miedo á los anónimos no hizo cumplir (2) el mismo soberano. Pero se ignoraba que hubiera habido un tiempo en que la reacción hubiese sido tal que se nombrara un funcionario especial encargado de propagar por la Bética las vides de Falerno (3).

Existe igualmente en Antequera, la antigua *Antikaria*, otra gran base de estatua, que está sentada sobre la clave del arco del Puente de los Remedios, cuya leyenda es de grandísima enseñanza histórica. Traída la piedra del cercano Villar, á una legua al Noroeste, donde estuvo *Singilia*, resulta inti-

(1) Suet. Vit. Domit. 7.

(2) Suet. Vit. Domit. 14.

(3) En el siglo pasado antes que se conociera el *Oidium*, la *Phylloxera* y el *Mildeu*, los vinos especiales de los Montes de Málaga procedían de cepas alemanas. Se cuenta que entre los muchos extranjeros que venían desde el xvi.º á establecerse y negociar en este puerto, acertó á llegar cierto sujeto llamado *Piter Simen*, Pedro Simón, cuyo apellido no se ha conservado, el cual, como criado en las orillas del Rhin, conocía muy bien el laboreo de la viña y las clases de viñedos que allí se daban mejor. Deseoso de hacer ensayos, procuró traer planta de su país, que cultivó con esmero en nuestras agrestes montañas, vecinas del Colmenar, 4 leguas al N. de Málaga, cuyo resultado fué más satisfactorio que lo que pudiera nunca imaginarse, y de entonces se extendieron por estos Montes las plantaciones de las viñas de *Piter Simen*, nombre que, á la vuelta de muchos años, se transformó en *Pero Ximen*, como se decía en mi niñez, transformado hoy por el comercio, que nada tiene de erudito, en el ridiculísimo nombre de *Pedro Jimenez*, degenerado descendiente de *Piter Simen*.

mamente relacionada con la vida de este municipio *latino* del primer siglo, tan cercano al de Málaga.

De los geógrafos antiguos Plinio es el único que nombra á aquel pueblo entre *Vesci*, *quod Faventia*, y *Ategua* bajo la forma de *Singili* (1), que restableció á su verdadera forma el Profesor Hübner haciendo notar oportunamente el *apocope* de la *a* final, eliminación no extraña y más por la proximidad del nombre de *Ategua*, que comenzaba con idéntica vocal (2).

Son las piedras las que dan más pormenores de esta localidad nombrándola unas *Singilia* simplemente (3), otras *Municipio libre singiliense* (4), alguna *Municipio flavio libre singiliense* (5) y muchas *Singilia Barba* (6), duplicidad de nombre que no es de extrañar en la geografía de las Hispanias, como también lo indica ya el mismo Hübner trayendo e ejemplo del citado Plinio (7). Estudiando dicha nomenclatura se fijan las páginas más oscuras de esta población: el calificativo de *Municipio libre* indica que en su origen fué una ciudad autónoma y que al entrar en la administración romana no constituyó una municipalidad *estipendiaria*, como de ordinario, sino exenta del pago á Roma de todo pecho (8). El apelativo de *Flavio* no tengo que repetir que indicaba provenir la municipalidad singiliense del 74 de J. C., en que fueron censores Vespasiano y Tito, ó bien que era contemporánea de las Tablas de Málaga y Salpensa.

(1) Plin. H N·III. 10.

(2) CIL. II. p. 272.

(3) CIL. II. 2022. *Cives Singilienses et incolae* 2023. *Ordo singiliensis* 2021. *Singiliensi*.

(4) CIL. II. 2021. M·M·LIB·SING.

(5) CIL. II. 2025. MM. FLAVII·LIB·SING.

(6) CIL. II. 2015 2016. 2017. 2018. 2019. 2020. ORDO·SING·BARB ó bien M·M·SING·BARB.

(7) Plin. H N·III. 10 et passim.

(8) Marquardt Hanbuch. XIII. p. 96 y 106.

Pero volviendo ya al pedestal del puente de los Remedios, su texto puede considerarse dividido en tres secciones: en la primera de las cuales se habla del agraciado *Cayo Sempronio Nigelió*n, liberto de Córdoba, en cuya colonia fué Sexvir-augustal, cargo que ejerció igualmente en el municipio singiliense cuando fué elegido, *adlectus*, munícipe de dicha población, ejerciéndolo con el carácter de perpétuo por decreto de aquellos decuriones. Hasta aquí la leyenda nada enseña de nuevo, no así su segunda parte, según la cual los decuriones de Singilia, *ordo Singiliensis*, decretaron recibir á Sepro-nio Nigelio en el número de los ciudadanos municipales en los términos en que pudo serlo un liberto, refiriéndose sin duda á que ni le era lícito ingresar en el decurionato, ni ejercer la potestad edilicia, ni duumviralicia, no pasando del Sexvirato augustal, que en vez de ser ánuo como de ordinario, era en este caso perpétuo por acuerdo especial de los decuriones.

La última parte de la leyenda es sin duda la más curiosa, pues dice así: «Los antiguos decuriones de Singilia, *ordo singiliensis vetus*, también en su nombre decretaron las mismas distinciones» que el *ordo sigiliensis novus*, si se me permite la clasificación, «le había en general acordado» como queda dicho.

Esto es que en Singilia hubo en tiempo del Sexvir augustal Sempronio Nigelio dos municipalidades reunidas, la una, la antigua, *ordo vetus*, creada por Vespasiano con el derecho *latino* y sin pagar tributo á Roma, *municipium flavium liberum*, la otra, más reciente y nacida de la unión de aquel pueblo con el de *Barba*, desde cuya fecha tomaron los decuriones y los municipes el nombre de *Singiliensis Barbensis* (1).

(1) Respecto de Barba sólo el Itinerario trae esta mansión después de *Ostipo* y antes de *Anticaria* (Itiner, edit. Wess. p. 412 ed. Parthey et Pinder p. 196), acusando la cercanía de esta ciudad de la que distaba 24 millas según dicho texto. Pero no hay que pensar que la *Barba* del Itinerario se incorporase á Singilia, porque la supresión de esa *Mansión*

Aunque no aparece que fuera frecuente, se comprende por el pasaje citado de la predicha piedra singiliense, que no era extraño al mecanismo municipal romano la incorporación de un municipio á otro por el excesivo desarrollo y preponderancia de aquél y la decadencia creciente de éste, lo cual sin embargo se comprende mejor tratándose del sistema colonial de entonces, como lo convence el caso de *Valencia* en las Hispanias, también conocida por las inscripciones (1).

Hübner recuerda con sobrado acierto las páginas más antiguas que se conservan de esta colonia. En los Sumarios Livianos (2) se lee que *Junio Bruto en su consulado*, 138 años antes de J. C., *concedió campos y una ciudad llamada Valencia á los que hicieron las campañas de Viriato*. Sesenta y cinco años más tarde, en 73 antes de J. C., Cneo Pompeyo decía al Senado romano (3): *Ya sabéis que fué tomado el campamento, que tenían los enemigos junto al Sucro, ganada la batalla del río Turia, desbaratado el ejército enemigo con su jefe G. Herenio y ocupada la ciudad de Valencia*. Noticia confirmada mucho más tarde por Plutarco cuando afirma que Cneo Pompeyo derrotó á Herenio y Perpena, jefes Sertorianos, á la vista de

en la *Via* hubiera producido una alteración en las paradas y casas de postas, que no es de suponer se quisiera provocar.

(1) Sobre la *adlectio*, véase Dig. 50. 1. 1. *Municipem aut nativitas facit aut manumissio aut adoptio*, como dice Ulpiano comentando el Edicto, y mucho más tarde reiteran Diocleciano y Maximiano Cod. Iust. X. 40 (38) 7. *Cives quidem origo manumissio adlectio adoptio, incolae vero... domicilium facit*, y Fest ex Paul. Diac. v. *Adlecti*. *Adlecti dicebantur apud romanos qui propter inopiam—carencia de Senadores, ex equestri ordine in Senatorum sunt numero assumpti*.

(2) Periochae T. Livii LV. Iunius Brutus cos in Hispania eis qui sub Viriato militaverunt agros et oppidum dedit, quod vocatum est Valentia.

(3) Salust. Epist. Cn. Pomp. ad Senat. Castra hostium apud Sucronem capta et praelium apud flumen Turiam et dux hostium G. Herenius cum urbe Valentia et exercitu delecti satis clara vobis sunt.

Valencia, matándoles más de diez mil enemigos (1), cuyos informes terminan con los que dá Plinio antes del 79 de J. C. cuando indica que era *Valencia una colonia distante tres millas del mar* (2). Lo que no enseña ninguna de estas fuentes y sí únicamente las inscripciones es que en aquella localidad, hubo en la época de su mayor prosperidad y al mediar el tercer siglo dos poblaciones distintas, compuesta la una de Valentinos antiguos, *Valentini veteres*, sin duda de la primitiva colonia de Junio Bruto, y la otra de veteranos, *Valentini veterani*, que pudo ser una ampliación realizada por Pompeyo, porque ni Julio César, ni Augusto debieron tomar parte en su colonización, pues de ser así llevaría el sobrenombre de *Julia* ó de *Augusta* (3). Entre los epígrafes valentinos, hay pues, uno importantísimo, que enseña que así como había dos clases de colonos en Valencia, hubo también dos distintas corporaciones decurionales, ORDO DECVRIONVM, conocidas ambas con la denominación genérica de VTERQVE ORDO VALENTINORVM (4) y que funcionaba dando decretos, DECREVIT, en nombre y representación de una y otra asamblea decurional.

Todos los comentarios que preceden podrían aún prolongarse extensamente dado el copioso caudal de inscripciones paganas con que cuenta la colección epigráfica hispana; pero parece que será ya razón el darlos aquí por terminados. Sin embargo, tales observaciones, con haber sido tan breves (5), de-

(1) Plut. vit. Pomp. XVIII in fine.

(2) Plin. H·N·III·20.

(3) CIL. II 3733 á 3737 y 3739. 3741. 3745—VALENTINI VETERANI ET VETERES, después de J. C., 222 á 225.—249 á 251.—269 á 270.—Véase también á este propósito Zumpt. Comment. epigr. p. 312.

(4) CIL·II·3745.

(5) Antes de terminar, sin embargo, voy á permitirme llamar la atención sobre ciertas leyendas que, con ser sepulcrales, contienen rasgos de un descreimiento desconsolador, que acusan y hacen resaltar las ideas

ben haber provocado un conocimiento exacto de la importancia del estudio de los epígrafes hispanos para conocer en muchos de ellos la manera como fueron paulatinamente los Italiotas aplicando el derecho público y el privado de Roma á la administración de estas dos provincias, para ellos trasmarinas. Pero al mismo tiempo hacen ver por su novedad misma, el poco interés que despiertan entre nosotros semejantes investigaciones, hasta el punto que nadie se preocupa de ellas, ni llega á extrañar que nuestros latinistas, que interpretan ORDO por *Cabildo* y DICATVS por *aficionado*, viertan á la vez la palabra INGENVI por *generosos*, por más que haga diez y ocho siglos que escribía Gayo que *llamábanse así los que eran libres desde el momento de nacer*, lo cual nada tiene que ver con la

predominantes de una época de inconcebible escepticismo. En Cadiz se leía en una piedra funeraria (CIL·II. 1877).

Te Rogo Preteriens: ES, BIBE, LVDE, VENI

en otra de Córdoba (CIL·II 2262).

TV, QVI STAS ET LEGES TITVLVM MEVM, LVDE, IOCARē VENI
en la que se dice de Tolox (CIL·II·1434).

NIL FVI, NIL SVM, ET TV, QVI VIVIS, ES, bibe, LVDE VENI

En todas ellas aparece la idea predominante de *Vivir, beber y divertirse* antes de morir; pero hubo en Porcuna una lápida tumular que copió Franco y decía (CIL·II·2146). Lo subrayado es suplido por Hübner.

«Item yo Marcō Porcio, hijo de Marco... mando á mis herederos que *rocien con vino* mis cenizas *para que sobre ellas* vuele mi espíritu embriagado: que las hiervas *cubran mis huesos*. Si alguno se detuviere ante mi epítafio, al ver mi nombre que diga, *descanse tranquilamente* lo que dejó el ávido fuego, que convirtiéndose en pavesas al consumirse el cuerpo.»

Este curioso epítafio es análogo al que descubierto en la Vía Latina dice de esta manera: (Baehrens. Poetæ latini minores V. p. 97 ed Teubner).

«Soy ceniza, huesos, nada: mudo para siempre, no diré mi nombre, quién me engendró, ni dónde, ni qué hice: Ni soy, ni seré, sin embargo fui engendrado de la nada: Procura no desaprobarme nada de esto, porque tal has de ser.»

También es semejante á otro de Benevento en el que se lee: «Disolvióse mi vida en la región etérea, trasformóse mi cuerpo en cenizas y aquí quedó un nombre insignificante y vacío.» (Buecheler. Ant. lat. 590)

generosidad (1). Lo que sí no puede menos de llamar la atención con este motivo, es que los tales eruditos á la moderna aun no hayan trasladado al castellano la clasificación legal, con que eran designados los manumitidos de una justa esclavitud, llamados en derecho *libertini*, traduciendo semejante denominación (2) por *calaveras*, como es de esperar suceda más adelante, y tal vez, no muy tarde.

M. R. DE BERLANGA

Alhaurín el Grande á 1.º de Agosto de 1902.

(1) Gai. Inst. I.11. Ingenui sunt que liberi nati sunt.

(2) Gai. Inst. I.11. Libertini qui ex iusta servitute manumissi sunt.

COMUNICACIONES

Sr. D. Pelegrín Casades y Gramatxes.

Málaga 1.º de Octubre de 1903.

Mi muy apreciado amigo: A fines de Agosto tuvo la amabilidad de darme á conocer el Señor D. Agustín M.^a Gibert un traslado manuscrito de cierta inscripción romana que acababa de encontrarse en Tarragona, y al terminar Septiembre me remite una fotografía, que por estar hecha á plena luz del medio día, carece de las condiciones que tendría si la piedra hubiese recibido de costado el sol que la baña. Pero tal como está ejecutada, produce un conocimiento exacto de la leyenda, revelando la exactitud de la transcripción del Señor Gibert. Los esbeltos caracteres de este epígrafe, en los que la O y la C aun conservan la forma circular, el extremo inferior del semicírculo, que constituye la cabeza de la P, no coincide con el asta, el rasgo postrero de la R termina en una suave línea curva y los ángulos superiores de la A y de la M, aparecen cortados horizontalmente, con otros detalles que no son del caso, acusan desde luego la manera de escribir en el mármol que tenían los lapidarios en la primera mitad de la centuria en que murió Augusto.

Basta para convencerse de ello, traer á la memoria los ejemplos que presenta el profesor Hübner en su paleografía epigráfica (1) de inscripciones romanas encontradas en la Península, recordando á la vez las palabras concisas, pero expresivas, con que califica los caracteres—*litteris elegantibus*—de una Tabla de mármol que vió en Tarragona mismo, dedicada al GENIO COLoniae Iuliae Victricis Triumphalis TARRACONIS, por un duumvir que había sido quinquenal en dicha colonia (2).

La lectura de la piedra no ofrece la menor duda, no estando interrumpido el texto por ninguna laguna. Desde luego se vé que es una inscripción votiva, que se compone de cuatro miembros principales:

1.º La divinidad á que se dedicó el pedestal, que lleva este epígrafe, que fué *el genio tutelar de Tarraco*, que se designa con el nombre simplísimo de TVTELA. De la Hispania romana son varios los monumentos

(1) CIL-II-212 á 226.

(2) CIL-II-4071.

que se conocen consagrados á la TVTELA (1) sin otro calificativo alguno, que en ocasiones se denomina AVGVSTA (2). Piedras hay en que recibe el nombre de DEVS TVTELAE GENIVS LOCI (3), recordando, como dice muy bien Hühner, las palabras conocidas de Petronio—*ita tutelam huius loci habeam propitiam* (4),—y en otras el del GENIVS TVTELAE (5).

En Tarragona mismo, además de las piedras consagradas al GENIO del *Convento* Asturicense y al CésarAugustano (6), existía una dedicación á los LARIBVS ET TVTELAE GENIO (7), otra a la simple TVTELAE (8) y una tercera á la TVTELAE TARRACONIS (9), conociéndose, por último, una piedra de la misma localidad en que se mencionaba al DEO TVTELAE (10).

De modo, que la denominación de la divinidad tutelar de los lugares en la epigrafía hispano romana y especialmente en la Tarraconense, es de este modo:

- | | |
|------------------------------|--------------------|
| 1.º TVTELA | 2.º TVTELA AVGVSTA |
| 3.º GENIVS TVTELAE. | 4.º DEVS TVTELAE |
| 5.º DEVS TVTELAE GENIVS LOCI | |

Sabido es que los romanos adoptaron la mitología griega, apendizándola con algunas divinidades secundarias á las que de antiguo se daba culto en el país, *dii indigetes*, y en el hogar doméstico, *dii lares*, entre los que numerábanse los genios de las ciudades, *genius oppidi*, y los de una localidad cualquiera que estaba al amparo de su tutela DEVS TVTELAE y GENIVS LOCI.

2.º La persona que erigió el monumento, que lo fué BABA·Lucii NVMISI-STICI *uxor*.

En la epigrafía hispano-romana es completamente desconocida hasta

(1) CIL·II·2538·3031·3226·2790.

(2) CIL·II·3349·4056.

(3) CIL·II·3021.

(4) Petron. Satir. § 57, pág. 37, ed Buecheler.

(5) CIL·II·2991·3377.

(6) CIL·II·4072·4073.

(7) CIL·II·4082.

(8) CIL·II·4090.

(9) CIL·II·4091.

(10) CIL·II·4092.

ahora el cognombre de BABA, que aparece aplicado por Séneca á un mentecato contemporáneo del emperador Claudio (1).

La supresión del sustantivo *uxor* al designar una viuda á cuyo nombre va unido el genitivo posesivo del de su marido, es cosa tan sabida, que no hay para que insistir en ello.

3.º Lo que ejecutó la persona dedicante, que se redujo á cumplir con sumo gusto el voto que había hecho: *VOTum Solvit Libens Merito*.

Los siglarios no dejan duda de la lección é inteligencia de este conjunto de letras aisladas, que sólo tienen la especialidad de la unión de la O y de la T, esta última inscripta en aquélla.

4.º El motivo que provocó el cumplimiento de la promesa hecha, que es lo más complejo del presente texto y está comprendido en esta frase:

QVOD AEDIFICIVM DVARVM OFFICINARVM
ET AEDEM SALVOS RECTE PEREGIT

es decir, por haber terminado sin contratiempo la obra emprendida de dos edificios distintos, de los que uno pudo ser un templo ó una casa para morada de *Baba*, que ambas cosas significa *Aedis* en singular (2), y el otro una fábrica con dos departamentos, destinados á distintos usos, como un molino de aceite ó un lagar de pisar, con un local para estrujar la fruta y otro para guardar el caldo.

Este período presenta la forma *AEDIFICIVM ET AEDEM SALVOS*, en vez de *aedificium et aedem salva*, que sería más gramatical; pero semejantes alteraciones no son de extrañar en las inscripciones romanas, especialmente en las provinciales posteriores al gran siglo de oro de aquella literatura, que nació tan tosca y llegó á su apogeo con *César* y *Cicerón*. Era el *sermo rusticus* que venía luchando por invadir el *urbanus*, preparando la desaparición del idioma, que va decayendo gradualmente hasta extinguirse, fundiéndose en las rudos y pobres dialectos neo-latinos. Esta conjetura está en parte justificada por la pequeña dislocación de su mismo hiperbatón.

(1) Sénec. *Apocolocynt.* 3.

(2) Festus v. *Aedis*. *Excerpta Paul. Diac.*

Lección:

Baba, *Lucii Numisi Stici*,
Tutelae
Votum Solvit Libens Merito,
quod aedificium duarum officinarum
salvos recte peregit et aedem.

Interpretación:

Al Genio tutelar de la localidad cumplió su voto de buena voluntad Baba, mujer de Lucio Numisio Stico, porque llevó felizmente á su término, sin contratiempo, la construcción de un edificio con dos dependencias y un templo (1).

Me reitero su más affmo. amigo q. b. s. m.

M. R. DE BERLANGA.

Sr. D. Pelegrín Casades y Gramatxes

Mi muy apreciado amigo:

Hace ya algún tiempo me dió á conocer por un calco cierta moneda que se había encontrado en la *Ametlla del Vallés*, donde suelen descubrirse pequeñas antigüedades romanas, pueblo situado en el camino antiguo de Barcelona á Vich, añadiéndome que era de bronce y pesaba 6.50 gramos: siendo su diámetro de unos 25 milímetros (2) y representando:

Anv. La cabeza de un joven, mirando á la izquierda, del más correcto perfil griego, cubierta con un casco elegantísimo, también de forma helénica, pudiendo representar á Marte, á Minerva ó á Palas.

Rev. Caballo á la derecha, completamente en pelo y sin bridas; en el espacio que media entre los piés de atrás y los de delante un *Beth* púnico. 9

(1) La forma misma del pedestal, sobre que está grabada esta inscripción, parece, desde luego, más propia para figurar en un templo que en una casa particular.

(2) La reproducción fotográfica de esta moneda se ha hecho en doble diámetro para que se destaquen mejor sus detalles atendida su importancia

Por más que el tipo marcadísimo de la *cabeza galeada* hacía pensar instintivamente en las regiones del mundo antiguo en que dominaron los griegos, el del caballo parado llevaba la imaginación irresistiblemente al Africa. Ni en la Helada, ni en la Gran Grecia, ni en las islas del mar interno, que por el ocaso le avecinan, recordaba que se hubiese batido moneda alguna con estos dos símbolos juntos, siendo por otra parte el del reverso privativo de Cartago en todos sus detalles.

El estado de mi salud me impidió por aquellos días el ocuparme de este linaje de investigaciones, por lo que tuve que abandonarlo para atender á mi restablecimiento; pero no sin solicitar para mejor ocasión otro calco más pronunciado, si no era posible una fotografía, donde se



Clisé de Don Rafael Calvet

distinguiera bien si entre los piés del caballo se veía rastro de algún signo gráfico cartaginés. Cuando la tranquilidad de mi ánimo me lo ha permitido, he vuelto de nuevo á estudiar esta moneda que no he encontrado entre las de la Gran Grecia de Garrucci, entre las Sicilianas de Salinas ni de Ugdulena, ni entre las Africanas de Müller. Pero este sabio munógrafo, después de señalar como cartaginesas las que por un lado representan la cabeza de Ceres unas veces y de Proserpina otras, con reverso de caballo en pelo andando, ó bien parado, se ocupa de otras cuya atribución á Cartago considera como incierta, entre las que señala una de bronce que describe así:

Anv. Tete de Minerve, convertie d' un casque á trois aigrettes.

Rev. Cheval debout. Quelques exemplaires offrent un *Iod* devant la tete ou un *Beth* dessous le cheval. (1)

Añade luego que Mionnet (2) la aplica á Panormo y De Wite á Cartago de Africa (3, clasificación que sigue Gaillard, *por más*, concluye Müller, *que con igual motivo pudiera atribuirse á cualquier otra ciudad de Africa* (4) en lo que no tiene verdadera razón. Pero en cambio está acertadísimo cuando observa que en el Catálogo de la Colección de García de la Torre se describen hasta catorce ejemplares de la moneda antes señalada, *que se encuentra raramente en otras colecciones, de donde puede sospecharse que tales monedas han salido de una ciudad fenicia en España*. (5) Lo de ciudad *fenicia* deberá corregirse en ciudad *cartaginesa*, porque durante el largo periodo de tiempo que los Tirios tuvieron establecidas sus factorías en las Baleares y en la Bética hasta el 574 antes de JC, aunque se habían inventado las monedas hacia un siglo, hasta pasado el 478 antes de JC., no las adoptaron los Fenicios, con ocasión de las Guerras Médicas, como de todos es muy sabido, no habiendo comenzado á acuñarse en la Península ibérica hasta después de la llegada de Hamílcar en 237 antes de JC., monedas con leyendas semíticas grabadas en caracteres púnicos más ó menos arcaicos. (6) Hecha esta salvedad deberé añadir que en efecto, Gaillard en su *Descripción de las monedas españolas* del Monetario del Ministro que fué de Gracia y Justicia Don José García de la Torre, daba á conocer en 1852 catorce ejemplares de una de cobre de los módulos 11, 12 y 13—estilo antiguo—equivalentes á 24, 26 y 28 milímetros, uno de los cuales describe de este modo (7).

Anv. Teste casquéé de Mars tournée á droite.

Rev. Cheval debout, au dessous, la lettre phenicienne *9 Beth*.

Este pequeño bronce numario es del módulo 11 ó sésase próximamente de un diámetro de 24 milímetros.

Hay otro opúsculo rarísimo del mismo Gaillard que es un *Catálogo*

1 Muller Numism. del'ancien Afrique II, p. 146.

2 Mionnet. Description des medailles antiques grecques et romaines I, p. 27, núm. 528.

3 De Witte. Catalogue de la Collection del'Abbe Greppo núm. 1646.

4 Müller Ibidem.

5 Müller Ibidem.

6 Berl. Hisp. ant. rom. p. 385.

7 Gaillard Descript. núms. 1494 á 1497 p. 100.

de las monedas antiguas que recogió en España del 1850 al 1854, impreso en París en este último año, habiendo servido para la venta en pública subasta de su Colección, realizada en la primera mitad de Enero de 1855. Este opúsculo, únicamente de interés para el momento de la venta, entró en circulación después de la subasta, siendo raro se conserve algún ejemplar como el que adquirí personalmente en París mucho después, en el que aparecen anotados con lápiz los precios en que se vendieron los más importantes ejemplares que se subastaron. Pues bien, en este Catálogo se anota una pequeña moneda de cobre en buena conservación; de un diámetro de 22 milímetros, equivalentes al módulo 10; que describe con estas palabras:

Anv. Tete casquée de Pallas á gauche.

Rev. Cheval debout; lettre phenicienne 9 Beth.

De modo que son quince los ejemplares que da á conocer Gaillard de un diámetro de 22, 24, 26 y 28 milímetros, semejantes al que acaba de encontrarse cerca de Barcelona y todos ellos descubiertos en España, habiendo sido la cara del anverso clasificada como de Minerva, de Marte ó de Palas y perteneciendo dichas monedas á la misma serie de emisiones púnicas, que no estimo como Müller que puedan aplicarse á la Zeca peculiar de un pueblo autónomo, aún ignorado, hispano cartaginés.

Considerando ahora la parte técnica no más de esta pieza, aún no clasificada, se observa fácilmente que sólo algunas monedas griegas de *Emporiton* y de *Rhodeton*, á la vez que varias ibéricas de *Saguntum* acusando más fuertemente la manera de la glíptica helénica, se asemejan algo á la ejecución del anverso, si bien la cabeza del mediano bronce de la Ametlla del Valles sobrepaja en finura y esbeltez á algunas de las que se dejan citadas.

Por lo que hace al reverso del caballo, hay dos hispanas, ambas de la Bética, en las que también figura este símbolo; una es de SACILI en la que aparece suelto, sin montura y desbridado caminando á la derecha (1), la otra de CARMO, en la que también aparece el mismo cuadrupedo suelto, sin montura, dirigiéndose a la mano diestra; pero embridado (2). El tipo de ambos animales es muy airoso, sin la rigidez

(1) Delgad. Nuev. Met. LXVII. 1 á 3.

(2) Ibidem X. 19.

del encontrado en Cataluña y de algunos parados de los que se observan en muchas piezas de la Zeugitana. Numerosos son por otra parte los reversos de acuñaciones íberas con caballo suelto y sin montura, con ó sin brida, generalmente andando (1); pero ninguno de ellos presenta la menor semejanza con el de la moneda de que me vengo ocupando, que en cambio tiene numerosísimos similares en muchas acuñaciones cartaginesas (2). En efecto en su obra magistral sobre la *Numismática de la antigua Africa* el sabio numógrafo de Copenhagen da á conocer los diversos tipos de caballos en pelo, parados ó andando, de las acuñaciones de la Zeugitana, entre los que figuran bastantes, semejantes en un todo al del reverso de la pieza amonedada de la *Ametlla del Vallés*. Por otra parte son copiosas las monedas de Cartago, que se descubren en España con este símbolo, unido á algunas esbeltas cabezas de Ceres y de Proserpina, lo cual induce á suponer que el ejemplar ahora descubierto en Cataluña pueda ser de fabricación cartaginesa, no solo por la similitud del reverso de esta con el de algunas de aquellas monedas africanas cuanto por el *9 Beth*, que se ve entre

los pies del caballo como en diversas piezas de la Zeugitana. Por ello para mí es evidente que está erradísimo *Mionnet* al suponer la moneda en cuestión con cabeza de Minerva y caballo parado, acuñada en Panormo (3) y más acertado *De Witte* al considerarla cartaginesa (4), clasificación que copió Gaillard en sus dos citados *Catálogos*, sin que deje de aceptar también por mi parte que acaso pudo ser batida en la Hispania como conjetura Müller; pero no por un pueblo autónomo.

Eckhel en el décimo octavo (5) sentó como seguro que Cartago no acuñó monedas, fundándose especialmente en que los escritores que hablan de las dos ocasiones en que los Scipiones la entraron á viva fuerza, cuando se ocupan del botín no indican la cantidad de dinero recogido en monedas acuñadas, sino simplemente el peso bruto de la

(1) Delg. Nuev. Met. XCII:11 y 12—XCIV:2—CVIII:1-2-3 CXLV:6-8—CXLIX:9 á 14—CLI:6—CLII:14 CLV:5-2—CLV:3 y 3 CLVI:5-3—CLX:30 CLXI:7 CLXIX:10 á 14—CLXXI:5 CLXXII:3-2-3 CLXXII:11-17-18—CLXXIV:23-35-33—CLXXV:45-48 CLXXVI:51—CLXXX:10 CLXXXIV:4 CLXXXV:3 y 4.

(2) Müller. Numis. de l'anc. Afrique II. p. 84 y 104.

(3) Mionnet. Description des médailles antiques Grecques et Romaines vol. I. p. 271 núm. 528.

(4) De Witte Catalogue de la Collection de l'Abbe Greppo núm. 1464.

(5) Eckhel Doct. Num. Vet. IV. p. 137.

plata retirada para el Erario romano; pero acordándose de los NVMEI en oro y en plata de la Columna de Dailio (1) los explica diciendo, que eran monedas no pertenecientes á Cartago sin decir en que se apoyan.

Mommsen un siglo más tarde (2) escribe, que *Cartago parece que no hubo de batir monedas de oro ni de plata, sino para sus posesiones de Sicilia y no para el Africa, porque no se encuentran en Cartago mismo ni en su territorio monedas de oro y plata con leyenda en caracteres fenicios, no habiendo dado á conocer las excavaciones más que monedas romanas*. Comentando después en el *Cuerpo de inscripciones* (3) el texto de la citada columna de Duilio considera que las monedas de oro y de plata de aquella presa eran sicilianas quizás, también sin razón plausible que lo justifique.

Müller, que no acepta esta opinión, (4) sienta como seguro que, «los Cartagineses aprendieron en Sicilia á batir monedas, adoptando en parte los tipos monetarios de las ciudades griegas, habiéndose valido en un principio de artifices griegos», entrando en seguida á hacer notar las grandes diferencias que mediaban entre las acuñaciones fenicias de Sicilia (5) y las monedas batidas en Cartago (6). Contestando al numógrafo Vienés le cita el pasaje de Polibio (7) en el que este historiador habla de las dificultades de Cartago para pagar á los Mercenarios por lo exausto del Erario al terminar la primera guerra púnica, estudiando enseguida bajo todos sus aspectos las acuñaciones púnico-sicilianas y las verdaderamente cartaginesas. El duque de Blacas, distinguido numógrafo francés y traductor ilustre de la antes citada *Historia de la moneda romana* (8), de Mommsen no puede menos que anotar como el sabio profesor prusiano había modificado algunas de sus conclusiones sobre las negadas acuñaciones cartaginesas, después de haber estudiado el profundo estudio que de ellas había hecho Müller en su libro monumental sobre la Numismática del Africa antigua. Después de estos tres grandes maestros viene mi inolvidable amigo

(1) C. L. I. 195.

(2) Mommsen *Gesch. des röm. Muenz.* I, cap. IV, § V.

(3) C. L. I. 195, p. 39.

(4) Müller *Ibidem* 73.

(5) *Ibidem* p. 74 á 78.

(6) *Ibidem* p. 84 á 104.

(7) Polib. I. 66.

(8) Mommsen *Ibidem* I, cap. II, § IV, nota 2.

Zobel, quien en su *Historia de la antigua moneda hispana* sienta tres conclusiones que parecen reasumir todos los puntos en cuestión (1).

1.^a Sicilia acuña desde fines del siglo V.^o hasta 241 antes de J. C., tetradracmas cartaginesas sobre el pie monetario ático (2).

2.^a Cartago comienza á batir monedas bajo el antiquísimo sistema babilónico adaptado por la Fenicia, á partir del 241 para terminar en 146 antes de J. C. (3).

3.^a Los Barquidas, perdida la Sicilia, organizaron la vieja Hispania y baten en ella monedas cartaginesas desde el 229 al 210 antes de J. C. de plata y cobre (4).

Esta última deducción está apoyada en los diversos hallazgos de tesorillos de monedas cartaginesas verificados en España como los de Mazarrón y Cheste, que aparecieron aquél primero y éste después, cada cual de ellos en una vasija de barro cubierta con tapadera de plata. Además los tipos de las monedas acuñadas por los cartagineses en la Hispania, al principio iguales á los de la metrópoli, variaron luego, diferenciándose la fabricación hispana de la africana aun en aquellos ejemplares con idénticas representaciones por el anverso y reverso (5).

La razón postrera que viene en apoyo de las acuñaciones de los Barkidas es que hay muchas monedas cartaginesas, como ya se ha dicho, que no se encuentran en Africa ni en Sicilia y sí con reiteración en España, como la de cobre que describe el mismo Zobel, con

Anv. Cabeza de Minerva cubierta de Galea con gran penacho.

Rev. Caballo parado y en el campo un Beth redondo, aunque no en todos los ejemplares (6), que es precisamente idéntica á la recientemente descubierta en la *Ametlla del Vallés*.

Que los Barkidas, durante el período en que estuvieron en la Península al frente de los ejércitos cartagineses, montaran como conjetura Zobel (7) en *Cartago nova*, fundada por el mismo Hasdrubal en 226 antes de J. C., una fábrica de moneda en un país tan abundante en plata para atender á los crecidos gastos de la ocupación militar, en vez de remesar al Africa la plata y el cobre en barras para que de allí devol-

(1) Zobel. Est. his. de la mon. ant. esp. I, p. 73, á 86.

(2) Müller II, p. 83.

(3) Zobel. Ibidem p. 75 y 76.

(4) Zobel. Ibidem, p. 76.

(5) Zobel. Ibidem p. 71 á 103 y siguientes.

(6) Zobel Ibidem I, págs. 101 y 102.

(7) Ibidem, I, p. 74.

viesen ambos metales amonedados, es no sólo práctico y lógico en extremo, sino que además era el sistema seguido de antiguo por Roma. Sus generales cualquiera que fuese su categoría, dictador ó consul¹, pretor ó proconsul, tenían la facultad de acuñar monedas *romanas* en el país que ocupaban, si las circunstancias lo exigían, por medio de sus oficiales subalternos como el *Cuestor*. De estas acuñaciones militares se conocen en las Hispanias dos emisiones del período republicano y otras dos del principio del imperio, aquéllas batidas en CORDVBA y en URSONE y éstas en EMERITA y en OSCA (1).

Solamente tengo que oponer á las conjeturas de Zobel, apoyadas en las conclusiones sentadas por Müller, algunas observaciones respecto á las fechas que asigna á las respectivas acuñaciones cartaginesas realizadas fuera de la Capital de la república atricana, así como á la ocupación púnica de la Hispania, entonces casi circunscrita á la Bética.

Desde el momento en que los Babilonios, tras porfiada y larga resistencia, logran hacia el 574 antes de J. C., enseñorearse de Tiro, quedan las factorías fenicias de las Hispanias abandonadas á sus propias fuerzas y sin el apoyo de aquella lejana pero opulenta metrópoli, cuyos bajeles no cesaban de recalar en sus abrigados puertos de continuo. Rodeábanlas por entonces numerosas tribus semisalvajes de indígenas, que sentíanse llenos de codicia por las riquezas, que soñaban ver apiladas tras los espesos muros de aquellas ingentes fortalezas construídas con enormes monolitos apenas desbastados. Tan nefandos apetitos, excitados tal vez por los que, emigrados de la Phoecea, habían llegado hasta estas apartadas regiones buscando fortuna, hubieron de arrastrar á los Turdetanos á embestir soberbios el pujante *emporio de Gadir*, á la sazón el más floreciente de estas costas mediterráneas. La bravura de su resistencia anuló al pronto lo recio de la embestida; pero lo tenaz del asedio obligó á la postre á los sitiados á que acudieran á Cartago en demanda de eficaz socorro en tan duro trance. Eran los fenicios hermanos de origen de los Gaderitanos y no pudieron desoir, á la vez que por interés propio, la calurosa demanda de tan atribulados mercaderes, en cuyo auxilio enviaron poderosa escuadra con gente de desembarco, que pronto desbarataron por mar y tierra las huestes enemigas de los Sirios, como lo refieren Vitruvio (2), Macrobio (3) y Trogo

(1) Berl. *Hisp. ante rom.* p. 164 y 165.

(2) Vitruv. *De architectura* 13.19, 1 y 2.

3 Macrob. *Saturn.* 1, 20.

Pompeyo, epitomado por Justino (1), quien termina afirmando que después de semejante triunfo los cartagineses *añadieron á su imperio la mayor parte de aquel territorio* (2).

Poco más tarde, pero aún en el ya indicado siglo VI.^o, en 535 y en 530 antes de J. C., la misma república africana lleva sus armadas á Sicilia primero y á Cerdeña poco después, aceptando de aquélla las monedas inventadas un siglo antes, estendidas á la sazón por la casi generalidad de los pueblos helénicos y que no conocieron los fenicios en sus mercados hasta el siglo V.^o, con ocasión de las Guerras médicas del 478 al 461 antes de J. C.

Que por entonces los Cartagineses descuidaran algún tanto sus posesiones hispanas, á las que acudían sin embargo en busca de mercenarios, (3) fijando toda su atención en Sicilia por su gran proximidad á la capital de la república y que hasta que perdieron aquélla con la Cerdeña notornaran la atención hácia las apartadas tierras ibéricas que hacia tres siglos habían ocupado, cosas son por demás naturales en el curso regular de los acontecimientos y de la marcha tan accidentada de aquel gran pueblo.

Sicilia y Cerdeña fueron las dos primeras casas de monedas, donde se acuñaron tetradrachmas de plata para Cartago del sistema ponderal ático con las leyendas púnicas que se interpretan *Kast Chadasat* la una y *Machanat* la otra de significación aun incierta, ó bien anepígraficas ó con solo alguna letra suelta en el campo, cuya exacta lectura aun se ignora.

Más tarde la misma capital africana abre otra fábrica de monedas propias acuñándolas de oro, plata y cobre del sistema babilónico, adoptado por la Fenicia, pero de ejecución menos esmerada. Ahora bien, ¿si desde la mitad del siglo VI.^o no había un país en que los Griegos estuviesen establecidos que no poseyesen ya sus monedas, (4) como es que desde el 535 antes de J. C. en que los Cartagineses ocupan parte de la Sicilia, que no lograron nunca dominar en su totalidad, tardan mucho más de un siglo, hasta el 396 según Müller, (5) en batir monedas para

(1) Just. Hist. 44.5.

(2) Just. Ibidem. Et maiorem partem provinciae imperio suo adiecerunt.

(3) Diod. Sicul. X: II-43 y 44, refiriéndose al 420 antes J. C.

(4) Lenormant Monnaies et médailles p. 152.

(5) Müller: Ibidem II. p. 242.

Cartago, que se ve por una larga centuria sin numerario propio, de que no carecían ya pueblos los más insignificantes de la Grecia?

Pero pasan los años con sangrientas alternativas y en el tercer siglo, después de la primera guerra púnica, se firma la paz con Roma en 241 perdiendo Cartago á Sicilia y quedando exhausto el erario africano. Por consecuencia de ello viene muy luego la pavorosa rebelión de los Mercenarios que termina tras unos tres años de continuo batallar, perdiendo á la postre en 237 la república africana la isla de Cerdeña, con lo que se encontró Cartago privada de sus dos grandes casas de moneda y reducida á la suya no más. Hamilcar, el héroe de la guerra última, viene á la Hispania enviado por su gobierno al frente de un ejército, más que para consolidar el dominio púnico en el país, para extender sus límites, organizar su administración y aprovechar sus poderosos elementos de vida que en tres siglos de ocupación territorial habían podido estimar cumplidamente los políticos africanos.

La abundancia de plata que encontró en tantas minas trabajadas por los naturales, adiestrados en estas manipulaciones de padres á hijos á partir de la época fenicia, debió inspirar desde luego al primero de los Barkidas que pisó nuestro suelo, el pensamiento de establecer en la Península una nueva casa de monedas para abastecer de numerario á Cartago en compensación de las de Sicilia y Cerdeña—perdidas en absoluto—con los sobrantes que resultaran después de hacer frente á los enormes gastos que habría de exigir el sostenimiento del no pequeño ejército de ocupación, cuyas sumas no podía esperarse que las remesara la patria lejana. Hamilcar desde su arribo debió tropezar con tan gran dificultad, y por ello no comprendo la razón que haya tenido Zobel para sentar por seguro que aquel bravo general dejase pasar ocho años luchando con necesidades tan apremiantes, y hasta el 229 antes de J. C. (1) no realizara un pensamiento, que debió ocurrírsele al llegar.

Además, no se comprende tampoco como es que asienta primero que la tal casa de monedas debió establecerse en *Carthago nova fundada por Hasdrubal* en 226 antes de J. C. (2) y á vuelta de hoja (3) da

(1) Zobel-Ibidem I, p. 76.

(2) Zobel. 'I. p. 74 y 75. nta. 1.^a.

(3) Ibidem p. 76.

por seguro que tres años antes en 229, Hamilcar, muerto dos después, fué quien inauguró las acuñaciones hispanas de Carthago de Africa.

De cualquier modo, las monedas militares cartaginesas acuñadas en la antigua Hispania por los Generales Barkidas y que sólo aparecen bajo el suelo de la Península ibérica, en cuyo número se encuentra el ejemplar de bronce poco há descubierto en la *Ametlla del Vallès*, terminó ciertamente en 206 antes de J. C., cuando las legiones se hacen dueñas de Gadir poniendo término á la dominación de los cartagineses en los tierras íberas.

No faltará algún crítico impaciente que encuentre demasiado difuso cuanto precede para venir á manifestar en conclusión que *la moneda de cobre encontrada en la Ametlla del Vallès, es de Cartago, acuñada en la Hispania por los Barkidas, que trocaron la Cabeza de Ceres, emblema de la paz, por la de Marte, simbolo de la guerra, sin que se haya dado al signo Beth del campo del reverso una interpretación segura hasta el presente*. Pero deben reflexionar tales censores que no tengo autoridad alguna para haber impuesto desde luego como mía semejante clasificación, y más no siéndolo, sino el resultado de las eruditas investigaciones de eminentes numismáticos extranjeros, cuyas obras podrán encontrarse en nuestra Biblioteca nacional; pero de seguro no han pasado juntas los umbrales de las escasísimas provinciales y particulares de nuestro país. Dispénsenme, pues, nuestros sapientísimos reformadores Universitarios si no he logrado complacerles, como hubiera acontecido si hubiese comentado cualquier *receta* de uno de los diez libros de *re coquinaria* de Apicio, en vez de haber desperdiciado el tiempo irreflexivamente en cosa de tan poca monta.

M. R. DE BERLANGA.

Málaga 9 Octubre 1903.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Le tombeau d' une impératrice Byzantine á Valence, en Espagne.

—GUSTAVE SCHLUMBERGER.—París.—Lib. Plon.—1902.—Folleto de 35 páginas con cinco grabados.

El sabio bizantinista Schlumberger, del Instituto de Francia, autor de la interesante monografía histórica relativa á la portentosa expedición de catalanes á Oriente (1), que ocupa entre los historiógrafos modernos lugar distinguidísimo, ha publicado la sustanciosa monografía que motiva estas líneas. Trátase de una infortunada emperatriz bizantina cuyos restos, en modestísima arca de madera, reposan en la capilla de Santa Bárbara de la humilde iglesia de San Juan del Hospital, en Valencia; Constanza Augusta, hija del emperador alemán Federico II de Hohenstaufen, hermana de Manfredo de Sicilia. Relata el autor la novelesca y trágica existencia de esa desgraciada princesa, la cual, desde que fué entregada por esposa al segundo basileo bizantino de Nicea, por la ambición de su padre Federico II, en edad temprana, hubo de sufrir un calvario de penas innarrables y de escándalos.

La relación que en forma tan concisa como agradable hace Schlumberger de los episodios de la vida de Constanza, tiene el interés de una novela, á pesar de los pocos datos que quedan de tan desgraciada princesa. Entregada al anciano Juan III, Dukas Vatatzés,—el famoso «Vatacio»,—en matrimonio, por muerte de su primera esposa Irene, hija de Teodoro Láscaris, por razón de la tierna edad de Constanza, (once ó doce años), fué confiada al cuidado de una dama italiana, de rara hermosura, conocida por «Marquesina», la cual se convirtió luego en verdugo de su señora, por los criminales amores que supo encender en el corazón de basileo Vatatzés. Este matrimonio motivó las censuras de la Iglesia y el descontento del alto clero de Nicea, siendo de ello la verdadera víctima la infeliz soberana, quien supo resistir con noble resignación y paciencia llena de dignidad, toda suerte de contratiempos en su tristísima existencia, consolada tan solo por sus virtudes eminentes, que

(1) Expedition des Almogavares, ou routiers catalans en Orient.

TEODORO MOMMSEN

La Europa, coaligada de continuo al comenzar el siglo XIX^o, había derramado á torrentes la sangre de sus soldados en numerosos campos de batalla, y siempre vencida por el más grande de los capitanes de los tiempos modernos, dejöse arrastrar á la postre desalentada, por los consejos de la ruindad, acudiendo á la traición para recuperar la paz perdida, después de tres lustros de encarnizados combates.

Aherrojado en un árido peñón enmedio del Atlántico por la más nefanda de las felonías, agonizaba el *Genio de la guerra*, lentamente torturado por desalmados mercaderes, cuando al correr del 1817, nació en Schleswig, ciudad del Ducado de Holstein, entonces aún dinamarquesa, Teodoro Mommsen, que estaba destinado por la Providencia, á ser á su vez en nuestros tiempos, el *Genio de la Historia*, que viniese á cerrar la pasada centuria, la más descreída, la más utilitaria y la más indiferente en esta región cispirenáica á todo trabajo intelectual, que no esté comprendido en alguna tarifa elevadísima de enormes honorarios. Educado en Altona, doctorado en Kiel, profesor en Leipzig, después en Zurich y por último en Berlín, ha muerto en Charlottenbourg á los 86 años, dejando á la posteridad un número tal de obras insignísimas que serían bastante á inmortalizar una generación entera de sabios ilustres.

Precisamente en los momentos que llega á la vida de la erudición y de la publicidad, el mundo de las letras estaba pasando por una transformación profundísima que repercutía en Alemania de una manera vigorosa. Ni la toma de Alejandría, ni la batalla de las Pirámides, han dejado tanta huella de la expedición á Egipto en los anales del mundo civilizado,

¹ Vol IV no 39

Libro VIII En-Marg 1904

como el haber dado ocasión en 1799 al hallazgo de la célebre inscripción trilingüe de *Rosette*, en cuyo texto, 193 años anterior á Jesucristo, encontró Juan Francisco Champolion, muerto en 1832, la clave para descifrar los caracteres geroglíficos (1), ampliamente corroborada por los decretos bilingües de *Phile* y de *Kanopus*, publicados por *Lepsius* (2), que en 1841 había ya dado á la estampa en Leipzig las *Inscriptiones umbricae et oscae*, hasta entonces descubiertas.

Cuando en las postrimerías del 1802, parecía que la paz volvía á renacer para la Europa, Jorge Federico Grotefend presentaba á la Real Sociedad de Ciencias de Goettingue, sus ensayos de adivinación, más que de interpretación, de los caracteres cuneiformes que aparecían grabados en las escasas leyendas que hasta entonces habían sido traídas del Oriente, con semejante escritura trazadas. El sabio hannoveriano, había logrado fijar con admirable acierto en la curiosísima monografía, que lleva por título *Praevia de cuneatis, quas vocant inscriptionibus persepolitianis legendis et explicandis relatio*, el valor exacto de ocho signos de tan extraño sistema gráfico, que casi llegó á completar, poco después, *Lassen*, en la misma Alemania. Pero fué *Rawlison*, quien estudiando la célebre inscripción grabada en la roca de Bisitum, el *mons Bagistanus* de Diodoro Sículo, descubrió que aquel epígrafe era trilingüe, y comprendía repetidos en los tres idiomas de los Achemenides, los anales del reinado de Dario, trazados con signos diversos, pero todos ellos cuneiformes y correspondientes á otras tantas lenguas distintas, siendo el sistema gráfico de la tercera columna igual al que se veía usado en los monu-

(1) J. Fr. Champolion le jeune. Grammaire égyptienne ou principes généraux de l'écriture sacrée égyptienne. Paris. Didot 1836-1841. *Obra póstuma*.

(2) R. Lepsius. Sur le Decret bilingüe de Philae. Paris, 1847.

» Das bilingue Decret von Kanopus. Berlin, 1866.

mentos escritos encontrados en las márgenes del Tigris y del Eufrates. Los antiquísimos lenguajes, no se si diga protohistóricos, que usaron las primeras naciones civilizadas del mundo en Memphis y en Thebas, en la Caldea y en Babilonia, en Nínive y en Persépolis, fueron fijados con la más asombrosa precisión por los filólogos, que se habían entregado á su estudio desde que comienza la centuria décima nona

En medio de aquellas monarquías absolutas, que surgen algunas de ellas de la federación de pequeñas soberanías sacerdotales, y cuando llevaban algunos siglos de existencia aún inapreciados, se ve aparecer en el lejano y nebuloso horizonte de la historia, un pueblo esencialmente mercader y navegante, venido del Golfo que baña las costas de la Caldea, y que asentándose al pie del Líbano, lleva desde luego en sus ligeros bajeles, los numerosos objetos que adquiere en sus viajes, ó imita en sus fábricas manufactureras, á la Grecia primero, al África después y por último á una tierra ignota y en extremo lejana, á la que por ello denomina *Hispania*, donde los trueca por púrpura, por plata y por estaño.

Un español insigne, poco apreciado entre nosotros por el mero hecho de serlo, el respetable Valentino Pérez Bayer, hacía imprimir en 1772 al frente de la *Conjuración de Catilina* y de la *Guerra de Jugurta por Cayo Salustio Crispo*, traducidas al castellano por el Infante D. Gabriel, el importante estudio que había escrito *del alfabeto y lengua de los fenices y de sus colonias*. Pero debía ser un alemán ilustre, Guillermo Gesenius, quien al dar á la estampa en Leipzig, en 1837, su erudita obra que comprendía *cuantos monumentos se conservaban escritos en lengua fenicia*, abriese el camino más espedito para llegar al conocimiento del idioma, que hablaron aquellos negociantes, inventores del alfabeto aún usado en la Europa y que no dejaron otra huella escrita de su cultura literaria sino algunos centenares de cortas inscripciones numarias unas, y tumulares

otras, recogidas hoy con respetuoso esmero como fuentes paleográficas de los antiguos abecedarios que se usaron en las más remotas épocas en el Asia menor y en la Helada, en la península Itálica y en la Hispania.

Otro alemán no menos erudito, el Dr. Movers, profesor de Breslau, comenzó á imprimir en Bonn, hacia el 1841 su libro verdaderamente clásico que titula modestamente *Die Phoenizier*, y en el que examina *la religión y los dioses fenicios*, estudiando el *desarrollo de sus colonias*, los *anales políticos y administrativos* de la nación y la historia de *su navegación y comercio*.

Al contacto de los marinos Sidonios y de los mercaderes Tirios, despierta el genio de la Grecia y siguiendo la estela luminosa de las naves fenicias, se lanza al Helesponto en bajeles, que construye tomando por modelo los de la Siria, arrojando de las costas helénicas al negociante extranjero que en ellas había asentado sus factorías, en las que hacía escala de continuo para exportar á otros mercados la púrpura y la plata.

La Grecia, sin embargo, no llegó nunca á formar una gran nación, ni fué jamás tan poderosa como el Egipto ni la Asiria; sus viejas monarquías bruscamente reemplazadas por la oligarquía de los más nobles ó de los más acaudalados, cayeron al fin bajo el insoportable yugo del grosero despotismo de la plebe. Porque en los tiempos antiguos como en los modernos han sido la vanidad, la envidia y la soberbia, las tres cualidades esencialmente inherentes á toda democracia, la primera la ha hecho presuntuosa, la segunda agresiva y la última intolerante, defectos de que se tacha á la vez á la aristocracia y con más motivo á la plutocracia, en razón acaso á que aquélla como ésta los han recibido en herencia del salvajismo atávico prehistórico, que sigue á la humanidad como la sombra al cuerpo. Las turbulencias democráticas, constantes siempre á

través de los siglos, seccionaron la Helada en pequeños estados, rivales irreconciliables que se destrozan sin tregua, ó se alían contra el enemigo común los unos, mientras otros se dejan domeñar por la tiranía más insoportable.

Por ello la posteridad no ha podido sacar provecho alguno del examen de los accidentados anales de aquel país, que ensayó cuantos gobiernos eran entonces conocidos, desprestigiándolos muy luego, no siendo, sin embargo, bastante tan enérgica y no interrumpida enseñanza para lograr la completa transformación de las naturales inclinaciones étnicas de cada raza. Pero en cambio, el asombroso desarrollo que allí alcanzaron las letras, las ciencias y las artes, perpetuaron el nombre de aquel pueblo cultísimo, modelo hoy inimitable por su saber, cuyas obras admiran al estudiarlas con profundo respeto, en viejos códices, exaradas las unas en mármoles y en bronce esculpidas las otras, el historiador y el filósofo, el humanista y el arqueólogo, que aún no se sienten *iluminados por la deslumbrante luz del modernismo contemporáneo*, que todo lo avasalla y empequeñece.

Los eruditos alemanes de fines del décimo octavo y comienzos del inmediato, que no tuvieron la fortuna de alcanzar tales progresos de actualidad, se contentaron con reunir, anotar y dar á la estampa los textos de los manuscritos que lograron hallar á la mano, de aquellos sabios helenos, cuyas obras para nosotros han perdido hoy ya su antigua importancia porque sometidas á la presión de cualquier potente máquina hidráulica, no se conseguiría que produjesen jugo alguno de aplicación práctica que pudiera trocarse, dándolo á cambio de aquella plata nativa que exportaban los fenicios de *Gadir á Tiro*; en lo que consiste precisamente en la actualidad entre nuestras eminencias directrices, toda la importancia de las ciencias, que únicamente deben cultivarse. Al empezar el pasado siglo, cuando aún no se había hecho *ese gran des-*

cubrimiento, ya disfrutaban los alemanes de la edición de los Historiadores griegos de Creuzer, de la de los Oradores de Bekker, de la de los Poetas líricos de Schneidewin, de la de los Trágicos y Cómicos de Bothe, de la de los Filósofos de Kars-ten, de la de los Médicos de Kühn, de la de los Gramáticos de Dindorf, con otras no menos apreciadas de los Epicos, de los Astrónomos, de los Matemáticos, de los Geógrafos y de los Mithógrafos de aquel mundo intelectual de la Helada, que no había tenido igual hasta entonces, ni la tuvo después durante todo el largo periodo de la antigüedad clásica.

Al lado de tanto varón esclarecido no puede echarse en olvido el nombre de Winckelmann, quien luchando al nacer con la pobreza, su amor al estudio y su entusiasmo por la arqueología, lo impulsaron á publicar en Dresde su *Historia del arte entre los antiguos*, y en Roma sus *Monumenti antichi inediti*, cuando ya era Bibliotecario de la Vaticana y poco antes de perder la vida.

A la manera que este prusiano ilustre se inmortaliza con la copiosa doctrina que esparce al ocuparse de los mármoles esculpturados de la Grecia, otro sabio alemán Augusto Boeckh, helenista de profunda erudición, que se había distinguido explicando numerosas piedras, escritas en aquel cultísimo idioma, comienza en Berlín por los años de 1825 su grande obra de la que sale á luz el primer volumen con el título de *Corpus inscriptionum graecarum, auctoritate et impensis Academiae litterarum Regiae Borussicae*, en el que habrían de cooperar más tarde Franz y Curtius, Kirchhoff y Röhl, nombres tan conocidos como respetados fuera de España, en el mundo del más puro clasicismo.

Cuando la Grecia era entrada en su ocaso levantábanse en el lejano horizonte de la historia dos ciudades, nacidas para ser rivales; la una en la novena, la otra en la octava centuria anterior á Jesucristo; aquélla colonia en el Africa de emigra-

dos Tirios, ésta en Italia de gente maleante en ella asilada, venida en su mayor parte del Lacio. Había asumido la más antigua la representación armada del mundo oriental, como la más moderna la del Occidente y ambas vinieron á encontrarse en *Cannas* primero, en *Zama* después, al finalizar el tercer siglo antes de Jesucristo, hasta que á la postre, casi al mediar el segundo, Publio Cornelio Scipión incendia á Cartago, cuando hacía un año apenas que Quinto Cecilio Metelo acababa de someter la Grecia á la República italiota.

De entonces Roma ejerce su poder omnímodo sobre el mundo antiguo por más de 500 años, si bien al comenzar la quinta centuria cede el paso á los que avanzan por el Norte, ocupando todas las viejas regiones conquistadas por cónsules y emperadores, cuyos dominios quedaron sembrados con los exuberantes despojos de aquella pujante civilización romana.

Eran los invasores de origen germánico, cuyas tribus asentadas en las fuentes del Vistula, que desemboca en el Caspio, se corrieron hasta el Báltico, ocupando algunos la Prusia con el nombre de *Godos*, y bajando otros al Borystenes, que va á morir al Euxino, donde se seccionan en dos fracciones, la de los que moraban al Este de aquél río, denominados por ello *Ostrogodos*, que se apoderan de la Italia, y los del Oeste, conocidos por *Visigodos*, que llegan hasta los confines de las Hispanias. Estas mismas gentes de la Germania, que destrozan uno de los más grandes imperios del mundo antiguo, fueron los progenitores de los que 1500 años después habían de enaltecer é ilustrar las glorias de aquél pueblo con tan singular gallardía como profunda erudición.

No puede ser mi intento el exponer ni aun en la forma más sucinta, de qué manera se vinieron desarrollando en Alemania las humanidades, desde el momento en que surge poderoso su cultivo al terminar la Edad Media, hasta que llegan á nuestros días, sino indicar tan sólo de pasada el estado en que se

encontraba entre sus más eminentes eruditos el estudio de la historia, de la epigrafía, de la numismática y de la jurisprudencia romanas, al alborear el siglo XIX.^o

Bertoldo Jorge Niebuhr, hijo de un ilustre viajero danés, que describió la Arabia después de haberla visitado, fué primero profesor de la Universidad de Berlín y más tarde embajador de Prusia, cerca de la Santa Sede. Trayendo de nuevo á examen todas las fuentes conocidas de los Analistas romanos y sometiénolas á la más severa crítica á impulso de un espíritu en extremo excéptico, comenzó la reconstitución de la Historia de aquel gran pueblo, que no logró ver terminada, si bien dejó abierto el camino á investigaciones más acertadas para los que en su pos viniesen. Cuando por los años de 1816 se dirigía á Roma á ocupar el alto puesto diplomático para el que había sido designado, al pasar por Verona no era posible que dejase de visitar la tan renombrada Biblioteca Capitulare, examinando el célebre códice exarado en el siglo V.^o, que contenía las Instituciones de Gayo, sobre cuyo texto se habían rescripto varias páginas de San Jerónimo en época relativamente moderna. Hacía más de ochenta años (1) que Scipión Maffei había dado noticia de varias *páginas sueltas y maltratadas, escritas en antiguo caracter mayúsculo, una de las cuales parece haber sido de un manuscrito de las Pandectas y otra de algún libro de un antiguo jurisconsulto.*

Nadie pudo imaginar entonces que semejante fragmento, dado á conocer en Alemania muchos años después por Haubold, profesor de la Universidad de Leipzig, precisamente cuando acababa Niebuhr de someter á su examen el precioso Códice que lo contenía, designado á la sazón con el número XIII en la importantísima Librería de la Catedral de Verona,

(1) Maffei. Verona illustrata, parte terza. cap. 7. pag. 464.—Verona 1732 á 1738. Istoria teologica, pag. 61. Trento 1842.

(1) formaba parte de cierto pasaje sobre los Interdictos correspondiente al cuarto comentario de las Instituciones de Gayo, por aquel tiempo desconocidas en toda su integridad (2).

El ilustre embajador prusiano, en el corto espacio de días que le fué dable dedicar al estudio de aquellas páginas tan dislocadas, logró convencerse que algunas de ellas habían sido borradas para ser escritas de nuevo, habiendo podido reavivar algunos pasajes sobreraspados copiando de ellos sendos trozos más extensos que el Maffeiano, que comunicó enseguida á otro profesor berlinés, su íntimo amigo, más tarde Ministro de Justicia del Rey de Prusia, Federico Carlos de Savigny. Este sabio jurisconsulto, autor tan erudito como elegante del célebre tratado sobre *la Posesión en derecho romano*, del no tan manejado *Derecho de las obligaciones*, del más voluminoso y conocido en España *Tratado de derecho romano*, de carácter esencialmente práctico y menos histórico que los anteriores y sobre todos estos trabajos de la nunca bastante celebrada *Historia del derecho romano en la Edad Media*, no bien conoció las notas que le había comunicado el embajador ilustre, se apresuró á entregarlas á la imprenta, habiendo aparecido en la *Revista sobre la historia de la ciencia del derecho* (3), acompañadas de un doctísimo comentario, en el que expuso su acertadísima opinión, de que tales restos exhumados del olvido hacían ver que el manuscrito veronense que los contenía, encerraba un traslado de las genuinas Instituciones gayanas. Semejante noticia tan inesperada, no pudo por menos que

(1) Haubold. *Notitia fragmenti Veronensis de Interdictis*. Programa de la Universidad de Leipzig de Nov. de 1816. *Opuscula Hauboldiana*, tom II, págs. 327 á 346.

(2) *Studemund* en su *Gai Institutionum . . . apographum* reproduce fotográficamente el fragmento Maffeiano, que corresponde precisamente al *Comment*, IV, párrafos 138 al 144. Reexaminado el Ms. Veronense.

(3) *Zeitschrift für geschichtliche Rechtswissenschaft*, tom. III, páginas 140 á 146, 150 á 158 y 165 á 168.

conmover á la Alemania culta, conmoción por otra parte inexplicable entre nosotros, hasta el punto que la Real Academia de Ciencias de Prusia se apresuró á comisionar sucesivamente á Bekker, á Goeschen y á Hollweg más tarde, á fin de que llevasen á feliz término los trabajos iniciados por Niebuhr, completando la lectura del tan aludido Códice Veronense, y tres años después, en 1820, salía á luz en Berlín la *editio princeps* de los *Cuatro comentarios de las Instituciones Gayanas*, estampados en las prensas de Jorge Reimer por los cuidados de *Juan Federico Luis Goeschen*. Semejante acontecimiento contribuyó á sostener el interés que venía demostrando constantemente la docta Alemania por el estudio de las fuentes históricas y jurídicas, desde que antes de mediar el siglo XVI.^o, *Pedro Apiano*, profesor de matemáticas, y *Bartolomé Amancio*, que lo era de elocuencia en la Universidad bábara de Ingolstadt, publicaron en 1534, la primera colección de piedras escritas que se imprimió en Europa con el tan conocido título de *Inscriptiones sacro sanctae vetustatis*. Por ello, desde que Niebuhr encuentra la Instituta de Gayo en 1817 hasta que del tan citado Goeschen se da á la estampa la postrera edición de su traslado Gayano en 1842, los eruditos, sus paisanos, no dejan un momento de cultivar tan árido estudio, y mientras Marezoll comenta en Gottinga las Tablas heraclenses, Grotefend reproduce en Francfort sobre el Mein, el texto que se denominaba entonces Senado Consulto de *Bacchanalibus*, en su gramática latina elemental, Dirksen, que en Berlín había ya ilustrado la Ley Rubría y parte de la del Bronce de Heraclea, se ocupaba más tarde en Leipzig de la *Lex Antonia de Thermessibus*, como Klenze, en la capital de Prusia, de los fragmentos de la *Servilia*, y Rudorff de la célebre Ley agraria que le era opistografa, viniendo como á reasumir tan eruditas disertaciones dos libros importantísimos de exegésis jurídica, el que denominó Spangenberg, *Iuris romani Tabu-*

lae negotiorum sollemnium, y el que más tarde se imprimía en Berlín titulado *Antiquitatis romanae monumenta legalia extra libros iuris romani sparsa*, que había redactado con su especial pericia y vastísima erudición el profesor de derecho de Leipzig, Doctor Haubold, que murió prematuramente antes de ver estampada esta su última obra, y su nunca bastante celebrado libro *Institutionum Iuris romani privati historico-dogmaticorum lineamenta*, modelo de sobriedad, de erudición bibliográfica y de método analítico, que parece sirvió de matriz al profesor Hübner muchos años después para sus celebrados *Grundriss* (1).

(1) La bibliografía de las obras de jurisprudencia clásica por esta época de más de un cuarto de siglo, es copiosísima en Alemania, siendo los siguientes los libros más notables sobre las fuentes del derecho romano:

Dirksen.—*Lex Rubria*—Berolini 1812.

Marezoll.—*Fragment. legis rom. in aversa Tabula Heracleense*. Götting. 1816.

Dirksen.—*Aes Napolitanum*. Berol. 1817.

Dirksen.—*Tafel von Heraclea*. Berol. 1820.

Grotefend.—*Latinische Grammatik für Schulen*. Francof. ad M. ed. tertia. SC de Bacchanalibus. 1820.

Spangenberg.—*Tabula nopotiorum sollemnium*. Lipsiae. 1822.

Dirksen.—*Lex de Thermessibus*. Leipzig. 1823.

Klenze.—*Fragmenta legis Serviliae*. Berol. 1825.

Haubold.—*Institutionum Iuris rom. privati historico-dogmaticarum lineamenta*. Lipsiae. 1826.

Haubold.—*Monumenta legalia*. Berol. 1830.

Schrader, Tafel, Clossius, Maier. *Corpus Iuris Civilis*. Berolini. 1832.

Dirksen.—*Manuale latinitatis fontium Iuris Civilis Romanorum*. Berol. 1837.

Rudorff.—*Legis Agrariae fragmenta, vulgo Thoriae*. Berolini. 1839.

Böcking, Bethman-Hollweg, Haenel, Lachmann. *Corpus Iuris civilis anteiusinianum*. Bonnae. 1841.

Heinecci.—*Antiquitatum romanarum iurisprudentiam illustrantium Syntagma* (cura Haubold et Müklenbruch), Francofurti ad Moenum 1841.

Goeshen.—*Gai Comment. IV. edit. tertia*. Berolini. 1842.

Además, existen otros libros análogos cuya enumeración me llevaría demasiado lejos.

Por aquel entonces, como habrá podido notarse, cuando corrían los primeros años de la pasada centúria, desarrollábase en Alemania la nueva escuela histórica, que apartándose de su antiguo derrotero, no continuaba reproduciendo sin cesar esas crónicas ampulosas de triunfos y conquistas, de botines y trofeos alcanzados entre arroyos de sangre humana derramada sin tino. Los anales gloriosos del egipcio Ramses III.^o, grabados en los muros del templo de *Medina Habu*, los del babilonio Nabucodonosor, tallados en basalto negro, los del asirio Sargon, esculpidos en el palacio de *Khorsabat*, los del persa Dario, abiertos á cincel en la roca de Bisitun, antes *Mons Bagistanus*, y los brevísimos del sidonio Eschmunazar, esculpidos sobre su sepulcro, habían servido de turquesa á todos los cronistas reales desde la décima cuarta centuria anterior á Jesucristo, constituyendo á la vez la forma tradicional, y no sé si diga técnica, de las Musas de Herodoto y de las Decadas de Tito Livio.

Pero los tiempos habían cambiado y no interesaban ya esas ruidosas explosiones internacionales que reflejaban la fuerza bruta de un país en su desarrollo fuera de los linderos de su territorio particular ó bien las heroicas energías con que se repelía al invasor soberbio; toda la atención de los pensadores convergía ahora á la manera de ser que tuvieron aquellas naciones extinguidas, á sus instituciones y á su vida íntima, recogiéndose con particular interés de egipcios y de asirios, como de griegos y de romanos, los restos de sus leyes, los traslados de sus contratos, las copias de algunas de sus novelas cortas y su curiosísima correspondencia particular. De tan venerandos restos vinieron á formar parte á la vez, las monedas de la Grecia, de la Persia, de la Siria, del Africa, de la Italia y de la Hispania, sobre las que había dicho la última palabra al terminar el siglo XVIII.^o y comenzar el inmediato José Hilario Eckhel, un tiempo ilustre profesor austriaco, cuya *Doc-*

trina numorum veterum era la expresión más acabada de la erudición y de la crítica, cuando en 1826 se imprimía en Viena el suplemento de su obra *ex autographo postumo eckheliano*.

Las Academias, las Universidades y el profesorado alemán, que no constituían ciertamente en aquella Nación tan ilustrada una Sociedad de holgazanes garantida por la ley y pagada por los contribuyentes, como acaso pudiera afirmarse de otros países más presuntuosos y modernísimos, habían realizado con sus incesantes esfuerzos este gran movimiento de crítica histórica y arqueológica, que comenzaba á desenvolverse pujante, cuando el miércoles 8 de Noviembre de 1843 recibía la investidura de Doctor en ambos derechos, como entonces se decía, á claustro pleno, en Kiel, el joven graduando Teodoro Mommsen, que se denominaba *Oldesloensis* por haber nacido en una población dinamarquesa del ducado de Holstein, á pocas leguas de aquel centro universitario.

El breve discurso de recepción escrito en un latín suelto, fácil y nada abstruso, anunciaba ya las aptitudes del autor para el manejo de este idioma clásico, en el que estaba destinado á publicar numerosos volúmenes en fólío. En menos de una veintena de páginas ventilaba con especial acierto dos puntos distintos relativos á la epigrafía jurídica, el uno referente á la Tabla *octava de vigin'i Quaestoribus* (1), del 673 de Roma, 81 antes de Jesucristo, sobre cuyo texto hacía oportunísimas observaciones, y el otro encaminado á explicar el significado legal de la palabra *auctoritas*, que ya aparece usada en el Código decemviral. En la primera parte de su conciso estudio tributa tan sincero como merecido elogio á la memoria del por todos títulos ilustre arzobispo de Tarragona, Antonio Agustín, á quien llama *vir sui seculi primarius, nostro maior*. Inmediatamente después de estampado este trabajo regla-

(1) C I L·I· 202. Ritschl. P. L. M. E. 29.

mentario, hace imprimir en la misma ciudad de Kiel otro, también redactado en latín, dedicado á los Doctores en derecho *Burchardi* y *Osenbrüggen*, sus profesores que habían sido de jurisprudencia el uno y de arqueología el otro, ambos varones clarísimos, *viris clarissimis*. Versaba el argumento de esta curiosa monografía, sobre las corporaciones y las sociedades entre los Romanos, *de collegiis et sodaliciis romanorum*, examinándose en ella las cofradías religiosas, los gremios de algunos oficios y otras asociaciones de índole distinta, terminando con el conocido texto de la inscripción de piedra del 133 de Jesucristo, que se ocupa de cierto *Collegium funerarium Lanuvinum*, encontrada en las ruinas de este antiguo municipio latino, á corta distancia de Roma.

Ya hacía algunos años que la juventud alemana, apenas salía graduada de aquellos centros de enseñanza, procurábase medios, si persistía en el propósito de desarrollar sus conocimientos clásicos, de visitar á Roma, y en aquella residencia augusta, á presencia de sus monumentos mas venerandos desenvolver sus estudios universitarios, examinando tantos restos admirables de los tiempos más gloriosos de la Ciudad eterna. El ilustrado monarca de Prusia, sobreponiéndose á la constante presión de la añeja rutina burocrática, en vez de designar para representar á su nación en el Vaticano, algún viejo y estirado diplomático ó bien á cualquier presuntuoso político, que fuesen á pasear su imbecilidad personal por los artísticos salones de los palacios pontificios, rompiendo con semejante costumbre, nombró en 1802 por embajador á Guillermo Humboldt y en 1816 á Jorge Niebuhr, dos sabios eminentes, que de sus retiros se trasladaron á Roma para gloria de su país y de la Europa culta. Agrupáronse alrededor del primero en su morada de la vía Gregoriana algunos distinguidos escritores y artistas extranjeros como Luciano Bonaparte y Madama Stael, Thorvaldsen y Zoega, y tres lustros más tarde, en torno

del segundo, que residía en el Palacio Savelli, eruditos y arqueólogos de distintas nacionalidades. La gran atracción que estas reuniones íntimas tuvieron, hicieron comprender la apremiante necesidad que se sentía de crear un centro internacional para los que viniesen de otros países á perfeccionar sus estudios á la corte pontificia, naciendo de aquí aquella sociedad insigne de los *hyperboreos-romanos*, entre los que se contaron Stackelberg y Kestner, Panofka y Gerhard, Bunsen y Luynes.

Los «*studi iperboreo-romani sull' archeologia*» del citado Gerhard, han venido trasmitiendo hasta nuestros días la influencia tan grande que tuvo aquella modesta reunión de sabios ilustres en los estudios arqueológicos de su época y de qué manera preparó el camino al *Instituto di corrispondenza archeologica*, nacido de sus cenizas, merced al valioso protectorado del príncipe heredero de Prusia al visitar á Roma hacia el 1828. Al inaugurarse en las postrimerías de este año en Roma, se declaró oficialmente por sus fundadores, que el objeto principal de semejante Institución era el *recoger y dar á conocer los descubrimientos arqueológicos que tuviesen relación con los monumentos de arquitectura, escultura, pintura, epigrafía y topografía de la antigüedad clásica, evitando su pérdida*. Cuando algún tiempo después de su creación Kellerman substituyó á Gerahrd en la Secretaría del nuevo Instituto, los estudios epigráficos comenzaron á fijar más particularmente la atención de aquel centro arqueológico romano. En íntima correspondencia el sabio dinamarqués con el insigne Bartolomeo Borghesi, acariciaba el pensamiento de poder realizar tres grandes obras—una colección de inscripciones etruscas,—otra de las descubiertas en Roma desde 1829,—y un complemento de los antiguos cuerpos de Inscripciones latinas,—de cuyos trabajos sólo publicó su conocida monografía sobre los *Vigiles*, como preludio de los (1) que no pudo llevar á la práctica. Más

(1) Kellerman, *Vigilum romanorum latercula*. Romae. 1835.

tarde, aún hizo con Ricardo Lepsius, el tan conocido egiptólogo alemán, el proyecto de un *Corpus Inscriptionum italicarum*, bajo el punto de vista paleográfico y lingüístico, esperando llevarlo á término con la ayuda del Instituto; pero el cólera puso fin á tantos proyectos, arrebatándole la vida en Roma el 1.º de Septiembre de 1837.

Era pasado un lustro cuando Guillermo Henzen, después de haber visitado la Grecia con su profesor Welcker, vino á residir en la ciudad pontificia, y poco más tarde entraba á ejercer las funciones de Secretario en el mencionado *Instituto de Correspondencia arqueológica*. Un año después, en 1843 cuando Mommsen se recibía de Doctor, se dió á conocer por su erudita descripción del mosaico Borghese, trabajo premiado por la Academia pontificia; pero bien pronto dejó los estudios arqueológicos, que se relacionan con los productos del arte antiguo, por los de la epigrafía, que se limitan únicamente á los monumentos escritos, por más que aquéllos como éstos tengan el mismo objeto de dar á conocer la vida íntima de los pueblos de la antigüedad. En realidad, desde la época de Kellermann, el *Instituto* parecía virtualmente dividido en estas dos secciones bien marcadas, que se acentuaron aún más después que Henzen se encargó de ejercer el delicadísimo puesto de Secretario. En el estío de 1844, á excitación de Braun, que parecía el alma del Instituto, fué á San Merino á visitar á Borghese y á recibir sus inspiraciones en punto á los estudios epigráficos, que con tanto interés había abrazado y que dieron por primer resultado la celebrada y entonces tan discutida monografía sobre la Tabla alimentaria de los *Ligures Bebianos*, encontrada cerca de Benevento. En el otoño de este mismo año llega á Roma Teodoro Mommsen, que acababa de cumplir 27 de edad y pronto contrae estrecha amistad con aquél también joven Secretario, á lo que contribuye grandemente su paridad de inclinaciones y de tendencias arqueológicas.

Por entonces agitábase en París bajo los auspicios del erudito Villemain, á la sazón Ministro, la idea de llevar á la práctica, la publicación de una gran Colección de todas las inscripciones latinas, á cuyo trabajo habían ofrecido su cooperación Borghesi y los epigrafistas italianos; pero tan feliz pensamiento sólo pudo sostenerse, como cuanto se hace relacionar con la política, hasta el momento en que tuvo que dejar el poder el que lo patrocinaba con su apoyo, movido de su tan conocido entusiasmo clásico. Por fortuna, desde el 1845, la Real Academia de Ciencias de Berlín, á propuesta del inmortal Savigny, había tomado en consideración un proyecto análogo que tardó sin embargo ocho años en quedar aprobado y encomendada su ejecución á la autoridad respetabilísima de aquella sabia Corporación prusiana. Durante este largo periodo, que pudiera decirse de preparación, el mismo Savigny, así como la Academia de Berlín, no cesaban de impulsar al joven Doctor Mommsen para que no dejase de continuar ni por un momento los penosísimos trabajos que ayudado por el Instituto tenía emprendidos, viajando por toda la Italia, reuniendo los importantísimos monumentos escritos que logró recoger, dándoles cabida en su justamente célebre obra sobre las Inscripciones latinas del Reino de Nápoles, estampada en Leipzig en 1852. Dedicó este libro monumental á Bartolomeo Borghesi, á quien denomina *maestro*, *protector* y *amigo*, recordándole en un latín tan elegante como castizo y ameno que en 1845 fué por primera vez á visitarlo á San Marino, cuando era un joven poco ilustrado en el arte lapidario, sinó del todo imperito en ella, habiendo aprendido en su morada con el ejemplo de tan gran profesor, á conocer toda la importancia de tales investigaciones para la más acabada depuración de los verdaderos cánones históricos. Desde aquel momento fijóse su vocación por tales estudios que estimuló y procuró encauzar con sus consejos el sabio italiano, inclinándolo á que emprendiera la copilación de las inscripcio-

nes napolitanas, revisándolas y clasificándolas con particular esmero. Con tal propósito separóse el joven Doctor del sabio epigrafista, comenzando enseguida su rudo y penosísimo trabajo de investigación, viajando detenidamente por la Italia bajo los auspicios del Instituto, que dió por terminado en su primera parte dos años más tarde, cuando en 1847 vuelve á San Marino y somete al ilustre arqueólogo el manuscrito aún no del todo metodizado de su copilación. Es muy luego, en su tranquila residencia de Alemania, donde lo revisa, ilustra, corrige y amplía, hasta que logra entregarlo á la estampa tal como hoy se conoce, todo ello como acabo de indicar, bajo el amparo de Federico Carlos de Savigny y de la Real Academia de Ciencias de Berlín.

Ocupábase ya ésta del nuevo *Cuerpo de Inscripciones latinas*, que á semejanza del de las *Griegas*, aún no terminado, había tomado á su cargo el hacer redactar y dar á la estampa, siguiendo la acertadísima excitación y la cuerda opinión del mismo Savigny, con cuyo motivo veníanse suscitando diversas controversias técnicas entre los eruditos, siendo acaso las de más importancia la fijación del método que debía seguirse para la redacción de semejante obra, si el de materia, adoptando el sistema antiguo, ó el geográfico, que parecía el más práctico. Por la misma época trabajaba ya Henzen en el último volumen de la Colección Oreliana, dedicado igualmente á Bartolomeo Borghesi, siguiendo el orden fijado por el epigrafista suizo Gaspar Orelli, que no era otro que el ya conocido y vulgarizado por los primeros copiladores de más nota. No erà pues de extrañar que el Doctor alemán que redactaba la *Siloge* napolitana se esforzase en el elegantísimo prólogo con que la exorna en justificar las innegables ventajas que tenía el procedimiento regional que había aceptado para su nuevo trabajo entre los hasta entonces conocidos. Como era de suponer, tales consideraciones estaban, á no dudarlo, basa-

das en los principios admitidos ya por la Academia Prusiana como programa definitivo al que debieran sugetarse, como se han sugetado, los diferentes volúmenes de la proyectada copilación epigráfica, que no se han apartado del plan mommseniano, sino á veces para ampliarlo mejorándolo. Pero antes que fueran del dominio público las piedras escritas napolitanas, se había dado á conocer su ilustre Colector por medio de numerosas monografías insertas en diversas publicaciones periódicas de Italia y de Alemania (1), muchas de las cuales se escapan á mi memoria.

Ahora bien, el título mismo del grueso *in folio Leipzense* de que vengo ocupándome, hace ver que tan sólo contiene las

(1) Entre otras son de notar:

Observaciones sobre una inscripción latina mural de Pompeya.

Algunas inscripciones de la antigua *Teano Sidicina*.

Bronce Capitolino sobre los diez y seis *Vigiles*.

Una inscripción del Claustro de San Pablo, fuera de los muros.

Decreto municipal de *Sora*.

Calendario Cumano.

Decreto Venafrano.

Nueva revisión de la Tabla alimentaria de los Ligures Bebianós.

Antigüedad de Benavento.

Lápida de *Grotta minarda*.

Correcciones al Calendario de Amiterno.

Topografía de los *Irpini*.

Fragmento del Calendario encontrado en *Via Gracioza*.

Relación de su viaje.—*Reise berichte*.

De los *accensi velati*.

Analectas topográficas.

Tabla de un patronato romano.

Inscripciones de Siracusa.

Dos inscripciones métricas.

Edicto de Diocleciano de *pretiis rerum venalium*.

Documentos romanos.

Sobre la antigua inscripción sepulcral de los Scipiones.

Inscripciones de Almería.

Estas disertaciones fueron insertas en las *Revistas* siguientes:

Bulletino archeologico Napolitano de Avelino.

Bulletino dell' Instituto di corrispondenza archeologica de Roma.

Annali dell' Instituto di corrispondenza archeologica de Roma.

Zeitschrift für der Alterthumwissenschaft.

Archäol. Zeitung.

Rheinisch. Museum für Philolog.

Abhandlungen der Königlich Sächsischen Gesellschaft der Wissenschaften.

Zeitschrift für Geschichte der Rechtswissenschaft.

y en algunas otras que no recuerdo en este momento.

Inscripciones latinas del Reino de Nápoles con absoluta exclusión, como ya lo advierte en el prólogo su ilustre Copilador, de todas las dialectales, numarias y lapidarias, que encontró en sus dos años de viajes por la Italia, que no fueron por cierto escasas en número. Porque como es sabidísimo, habían sido diversos los idiomas que se hablaron en aquella península desde la época que precede á la fundación de Roma, 753 años antes de J. C. Al Noroeste el Etrusco, del Pó al Tíber, lengua de la que no ha podido determinarse cuál haya sido su origen, sabiéndose no más después de larguísimos estudios, casi todos infructuosos, que no era ariana, ni semita, sin que se haya encontrado texto alguno bilingüe entre tantísimos como de este pueblo se conservan. Al Nordeste, en una región rayana con la precedente en toda su longitud, se hablaba el Umbrío, del que se conservan las Tablas Eugubinas. A la desembocadura del Tíber estaba el Lacio, y en su vecindad hacia el Norte habitaban los Faliscos, que usaban un dialecto del latín de Alba Longa. En la Japigia y en la Messapia se valían de otra lengua, que como la etrusca, es aún desconocida y que era también usada en la Sicilia. Por último, en el centro de la región italiota se valían del osco, del que se conserva la Tabla de Bancia y del que usaban los Marsos y los Volscos, como también los que moraban en la Sabina y en la Campania. El tan citado erudito alemán, después de ordenar metódicamente por regiones cuantos monumentos escritos en tales dialectos lograba conocer, los iba muy luego dando á la estampa en diversas monografías, unas insertas en los *Anales del Instituto de correspondencia arqueológica* ó en los de la *Sociedad real de Ciencias de Sajónia* y otras impresas en libros distintos en Alemania y en Suiza (1).

(1) Cuéntanse entre ellas:

Iscrizione Marse.—Roma.—1846.

Messepische Inschriften.—Roma.—1846.

Pero volviendo de nuevo á fijar la atención en el volúmen que contiene las inscripciones napolitanas, no puede dejarse de consignar que son sus *Índices* un acabado modelo de método y de doctrina, en los que, mucho mejor que en cualquier manual de epigrafía, aprende el que con atención los estudia á familiarizarse con unos monumentos, para cuya inteligencia é interpretación se hace indispensable poseer buen número de conocimientos, que no es muy frecuente encontrar reunidos en una sola persona, por ilustrada que sea.

Realizados de una manera tan brillante estos trabajos y en tiempo relativamente corto, no era de dudar que el Doctor Mommsen, una vez de vuelta en su país, ingresara en el Claustro de la Universidad de Berlín como profesor de derecho romano, ni menos que fuera en adelante el alma de la futura publicación del *Corpus Inscriptionum latinarum*, en que estaba ya empeñada la Real Academia de Ciencias de Berlín.

Precisamente cuando las prensas alemanas estampaban las *Inscripciones latinas del Reino de Nápoles*, descubriáanse casualmente en la ciudad donde he residido durante mi vida, sin haber nacido en ella, dos grandes Tablas de Bronce, escritas por su anverso, que destinadas desde luego á ser fundidas, fueron salvadas de la destrucción por el ilustrado desprendimiento del Marqués de Casa-Loring. Contenían varias Rúbricas del Código civil de dos municipios de derecho latino creados por Domiciano hacia el año 83 de Jesucristo, uno en *Malaca* y en *Salpensa* el otro, donde existe al presente Facialcazar, cerca de Utrera.

Quiso el azar que lograrse leerlas y darlas á conocer en la

Oskische Studien.—Berlín, 1845.

Nachtrage zu den Oskischen Studien.—Berlin 1846.

Die unteritalischen Dialekte.—Leipzig.—1850.

Die nordetruskischen Alphabete auf Inschriften und Münzen.—Zurich.—1852.

patria de *Borghesi* y en la de *Boeckh*, donde apenas hubo llegado la noticia, cuando el profesor Mommsen me interesó la remisión de los calcos de ambas leyendas, que me apresuré á mandar, dando por resultado su examen el conocido libro, impreso también en Leipzig, en 1855 con el título de *Die Stadtrechte der latinischen Gemeinden Salpensa und Malaca in der Provinz Baetica*. En esta importantísima monografía, después de fijar el texto definitivamente y su lección, se ocupa el sabio profesor en determinar de qué manera se constituían las municipalidades latinas, exponiendo lo que era el *ius Latii*, cómo se formaba el *ordo*, cuáles eran los *magistrados* de cada una de estas ciudades y sus facultades especiales, el modo como se elegían y sus respectivas responsabilidades, pasando luego á examinar el estilo en que están redactadas dichas inscripciones, su ortografía y sus abreviaciones, terminando con una ojeada sobre la *tutoris optio*, el *ius iurandum*, la *actio popularis*, las *cautiones*, la responsabilidad de los fiadores, *praedes*, con otras particularidades, todas del mayor interés. Como fácilmente se alcanza á comprender, esta monografía encierra en su conjunto un importantísimo tratado de derecho municipal romano, que enmienda, aclara y amplía sobremedida el libro *De re municipali romanorum* de Federico Roth, impreso en Stuttgart en 1801, poco más de medio siglo antes que el Mommseniano.

M. R. DE BERLANGA

(Se continuará)

TEODORO MOMMSEN (1)

(Continuación)

El conocimiento de los extremos que abraza el *Die Stadt-rechte der Latinischen Gemeinden Salpensa und Malaca*, es esencialísimo para todo el que pretenda ocuparse de la historia de algún pueblo hispano durante cualquier periodo de la dominación romana y no quiera hacer el papel desairado de esa cáfila de cronistas contemporáneos nombrados de oficio, que ni conocen, ni han oído hablar en su vida, de las fuentes del derecho provincial, ni de los pueblos que formaban parte en los primeros tiempos del imperio de los *conventos jurídicos* de la *Ulterior* ni de la *Citerior*,—y aquí he de rogar á esos *pseudo-historiógrafos* titulares que no pierdan el tiempo indagando, para motejarlas y deprimirlas, las *órdenes* religiosas á que pertenecían los que en tales *conventos* moraban.

Lástima grande sería por cierto que no se hubiese traducido al castellano la obra alemana sobre *el derecho municipal de las poblaciones latinas de Malaca y Salpensa en la Provincia Bética*, si pudiera abrigarse la esperanza que hubiera de haber encontrado lectores entre nosotros, que llegasen á uti-

(1) Por una inadvertencia, que comprenderán fácilmente cuantos tengan costumbre de corregir pruebas de imprenta, en la línea 12 de la página 357 del número 39 de esta Revista, dejé pasar sin enmienda la palabra *Schleswig*, que debí sustituir por la de *Oldeslohe* apoyado, como indico más adelante en la página 369, en el discurso del Doctorado del mismo Mommsen, donde se denomina *Oldesloensis*, étnico de *Oldeslohe*, *civ. ad de Dinamarca*, en el ducado de *Holstein*, á orillas del *Trave*, río navegable, como se lee en cualquier Diccionario geográfico. Sin embargo, no puedo ignorar que algunos de sus biógrafos lo hacen nacer el 30 de Noviembre de 1817 en *Garding*, ciudad de *Dinamarca*, del ducado de *Schleswig*.

lizar sus enseñanzas. Pero ¿quién puede tener la abnegación y hasta si se quiere el mal gusto de gastar el tiempo sin provecho alguno personal en semejantes nimiedades, en un país donde sólo se abren hoy camino la soporífera novela regional, que tortura el idioma, el inverosímil drama social, cuyas exageraciones provocan la neurastenia, el sainete pornográfico, apotheosis del rufián, los artículos de chismografía política, que son el más fiel trasunto de las querellas diarias de las casas de vecindad de los barrios extremos?

Pero tornando á la cuna de los epigrafistas de los tiempos modernos, es fuerza reconocer que los primeros colectores de inscripciones pronto hubieron de verse abrumados bajo el número de tantos y tan diversos monumentos escritos como venían sin cesar acrecentando el rico caudal de ignoradas fuentes históricas locales que íbanse descubriendo. Para poderlas estudiar facilmente, tuvieron, pues, que comenzar por clasificarlas metódicamente, dividiéndolas, ante todo, en dos grandes series, la primera religiosa y la segunda profana, subdividiendo luego cada cual de ellas en diferentes grupos, según eran las leyendas, votivas las unas, sepulcrales las otras, muchas honorarias y no pocas de obras públicas, multiplicándose las clases á medida que nuevos descubrimientos y un exámen más prolijo así lo exigía.

Desde Pedro Apiano y Bartolomé Amantius, en Baviera, hacia la primera mitad del siglo xvi^o, hasta Orelli y Henzen, en Zurich, tres centurias más tarde, cuantos tenían publicadas colecciones más ó menos extensas de inscripciones romanas, habían seguido idéntico sistema en general, como Martín Smetius y Juan Gruter, Cyriaco Anconitano y Juan Bta. Donio, Luis Antonio Muratori y Sebastián Donato, procedimiento que era imposible aceptar para la nueva copilación proyectada, por ser irrealizable en la práctica, atendida la cantidad inmensa de mármoles escritos en latín que se conocían y que

habían existido esparcidos por todo el mundo antiguo en la Europa, como en el África y el Asia, en cuyas tres regiones, por otra parte, no dejaban sin cesar de aparecer nuevos textos, descubiertos por el acaso unas veces, y otras, por las acertadas investigaciones de los arqueólogos.

Las insuperables dificultades que se tocaron al querer llevar nuevamente á la práctica el antiguo sistema de *clases*, provocaron el convencimiento de las facilidades que en cambio traía consigo al método puramente *regional*, como vinieron á demostrarlo de una manera incontestable las *Inscriptiones Regni Napolitani latinae*, decidiendo á los futuros editores del *Corpus Inscriptionum latinarum* á dedicar uno ó más volúmenes á cada provincia romana (1).

(1) Los grandes y pequeños colectores de inscripciones romanas de mayor renombre y más consultados antes de la publicación del *Cuerpo de inscripciones latinas*, que edita la Real Academia de Ciencias de Berlín, fueron, entre otros los siguientes:

Petrus Apianus et Bartholomeus Amantius. *Inscriptiones sacrosanctae vetustatis*. Ingolstadii 1534.

Mart Smetii. *Inscriptiones antiquae*. Lugduni Batavorum 1588.

Iani Gruter. *Inscriptionum romanorum Corpus*. Amstelod. 1616, edit. secunda 1707.

Cyriaci Anconitani, *Inscriptiones sive epigrammata graecae et latinae repertae per Illyricum* (s. l. n. a.) Romae 1645 á 1747.

Joan B. Donius. *Inscriptiones antiquae* ed. Gorius Florentiae. 1731.

Lud. Ant. Muratori. *Novus thesaurus veterum inscriptionum*. Mediolani 1739 á 1742.

Sebast. Donatus. *Veterum inscriptionum graecarum et latinarum novissimus thesaurus*. Lucae. 1765.

Iac. Mazochins. *Epigrammata antiquae urbis*. Romae. 1521.

C. Peutinger. *Inscriptiones vetustae romanae et earum fragmenta in Augusta Vindelicorum et eius dioecesi*. Magunc. 1520.

R. Fabretti. *Inscriptiones antiquae quae in aedibus paternis servantur*. Romae. 1699.

A. F. Gorius. *Inscriptiones antiquae graecae et romanae in Etruriae urbibus*. Florentiae. 1727 á 1743.

M. Gudius. *Inscriptiones graecae et latinae*. Leovardiae 1731.

Scip. Maffei. *Museum Veronense*. Veronae. 1749.

» *Ars critica lapidaria*. Lucae. 1765.

» *Inscriptiones epigraphicae*. Turici. 1826.

He conjeturado siempre, no sé si con acierto, que el descubrimiento de los Bronces de Málaga, tan importantes como los de Veleya y Heraclea, hizo que se fijara la atención más detenidamente por los que dirigían los trabajos preliminares del *Corpus* en la riqueza epigráfica de la Bética, de la Lusitania y de la Tarraconense, impulsándolos á que acordasen que fuese la región hispana la primera explorada por algunos de los eruditos, que á la sazón se estaban preparando en el *Instituto de Correspondencia Arqueológica* con tal intento. Cupo en suerte tan delicada misión al joven Doctor D. Emilio Hübner, que graduado en 1854, pasó á Roma, de donde, después de realizar algunos eruditos estudios epigráficos, regresó á Alemania para dirigirse á España, pasando los Pirineos en Marzo de 1860. Un mes más tarde, el profesor Mommsen me lo recomendaba con vivo interés, lo mismo que al Marqués de Casa Loring, y en Agosto lo recibimos con el mayor gusto á su llegada á esta ciudad, de donde siguió su erudita peregrinación por el resto de la península, que abandonó á fines del año siguiente. Volvía á su país cargado de la riquísima mies que había cosechado en la expedición de veinte meses que acababa de realizar por las tierras españolas, y allí, es fuerza dejarlo hasta que llegue el momento de publicar su trabajo.

Entre tanto, Ritschel, que había sido su maestro, preparaba en un magnífico atlas en folio imperial, su espléndida colección de facsímiles litográficos de los más antiguos é impor-

Io. Gasp. Orellius *Inscriptionum latinarum selectarum amplissima Collectio*. Turici. 1828.

Como se vé, Italia y Alemania han sido las dos naciones que, durante el transecurso de los tres últimos siglos, más se han distinguido en el estudio de la epigrafía latina, debiendo advertir que no hacía á mi propósito ocuparme de los que en ambos países han ilustrado las piedras escritas en griego, ni de los modernos colectores parciales como *Garrucci* y *Wilmanns*, que extractaron los textos del *Corpus*.

tantos monumentos escritos en piedra ó bronce, desde los antiguos tiempos de Roma, hasta los días de Cayo Julio César, libro que salió á luz en Berlín en 1862 con el conocido título de *Priscae latinitatis monumenta epigraphica*. Semejante *stloge* de paleografía arcaica del viejísimo alfabeto latino usado en monedas, inscripciones y leyes antiquísimas romanas, exigía de suyo un texto explicativo de cada documento, haciendo conocer su significación y su importancia. Tal fué el objeto del primer volumen del *Corpus*, encomendado en esta parte á la reconocida competencia del profesor Mommsen, y que salió á luz en Berlín en 1863 con esta segunda portada: *Inscriptiones latinae antiquissimae ad C. Caesaris mortem. Accedunt elogium clarorum virorum, fasti anni iuliani*. Semejante obra, verdaderamente monumental, que comienza con las más antiguas monedas romanas, comprende luego desde el *Carmen arvale* á la *columna rostrata* de Duilio, desde la Epístola consular sobre las *Bacanales* y la Ley de *Bancia* hasta el Bronce de la Ley *Rubria* y los de la llamada *Iulia municipal*, con extensísimos comentarios históricos y jurídicos de inapreciable valor técnico, que ponen de manifiesto la importancia que cada monumento tiene por sí mismo. Sigue luego una sección que abraza las más viejas inscripciones de la Italia, de las Galias y de las Hispanias, entre otras partes del mundo antiguo, anteriores todas aquéllas á la muerte de Julio César, viniendo á continuación una copiosa colección de viejos calendarios romanos, con tan extensos comentarios ilustrados, que, en realidad, abrumba tantísima erudición. Al final de este volumen importantísimo, pronto agotado y del que se ha tenido que hacer una segunda edición berlinesa en 1893, aparecen los *Fasti consulares ad A·V·C·DCCLXVI*, redactados por Henzen, que conocía los importantísimos trabajos de Borghesi, muerto en Abril de 1860, precisamente cuando Hübner, á quien se debe la improba labor de los Índices de

este primer volumen del *Corpus*, había comenzado su *Epigraphische Reiseberichte aus Spanien und Portugal*. La colección Hübneriana no sale, sin embargo, de las prensas Reimerianas de Berlín, hasta el 1869, abarcando en su conjunto los monumentos paganos de España escritos en latín, *Inscriptiones Hispanae Latinae*, entre las que descuella el Bronce de *Lascuta*, el de *Bonanza*, el de *Malaca* y el de *Salpensa*, la generalidad de los más interesantes de todos ellos con *apostillas* importantes, así como con felices restituciones de pasajes los más oscuros, debidas unas y otras al celo, al interés y á la ilustración del citado profesor Mommsen. Posteriormente, cuando en 1871 aparecen los Bronces de Osuna, en 1876 el de Aljustrel y en 1888 el de Itálica, la energía del insigne maestro no decae ni por un momento siquiera, y con su incansable actividad y acostumbrada pericia, dedica su atención privilegiada á comentar y restablecer las lagunas de tan preciosos fragmentos de derecho antijustiniano, con la ciencia y el acierto que indiscutiblemente poseía, provocando la publicación del Suplemento del volumen segundo del *Corpus*, que debía contenerlos y que se edita en 1892 con sus eruditas observaciones también en muchos de los más preciados monumentos hispanos.

Tan repetidos y señalados servicios á la historia del periodo romano de la península ibérica, no debían caer y no cayeron en el olvido, merced á la acertada iniciativa y á la oportuna influencia de dos distinguidos malagueños, los Excelentísimos Señores Marqués de Casa-Loring y D. Antonio Cánovas del Castillo, á quienes se debió que el insignísimo sabio alemán fuese agraciado el 28 de Mayo de 1877 por la munificencia Real con la Gran Cruz de Isabel la Católica.

En este mismo año, sus amigos de Alemania, de Italia y uno sólo de España, desgraciadamente sin notoriedad alguna, festejamos el sexagésimo aniversario de su natalicio, haciendo

estampar un libro dedicado á su memoria, *Commentationes philologicae in honorem Theodori Mommseni*, en el que aparecen impresas las diferentes monografías, que cada cual de ellos le consagró en los límites que sus actitudes se lo permitían (1).

Entre tanto, las prensas berlinesas habían comenzado á tirar en 1873 los pliegos del tercer volumen del *Corpus*, que contiene las inscripciones latinas del Egipto, del Asia, de la Grecia europea y de la Iliria (2), recogidas y editadas exclusivamente por el mismo profesor Mommsen, que ilustra con peregrino acierto los más importantes documentos, que reúne, clasifica y examina de tales regiones tan apartadas entre sí.

Entre las numerosas inscripciones de que se ocupa el ilustrado germano en los dos volúmenes en folio que dedica á la epigrafía latina de tales provincias imperiales, sobresalen algunas que ha reunido en grupos determinados por no romper la unidad del asunto de que tratan, á pesar de que á veces no se han encontrado todas en un mismo territorio. Forma la primera sección de las aludidas, la que comprende el tan conocido *Monumento de Ancyra* ó autobiografía de Augusto, *Res gestae Divi Augusti*, escrito en latín y en griego en los muros del antiguo templo Ancirano, consagrado á *Roma* y *Augusto*, transformado en la Edad Media en iglesia cristiana, al terminar este periodo, en cementerio turco, y después en mezquita, que aun subsiste con el nombre de *Hadschi Beiram*. Suetonio, en la vida de Augusto, ya dejó dicho (3) que este

(1) THEODORO MOMMSENO | NATALITIA SEXAGESIMA | GRATULANTUR | AMICI LXXVIII

(2) El *Illyris* ó la *Illyria* de los griegos, que es el *Illyricum* de los romanos, comprendía la *Dalmacia*, la *Pannonia*, el *Norico*, la *Recia* y la *Vindelicia*.

(3) Suet. vit. Aug. 101.

emperador, más de un año antes de morir, trece después de J. C., formalizó su testamento, compuesto de tres partes, la segunda de las cuales era un índice de lo que había hecho, que ordenó fuese grabada en tablas de bronce y colocadas en su mausoleo. De este documento no se conserva el original, ó mejor dicho, la primera copia en bronce, sino fragmentos de segunda mano, encontrados en Ancyra y en Apolonia, aquéllos en latín los unos y en griego los otros, éstos también en griego, pero muy reducidos y de escaso interés. Seis son las copias que se conocen del Monumento Ancirano, la primera del siglo XVI^o, que ha sido comparada con el original de piedra por el mismo profesor Mommsen, de cuyo examen ha resultado el texto definitivo, que publica con un copioso comentario crítico, histórico y epigráfico del mayor interés, en 1865 primero, en un libro especial que lleva el título ya indicado *Res gestae Divi Augusti*, y ocho años después en el *Cuerpo de inscripciones latinas*.

El documento que sigue al testamento de Augusto, trece años anterior á J. C., como ya he dicho, es un Edicto de Diocleciano y Maximiano sobre el precio de las mercancías, del 301 de nuestra Era, dos años anterior al de Nicomedia, entre cuyas techas celebróse el primer Concilio de España, que fué el de Illiberis, en Sierra de Elvira, no en Granada, como quieren los falsificadores y sus *devotos*. En el largo preámbulo, que precede en el mencionado Edicto, *de pretiis rerum venalium*, á la parte dispositiva, se quejan los emperadores del abuso de los vendedores de artículos de primera necesidad al subir su precio sin tino, con grave perjuicio de las clases más necesitadas, para remediar lo cual los soberanos, como padres cuidadosísimos de su pueblo, se habían visto obligados á intervenir en semejante conflicto, fijando un tipo equitativo de precio para cada artículo que se ofreciera en venta, pasando luego á establecer el de los cereales, el de los vinos, el de los aceites,

el de las carnes y el de los pescados, y entrando después á tasar el jornal de los diversos trabajadores.

De tan curioso texto se conservan hasta diez y ocho fragmentos, más ó menos extensos, unos en latín y otros de la versión griega, encontrados en Egipto, en algunos puntos del Asia menor y en diversos lugares de la Grecia, todos los cuales han sido reunidos y ordenados con su natural pericia por el profesor Mommsen, que ha restituido á la vez en ambos textos las lagunas que ha sido posible llenar, habiendo dado una lección casi íntegra del latino y de la parte que queda del griego, primero en 1851, en las *Memorias de la Real Sociedad Sajona de Ciencias*, de Leipzig (1), y más de veinte años después en el aludido tercer volumen del *Corpus*, con adiciones numerosas.

Después de ilustrar el sabio editor el mencionado Edicto, sigue ocupándose en el citado libro de las conocidas *Honestae missiones*, ó licencias absolutas dadas por los soberanos reinantes á los más beneméritos veteranos de los ejércitos de mar y tierra. Conocíanse entonces, en 1873, hasta cincuenta y siete ó cincuenta y ocho curiosísimos documentos, encontrados en Italia, Cerdeña, Germania, Britania, las Galias, Grecia, Egipto, el centro de Europa, y ninguno en las Hispanias, siendo el más antiguo, del 52 de J. C., dado por Claudio, y el más moderno, del 301 al 305, autorizado por Diocleciano (2). Están grabados en dos pequeñas láminas de bronce de unos 16 centímetros de largo por 13 de ancho, escritos por ambos lados en la forma y con todas las circunstancias externas marca-

(1) Berichte über die Verhandlungen der Königlich Sächsischen Gesellschaft der Wissenschaften.

(2) En el CIL-III, pág. 900, aparece la *Missio honesta*, LVIII, lo cual no cuadra con lo que se lee en la pág. 843, *numero septem et quinginta*.

das por la ley para hacer fe en juicio (1), conteniendo el nombre del emperador con sus títulos cancillerescos, el de los veteranos que se licencian y la indicación de las dos gracias con que se galardonaban sus servicios, la *civitas* para sí, sus hijos y descendientes, y el *ius connubii* con la mujer á que estuviesen unidos, ó si eran viudos ó solteros, con la que se casasen después de la fecha de cada privilegio. Haubold, el eruditísimo jurisconsulto alemán, profesor de derecho en Leipzig, á quien más de una vez he citado ya, escribió, cuando acababa de nacer Mommsen, una monografía curiosísima de *militum honesta missione* (2), explicando lo que esta denominación significaba, apoyado en el conocido texto (3) de Ulpiano *ad Edictum* y las consecuencias jurídicas que nacían de la concesión de la *civitas* y de la del *ius connubii*. Pero Mommsen hace un estudio más amplio, metódico y acabado de estos díptycos de bronce—de los que he visto algunos ejemplares caminando por Italia, en Verona y Florencia, en Roma y Nápoles—marcando su figura, las partes de que se compone su texto y explicando detalladamente el alcance de cada uno de ellos, concluyendo por notar los errores gramaticales, de que algunos ejemplares, bien de ortografía ó de dicción, suelen adolecer, por defecto del redactor, del grabador ó de la época misma en que se escribieron.

Por último, termina este tomo del *Corpus* con otro trabajo esencialmente jurídico á la vez que paleográfico, debido al mismo exegeta, quien ha reunido igualmente en un solo cuerpo los veinticinco tríptycos formados de pequeñas tablas de madera encerada, que se encontraron en algunas ruínas anti-
quísimas de la Dacia, hacia fines del siglo XVIII^o. Estos trípty-

(1) Paul. Sent. v. 25, 6.

(2) Haubold. Opúscula académica. Leipzig, 1825 á 1829, vol. II, p. 783 á 896. Specimen d'xvii^o dec' a' mccccxviii defensum.

(3) Dig. III^o II^o 2^o 2.

cos, de que he visto algunos en el Museo de Pesth, contienen diversos contratos de los más curiosos é interesantes para el conocimiento de las prácticas mercantiles de la época. Ya es algún capitalista que facilita fondos á quien los necesita, á plazo fijo y á un tanto por ciento convenido y de antemano estipulado, bajo la responsabilidad de una tercera persona de crédito bastante que interviene para garantizar el exacto cumplimiento del contrato, embrión del pagaré descontado con endoso de sujeto de responsabilidad reconocida; ya son varios individuos que compran, éste una esclava nacida en Creta, aquél una niña de seis años, este otro un muchacho griego, y el postrero media casa, en todos cuyós contratos interviene también cierta tercera persona, sin duda de prestigio bastante, quien presta su garantía sobre la integridad de lo que se enagena y el perfecto derecho del vendedor á disponer de la cosa vendida, especie de evicción y saneamiento que aun no había llegado á su perfecto estado de desarrollo. Y aquí termina esta nueva obra Mommseniana, reproduciendo á la postre las leyendas exaradas con el *estilo* sobre algunas tejas, semejantes á la de Villafranca de los Barros, en la Hispania, con lo que y con numerosos índices, precedidos de no escasas adiciones, se pone término á tan extensa colección lapidaria.

La inmensa labor que representan tantos viajes, tantas investigaciones y tantos estudios de índole diversa, invertidos en la confección de los tres tomos en folio escritos en latín, que forman el primero y tercer volumen del *Cuerpo de Inscripciones*, es de tal magnitud, que cualquier elogio proporcionado á su mérito, habría de resultar exageradísimo, donde su lectura se hace imposible por lánguida, abrumadora y abstrusa, amén del idioma en que semejantes libros resultan redactados, y donde aún, reconociéndose lo colosal de tamaño trabajo, se estima estéril y baladí, toda vez que no ha producido á su autor siquiera lo bastante para levantar un espléndido

palacio donde albergarse, como produce la más modesta revista ilustrada de actualidad, de estilo telegráfico, y por supuesto, *desarticulada*, dirigida por cualquier especulador impulsado por su intrepidez y favorecido por la fortuna.

El inmediato volumen del *Corpus*, que era el cuarto, si no fué redactado por Mommsen, influyó grandemente en su confección, ayudando con sus consejos, con sus obras impresas y con sus *schedae* inéditas, al penoso trabajo encomendado á Carlos Zangemeister, como el mismo lo reconoce en el prefacio de sus *Inscriptiones parietariae pompeianae, herculanenses, stabianae* (1). Desde luego fué Mommsen, en unión de Henzen, quien, en nombre de la Real Academia de Berlín, le encomendó misión tan delicada en la primavera de 1865, y cuando volvió en Agosto del mismo año á Alemania con las copias y transcripciones que había recogido durante su permanencia en Pompeya, Herculano y Stabia el precitado Mommsen, puso á su disposición cuantos apuntes, extractos, textos y anotaciones había reunido en sus primeros viajes por el Reino de Nápoles referentes á Pompeya, los que, en unión de la *epigrafía napolitana*, ya publicada en latín, y á la excelente monografía también mommseniana, redactada en alemán, sobre los dialectos del sur de la Italia, *die unteritalischen dialekte*, fueron de gran auxilio para el joven epigrafista. Pero no quedó en esto únicamente, con ser ya mucho lo que debió al sabio profesor de Berlín, puesto que llevó su amabilidad hasta el extremo de leer el manuscrito, discutirlo en ocasiones, modificarlo en otras, prodigar sus consejos al autor y corregir, por último, las pruebas de imprenta, como con la mayor efusión y lleno del más profundo agradecimiento, lo consigna Zangemeister en el ya citado prefacio. Cuatro años después de publicado este libro y en los primeros días de Ju-

(1) CIL·IV, págs. x, xi, xii, §§ 32, 33, 35, 41, 43.

lio de 1875, una feliz casualidad hizo que se encontrase en una habitación derruida de Pompeya restos carbonizados en su mayor parte de una caja de madera, de la que se conservaban el fondo y parte de los documentos que había contenido y no había destruido el fuego. Éstos eran bastantes díptycos y tríptycos, formados de dos ó tres tablillas enceradas, sobre las que se habían escrito dos géneros de documentos legales, los unos eran varios finiquitos de subastas voluntarias realizadas, y los menos algunos resguardos de tributos y rentas satisfechas á la *Colonia Veneria Cornelia*, cuya documentación guardaba archivada un negociante pompeyano llamado Lucio Cecilio Jucundo (1). Cuanto de estos recibos, íntegros ó fragmentados, se había salvado, que no se deshacía al manejarlos y conservaba restos de escritura, fué leído é ilustrado con un erudito comentario histórico por el profesor Julio de Petra, director del Museo Borbónico, á donde fueron llevados después del hallazgo, habiéndose publicado en Roma esta monografía un año después del descubrimiento. Mommsen, en 1877, se ocupó también de estas tablas enceradas pompeyanas (2), exponiendo su valor jurídico, y provocando con ello que más tarde volviese Zangemeister de nuevo á Italia á revisar, releer y examinar los tales tríptycos y dípticos pompeyanos últimamente encontrados, preparando un texto definitivamente fijado y corregido en lo posible para darle cabida en el *Supplementum*, que había de publicarse de las ya impresas *Inscriptiones pompeyanas*.

Al comenzar el mes de Junio de 1878, visitaba yo á Stabia y á Herculano, á Pompeya y á Nápoles, admirando los inena-

(1) De Petra, Le tavolette cerate di Pompei. Roma. 1876. Mommsen. Die Pompeianischen Quittungstafeln des L. Caecilius Iucundus. Hermes. Berlín. 1877.

(2) Hermes. Zeitschrift für classische philologie. Zwölfter Band. Berlín. 1877.

rrables encantos de aquellas amenísimas costas de la Campania, de *Paestum* á *Cumas*, y entusiasmado con los recuerdos que en mí se despertaban de los sucesos de que tales sitios, llenos de poesía, habían sido teatro hacía tantísimos siglos. No me era posible apartar de la memoria por un momento siquiera en el admirable Promontorio *Miseno*, como en la poética ensenada de *Castellammare* el recuerdo de Plinio el naturalista, muerto en tan risueñas playas, víctima de la erupción del 79, ni las dos patéticas cartas de su sobrino, dirigidas á Tácito, el historiador, relatándole aquel dramático y pavoroso acontecimiento. Ni me fué dable tampoco al entrar en el *Templo de Neptuno* de Bayas, como en el amphiteatro de Pozzuoli, echar en olvido los desgarradores versos de Horacio á su amigo Sestio, quizás y sin quizás inspirados en aquellos mismos lugares:

*pallida mor̃s aequo pulsat pede pauperum tabernas,
regumque turres.....*

Por mí se decir, que al ver el *Lago Averno* y entrar en la *Gruta de la Sibila*, como en el *Columbario de Pausilipo*, por más que comprendiera lo que en tales nombres había de legendario, no podía borrar de mi imaginación á Virgilio en mil pasajes de sus inimitables versos, repitiendo, á pesar mío, la dulce despedida de la esposa perdida, cuya ténue sombra se aparece á Eneas, para decirle al abandonar la incendiada Troya:

*quid tantum insano iuvat indulgere labori,
o dulcis coniux? non haec sine numine divum
eveniunt; nec te hinc comite me asportare Creusam*

Pero advierto en este instante que voy extraviado, habiendo perdido mi camino á impulsos de reminiscencias inolvidables

de época tan dichosa para mí, hundida para siempre en el insondable abismo de la vida. Que me perdonen los modernos latinóforos mis conterráneos, aun que ciertamente nada tendrán que perdonarme, porque ¿cómo han de fijar su atención soberana en unas páginas tan insulsas, en las que ni se anatematiza *el bárbaro principio de autoridad*, ni se protesta enérgicamente contra el *absurdo derecho de propiedad*, ni aun siquiera se *pone en duda la existencia de Dios*, que son las tres negaciones constitutivas de las libertades políticas contemporáneas, al decir de sus admiradores.

Tornando al Museo Borbónico, dirigido, como he dicho, á la sazón por el dignísimo de *Petra*, anadiré que se ocupaba á mi llegada el profesor Zangemeister en fijar la lectura definitiva de los aludidos trípticos pompeyanos. Con ambos ilustres arqueólogos me ligaban títulos de mútua correspondencia epistolar y uniendo á su innegable erudición y competencia la más exquisita finura y extremada amabilidad, debí á la bondad de ambos repetidas muestras de atención, habiéndome facilitado la ocasión de examinar con mayor holgura que los del Museo de Pesth los aludidas tablas enceradas que ahora se guardan en el de Nápoles, habiendo tenido ocasión, bajo su mútua enseñanza, de admirar el ímprobo trabajo que exige su lectura. Los poquísimos documentos que hay escritos en este antiquísimo cursivo romano, lo frágil de la materia sobre la que el punzón ha trazado las letras, la tenue huella apenas perceptible que el *stilo* ha impreso á veces en la misma tablilla y que aparece al derretirse la cera, al saltar ó al chafarse con el roce son dificultades á veces invencibles y siempre de solución laboriosísima.

Pero en tanto que el sagacísimo colector de los epígrafes pompeyanos preparaba los trabajos supletorios que en su día habían de completar aquéllos, Guillermo Henzen, el continuador de Orelli, y Juan Bautista de Rossi, el verdadero fundador

en nuestros días de la epigrafía cristiana de los primeros siglos de la iglesia, recogían, clasificaban y ordenaban las Inscripciones latinas de Roma, que debían comenzar á hacer del dominio público en 1876, el profesor Hübner visitaba detenidamente la Inglaterra, reuniendo los epígrafes británicos que habrían de ser impresos en 1873 y Mommsen veía estampados antes de esta fecha los dos gruesos in folio del quinto volumen del *Corpus*, que había redactado, comprendiendo las *Inscriptiones Galliae Cisalpinae latinae*.

Abarca esta riquísima serie epigráfica, todos los textos latinos escritos en piedra ó bronce descubiertos en la Italia septentrional que abraza las regiones novena, décima y undécima de la división territorial de Augusto, acusando su importancia los nombres no más de algunas de sus ciudades, como Génova y Turín, Como y Trento, Cremona y Mántua, Verona y Pádua, Aquileya y Trieste, en algunas de las cuales aun he visto conservados con religioso respeto, por la cultura italiana, textos inapreciables como el *Decreto Tergestino* (1), ilustrado por Zumpt (2), reproducido por Henzen (3), releído, fijada su lección definitiva y suplidas sus lagunas por Mommsen (4), y la *Sentencia de los Minucios*, tan eruditamente comentada por Rudorff (5), representada en facsímil por Ritschel (6) é ilustrada á la postre por el mismo Mommsen (7), que la vuelve á reproducir en este quinto volumen del *Corpus* (8); sin hablar del Decreto del Emperador Claudio, del 46 de J. C. (9),

(1) CIL V 532.

(2) Zumpt. *Decretum Tergestinum* Berlin. 1838.

(3) Orelli III. 7168 Zurich. 1856.

(4) CIL. V. 532, p. 59.

(5) Rudorff, Q et M Minuciorum sententia. Berlin. 1842.

(6) P. L. M. Epig. pág. 72, núm. 199 tab. xx.

(7) CIL I 199.

(8) CIL V 7749.

(9) CIL V 505.

comentado también por el indicado profesor (1), ni del Edicto de Constantino á Máximo, prefecto del Pretorio, traído por Haenel en su célebre edición del Código Theodosiano (2), por nota á otras disposiciones del indicado emperador, del 314 de J. C. El mismo Haenel en su nunca bastante celebrado *Corpus Legum*, repite este Edicto; pero como los que le habían precedido, tomándolo de copias viciadas á las que enmienda en definitiva la lección mommseniana (3).

Pero dejando la Italia, que ya será razón, y atravesando el Mediterráneo hasta llegar á las costas Tunecinas y á las posesiones francesas que le son vecinas, encontraremos por aquellas tierras á Gustavo Wilmann, discípulo querido de Mommsen, que desde 1873 viajaba por tan apartadas regiones, por encargo de la Real Academia de Ciencias de Berlin, para recoger los epígrafes latinos del Africa, que habían de formar el volumen octavo del *Corpus*, que se imprime en 1881 y del que solo pudo corregir las pruebas de los cincuenta y un pliegos del principio, por haber llegado en 1878 muy joven aun al término de su vida. Este inesperado suceso hace exclamar á un ilustre maestro en el corto prefacio que pone á la colección epigráfica africana: *infelicis iuvenis tristem hereditatem ego senex adii curavique ne cum ipso labores eius perirent*; y en efecto á su incansable energía se debió el que hoy poseamos esta copiosa y por todos concepto interesante Colección de piedras escritas del África.

La inesperada muerte de Gustavo Wilmann vino á interrumpir poderosamente los trabajos que realizaba por entonces Mommsen para entregar á la imprenta sus manuscritos que comprendían el volumen noveno y el décimo del *Corpus*, que

(1) Hermes, vol. 4.

(2) Cod. Th. ix, v. 1.

(3) Haenel, Corpus Legum, núm. 1067, p. 190.

tenía precisamente en preparación y no fueron impresos hasta dos años después de estampada la Copilación africana. Los citados volúmenes formaban tres grandes *in folio*, comprendiendo el uno las inscripciones latinas de la Calabria, la Apulia, la Sabina y el Piceno, el otro las de los Abruzos, de la Lucania y de la Campania, y el último las de los Siculos y los Sardos, de todos cuyos epígrafes se estampan las lecciones más puras, acompañadas, cuando los textos lo exigen, de breves y eruditos comentarios. La índole especial de este papel no me permite entrar en más detalles, que serían ajenos á mi intento, haciéndome reiterar elogios de nadie ignorados; pero que á fuerza de repetidos irían perdiendo su energía: no puedo, sin embargo, dejar de consignar una reflexión que me asalta en este momento y que estimo de marcada oportunidad. Cuando Federico Carlos de Savigny presentaba á la Real Academia de Ciencias de Berlín en 1845 su proyecto sobre la publicación de un nuevo Cuerpo de Inscripciones latinas, que era tomado en consideración, y el historiador eminente, lo mismo que la ilustrada corporación citada, excitaban á Mommsen, á la sazón haciendo largos y penosos viajes de exploración arqueológica por Italia, para que realizase sin descanso su colección epigráfica napolitana, y cuando por la misma época Bartolomé Borghesi, lleno de entusiasmo por la realización de semejante pensamiento, lo aleccionaba, animándolo con su ejemplo y sus consejos, para llevar á término semejante empresa, estaban muy lejos de presumir ambos que aquel, joven entonces, había de publicar en el espacio de seis lustros, hasta diez tomos en folio escritos en latín, comprendiendo todas las inscripciones de Italia, excepto las de Roma, y las más antiguas del mundo romano, desde los orígenes conocidos del idioma, hasta la muerte de César, trabajo tan vasto, que parece imposible lo realizara un hombre solo en tiempo tan relativamente corto.

En semejantes libros dejó Mommsen establecidas sobre bases las más seguras cuatro fuentes históricas, antes poco atendidas, sacadas de los numerosos documentos escritos en piedra ó bronce que había recogido en sus repetidos viajes por Italia—los *epígrafes romano paganos*—los *romano cristianos*—los *dialectales*—y los *numarios*—de los que eran los primeros los más fecundos en enseñanzas, toda vez que abarcan la geografía regional, los fastos consulares, los anales y la prosopografía imperial, los ritos indígenas y provinciales con el sacerdocio pagano, el matrimonio, el contubernio y la onomatología, la condición de las personas y los cargos públicos, la organización del ejército y de la marina de guerra, el derecho público y el internacional fijando la categoría de los pueblos sometidos, el derecho civil enriquecido con fragmentos de leyes conservados en bronce, cuyos textos eran desconocidos y sobre todo la jurisprudencia municipal, que contaba con epístolas imperiales, edictos de los decuriones y copiosas rúbricas de sus códigos locales, prescindiendo de la historia progresiva del idioma y del estilo hasta que llegan ambos á su más amplio desarrollo para comenzar á decaer hasta fundirse en los dialectos provinciales, cuya marcha ascendente y descendente se refleja distintamente, como en un espejo, en las piedras y en los bronces epigráficos. Toda esta riqueza histórica no ha pasado aun los Pirineos y nuestros cronistas municipales, cuando su título oficial los obliga, se entretienen en trazar los más novelescos anales del pueblo donde nació el personaje de menor cuantía que impuso su elección, registrando ante todo con profunda veneración al superficialísimo Masdeu, á los falsificadores Conde, Pedraza y Trigueros, á los amparadores y propagandistas de los crímenes ficulinos como Caro y Martín de Roa, tomando por único guía en su camino á Romey y á Modesto Lafuente, aun más superficial que Masdeu. Pero aunque este procedimiento sea la expresión latísima de la sal-

vadora *libertad de pensamiento*, la crítica independiente, cada día más reaccionaria, no se contenta hoy, como se contentaba hará un siglo, con que se redacten los anales de cualquier período de la dominación romana, apoyados no más que en las reminiscencias que haya dejado la lectura de poetas y prosistas helenos é italiotas, vertidos á una lengua viva, sino que exige otros estudios, ni superficiales, ni vulgares, de la epigrafía, de la numismática, y sobre todo, de la jurisprudencia clásica, sin cuyo conocimiento profundo, todo trabajo histórico se escribirá en el vacío.

Mommsen que por tantos años vivía cultivando estos estudios profundamente, pudiera decirse, sino que los había creado, al menos, como he indicado antes, que en sus copiosas obras monumentales los había reorganizado sobre bases verdaderamente científicas, apartando de ellos cuanto antes tenían de arbitrario, divorciándolos de todas las idealidades literarias, que casi los anulaban y haciéndolos evolucionar después de seleccionados, restableciéndolos como poderosos auxiliares de la historia positiva de los pueblos del período romano, cuyos anales sacó de manos del soñador literato para encomendarlos á las del erudito, amaestrado en tales linajes de conocimientos. En la *siloge napolitana*, como en las que más tarde dedicó á las otras regiones de la Italia, hizo caminar juntos los monumentos paganos y los cristianos, distanciados solo cronológicamente por regiones; pero en cambio destinó monografías separadas á los dialectales, de que poco ha me he ocupado. De éstas debo hacer notar de nuevo su *Die nord-etruskischen Alphabete Inschriften und Münzen*, que publicó en Zurich en 1852, dos años después que en Leipzig había impreso su Memoria sobre la acuñación de la moneda romana, en la que dilucida con su acostumbrado acierto el *derecho de acuñar de los pueblos itálicos*; las *acuñaciones del norte y centro de Italia* en la época en que se adopta el patrón libral roma-

no; las *acuñaciones del sur de Italia* en la misma época en que es admitido el referido patrón libral; terminando ocupándose de la *reducción del as y de la introducción en Roma de la moneda de plata*. En tales trabajos hace ver que el numismático no podía ser ya ni el especulador, ni el simple colector, guiados el uno por el lucro, el otro por el mero capricho, sino el que inspirándose en la escuela eckheliana estudiase las monedas antiguas distinguiéndolas primero por sus epígrafes, luego por su peso, que eran los dos criterios fijos que determinaban la región y la época en que se acuñaron, y últimamente por la técnica de su glíptica, que debía concordar con la métrica y la paleografía. Casi por aquel tiempo, en 1854, publicaba también en Zurich otros dos trabajos nada conocidos entre nosotros, su *Die Schweiz in römischer Zeit* y sus *Inscriptiones confederationis Helveticae latinae*, dedicadas á sus íntimos amigos *Henzen, Ritschel y Rossi*, en el que ponía de nuevo de manifiesto de qué manera la epigrafía auxilia á la historia cuando se trata de fijar los verdaderos anales de los pueblos antiguos durante la dominación de Roma.

Los sabios ilustres, que bajo los auspicios y la acertada dirección de la Real Academia de Ciencias de Prusia fundaron el *Corpus Inscriptionum latinarum* y redactaron la mayor parte de sus volúmenes en folio, Mommsen y Ritschd, Henzen y Rossi, Hübner y Zangemeister,—que me distinguieron en vida con su amistad más sincera y á quienes fui á visitar á Roma y Nápoles, á Heidelberg y Roma, á Charlottenbourg y Berlín,—al abandonar la tierra, han dejado en ella de su paso huella tan luminosa, que no se borrará jamás de la memoria de las naciones más cultas de Europa, á no ser que, como los Vándalos del Norte en los tiempos pasados, lleguen hoy nuevos bárbaros á invadirlas. Pero la obra importantísima por ellos emprendida, reclamaba otras auxiliares, cuya necesidad se dejó

105-

sentir muy pronto, provocando su ejecución en el tiempo y forma en que fué posible realizar tan penosísima labor.

El primer trabajo complementario que exigió de suyo el *Corpus*, fué una *Revista*, que periódicamente, cuando el número de los monumentos inéditos lo exigiese, publicara las nuevas inscripciones encontradas en el territorio de cualquiera de las antiguas provincias imperiales del Asia, del África ó de la Europa, después de haber sido impreso el volumen destinado á comprender las de dicha región, conocidas hasta la fecha de su estampación.

De este modo, y de una manera insensible, se iban preparando los elementos indispensables para que en su día pudieran ser redactados los nuevos *in folio* que habrían de servir de suplemento á cada uno de los ya sacados á luz. Desde el año de 1872 viene satisfaciendo esta necesidad perentoria la publicación, que escrita también en latín, lleva por título *Ephimeris epigraphica*, de la que van ya impresos más de ocho tomos en cuarto, conteniendo cada cual de ellos varios trabajos de crítica histórico-epigráfica del profesor Mommsen, desde sus *Adiciones á los fastos del año Juliano* y sus *Observaciones epigráficas*, que aparecen en el primero, hasta su eruditísimo comentario al nuevo Bronce de Tarento, *Lex municipii tarentini*, estampado en la primera entrega del noveno, impresa cuando iba ya mediado el 1903.

Los otros dos libros complementarios de la Colección prusiana de inscripciones latinas, sino redactados, inspirados por la incansable actividad mommseniana, que ha prestado el valioso prestigio de su impulso á los que de su redacción se han ocupado, tienen por objeto materias distintas y sin aparente enlace entre sí, habiendo sido publicados ambos *consilio et auctoritate Academiae litterarum Regiae Borussicae*.

Debido el uno á la reconocida pericia del profesor Hübner, ha sido titulado por su autor *Exempla scripturae epigra-*

phicae latinae, comprendiendo una serie de facsímiles ejecutados con singular precisión y limpieza de las piedras y broncees escritos de más importancia de la época romana, á partir desde el asesinato de Julio César, 44 años antes de J. C., hasta la muerte de Justiniano en 521, abarcando un espacio de tiempo de más de seis siglos, diferenciándose del gran Atlas de Ritschel, ya citado, *Priscae latinitatis monumenta epigraphica*, en que éste termina en la época en que aquél comienza, siendo el uno como la continuación del otro y declarado el Hübneriano, *Auctarium Corporis Inscriptionum latinarum*.

El segundo trabajo á que me he referido es la *Prosopographia imperii romani*, vastísima compilación comenzada á publicar en 1897, de la que solo van editados tres tomos, y que, como dice la Real Academia de Ciencias de Berlin en la advertencia que precede á toda la obra, *prodit notitiam hominum notabilium qui vixerunt ab imperatore Augusto ad imperatorem Dioclesianum*, con una extensísima noticia de los textos griegos y romanos que de cada personaje se ocupan.

Parecía humanamente imposible que atento por tantos años á los profundos trabajos que representan los numerosos volúmenes en latín y en alemán que publicaba el profesor Mommsen, hubiese tenido tiempo material de que disponer para aplicarlo á su Cátedra Universitaria y no se hubiera visto forzado á encomendarla á cualquier sustituto oficial; pero las obras también magistrales que sacó á luz y las que inspiró referentes á la jurisprudencia romana, demuestran con asombro lo contrario. Cuando en el estío de 1844, un año después de Doctorado, vino á Roma y comenzó sus ejercicios prácticos de arqueología bajo la disciplina del Instituto germánico, encontró en aquel centro del saber hiperbóreo un amigo íntimo en Henzen y un maestro eminentísimo en Borghesi, que concluyeron por fijar definitivamente su vocación por la epigrafía latina. Pero aun conservábase viva en aquella modesta

morada de la Roca Tropeya, de donde han salido tantísimas eminencias, la memoria veneranda del Cardenal *Angelo Mai*, imborrable del pensamiento de los amantes del clacisismo y de sus conquistas, y más inextinguible aun en el de los que le habían visto asistir como miembro del Instituto á las sesiones solemnes de 21 de Abril de 1836 y de 8 de Enero de 1839, en honor esta última del Príncipe heredero de Prusia. Cuando Mommsen llegó á Roma por la vez primera, había publicado el ilustre purpurado su *nueva colección de escritores antiguos con arreglo á los Códices vaticanos* (1), la *serie de los autores clásicos también según los Códices vaticanos* (2) y la *copilación de trozos selectos* (3), teniendo comenzada la edición de la *nueva Biblioteca de Santos Padres* (4), de que solo se estampó hasta el séptimo tomo, que se imprimía en 1854, porque su eminencia el editor llegó por entonces al término de sus días.

De los textos editados por Angelo Mai en estas colecciones y fuera de ellas, todos de tanta importancia para la Historia de Roma, parecía ser el más insigne el del palimpsesto que contenía casi íntegro el tratado *De República* que escribía Ciceron en *Cumas* (5), y del que solo se conocían algunos fragmentos, traídos por Macrobio y Nonio Marcelo, por Lactancio y San Agustín. Pero, sin embargo, para el joven Mommsen, en extremo influido aun por los estudios de jurisprudencia clásica, que acababa de realizar, tenía mayor atractivo otro palimpsesto no menos importante del mismo tesoro pon-

(1) *Scriptorum veterum nova Collectio ex vaticanis codicibus edita*. —Romae. 1825 á 1838.—10 vol. in 4.º

(2) *Classicorum auctorum vaticanis codicibus editorum series*. Romae. 1828 á 1838.—10 vol. in 8.º

(3) *Specilegium romanum*. Romae. 1839-44.—10 vol. in 8.º

(4) *Nova Patrum Sanctorum Bibliotheca*... ex codicibus praecipue vaticanis et aliis Romae 1844 á 1854.—7 vol. in 4.º

(5) Cic. Epist. ad Q. fr. II, 14 Ego me in Cumano Pompeianòque... scribam illa, quae dixeram πολιτικά

tificio, que contenía varios trozos de un libro de derecho desconocido, posterior al Código Theodosiano y anterior al Digesto; pero redactado en forma análoga á éste, cuyos trozos, á falta de un nombre conocido, han recibido el genérico de *Fragmenta Vaticana*. Descubiertos en 1821 al tratar de fijar su lección, sintióse *Angelo Mai* completamente ageno á la materia jurídica de que se ocupaban, y aprovechando la estada en Roma de Federico Blume, profesor de derecho en Halle, lo interesó para que cooperara á los fines de restablecer la indicada lectura, á lo que accedió de la mejor voluntad, si bien su auxilio no dió los frutos apetecidos por la falta del reposo necesario que imprimía al trabajo las impaciencias reiteradas del futuro editor (1).

Así es, que cuando Augusto Bethmann Hollveg tomó á su cargo el insertarlos, en el Cuerpo de derecho antijustiniano de los profesores de Bonna sometió á su examen lo que hasta entonces se había dicho sobre la forma externa del código y sus accidentes, doliéndose que no le hubiera sido permitido revisar el texto original. Cuando tres (2) años después, en 1844, tuvo Mommsen idéntica pretensión fueron tantas las dificultades burocráticas que se le opusieron que se vió forzado á desistir por entonces de su empeño, que no abandonó sin embargo en absoluto (3); pero su sabio mentor, el bondadosísimo Bartolomé Borghesi y el cariñoso amigo su conterráneo Guillermo Henzen, mostrábanle afanosos la nueva senda que debía emprender en aquel jardín de la Europa, caminando en

(1) Blume *Iter italicum* III, p. 96, not. 163—impreso en Halle en 1830.

(2) *Corp. Iuris. rom. antiust.* p. 235, III. Bonnae. 1841.

(3) Mommsen. *Fragmenta quae dicuntur Vaticana*, Berolini. 1860, p. 379.

busca de la inmortalidad, senda que acabamos de verle recorrer con tanta gloria.

Las publicaciones del ilustre solitario de San Marino y la del Eminentísimo Cardenal Bibliotecario, le habían hecho convencerse, más aun que lo estaba, de la grandísima importancia que tenía como fundamento esencialísimo de toda historia positiva, el estudio detenido sobre los mismos originales de las leyendas exaradas en piedra ó bronce, de las monedas en distintas naciones acuñadas después del siglo VII.^o, antes de J. C., hasta el V.^o de nuestra era, y de los pergaminos donde aun se conservan manuscritas las obras de prosistas y poetas de los más remotos tiempos. Por ello, en tanto que prestaba á la numismática y á la epigrafía toda la gran actividad que le era propia, revisaba á la vez de continuo los antiguos manuscritos con toda energía (1).

(1) Mommsen. *Über den Chronographen vom Jahre 354*, Leipzig 1850.

» *Polemii Silvii laterculus—de provinciis* — Leipzig 1853.

» *Volusii Maeciani. Distributio partium*—Leipzig 1853.

» *Die Chronik des Cassiodorus Senator von Jahre 519*. Leipzig 1861.

» *Notarum laterculi*—In *Gramm, lat. ex recensione H. Keilii IV*, p. 265 á 352. Leipzig 1862.

M. Valerii Probi. De litteris singularibus fragmentum.

Notae Lugdunenses.

Notae ex Codice Regina.

Magnonis laterculus alter.

Notae Lindenbrogianae.

Notae Vaticanae.

Notae papianae et Einsidlenses.

Petri Diaconi Notae litterarum more vetusto.

De Probi qui dicitur notarum laterculo alphabetico.

Mommsen. *Verzeichniss der römischen Provinzen um 297*. Berlin 1863.

» *Der Ambrosianische Palimpsest des Plautus.*

Pero así como cada texto que se descubre de un epígrafe notable exige un comentario especial que lo explique (1) histórica, jurídica y hasta paleográficamente, así también lo necesitaba á veces toda nueva lección de un código que venía á alterar el sentido generalmente aceptado de cualquier pasaje determinado, cuya exposición crítica no escaseaba jamás Mommsen en cuantos publicaba. Sin embargo, en ocasiones no eran bastantes tales comentarios sobre la inteligencia de determinados periodos, sino que á la vez se hacía necesario concordar su aplicación al conjunto de hechos dados á conocer por otros textos, deshaciendo ó explicando sus contradicciones, reales ó aparentes, trabajo exegetico penosísimo, para el que intenta redactar un libro de historia al que debe llevar de antemano resueltas todas las dudas suscitadas por la crítica y restablecidos bajo las más seguras bases los hechos concretos más discutidos y culminantes, sin abrumar al lector con discusiones de fatigosas proporciones que son de otro lugar. Muy joven aun, apenas salido de las aulas Universitarias, ya mostró marcadas inclinaciones á tales monografías, publicando, antes de visitar á Roma por la vez primera, pero en el mismo año de su viaje, su estudio inicial sobre las tribus romanas en sus relaciones administrativas (2), al que de

(1) Mommsen. Bemerkungen zum Decret des Paulus, Hermes III, 261 y 262. Berlín 1869.

» Edict des Kaisers Claudius über den römer Bürgerrecht des Anauner. Berlín 1869.

(2) Mommsen. Die römischen tribus in administrativer Beziehung. Altona—1844.

bían seguir después de su regreso otros no menos importantes (1).

M. R. DE BERLANGA

(*Se continuará*)

-
- (1) Mommsen. Die römische Chronologie bis auf Caesar. Berlin 1859.
- » Der letzte Kampf der römischen Republik.
 - » Die Rechtsfrage zwischen Caesar und dem Senat. Breslau 1857.
 - » Römische Forschungen. Berlin 1864
 - » Zur Lebensgeschichte des jüngeren Plinius. Berlin 1868.
 - » Topographische Analekten—In Archäolog Zeitung n.º 38. Berlin 1846.
 - » Die Scipionen processe. Berlin 1866.
 - » Ueber zwei römische Colonien bei Veleius Leipzig 1849.
 - » Die Quellen der Longoborden geschichte des Paulus Diac.
 - » Die römische Lager Städte—Hermes VIII. 1873.
 - » Die Tatiüs legende. Hermes XXI. 1886.
 - » De comitio romano curiis Ianique templo—Rcma—1844.
 - » Die Special litteratur über die Römer Kriege in Deutschlan ist übergangen.
 - » Des römisch Gastrecht und die römisch Clientel—1859.

No ha podido ser mi propósito redactar una nota bibliográfica exacta de los numerosos trabajos publicados por Mommsen. Calculaba Zangeineister, en su *Th. Mommsen schriftsteller*, que había entregado a la imprenta unos 920, desde 1843 al 1878, los que, siguiendo en la misma proporción, en los 26 años restantes habrían subido hasta el 1.º de Noviembre de 1903, á más, quizás, de 1,400.

No cito, pues, ni me ocupo, sino de los que conozco ó poseo, y por ello no hablo ni de su *nota sobre Ulpiano*, de 1903, ni de su *Roemische Strafrecht*, del 1899, que aun no he leído, y sí de su comentario á la *Lex Municipii Tarentini*, del 1903, al que dedicaré después un estudio especial.

TEODORO MOMMSEN

(Conclusión)

He indicado poco há, y he de repetirlo en este momento, que maravilla el considerar cómo en medio de tan incesantes y difíciles estudios, aún sobraba tiempo al profesor Mommsen para atender á su cátedra universitaria, dotándola de libros de texto que son magistrales. El mismo año que publicaba las inscripciones latinas napolitanas entregaba á la imprenta su manuscrito, conteniendo la nueva lección de los llamados *Fragmentos Vaticanos*, que trascribía, y comentaba teniendo á la vista un traslado exactísimo del Códice pontificio, que por encargo suyo especial había ejecutado Detlefsen (1).

Mientras ordenaba los vastísimos trabajos del tercero y quinto volumen del *Corpus*, á la vez que corregía las pruebas de imprenta de los primeros pliegos, parece imposible que aún tuviese alientos y ocasión para emprender y llevar á término otros no menos abstrusos de exegesis jurídica del interés y de la importancia de los que realizó al parecer sin el mayor esfuerzo precisamente por aquella misma época.

Sabido es por demás que el Códice florentino, antes pisano, del Digesto, escrito del sexto al séptimo siglo, es el más antiguo traslado que se conserva de las Pandectas, cuya transcripción fué impresa en Nuremberg por Holeander en 1529. En la misma centuria es también revisado y acotado por nues-

(1) Mommsen. Codicis Vaticani n. 5766 in quo insunt Iuris Anteius-tiniani fragmenta quae dicuntur vaticana, exemplum addita transcrip-tione notisque criticis. Berolini. 1660.

Vol IV. no 41
Tomo VIII Gul Sep 1904

tro insignísimo romanista, el por todos estilos ilustrísimo Antonio Agustín, distinguido prelado de Tarragona, (1) y vuelto á examinar después por Lelio Taurelli, lo imprime su hijo Francisco en 1553 (2). Pero bien pronto, sin embargo, las escasas ediciones de las Pandectas florentinas son sustituidas por las llamadas *vulgatas*, porque eran hechas sobre las copias más incorrectas de los Códices del siglo oncenso, que contenían también la Instituta y el Código *repetitae praelectionis*, cuyos tres libros reunidos publica en la misma centuria décimasexta Dionisio Godofredo, dando á las mencionadas Copilaciones justinianeas el título genérico de *Corpus iuris civilis* (3). De entonces son numerosos los jurisconsultos que vienen perpetuando hasta nuestros días el texto indicado de la *vulgata* como en el XVII.^o *van Leewen* (4) en el XVIII.^o *Freiesteben*, (5) y en el XIX.^o los hermanos *Kriegel*; (6) estas dos últimas ediciones, siendo las que he manejado con las que se llamaban *Rccitaciones* (7) y *Antigüedades* (8) romanas de Heineccio, durante mi vida universitaria.

Las marcadas diferencias del texto pisano comparado con los de la *vulgata*, habían provocado desde luego controversias muy empeñadas que por largo tiempo se habían venido sosteniendo y á las que se propuso poner término el profesor

(1) Ant. August. Emendationum et opinionum libri quattuor. 1543.

» De nominibus propriis τοῦ Πανδέκτου Pandectarum. Florentia 1579.

(2) Digestorum seu Pandectarum Libri L. ad archetypum Florentinum recogn., per Lacl. Taurellium, edente eius filio Francisco 1553.

(3) Ginebra 1583.

(4) Amstaldami Elzevirii 1663.

(5) Corpus Iuris civilis Academicum. Coloniae Munatianae 1775.

(6) Corpus Iuris civilis. Lipsiae 1827-1843.

(7) Heineccius Dictata ad elementa iuris civilis secundum ordinem Institutionum. Berlin 1744.

(8) Heineccius. Antiquitatum roman. iurisprudentia illustrantium Syntagma, secundum ordinem Instit. Just. digestum. Francofurti ad Moenum. 1841.

Mommsen, sujetando á una detenida y prolija comparación el Códice *florentino* del Digesto con los más antiguos de la *vulgata*, anotando las variantes, omisiones y alteraciones que en cada uno de ellos se hubiesen introducido, para poder determinar su causa, fijando á la postre el texto más genuino y exacto de las primitivas *Pandectas*, como lo ha hecho después del profundísimo estudio á que ha sometido los antiguos manuscritos, origen de tantas discusiones. (1) La vasta erudición que acusa el interesantísimo prefacio y las copiosas notas, apostillas y variantes, que llenan las numerosas páginas del Digesto Mommseniano, representan un trabajo de tal naturaleza, que parecía exigir la vida de un erudito para realizarlo, y, sin embargo, cuando el profesor de Berlín lo hace estampar, ya estaba preparando para la imprenta el tomo en folio que sale á luz tres años después, en 1873, conteniendo las inscripciones latinas del Egipto, el Asia, la Grecia europea y parte del Ilirico, muchas de las cuales había recogido personalmente viajando por tan distintas regiones. (2) Pero aún no estaban satisfechos los propósitos del infatigable sabio alemán respecto á la jurisprudencia clásica, por lo que estimuló á Kruger para que verificase con los manuscritos de la *Instituta* (3) y del *Código* (4) un trabajo análogo al de las *Pandectas*, como así lo hizo; quedando con ello realizado el pensamiento de *Schrader*, (5) que solo pudo ver impresa la portada general y sus voluminosas *Instituciones de Justiniano* de todo el *Cuerpo de Derecho civil* que meditaba editar.

Después que ambos jurisconsultos, Mommsen y Kruger,

(1) Mommsen. *Digesta Iustiniani Augusti*. Berolini. 1870.

(2) C·I·L· III· 1 Berlin 1873.

(3) Kruger *Institutiones*. Berolini. 1872.

(4) Kruger *Codex Iustinianus*. Berolini. 1875.

(5) *Corpus Iuris civilis--instruxit Schrader-- accenserunt Tafel. Closius. Maier*. Berolini. 1832.

llegaron al término de empeño tan prolijo, procedieron de común acuerdo á despojar cada uno de ellos la parte de la compilación Justiniana que habían ilustrado, de todo el extenso aparato crítico que le acompañaba, reduciéndola á los más estrechos límites posibles é indispensables, haciendo estereotipar en un solo volumen otra edición menor que comprendiendo la legislación de Justiniano, sustituyese con sobrada ventaja las que corrían en manos de los estudiantes en Universidades y Academias, (1) lo cual acontecía precisamente el mismo año en que Mommsen daba á la imprenta y corregía las pruebas del segundo volumen en folio de las Inscripciones latinas de la Galia Cisalpina.

Muchos años antes, los profesores de Bonn habían publicado su conocido *Corpus Iuris romani Anteiustiniani*, (2) que comenzaba con la Instituta de Gayo, los fragmentos de Ulpiano, los del Vaticano, los de algunos otros jurisconsultos y las sentencias de Paulo para terminar con el Código Gregoriano, el Hermogeniano y el Theodosiano, editados por Haenel, en un grueso volumen de indiscutible mérito.

Este trabajo, del que también fué mi amigo el citado jurisconsulto Haenel, que siempre he tenido en la mayor estima, no satisfacía sin embargo del todo al profesor berlinés, puesto que se ocupaba, según se asegura, precisamente cuando le sorprendió la muerte, en preparar otra nueva edición crítica del texto Theodosiano, que dejó inacabada por tan inesperado acontecimiento. Por otra parte, Eduardo Huschke, veinte años después que los citados profesores de Bonn, imprimió un pequeño libro que, á pesar de ofrecer en la portada que contenía cuanto quedaba de la Jurisprudencia antejustiniana,

(1) *Corpus Iuris civilis. Institutiones recognovit Paulus Krueger Digesta recognovit Theodorus Mommsen Codex Iustinianus recognovit Paulus Krueger Berolini. 1877.*

(2) *Bonnae. 1841-1842.*

(1) no comprendía los tres códigos que acabo de citar, si bien en cambio era más rico en pasajes de los clásicos latinos relacionados con la jurisprudencia. Ni una ni otra publicación, la de Bonn ni la de Leipzig debieron satisfacer á Mommsen, quien en unión de Studemund y de Krueger dió á la imprenta la *Collectio librorum Iuris antejustiniani*, (2) en la que publica de nuevo los fragmentos Vaticanos y la *Mosaicarum et romanarum legum Collectio*, (3) un año antes que estampara Reimer en Berlín la segunda parte del suplemento mommseniano al tercer volumen del *Corpus*.

Precisamente en el de 1877 en que salía á luz el segundo volumen de las Inscripciones latinas de la Galia Cisalpina, publicaba Studemund, al frente de su lección revisada del Códice Veronense una breve epístola de Mommsen, acompañada de diversas observaciones críticas sobre diferentes pasajes del manuscrito gayano, de difícil lectura y de más difícil restitución. Todo ello demuestra, pues, que aquella poderosa imaginación atendía á la vez con igual interés y energía á dos obras tan distintas, que exigían profundísimos conocimientos de índole tan opuesta y una erudición vastísima, en ciencias tan divergentes.

Ya he indicado antes que Spangenberg en 1822 había publicado sus *Iuris romani tabulae negotiorum solemnium*, Haubold en 1830 sus *Antiquitatis romanae monumenta legalia* y Haenel en 1860 su *Corpus legum ab imperatoribus romanis ante Iustinianum latarum*, por no citar sino á los más perspicuos, de los que había sido el precursor ilustre Gaetano Marini con sus *Papiri diplomatici*, que imprimió en Roma en 1805. Todos estos libros venían anunciando una ciencia nueva

(1) Huschke *Iurisprudentia antejustiniana quae superunt*. Lipsiae. 1861.

(2) Berolini. 1884-1890.

(3) Collet. *libror. Iud. antejust.* III. pág. 3 á 220.

de gran importancia histórica, cual era la *Arqueología jurídica*, que entre nosotros es completamente desconocida. Los volúmenes ya publicados del *Corpus* exigían de suyo que se revisaran algunos de estos trabajos como los de Spangeuber y Haubold, rehaciéndolos y ordenándolos de nuevo, dando cabida en la nueva compilación á las lecciones más puras de los textos epigráficos y á los monumentos legales importantísimos descubiertos en nuestro tiempo. Encargóse de esta misión Carlos Jorge Bruns bajo los auspicios de Mommsen, para quien tiene el editor de continuo palabras de gratitud que consignar por los consejos y por los auxilios que sin cesar le dispensa en las cuatro primeras ediciones de su obra. Muerto Bruns inopinada y prematuramente cuando preparaba la quinta, encargóse de ella el profesor Mommsen, (1) quien la lleva á su término con el acierto que era de suponer de su pericia.

Por el mismo tiempo hace que Krueger complementa este trabajo escribiendo su *Geschichte der Quellen und Litteratur des roemischen Rechts*, que contiene la historia de las fuentes del derecho romano, libro impreso en 1888 como último volumen del *Handbuch der Romischen Alterthümer* de Mommsen y Marquardt.

Además de la importancia que tiene en sí aquella *Siloge*, sobre todo para la historia del derecho romano anterior al sexto siglo de nuestra era, ha dado origen á otras dos compilaciones de monumentos preromanos de sumo interés, que han venido á avalorar sus merecimientos. Es la una la que se titula *documentos jurídicos de la Asiria y de la Caldea*, publicados en 1877 por Oppert y Menant, cuando ya Bruns llevaba impresas tres ediciones de sus Fuentes de derecho romano. El

(1) Bruns *Fontes iuris romani antiqui*, editio quinta 1887. Praefatio Th. Mommseni «ut fontium iuris romani antiqui, quorum cum auctore vivo tamquam communis mihi cura fuit, futuram recognitionem et continuationem post eius obitum immaturum in me suscipere.»

libro francés, sin embargo, se asemeja más al de Marini y al de Spangeberg, que á los dos que he nombrado antes. La otra es la *Colección de las Inscripciones juridicas griegas*, publicadas en 1895 por tres helenistas franceses, que las traducen y comentan con gran acierto, siendo las leyes civiles de *Gortyna* en Creta, no hace muchos años descubiertas, uno de los epígrafes más importantes que contiene.

Y ahora precisamente, no puedo dejar de consignar una extrañeza que no acierto á explicarme. Cualquiera que haya seguido con atención los trabajos y las publicaciones momm-senianas, después de haber leído los diversos volúmenes en folio que ha escrito sobre epigrafía latina, no podrá menos de admirarse que no haya procurado que se escriba un libro, entresacando de aquellos cuantas inscripciones conservan referencias más ó menos extensas á la vida íntima de los municipios ó de las colonias de derecho romano ó de derecho latino en las diferentes provincias desde la República hasta fines del Imperio, como son las oraciones fúnebres, los decretos de los Decuriones concediendo honores civiles, nombrando sacerdotes, otorgando alguna otra merced, las exposiciones al emperador en demanda de determinadas concesiones, algunos extractos curiosos de los libros de actas, varios fragmentos de los factos de los eponimos locales, diversas cláusulas testamentarias inmovilizando la propiedad de las tumbas, dejando algún legado al pueblo natal ó bien ordenando la erección de cualquier estatua, con tantas otras piedras análogas de que he procurado últimamente dar la idea más exacta posible, concretada no más que á las viejas provincias de la Ulterior y de la Citerior, al ocuparme *De las pequeñas inscripciones jurídicas hispano-romanas*. (1)

(1) Revista de la Asociación artístico-arqueológica barcelonesa vol. IV. año VII. 1903. Enero á Diciembre.

112

Pero, volviendo de nuevo al sabio germano, que provoca estas reflexiones, aun antes de haber realizado los trabajos de que he procurado dar una sucinta idea, cuyo valor intrínseco no es posible apreciar sinó estudiándolos detenida y paulatinamente y que asombrarían si lograsen verse todos ellos reunidos, sintió el profesor ilustre la imperiosa necesidad de darles unidad, seccionándolos en las tres series principales en que creyó deberlos dividir para mayor claridad, agrupando en la primera los de carácter jurídico, en la segunda los numismáticos y en la última los históricos, prescindiendo de los puramente epigráficos, por ser á este estudio al que había consagrado mayor atención. Siendo en verdad de todo punto imposible concretar la vasta enseñanza que entrañan sus numerosas colecciones á los límites reducidos que exige una generalización de este género, me es necesariamente forzoso abandonar desde este momento el orden cronológico que venía siguiendo al ocuparme de las publicaciones mommenses, adoptando el de materias para dar mayor claridad á lo que aún me resta que exponer y en armonía con el asunto que ilustran cada una de las obras de que voy á ocuparme brevemente.

Es la primera la que lleva por título *Römischen Staatsrecht*, impresa en Leipzig del 1871 al 1874, cuando se estampaba á la vez en Berlin la primera parte del volumen tercero y la del quinto del *Corpus*. Bajo el modesto propósito de rejuvenecer el volumen segundo, algo envejecido ya, del *Handbuch der Römischen Alterthümer*, que comenzó á publicar Guillermo Adolfo Becker, en Leipzig en 1843, y había servido de libro de texto en las aulas de la Universidad á Teodoro Mommsen, lo rehace éste de tal modo que escribe una obra completamente nueva, sobre el *derecho público romano* en varios gruesos volúmenes, que se imprime y reimprime apenas puesta en circulación. Comienza ocupándose de la Magistratura desde

los primeros tiempos de Roma, como emblema del principio de autoridad, sin el que no hay sociedad posible, distinguiendo sus respectivos alcances en la época monárquica, en la republicana y en la imperial. Después de hablar de los candidatos, de los elegibles, de los elegidos, de los proclamados, de su toma de posesión, de su representación, de su responsabilidad, de sus insignias, de sus honores y de sus atribuciones, pasa á ocuparse del pueblo, de los ciudadanos, de las gentes, de los patricios, de los plebeyos, de los patronos, de los clientes, de las tribus, de los impuestos, de la milicia, del derecho electoral, de las asambleas populares, del Senado, de sus actas y de los Senado consultos, concluyendo por hablar de los pueblos autónomos, de los incorporados á otros, *attributi*, de las colonias, de los municipios y de la administración de las provincias.

En este vastísimo cuadro, que comienza dentro de los breves límites de la *Roma quadrata* y va extendiéndose paulatinamente á la Península Italiota primero, para abarcar á la postre desde el Mar Caspio al Estrecho de Hércules, desde el Báltico al Golfo arábigo, se destaca entre los derechos inherentes á la soberanía de cada pueblo, representada por sus magistrados supremos, el de acuñar monedas, peculiar de toda población autónoma, que ejercen las ciudades italiotas en la plenitud de su independencía, hasta que son absorbidas por la más moderna de las colonias latinas. En Roma desde el *As libral* de 12 onzas del 450 antes de J. C., y el denario de plata, siglo y medio posterior en fecha, contemporáneo del *As triental* de cuatro onzas, del 299 al 264 antes de J. C., llenáronse las funciones de las emisiones monetarias, en tiempo de paz por los Jefes civiles y en el de guerra también por los Generales, habiendo coincidido la creación de los decemvros cuatro siglos y medio anteriores á nuestra Era con la desaparición del *Aes rude* y del *signatum* de la circulación en las transac-

ciones *per aes et libram*. Como era, pues, de consiguiente, al hablar Mommsen en su tratado de *derecho público romano* de las Magistraturas, no pudo dejar de ocuparse de los *Tribunos monetales*, cuyo exacto origen es desconocido; pero sí que ya habían entrado á formar parte de la serie de magistrados anuales cuando 88 años antes de J. C. fué elevado Sila al consulado y llegaba á su término la guerra social. (1) La misión de aquéllos está consignada en las mismas piezas monetales que emiten, y no era otra que dirigir en nombre y representación del Senado la acuñación de las monedas de bronce, plata y oro que solo este alto cuerpo del Estado tenía á la sazón derecho de poner en circulación, (2) cuyo cargo desaparece de las monedas en absoluto, cuando estaba para terminar el período imperial de Augusto (3).

En otros lugares de su misma obra, pone también de manifiesto que durante la época republicana, los que comandaban los ejércitos romanos, gozaban de la potestad de batir toda clase de monedas (4) y que al surgir el imperio los Soberanos comenzaron á mermar al Senado y á los Generales este derecho supremo paulatinamente, concluyendo por absorberlo en absoluto. (5) Cuando de tales cosas se ocupaba el profesor berlinés en los tomos con que comienza su *Handbuch der Römischen Alterthümer*, hacía ya una veintena de años que había tratado con suma detención, después de sus primeros viajes por Italia, *del derecho de acuñación de los pueblo. itálicos* así como del *Alfabeto de las monedas etruscas* y del usado por los *Marsos*, los *Messapicos*, los *Oscos* y los que moraban al *Sur de Italia*, en diversas monografías que ya dejo citadas,

(1) Mommsen, *Römisches Stadtrecht*. IV p. 301 á 310.

(2) *III VIRI AERE ARGENTO AVRO FLANDO FERIVNDQ.*

(3) *Römisches Stadtrecht*. Ibidem p. 311.

(4) Ibidem I. p. 142.

(5) Ibidem V. p. 322.

de modo que á nadie pudo extrañar que en 1861 comenzase á publicar su *Geschichte des römischen Münzwesens*, que termina en 1864; pero sí que por ese tiempo mismo, casi en 1863, hiciese simultáneamente estampar y corrigiese á la vez las pruebas del tan citado primer *infolio* de la Colección de epígrafes latinos de la Real Academia de Ciencias de Prusia.

La numismática nace al morir la Edad Media y se desarrolla al impulso de dos órdenes distintos de obras literarias, las unas puramente prácticas como el *Museo de las Medallas desconocidas españolas*, de Lastanosa, (1) las otras esencialmente teóricas como la de *Ezequiel Spanhemius* que se ocupa *del uso y de la importancia de las monedas antiguas*, (2) libro de excepcional interés que acusa un progreso grandísimo en la crítica histórica y en el estudio de las monedas, entre las que señálanse las fenicias con su alfabeto, clasificación de que se hace poco caso hasta que en nuestros días es estudiada con particular atención. Al lado de este numógrafo erudito debe colocarse el vienés Eckhel, que con su *doctrina numorum veterum*, hace dar un paso de gigante á la numismática en el camino de la crítica histórica.

Sin embargo, á su lado prosperan los meros catálogos sin autoridad alguna, como la *Descripción de las monedas españolas y extranjeras de García de la Torre*, por José Gaillard, (3) y los libros sistemáticos con las más absurdas clasificaciones como el *Alfabeto de la Lengua primitiva de España* de Erro, (4) *Las investigaciones numismáticas* de Lorichs, (5) el *Ensayo sobre la numismática ibérica* de Boudard, (6) y los *Datos epi-*

(1) Huesca 1645.

(2) Londres 1718.

(3) Madrid 1852.

(4) Madrid 1806.

(5) París 1852.

(6) París 1859.

gráficos y numismáticos de España de Minguez, (1) cuyas ridículas clasificaciones superan á cuanto la imaginación más atrevida pudiera concebir; si bien es indudable que á la vez salen á luz otras obras de especial carácter histórico al par que crítico, como el *Aes grave del Museo Kircheriano* que escriben Marchi y Tessieri, (2) las *Monedas consulares* de Cohen, (3) y luego las *Imperiales* del mismo numógrafo (4) con otras que no hay para qué recordar por ser sobrado conocidas. Faltaba, sin embargo, una *Historia de la moneda romana* que abarcando toda la época, desde los *Decemviro*s hasta el fin del *imperio*, fijara la manera cómo se había ido desarrollando la glíptica numismática en los tres metales acuñados, siguiendo las necesidades de los pueblos antiguos con sujeción á los sistemas métricos locales que tenían adoptados desde los comienzos hasta la extinción de sus antiguas acuñaciones, cuyo vacío vino á llenar cumplidamente el libro mommsniano que lleva por título *Geschichte der römischen Münzwesens*. (5) Para el numógrafo, que solo se interesa por la mera clasificación de la moneda que examina, el *metal* y el *módulo* atraen toda su atención, porque fija la serie á que pertenece, mientras el etnólogo en cambio, como el filólogo, solo atienden al *tipo* y la *leyenda*, en razón á que marcan el país en que se acuñó, y por lo que hace al metrólogo, su única preocupación es el *peso* y el *troquel*, en tanto que sirven para determinar la época de la emisión en relación con los adelantos de la glíptica y con el sistema ponderal empleado. El historiador, á su vez, está llamado á ocuparse de los indicados extremos, señalando también como el economista la importancia de tales elementos

(1) Valladolid 1883.

(2) Roma 1839.

(3) París 1857.

(4) París 1859.

(5) Berl. 1860 64.

de cambio en las transacciones mercántiles, para entrar de lleno á estudiar los orígenes de semejantes piezas de metal amonedado, su importancia, su circulación, su depreciación y su desamortización, deduciendo de todo ello la marcha cronológica progresiva del sistema monetario romano, desde el momento en que nace dentro de los estrechos límites de la ciudad del Tíber, hasta que se extiende primero por la Italia y luego á todos los ámbitos del imperio.

Por ello el profesor Mommsen comienza manifestando que no era posible ocuparse de las monedas italo-romanas sin hablar antes de los sistemas monetarios de origen griego que desde muy antiguo habían penetrado en Sicilia y en Italia mismo, por eso comienza á tratar de las *stateras de oro* de Phocea y de Cyzico, continuando con los *daricos* y con el *siclo meda*, que es la más antigua pieza amonedada de plata, pasando á Grecia para entrar de lleno en la Italia y en Sicilia á ocuparse luego cronológicamente de las monedas del Lacio, de la Etruria, de Roma y de sus pueblos aliados. Después de hacer ver cuál había sido el sistema monetario de estos dos pueblos y cómo se desenvuelve el romano por la Italia, procede á la clasificación cronológica de las monedas de la República, para terminar ocupándose de las acuñaciones imperiales y de las que hicieron las provincias que formaron parte del mundo romano.

Tanto en esta *Historia de la moneda romana* como en el extensísimo tratado del *Derecho público de Roma*, las anotaciones y las citas al pie de cada página, son por demás copiosas, lo mismo que los Apéndices al final de algunos tratados, todo ello para servir de sólido fundamento á las abstrusas teorías que dilucida el autor con su admirable competencia. Pero á pesar de la profunda erudición con que trata Mommsen materias tan arduas, tiene á la vez la innegable prudencia y el delicado tacto de no aventurarse ni incidentalmente siquiera

115

en el complicadísimo laberinto de la interpretación de las leyendas etruscas, que costaron tan caro al infortunado *Corssen*. Uno y otro libro, no son por ello de una lectura amena ni mucho menos, si no árida y erizada de dificultades, pudiendo solo ser de suma utilidad su estudio al que necesite conocer profundamente alguno de los puntos concretos que el profesor germano dilucida, presentando todas las fuentes de información que existen para que no se le dé ascenso por su sola palabra, por más autorizada que sea, sinó por los viejos textos en que se apoya. En cambio, la última obra mommseniana de que voy á ocuparme, á pesar de ser de las primeras que publicó (1) al volver á Alemania después de sus largas peregrinaciones por la Italia preparando su colección epigráfica napolitana, es de un estilo reposado y de una lectura agradable, sin estar interrumpida de continuo sinó muy á la larga de anotaciones que ahoguen el texto. Escrita para generalizar el conocimiento de las diversas teorías sustentadas después en las numerosas monografías que ha publicado aclarando dificultades, resolviendo dudas y deshaciendo errores, no se propuso su autor reseñar punto por punto los anales cronológicos de aquel pueblo sinó rectificar ó ratificar, confirmar ó modificar los conocimientos que sobre la materia tuviere el lector, bien adquiridos de segunda mano ó bien directamente por el examen de las mismas fuentes.

Realmente, la Historia Romana parece el espejo en que van reflejándose los anales de algunas naciones modernas, que fueron antes provincias del imperio. Al *absolutismo monárquico* realizando el sistema de *igualdad*, cuya fórmula había inventado Tarquino el Soberbio, (2) al *barbarismo repu-*

(1) Mommsen *Römische Geschichte* 1.^a ed. Berlin 1854; 2.^a ed. 1856; 3.^a ed. 1861.

(2) Liv. I. 54. 6. *ibi in ambulans tacitus summa papaverum capita dicitur baculo decussisse.*

blicano del primer consul, mandando decapitar á su presencia á su propio hijo, llenando las exigencias de la naciente *libertad* política y al *despotismo democrático* (1) decretando las horribles proscripciones de Mario, hijo de un pobre jornalero, (2) como elocuente expresión de la *fraternidad* plebeya, responden una veintena de siglos después los republicanos, que en las antiguas Galias aparecen de pronto dando gritos, como siempre desaforados, con la *libertad* de la Conserjería, la *fraternidad* de la Carreta y la *igualdad* de la Guillotina, saturados de un salvajismo tan intenso y refinado como pudieron ser reunidos el de Tarquino, el de Bruto y el de Mario.

Hubo de conocer Salustio, aun siendo muy mozo, á muchos de aquellos regeneradores sociales que en su tiempo, con la cabellera revuelta, luenga la barba, manchada la toga, ocultando en la siniestra la tea del *progreso*, en la diestra el puñal de la *libertad*, y llevando en los labios palabras de extremada *filantropía*, proponíanse levantar hasta las nubes la patria abatida, suprimiendo los cónsules con los más esclarecidos patricios y pegando fuego á Roma al grito mágico, por supuesto, de viva la santa libertad perdida. (3) Era la de entonces, como la de hoy, la levadura atávica del tradicionalismo prehistórico que de continuo fermentando venía á imponer de nuevo á la civilización el salvajismo de las primitivas tribus en la expresión más lata de su absoluta *libertad*, sin *Dios*, sin *jerarquías*, sin *propiedad*, que son también las tres grandes negaciones de nuestros más *cultos* contemporáneos.

Mommsen evoca del pasado, dándoles nueva vida sin recargar sus colores, ni desvanecer sus tintas, algunos de esos cuadros emocionantes, que los demócratas y anarquistas de

(1) Liv. II. 5. 5 á 8.

(2) Liv. Perioch. libri. LXXX.

(3) Sallust. De coniur. Catilin 20 6. *nisi nosmetipsi vindicamus in libertatem.*

antaño á impulso de su ferviente entusiasmo por el progreso indefinido y la libertad más absoluta legaron á los del porvenir, que han logrado copiarlos á maravilla. (1)

El hábil germano sigue desde el primer momento rindiendo culto á la certeza comprobada y á la verdad conocida, sin dejarse arrastrar por la leyenda maravillosa, ni por los extravíos más ó menos exagerados de escuela, sinó juzgando los hechos con la más absoluta imparcialidad é independencia, siguiendo la doctrina de Cicerón cuando enseñaba que *era la primera regla de la historia no atreverse á decir nada falso ni á omitir lo verdadero, no dando á sospechar que se escribe impulsado por la benevolencia ó inspirado por la avaricia*. (2)

Por ello se desprende de su libro una consecuencia precisa que viene asediando desde luego á todo el que con ánimo sereno dedica su atención á los estudios históricos de las edades pasadas, cual es que la forma de gobierno por sí sola no mejora la condición de los pueblos, sinó únicamente la respetabilidad y la energía de los gobernantes, que con monarquía ó con república pueden hacer la felicidad de su patria ó sumirla en un profundo abismo de desdichas, sin que la aristocracia ni la democracia, cualquiera que sea la que impere por la debilidad de los más y la acometividad de los menos, pueda modificar el rebajamiento ni detener la degradación de cualquier país. En este punto ocurrese preguntar, ¿por qué razón de todas las numerosas obras de Mommsen es la Historia de Roma la que más prontamente se ha vertido al inglés por Dickson, (3) al francés por Alexandre (4) y al castellano últimamente, que es la única que desconozco por no estar muy al corriente del movimiento bibliográfico de mi patria? La res-

(1) Mommsen *Römische Geschichte*. lib. IV cap. IX y lib. V. cap. V.

(2) Cic. *De Orat.* II. 15.

(3) *History of Rome*. Londres 1862 á 1868.

(4) *Histoire romaine* París 1863 á 1868.

puesta parece obvia, en razón á ser el único libro de tan gran polígrafo, de una lectura corriente que no abruma exigiendo que se interrumpa para que la imaginación repose meditando sobre las abstrusas teorías que se van desarrollando. Porque en esta interesante obra de Mommsen todo es de fácil comprensión para cualquiera que tenga mediana erudición clásica y su método expositivo de lo más claro que pudiera desearse para la inteligencia de los sucesos que van narrándose.

La Historia romana debió componerse de ocho libros; pero (1) sólo escribió, sin embargo, el profesor berlinés y dió á la stampa hará unos 50 años, los cinco primeros que comprenden desde el momento en que al levantarse las murallas de Roma se impone por las armas con un bárbaro fratricidio el primer soldado de fortuna, transformándose en soberano absoluto, hasta que el último Dictador perpetuo deja establecida la segunda monarquía militar electiva, que llega á los últimos tiempos de la dominación romana. Pero no quiso referir, como aquellos intrépidos republicanos, en tropel y dando desaforados gritos á la libertad, arremetieron en el Senado contra un solo hombre indefenso, que contaba por combates sus victorias, infiriéndole entre todos aquellos valientes hasta veintido

(1) Divididos en la forma siguiente:

- I. Desde la fundación de Roma hasta la expulsión de los Reyes.
- II. Desde la expulsión de los Reyes hasta la sumisión de la Italia.
- III. Desde la sumisión de la Italia hasta la destrucción de Cartago y la ocupación de la Grecia.
- IV. La revolución.
- V. La fundación de la monarquía militar electiva.
- VI. La lucha de los republicanos y cesarianos hasta el triunfo definitivo de éstos.
- VII. Las vicisitudes del imperio con su régimen particular y las condiciones generales de su gobierno dependiente del carácter especial de cada emperador.
- VIII. Las provincias desde César á Diocleciano.

puñaladas, para irse luego á poner al frente del ejército de sus más decididos partidarios y no teniendo bravura para vencer en Philipppo, se quitaron la vida, ahogando entre un asesinato y dos suicidios la república, que había surgido de otro suicidio y del más bárbaro de los parricidios, habiendo sido sostenida al nacer por un Bruto y por otro Bruto al morir.

Tampoco le plugo referir las vicisitudes de la segunda monarquía militar electiva, escribiendo las vidas paralelas de Augusto y Tiberio, de Vespasiano y Calígula, de Trajano y Claudio, de Hadriano y Neron, de Antonino Pío y Vitelio, de Marco Aurelio y Domiciano, para demostrar una vez más, por tantas otras, como así lo enseñan los anales de las naciones desde sus orígenes, que con idéntica forma de gobierno se puede hacer la ventura de los pueblos ó bien llenarlos del mayor oprobio, según el temple de los gobernados y de los que dirijan las riendas del Estado, como ya dejó manifestado con reiteración.

Eran tales materias las que debían haber formado los libros sexto y séptimo de la *Römische Geschichte* que Mommsen á pesar de sus vehementes deseos, no pudo llevar á término, porque se le hacía muy difícil volver á tomar el hilo de la narración en el punto donde lo había dejado tanto tiempo antes.

Así al menos lo escribía por los años de 1885, precisamente en el prefacio del libro octavo que iba á imprimir por entonces en Berlín como final de su *Historia romana*. Semejante afirmación no confirma lo que dice Reinach (1) cuando asegura que el manuscrito de Mommsen conteniendo la Historia del Imperio, pereció en el incendio de su Biblioteca en 1881, si bien esta indicación pudiera referirse ó aplicarse á las notas, acotaciones, extractos y apuntamientos que tuviere reunidos el erudito prusiano para redactar los libros que faltan y á los

(1) Manual de Philologie classique. París. Pág. 163.

que alude en dos ocasiones en el quinto, que fué el penúltimo que publicó. (1)

De cualquier modo, no parecía sentirlo mucho el indicado historiador, porque de este largo periodo de más de cinco siglos de imperialismo, era del que existía mayor número de noticias circunstanciadas y precisas, habiéndose hecho á la vez estudios é investigaciones más detenidas para darlo á conocer cumplidamente. Estima, pues, de mayor oportunidad, y no sin razón, redactar *la historia de las varias regiones que componían el imperio de de César á Diocleciano, que hasta el presente no le parecía que habia sido tratada de manera que fuese comprensible, por lo que con frecuencia era juzgada aquella época con poca justicia y exactitud* (2) y por ello entregaba á la imprenta en Berlín hácia el 1885 un libro sobre *Las Provincias romanas* para poner cumplido término á su *Historia romana*. De aquél no conozco versión inglesa, ni francesa; pero sí una italiana (3) ni por supuesto ninguna española, porque no sé si esta obra habrá logrado atravesar los Pirineos siendo de suyo tan interesante, representando el ímprobo trabajo de haber tenido que extractar su autor una veintena de los primeros *in folio* del *Cuerpo de inscripciones latinas* de la Real Academia de Ciencias de Prusia, para poder fijar por sus epígrafes los puntos concretos de los anales provinciales, que se escapan á los más minuciosos narradores de los sucesos

(1) Mommsen *Römische Geschichte*. V. cap. XI.

Primero dice que César no quiso el triunfo por las victorias ganadas á sus conciudadanos ni aun después de la de Munda, *cuya relación vendrá después*.

Luego indica que el edificio del imperio no se sostuvo compacto sino en el exterior *después de César, como se verá en los libros siguientes*.

(2) Prefacio del libro VIII de la *Historia de Roma*, que se titula *Las Provincias romanas de César á Diocleciano*.

(3) De Ettore Ruggiero, impresa en Roma en 1887.

que acaecieron en determinadas localidades (1). Cada provincia en esta nueva obra mommseniana constituye una monografía de singular interés por la claridad de la exposición y por los hechos que registra, que le dan el mayor atractivo por su novedad para todo el que quiera conocer la última exposición de la crítica erudita, no de la literaria, que es muy secundaria, referente á esas diversas porciones del mundo romano, cada una de las cuales, á veces entre sí tan apartadas, á pesar de la unidad de gobierno que las regía, presenta variantes de tan gran relieve, nacidas de las diferentes razas, que las habitaban, de sus diversos grados de cultura y de los Procónsules ó Propretores que las gobernaban.

Como habrá podido observarse, la escuela histórica de Mommsen no es la continuación exacta de la de Niebuhr, por más que la una como la otra coincidan en un punto esencialísimo cual es la revisión exacta y el nuevo exámen de las fuentes de información; pero mientras el embajador ilustre se concreta á estudiar los escritores antiguos griegos y romanos, que se ocuparon de algún extremo de la historia externa de la península Italiota con un excepticismo verdaderamente mortificante, el profesor insigne extiende sus investigaciones á todos los textos en piedra ó bronce escritos y á los fragmentos de los jurisconsultos más esclarecidos, depurándolos con el más amplio espíritu de crítica y de exegesis imparcial, á fin de reconstituir las instituciones públicas y la vida íntima de aquél pueblo, trazando los más exactos derroteros de su historia interna. El uno da por no acaecidos los hechos que estima inverosímiles, mientras el otro procura á veces reducirlos á sus más justos límites, sin que faltara razón á Niebuhr para dejarse dominar de la duda en determinados casos, como no le

(1) Algunos volúmenes de dicho *Corpus* como el Suplemento del II los del VIII y XII, entre otros, traen al comenzar un cuadro muy acabado de la provincia ó de las provincias cuyos epígrafes contienen.

faltaría á cualquier historiógrafo moderno al ver elevado hasta las nubes, *inter divos relatos*, por sus contemporáneos, los personajes que más han contribuído á nuestra deshonra y á nuestra desdicha pasadas. Si la posteridad no destruye semejante error de apreciación, bien podrán decir los venideros en los siglos del porvenir, que la historia es una novela fantástica escrita bajo la presión de la gente más atrevida y descarada. Pero esta manera de considerar los hechos de actualidad se encuentra tan arraigada en el espíritu de las generaciones que van actualmente pasando, que no hay nación, que no hay ciudad, que no hay aldea, que no se estime haber sido teatro de los hechos más heroicos ó bien cuna de uno ó de varios de esos pequeños grandes hombres de los más portentosos del mundo conocido, que suplen lo que les falta de talla con lo que les sobra de ignorancia y osadía. (1)

Fustiga, pues, Mommsen con harto motivo y con enérgico razonar, la antropolatría de los inconscientes logógrafos de nuestros días, que convierten la historia en una mera continuación de la Crónica de Turpín, condenando á la vez esa generación espontánea de pequeños héroes que engendra la

(1) Recuerdo que muy joven, aún en las aulas, impulsado por los desmedidos elogios que veía tributados á Nicolás Machiavello, leí con atención por vez primera, y de nuevo mucho después, antes de visitar la Italia, su *teatro*, su *epistolario*, sus *legaciones*, sus *discursos sobre* Tito Livio, su libro de *Príncipe* y el arte de hacer la guerra, su vida de *Castrucio Castracani* y sus *historias florentinas*, escritas todas estas monografías después del 1512 en que por la caída de los gobernantes dejó de ser Secretario de aquella República, conservando un odio tenaz á los Médicis que lo habían hecho emigrar, hasta que algunos años más tarde en 1521, se transforma en partidario y protegido de tan soberbios magnates. En ninguno de los opúsculos del literato republicano de Florencia, he logrado descubrir jamás ese genio portentoso que admiran sus paisanos, quienes en un arranque de entusiasmo patriótico, se han atrevido á escribir sobre su tumba que *no había elogio por grande que fuese que cuadrara á la magnitud de su nombre*. TANTO NOMINI NVLLVM PAR·ELOGIVM.

topolatría de los que se esfuerzan en transformar el pueblo en que nacieron en patria de los Caballeros de la Tabla redonda ó de los Doce Pares de Francia, sin comprender que hoy en medio de la sociedad de nuestros días, carece ya por completo de interés palpitante la *Chanson de Roland* y el *Romancero del Cid*.

Por ello, pues, entre la cándida maravillosidad de Tito Livio y la árida realidad de Tacito, se impone la severa narración de Tucídides, caminando sereno entre los triunfos y derrotas de amigos y enemigos, exponiendo siempre su criterio imparcial al juzgar los hechos, como si anticipándose en más de cuatro siglos á los acontecimientos, hubiera impuesto por lema al historiador aquella frase tan conocida: (1) *lex veritatis fuit in ore eius*.

Además de las numerosas obras que quedan reseñadas, ha publicado el profesor Mommsen en la *Colección de hi toriadores germanos* alguno ó algunos textos de escritores de la Edad Media, cuyas ediciones me son en general desconocidas, y tanto por ello cuanto por ser obras relativas á un periodo de que no me ocupo, habré de pasarlas en silencio, por no caer en errores lamentables.

Pero, no debo, sin embargo, terminar sin traer á la memoria uno de esos acontecimientos que hace época en la vida del sabio polígrafo y es muy digno de tenerse presente. Un incidente impensado, tan frecuente en el hogar doméstico, provocó en 1881 en la casa que el ilustre epigrafista habitaba en Charlottenbourg un incendio casual, que destruyendo el edificio quemó su copiosa librería y parte de sus inapreciables manuscritos, precisamente cuando tenía fija la atención en las inscripciones latinas del Africa que editaba Wilmanns y preparaba por su parte los volúmenes noveno y décimo del mismo *Corpus* para la imprenta. No bien llegó la triste nueva de este

(1) Malach. II 6.

suceso á noticia de sus numerosos amigos de dentro y fuera de Alemania, cuando todos se apresuraron á demostrarle el sentimiento profundo que semejante acontecimiento les había producido, acompañando muchos de ellos sus expresivas cartas de condolencia con reiterados envíos de libros con que contribuían en aquella desgracia á rehacer la quemada Biblioteca. Otros en cambio abrieron algunos años después una suscripción para celebrar las bodas de oro de su Doctorado en derecho, que muy pronto cubrieron sus admiradores más íntimos, entre los que también me tocó figurar como único español, no por pretensión personalísima, sino por absoluta indiferencia de mis más conspicuos paisanos. Los fondos recaudados que ascendían á una suma no exigua de *marcos*, fueron entregados con un expresivo mensaje de los donantes al agasajado, el 18 de Nov. de 1893 en que hacía medio siglo se había doctorado, quien contestó á tan valioso obsequio con una interesante circular que es como el resumen de los últimos propósitos que le preocupaban para dar por terminada la serie de las difíciles y numerosísimas obras, que habían sido objeto de sus más favoritos estudios.

No me sería posible presentar hoy la versión de documento tan sentido como bien pensado, si la Providencia no hubiera unido á mi vida la de una persona tan sencilla como llena de inteligencia, que pronto convirtióla en felicísima con su ilustración y su dulzura, haciendo fáciles mis trabajos filológicos con su entendida y constante cooperación, que hoy deploro perdida.

Para la Excm. Sra. D.^a Elisa Loring Oyarzabal, que había pasado algunos años de su juventud en Heidelberg recorriendo luego la Alemania y había concluido por familiarizarse con las viejas tradiciones épicas del país, con sus cantos populares, con sus más exuberantes composiciones fantásticas y con su teatro clásico, leyendo y releiendo los *Nibelungen*

y los Cuentos de *Andersens*, las obras de *Goethe* y las tragedias de *Schiller*, no era empresa temeraria como lo hubiera sido para mí, intentar la traducción de un documento, que se me había hecho difícil el entender, realizándolo en la gallarda forma que muestra su lectura, de esta manera:

«No pudiendo contestar como deseara á los numerosos amigos, que dentro y fuera de mi patria se han ocupado afectuosamente de mí el 8 de Noviembre, puesto que el verdadero agradecimiento hay que demostrarlo con la mirada y con un apretón de manos, les dirijo estas breves frases, que á todos envío por esos mundos de Dios.

»Por raro caso me ha sido concedido tomar parte por largos y serios trabajos en la evolución que se ha venido operando para romper las injustificadas barreras levantadas y sostenidas por las Universidades. La época en que los historiadores no querían ocuparse de la jurisprudencia, en que los jurisconsultos desatendían los descubrimientos históricos, en que los filólogos tenían como cosa supérflua el leer y aun el abrir el Digesto; en que los romanistas tan solo conocían de la antigua literatura el Cuerpo del Derecho, en que entre las dos partes de la jurisprudencia romana el derecho público y el privado había una marcadísima línea divisoria; en que tanto la numismática como la epigrafía constituían ciencias aisladas; en que la cita de una moneda ó de una inscripción fuera de los límites de cada una de estas ciencias era una maravilla; esa época pertenece ya al pasado. La suerte de consuno con mis estudios me ha permitido cooperar á este resultado.

»Nunca olvidaré cuánto han contribuído á hacerme conocer y comprender tan nuevos horizontes mis amigos Jahn, Haupt, Welcker, Lachman y muy particularmente Borghesi, así como Henzen y Rossi, sobre todo durante el periodo de este medio siglo (1), sobreviviendo yo que era entonces el

(1) Del 8 Noviembre de 1843 en que se doctoró á igual fecha del 1893 en que escribe este papel desde Roma.

de menos edad de aquel círculo y al presente he quedado casi el último.

»Acepten pues los más jóvenes la expresión de mi gratitud por haberse acordado de este anciano en el día de hoy; pero al alegrarnos de estos adelantos nosotros todos sin distinción de los que tenemos el pelo blanco ó negro, no perdamos de vista que mientras más se sube más se aumenta la dificultad de llegar á la cumbre. Las condiciones ordinarias de la vida no solo han cambiado mucho, sinó que también han mejorado bastante, reconociéndose al presente que es más difícil sostenerse en la altura que llegar á ella y en extremo peligroso aventurarse en el espacio sin límites de la investigación saliendo á nado en el inmensurable mar de la ciencia. En la vida cambian los cuidados pero nunca se terminan: la falta de energía en la vejez impide en ocasiones dirigir al porvenir una mirada tan serena como tranquila, por eso la juventud deberá tener presente hoy quizás más necesariamente que nunca el dicho vulgar que *ser hombre es ser batallador*.

»No siempre al llegar á la vejez se consigue obtener lo que en la juventud se ha ambicionado, yo sin embargo lo he alcanzado de una manera, que no pude soñar, en este acto solemne de adhesión y cariño de tantas y tan valiosas personas de dentro y fuera de mi país, con las que he tenido la suerte de estar en íntimas relaciones.

»A estos en particular debo dar cuenta de los fondos que para un objeto científico me han sido confiados en este día. La distinción que se me ha hecho me impone el deber y la obligación, sin atender á lo que hasta el presente se haya practicado, de verificar una inversión, que he conceptuado la más adecuada, después de un prolijo exámen y de una madura reflexión. Para robustecer los fundamentos en que se apoyan los trabajos que más me han preocupado, estimo que nada sea tan urgente como inaugurar una publicación general que

comprenda no solo las monedas greco-romanas, sinó también las acuñadas durante el imperio romano, á semejanza de la Colección de monedas del Norte de la Grecia que bajo la dirección de Nuhorf Blumer se ha comenzado á estampar por encargo de la Real Academia de Ciencias de Prusia. A este fin pediré á dicha Academia que acepte la cantidad que se me ha confiado, de cuyo capital é intereses sabrá usar, atendidas sus garantías financieras, al intento de llevar á cabo este proyecto, siendo mi deseo que á la mayor brevedad se dé comienzo á la nueva publicación. Si toda ciencia es internacional á ninguna cuadra mejor este calificativo que á la numismática y por ello podrá ser realizado semejante trabajo en diferentes idiomas, si no hubiera razón especial en contra, toda vez que con ello no habrá de sufrir detrimento alguno la unidad del plan general de la obra.

»Para atender al empleo oportuno de estos fondos pediré á la sección de Filología de la Academia, que nombre una comisión permanente de tres individuos proponiendo para dichos cargos en unión conmigo á los Sres. Nuhorf Blumer y Otto Hirschfeld. Por falta de uno de estos tres propondrán los dos restantes persona adecuada que lo reemplace. Esta comisión someterá á la aprobación de la dicha sección los acuerdos que vaya tomando y anualmente en la Junta general de la Academia dará conocimiento de sus trabajos y presentará la cuenta de lo que se vaya gastando. Cuando se hayan agotado los fondos que se entreguen la mencionada Comisión presentará á la Academia la liquidación final, acompañada de una Memoria, que será remitida al Ministerio á que corresponda, siendo á su vez publicada. En dicha Memoria deberán indicarse los medios que se estimen más oportunos para allegar fondos con que poder continuar y llevar á cabo la empresa.»

Th. Mommsen.

Roma 8 Noviembre 1893

Esta expresivísima misiva á sus amigos íntimos constituye el apunte autobiográfico más interesante, que reasume los propósitos que había realizado el sabio doctor de Kiel y los que aún intentaba cumplir si Dios le daba vida para ello, exponiendo con claridad inimitable la transformación que había logrado introducir en los estudios universitarios, arrancando la Historia romana de manos de los soberbios literatos, que venían desdeñando la filología, la numismática, la epigrafía y la jurisprudencia, desde las Instituciones de Gayo al Código de Justiniano, cuyas ciencias caminaban sueltas y sin la cohesión que logró darles Mommsen, demostrando con sus obras que era necesario reunir las todas como auxiliares indispensables para escribir la Crónica positiva y más acabada de cualquier pueblo de la antigüedad clásica.

Aún sobrábale tiempo también para dedicar parte de su asombrosa actividad á las luchas parlamentarias, luego de constituido el naciente imperio germano especialmente, en cuyo terreno estoy muy lejos de seguirle, bastándome con la política histórica, de que se ocupan los escritores clásicos, para sentir una repugnancia y un hastío invencible á este género de vida tan agitado, en el que se pasa la existencia excitando odios y envidias para recoger ingratitudes y traiciones. Su aparición en el *Reichstag* le atrajo no pocos enemigos, más ó menos irreconciliables, adversarios de sus ideas dentro y fuera de su país. De estos hay algunos que ni aun después de muerto lo han perdonado, cosa que no extraño, como tampoco que ejerciendo de críticos le motejen, pretendiendo, por ejemplo, que no comprendió el espíritu que encarnaba en determinados personajes, demócratas ó republicanos de la antigua Roma, á los que precisamente retrata con asombrosísimo parecido como unos solemnísimos fanfarrones, por no darles su verdadero calificativo. En cambio no puedo comprender por qué aseguran otros que su *Historia de Roma*, que publicó á los

122

treinta y siete años, sea la obra más notable de cuantas hizo imprimir, cuando por su carácter generalizador, carecía, al ser estampada, de citas que apoyaran sus afirmaciones y por su marcadísima tendencia á la mera vulgarización parece más bien el prontuario de determinadas apreciaciones del autor que se proponía ir desenvolviendo sucesivamente en tésis separadas, resultando de todo ello que sea el libro más ligero y superficial de cuantos escribió Mommsen, si se compara sobre todo con la *Historia de la moneda romana*, el tratado sobre *El derecho público de Roma* y cualquiera de sus varias *Copilaciones epigráficas*.

Por mi parte réstame añadir en este punto que no he podido abrigar ni por un momento siquiera la vana pretensión de haber escrito una acabada bibliografía, ni menos un acertado y cumplido juicio crítico de las numerosas y profundísimas obras de este insigne sabio contemporáneo. Tanta arrogancia no cuadraría en quien funda su mayor orgullo en no haber sido *nada*, absolutamente *nada*, en su querida patria. Tan solo ha podido ser mi propósito dar una ligerísima idea de la riqueza y de la importancia de esas publicaciones, ocupándome al pasar de las que poseo y de las que he examinado en las bibliotecas del extranjero durante mis viajes, para de ellas hacer notar que son poquísimas, acaso no más que la *Historia de Roma*, la que ha logrado atravesar la frontera, vestida á la francesa y algunas tal vez de sus monografías dedicadas á ilustrar algún bronce romano-hispano. Por ello he procurado ser muy parco en alabanzas que, nacidas de persona tan desautorizada en su país, resultarían estériles si no estuviesen apoyadas en tantos y tantos volúmenes de colosal labor y no tendrían otra importancia que la que de suyo tienen esos vulgares elogios que tributan á granel las hojas diarias y que semejan siempre estereotipados sobre la misma fórmula convencional, que por repetida y exagerada deprime y ridiculiza

constantemente al ensalzado. Solo me he de permitir, pues, al terminar en este momento, repetir por todo encomio (1) *et iudicati sunt mortui..... secundum opera eius* si bien no dejaré de indicar al mismo tiempo que teniendo en cuenta el valor inapreciable de tantos trabajos aislados como ha dado á la estampa el profesor berlinés en Revistas germanas y extranjeras, es de esperar que su Soberano, conocidas las pretensiones de que blasona, encomiende á algún erudito de sobrada competencia que reúna, ordene y publique á expensas de la Casa imperial las numerosas monografías dispersas en tan distintos papeles periódicos, seguro que al hacer del dominio público, formando un cuerpo de doctrina, los *Opuscula minora* de tan gran polígrafo, tras del inapreciable servicio que prestara á las diversas ciencias que cultivaba, le dejara levantado un monumento digno de su gloria, pudiendo repetir con la misma verdad (2) que dijo de sus cantos, el célebre poeta de *Venusia*.

*Exegi monumentum aere perennius
regalique situ pyramidum altius,
quod non imber edax, non aquilo impotens
possuit diruere, aut innumerabilis
annorum series et fuga temporum*

Y perdónenme los sapientísimos reformadores modernistas de nuestra desmedrada enseñanza oficial por tanto abuso del latín, hablando precisamente de quien más escribió quizás, y sin quizás, en este idioma que en el suyo propio, en tantas obras como dió á la estampa.

(1) Apoc. XX. 12.

(2) Horat. Carmin. III. XXX.

Era Mommsen para mí el último eslabón de oro de esa espléndida cadena de sabios profesores alemanes, que desde mi juventud venía sosteniendo en mi espíritu el anhelo insaciable por conocer el mundo romano tal como llegó á desarrollarse en la *Hispania* de los fenicios y en la *Iberia* de los griegos. Hoy todos han muerto. *Zumpt*, *Rudorff*, *Bluhme*, *Henzen*, *Dirksens*, *Haenel*, *Marezoll*, *Boecking*, *Bethman-Holweg*, *Ritschl*, *Zangemeister*, *Hübner* y ahora por desgracia *Mommsen*, y yo les sobrevivo para lamentar la pérdida de tantos insignes varones cuyas obras, que sin cesar admiro, me los traen de continuo á la memoria y cuyos inapreciables autógrafos, que conservo con cariñosísimo respeto, (1) son los gratos recuerdos que me restan de aquellos días, que ya no han de volver y fueron de los más venturosos de mi vida.

M. R. DE BERLANGA

Málaga 19 Febrero de 1904.

(1) Berl. Monumentos históricos malacitanos. Málaga. 1864. Páginas 502 á 549.

EL BRONCE DE TARENTO

Me he ocupado en otra ocasión, aunque muy ligeramente, de la primera monografía publicada por Mommsen, que lo fué en 1843 con motivo de su doctorado en ambos Derechos, y comprendía dos eruditos comentarios, el uno sobre la ley *De Scribis et Viatoribus* y el otro sobre la significación exacta de la palabra *auctoritas* en la jurisprudencia romana á partir de las *Doce Tablas*, seguida de otra de la misma fecha encaminada á dos de sus profesores, exponiendo el texto de una piedra de *Lanuvium*. No parecerá, pues, fuera de propósito que dedique ahora algunas consideraciones tratando de dar al menos una idea aproximada de la última, que ha hecho estampar sesenta años después y he recibido poco antes que la tristísima nueva de su muerte. Lleva casi el mismo título que este papel: *Lex Municipi Tarentini*, y contiene una extensa exposición del *Bronce de Tarento*, publicado antes por *de Petra*, con un oportuno juicio crítico sobre tan importante monumento de arqueología jurídica. Los puntos de contacto de este epígrafe legal italiano con los hispanos encontrados desde la segunda mitad del siglo pasado en Málaga y en Osuna, prestaría gran interés á este nuevo epígrafe itálico entre nosotros, si entre nosotros hubiera quien en tales cosas pudiera fijar la atención. Pero prescindiendo de ello, primeramente comenzaré exponiendo los diversos incidentes á que dió lugar su hallazgo casi casual, recordando antes de todo que en la anchísima ensenada que existe en el extremo más al Sur de la Península itálica, que avanza en el Mediterráneo hasta el antiguo *Mar Jonio*, hubo desde muchos siglos an-

Volumen IV no 42

Año VIII - Octu-Dic 1904

tes de nuestra era tres pueblos griegos, que han dejado sobrados recuerdos en la Historia. En las playas orientales de aquella extensísima Bahía existió una ciudad que se llamaba *Τάραντες* (*Tarentos*), genitivo griego, cuyo caso recto fué *Τάρας* (*Taras*), en latín *Tarento*, que ocuparon los *Dorios* de la Laconia 708 años antes de J. C., fué muy pronto uno de los más florecientes puertos de la Italia inferior, y dió su nombre al Golfo que llamóse *Sinus Tarentinus*. Algunos años antes, en 720, los *Aqueos* habían fundado á Sybaris en el extremo más occidental de aquella dilatadísima abra, población que destruyeron los de *Cretona* en 510, por causas de todos bien conocidas, y en cuyo recinto levantaron los griegos hacia el 443 un nuevo pueblo, á cuyos moradores llamaron *Thurii*.

Poco después, en 432, los Tarentinos y los Thurios fundaron en las playas centrales más al Norte de aquel ancho seno del mar á *Heraclea*, en cuyas inmediaciones y en el alveo del río que por allí desagua en el golfo, se descubrieron en 1832 y 1835 los dos grandes trozos de la magnífica Tabla de bronce que contenía los fragmentos de la ley Julia municipal, 45 años anterior á J. C., como sesenta y tantos después de aquel descubrimiento se halló en Tarento otro bronce que contiene varias rúbricas de la ley por la que se regía aquel Municipio romano. El erudito *de Petra*, dignísimo Director del Museo Borbónico, refiere á este propósito que el profesor Viola, Inspector del Museo Nacional de Nápoles, logró adquirir en Tarento, el 18 de Octubre de 1894, cinco fragmentos de bronce, en los que, á pesar de su oxidación y de las incrustaciones que tenían adheridas, aparecieron letras grabadas que despertaron sobrado interés. Pocos días más tarde consiguió comprar un sexto pedazo, que aparentemente completaba la plancha, y el restaurador del Museo, con su paciente pericia y con procedimientos tan eficaces como inofensivos, logró

quitar las curvas que alteraban la superficie de cada trozo, hizo que desaparecieran las incrustaciones calcáreas tan fuertemente adheridas á la cara superior de cada pedazo, reuniendo todos ellos de una manera estable y fija que nada dejaba que desear para la más fácil lectura del epígrafe. Según las informaciones del mismo Inspector del Museo Borbónico, en la dicha ciudad de Tarento y en las nuevas *construcciones del barrio de Porta Lecce, en los terrenos propiedad de un señor, Carlos Cacace, y en la parcela cedida al albañil Luis Piccoli, se descubrió un pozo antiguo, limpiando el cual se encontraron los seis fragmentos* referidos de una sola plancha. Al ver que unos tenían la leyenda en perfecto estado de conservación y otros la mostraban gastada como por el roce, ha conjeturado el venturoso inventor que la indicada Tabla de metal en el período de la decadencia debió servir de tapadera al mencionado pozo, en cuyo uso los acetres de cobre con que se sacaría el agua al rozar sobre aquella, gastarían con especialidad la parte inmediatamente expuesta á su contacto. El primer descubrimiento que hizo Viola en la leyenda fué que sus letras abiertas en el bronce, como de costumbre con el punzón, habían estado rellenas con una substancia en su origen blanca, en cuya composición entraba el plomo, según el análisis químico que de ella se ha hecho en el Gabinete respectivo de la Universidad de Nápoles, de cuyo procedimiento se han conservado indicios en otros broncees antiguos. Conjetura el mismo Inspector que la mencionada Tabla sólo tenía dos columnas, de las que se conserva íntegra la primera con los principios de casi todos los renglones de la segunda. Fúndase para asegurarlo en que en medio del espacio liso que hay entre ambas aparecen dos taladros, el uno en la parte superior en la línea que del tercer renglón de la una va al tercero de la otra y que debió servir para un clavo que asegurase dicha Tabla á la pared, correspondiendo á otro segundo taladro en

125

la parte inferior por debajo del renglón último, en el que aún se conserva adherida la cabeza de hierro del segundo clavo que servía igualmente de sostén. Preparada la superficie de la cara que debía recibir el grabado, se corrigieron los defectos de fundición que presentaba, superponiéndole en cuatro lugares distintos igual número de pedazos de metal, incrustándolos con cuidado hasta dejar cubiertas y regularizadas las faltas. A estas exactas observaciones añade el mismo Viola que los renglones comienzan con suma regularidad, guardando una exacta línea perpendicular, excepto los que principian algún capítulo, que sobresalen un poco más, haciendo notar por último que el final de cada línea en la columna que se conserva íntegra no aparece palabra alguna dividida, sino siempre íntegra, habiendo preferido el grabador dejar corto el renglón antes que partir vocablo alguno.

El texto ha sido fijado desde luego por el mismo inventor y revisado sobre el original por el profesor Gatti, que solo ha encontrado un pasaje que alterar leyendo DETERIVS donde Viola DEDERIT IS. La Real Academia *dei Lincei* tomó á su cargo la publicación de este nuevo fragmento del derecho municipal romano, y lo hizo imprimir en los *Monumentos antiguos* que edita dicha Corporación (1). Debí á la amabilidad del Profesor *de Petra*, cuyas atenciones cuando visité el Museo de Nápoles no podré olvidar nunca, el conocer y poder estudiar apenas fué estampada, la interesante monografía en que se ha hecho del dominio público el nuevo epígrafe tarentino.

Precede á su citado texto una breve noticia del hallazgo de que son extracto los renglones que preceden, seguía después la lección de Viola y Gatti, continuando luego con una ligera concordancia de las Rúbricas de este nuevo Bronce, con diversas disposiciones de otros documentos legales de la época, re-

(1) Vol. VI, 1895 p. 405 á 442.

dactada por el Sr. Sciáloja, terminando con un trabajo especial del mismo *de Petra* señalando las leyes matrices sobre las que estimaba que debió ser calcada la Tarentina. Al final de este trabajo, aparece un fotograbado del Bronce que dá la idea más acabada del monumento con todos sus desperfectos y sus más salientes detalles. Merced á este facsímile, puede observarse que la paleografía del monumento es bastante arcaica y del período de la república en consonancia con su estilo de redacción. Fijándose en los tres signos más típicos la L la P y la G y comparándolos con iguales caracteres de los más antiguos Bronces, podrá observarse:

1.º Que en el Decreto de Paulo Emilio, (1) en la Epístola de los Cónsules á los Tauranos, (2) y en la Ley Acilia (3) la L forma un ángulo agudo, la P está muy abierta y el extremo inferior de la curva de la cabeza muy separada del asta, siendo la virgula de la G una línea perpendicular y alta, muy marcada.

2.º Que en la Ley Agraria (4), en la Cornelia (5) y en la Antonia (6); la L forma ya un ángulo recto, la P está más cerrada y la virgula de la G aunque también recta, es más reducida.

3.º Que estas mismas tres letras en la Tabla Tarentina se asemejan más á dichos caracteres tales como aparecen en los Bronces de la Ley Agraria, en la Cornelia y en la Antonia que como figuran grabados en los de la Rubria (7) y en la Julia municipal (8) que parecen por su paleografía y por sus locuciones más modernas que la última Tabla recientemente descubierta.

(1) 565 V. C. 189 antes J. C.

(2) 568 V. C. 186 antes J. C.

(3) 631 á 632 V. C. 123 á 122 antes J. C.

(4) 643 V. C. 111 antes J. C.

(5) 673 V. C. 81 antes J. C.

(6) 683 V. C. 71 antes J. C.

(7) 705 V. C. 49 antes J. C.

(8) 709. V. C. 45 antes J. C.

Los Sres. Scialoga (1) y de Petra (2) conjeturan que el nuevo Bronce de Tarento, debió grabarse hácia el 664 de la Ciudad, correspondiente al 90 de J. C. á cuya fecha reduce también el segundo sus arcaísmos.

Pero en este punto se hace ya necesario dejar por un momento la monografía de los eruditos italianos, pasando á examinar la que mucho más tarde ha escrito el Profesor Mommsen sobre este nuevo epígrafe jurídico (3). Para prepararla oportunamente encomendó á Hermann Schoene, ante todo, la delicada misión de examinar en el Museo de Nápoles con la mayor detención el Bronce de Tarento, comprobando ó rectificando con sumo cuidado la lección publicada á fin de poder fijar definitivamente el texto indubitado de tan importante inscripción, que es la primera que aparece, restituída oportunamente sus brevísimas lagunas, en el interesantísimo comentario latino que el ilustre profesor de derecho romano de la Universidad de Berlín dedica á ilustrar el fragmento que resta de la *Ley municipal tarentina*.

El sabio germano después de dar una breve noticia del hallazgo y de su publicación en Italia, consigna algunas indicaciones gramaticales respecto á la forma externa del documento, pasando desde luego á examinarlo con la detención que se merece en su concepto histórico-legal. Bajo este punto de vista, dicho comentario es de sumo interés, por las semejanzas que aparecen en la Tabla Tarentina respecto de algunos pasajes de las hispano-romanas hasta hoy conocidas, que han venido á transformar la mayor parte de las viejas teorías del derecho municipal emanado de Roma. Siendo las doctrinas expuestas con este motivo por Mommsen de una enseñanza tan práctica

(1) Pág. 18.

(2) Pág. 49.

(3) Mommsen *Ephemeris epigraphica* vol. IX, pág. 1 á 11. *Lex Municipii Tarentini*.

en su aplicación á la Historia interna de las dos provincias hispanas, desde Cneo Cornelio Scipión, 218 años antes de J. C., hasta el emperador Honorio, en 410 de nuestra era, por un espacio de tiempo de más de seis siglos, no me atrevo á extractarlas por temor á que no sea mi labor exacta, prefiriendo hacer su versión al castellano en la esperanza de que puedan ser de algún provecho á nuestros futuros historiógrafos, si es que se dignan fijar la atención en ellas y no se dejan arrastrar como hasta aquí por la poderosa fuerza del genio modernista, refractario á toda traba ni á otra enseñanza que la que emana de su libertad omnimoda, exenta de toda ominosa cadena que la pueda refrenar.

«Tarento en tiempo de la República romana fué una de las ciudades federadas de Italia, gobernándose por sus propias leyes, y como carecía de los privilegios de los Latinos, no estaba sujeta á las leyes del derecho Latino en términos que conservaba la forma griega de la república y de los magistrados, creando ciudadanos á los que quería, y ayudando á los romanos en tiempo de guerra, con buques no con soldados. La Colonia Neptunia, marítima de ciudadanos romanos que dejó allí Graco 123 años antes de J. C. y la ciudad griega quedaron comprendidas dentro de las mismas murallas. Con ocasión de la Guerra social en 89, habiéndose dado la ciudadanía romana á las ciudades aún federadas igualmente que á las demás ciudades itálicas latinas y federadas aunque por ello mismo conservase por algún tiempo su índole griega como Nápoles y Regio, fué hecho Tarento municipio de ciudadanos romanos, de modo que en esta nueva forma quedó refundida la colonia de ciudadanos y la ciudad federada. De este cambio, de que habla Cicerón, hemos logrado la tabla novena de la misma ley, por la que se mudó la forma de la Ciudad, en cuya tabla con frecuencia se dá á Tarento el nombre de municipio.»

«No hay duda que esta ley no fué rogada en los comicios

del Pueblo romano, sino dada por mandato de aquél á quien el pueblo encomendó este encargo. Es sabido que cuantas leyes se conservan ó que se encuentran citadas relativas á la deducción de colonias, á la constitución de municipio ó á la ordenación de las provincias, están hechas de manera que una ó muchas personas hayan de ejecutar á su voluntad el acuerdo tomado por el pueblo sobre el particular.

»De que modo se daba la ciudadanía romana á los pueblos itálicos, lo explican muy bien dos pasajes, uno de la Ley Julia de Cesar, otro de sus *Comentarios* sobre la guerra civil (1).

»Si aquél, á quien la ley ó el plebiscito autoriza para dar las leyes al municipio fundano durante el año siguiente al en que el pueblo ordenó la tal ley [añadiese, alterase ó corrigiese] algo, obedézcanlo los munícipes fundanos» (2).

«Labieno había establecido la ciudad de Cingulum..... y la había edificado á sus expensas» (3).

«En tiempo de la República libre, se ordenaba á los tres viros ó á otro número de personas, que diesen las leyes á las colonias que se deducían, no encontrándose una mención de semejante corporación en la constitución de los municipios ni en la ordenación de las provincias. En éstas, la creación podía hacerse por el emperador con su consejo (4).

»Claramente aparece que cuando los comicios determinaban dar la ciudadanía á ciudades tanto de derecho latino como federadas para que se transformasen en municipios de ciudadanos romanos, en cada caso se autorizaba á ciudadanos romanos nobles que constituyeren el municipio, separando la

(1) L. Iulia v. 159 seq. J. Caes. De bello civ. I. 15. T. M.

(2) Lex Iulia municip. v. 159 et seq. T. M.

(3) J. Caes. De bello civili I. 15 T. M.

He reunido todos los ejemplos en el St. R. 3. 311. not. 5. cf. p. 583 nota 1. T. M.

(4) Cic. Verr 1, 2, 16, 40, 37, 90. St. R. 2^a, 692. T. M.

jurisdicción entre los magistrados municipales y los de la ciudad originaria, cambiando el orden de los magistrados en cuanto era necesario, especialmente en las ciudades federadas, y en los asuntos de más importancia realizaran toda alteración del derecho que fuese indispensable. Esta constitución del municipio se asemejaba mucho á la deducción de la colonia, lo cual no admite duda y con el mismo derecho que la colonia nueva, tomaba el nombre del que la deducía; el nuevo municipio pudo tomar el del que lo constituyó, y el que deducía una colonia como el que constituía un municipio, eran los patronos natos del pueblo, no por elección (1).

»Tarento, fué constituido del $\frac{663}{89}$ al $\frac{692}{62}$ ignorándose quién lo constituyera, porque lo que se dice que Pompeyo después de la guerra contra los piratas, dedujo algunos á aquella población, no es probable que se refiera á la constitución del municipio (2).

»A las conocidísimas leyes dadas, Salpensana Malacitana y Genetiva, creo hay que agregar otra no menos conocida que hasta ahora se ha enumerado entre las rogadas del $\frac{705}{49}$ sobre la Galia Cisalpina, cuya forma es de una ley ejecutoria de otra. Así como la Tarentina ha seguido á la Julia, sobre la dación de la ciudadanía á los Italiotas, así ésta de la Galia Cisalpina, parece haber seguido á la Roscia, dada el mismo año sobre la concesión de la ciudadanía á los Traspadanos, ó mejor á toda la dicha Galia Cisalpina respecto de aquellas ciudades que antes no la hubieran recibido (3). Las leyes de las ciudades y

(1) Lex Iulia Agraria a $\frac{695}{59}$ c. LIII. quæ colonia hac lege deducta quodve municipium... constitutum erit c. LV. qui hac lege coloniam deduxerit municipium... constituerit T. M.

(2) El ejemplo del municipio *Regium Julium* lo demuestra. T. M. Serv. ad Verg. Georg. IV, 127. Prob. ad Georg. I, 125. T. M.

(3) CIL I. p. 118 et Lex Atestina. T. M.

las de las provincias, solo difieren en que éstas abrazan muchas ciudades. La misma Ley de la Galia no se dice ni rogada ni dada, su contenido aunque conviene con una y otra forma sino me engaño, mejor se aplica á la *dada* por sus disposiciones minuciosamente dispuestas. De ser esto cierto, la ley, cuyo fragmento ha llegado á nosotros, necesariamente fué diversa de la Ley Rubria, que (1) recuerda.

.

»Con razón Julio de Petra, ha significado que es un error grande suponer que todas las leyes *dadas* á los municipios romanos se derivan de la de Julio César, del 45 antes de J. C.; pero es inadmisibile el aceptar en cambio, que con la otra ley Julia del 90 antes J. C. por la que se dió la ciudadanía á los Italio-tas, se presentase una tercera á los comicios, *rogata*, también municipal.

»Me ha parecido siempre que los romanos al constituir las ciudades, han seguido la forma común de su nación y de su lengua; pero á la vez diferenciándola según fuese colonia ó municipio y distinguiéndola ya fuera de ciudadanos romanos ó de latinos y aunque con el tiempo se alterase ó se ampliase, siempre permanecían invariables sus fundamentos. Así, pues, las leyes matrices quizás con frecuencia continuaron dominando en la forma de cada ciudad, fuera colonia ó municipio de derecho quiritarario.

»Pero, si en toda ciudad de derecho romano ó latino hay que distinguir dos leyes la una *rogada* en los comicios del pueblo, la otra *dada* por el fundador de la misma ciudad; surge la duda al intentar determinar que diferencia mediaba entre la ley matriz y la derivada. Era indudable que en esta última no podían alterarse los preceptos de aquélla; pero donde la ley originaria callaba quedaba al arbitrio del fundador de la ciudad el suplir-

(1) Lín. 29, 39.

la; sin embargo, esta facultad se circunscribía sin duda á seguir las antiguas formas tradicionales adoptadas para la creación de las colonias y municipios, tanto de ciudadanos romanos como de latinos. Así se explica la gran semejanza que media entre las leyes *dadas* que se conocen, aunque con frecuencia difieren en las cosas más pequeñas, lo cual sucede raras veces, pues acontece que aún en estos detalles concuerdan también como la Tarentina (1) y la Genetiva (2).

»En verdad dice muy bien de Petra, que es un grave error suponer que todas las leyes *dadas* á los municipios romanos provenían de la Julia, *rogada* por César 45 años antes de J. C.; pero estimo que no esté en lo cierto al sustituirla con una votada en 90 á la vez con la otra ley Julia, por la que se dió la ciudadanía á los Italiotas. Siempre me ha parecido que los romanos al reconstituir las ciudades, han seguido la forma *común* de su nación y de su lengua aunque á la vez *diversa*, ya fuese colonia ó municipio, así como *diferente* si se trataba de ciudadanos romanos, ó bien latinos y aunque con el tiempo aquella forma genérica se alterase ó ampliara, siempre conservaba sus fundamentos constitutivos. Así, pues, las leyes matrices continuaron quizás con frecuencia, dominando en la forma de cada ciudad fuera colonia ó municipio de derecho quiritario ó latino; pero en lo demás, parecía que los que deducían una colonia ó constituían un municipio, arreglaban á su arbitrio su constitución, resultando con ello que con frecuencia diferenciábanse esencialmente las tales leyes dadas á las ciudades. Para mí, es innegable que no existió ley alguna del pueblo romano que ordenase en general el régimen de los municipios ni de las colonias ya de ciudadanos romanos ya de latinos, porque si hubiese existido, ciertamente que los escritores de derecho la hubieran

(1) R. 5.

(2) R. 77.

conmemorado y sin embargo sobre este punto, guardan todos ellos un absoluto silencio».

«La forma en que se constituyó el Municipio Tarentino fué la comunmente establecida para el pueblo romano y las poblaciones latinas: el pueblo se congregaba en los comicios (1): en ellos se elegían los magistrados por curias como en otras partes; la república era administrada por el Senado que lo componían los decuriones (2); como de costumbre los ciudadanos ascendían al Senado como en recompensa de sus servicios, lo que expresa la frase gráfica *in Senatu sententiam dicere* (3). Lo que no es tan claro, es la nomenclatura de los magistrados: unas veces se dicen *IIII. VIri ædilesque* (4) otras *IIII. VIri* solo (5), otras *duovirei ædilesque* (6) con cuya forma conviene la de *duovirum ædilisque* (7) acaso y por último *IIII VIR. IIVIR ædilisque* (8). En todos estos lugares se entiende igualmente que se habla de los mismos magistrados anuales, los cuatro mayores, ejerciendo por dos años la jurisdicción consular, durante algún tiempo y el resto la pretoria, denominándose *quattuorviri iure dicundo* ó bien *duoviri iure dicundo*; los dos menores llamados *Aediles* ejerciendo la jurisdicción edilicia».

Pero dejando en este punto también el comentario Mommseniano, razón será ya el apuntar ligeramente los detalles más esenciales del nuevo monumento epígrafico descubierto en los últimos años del pasado siglo en tierras de Italia, referente á la jurisprudencia municipal de la Roma republicana.

El Bronce de Tarento tal como hoy existe mide nnos 45

(1) Lín. 14, 16.

(2) Lín. 26.

(3) Lín. 26.

(4) Lín. 7.

(5) Lín. 9, 12.

(6) Lín. 14.

(7) Lín. 44.

(8) Lín. 39.

centímetros de alto por 43 próximamente de ancho en la parte más extensa. Sobre la superficie pulimentada de su anverso hay grabada una inscripción de 44 renglones completos y legibles en toda su extensión, excepto en los pequeños vacíos que forman las roturas y las líneas irregulares de unión de unos trozos con otros de los seis que constituyen este fragmento en cuyos huecos faltan una, dos y hasta cuatro letras en varias palabras partidas, fáciles de restituir, toda vez que se conoce el principio ó el fin del vocablo roto. A la derecha de esta primera columna íntegra aparece el principio de otros 33 renglones de la segunda, separadas ambas por un espacio que fluctua de dos á tres centímetros de ancho.

Las siglas que contiene el texto son de muy fácil resolución

Líneas 25 y 29.	D. M.— <i>Dolo Malo</i>
» 7.	H. L.— <i>Hac Lege</i>
» 8.	H. L.— <i>Hanc Legem</i>
» 31.	N.— <i>Nummum</i>
» 38.	S. F. S.— <i>Sine Fraude Sua</i>
» 21 y 3.	S. S.— <i>Senatus Sententia</i>

De las abreviaturas una es inusitada tal vez por error del grabador

Línea 36. MAGI por MAGIstratus

y las otras dos aunque iguales en su forma se resuelven por distintos casos.

Línea 7. IIIIVIR.—QuattuorVIRei

» 9. IIII[vir].—QuattuorVIRos

Respecto de las alteraciones gramaticales arcaicas bastará señalar algunas, como son por ejemplo entre otras.

EI por I. QVEI-PRIMEI-PVBLICEI-COMITIEIS

I por II. MVNICIPI-NEGOTI

V pro I. PROXVM

O por V. HOIC-SVOM

SS por S. CAVSSA-RELIGIOSSAE

Por lo que respecta á las erratas del grabador sólo hay que señalar una muy marcada

Línea 41. INIVRIA·FIAT, por INIVRIA· privatorum· FIAT

En cuanto á las restituciones, aunque casi hay una en cada renglón, son tan sencillas y corrientes todas ellas que estimo innecesario el señalarlas.

A la cabeza del Bronce aparece sobre el comienzo de la columna primera la cifra VIII, indicando que esta Tabla era la novena de las que formaban el *Código municipal Tarentino*. En dicha columna se conserva el final de la primera *Rúbrica*, el principio de la última y entre aquélla y ésta cuatro íntegras; mientras la segunda parece haber tenido una menos, de las completas.

Suponiendo con el Sr. Scialoja (1) que cada Tabla contuviese dos columnas y comprendiera de ocho á nueve *Rúbricas* pudiera conjeturarse con el erudito italiano, que los seis primeros renglones de este Bronce correspondiera á la que estuviese señalada con el número del 60 al 70. Pero este cálculo es muy falaz, no solo porque las tales *Rúbricas* han debido ser de muy distintas dimensiones, como se observa en los demás Bronces conocidos, cuanto porque no es indudable como pretende el Sr. Viola que cada Tabla contuviese solo dos columnas, y no tres como muy bien puede acontecer. Por lo

(1) Página 21.

demás ya he dicho que la paleografía de este Bronce se ajusta á la tan conocida de la primera mitad del último s glo de la República, primero del Imperio.

La versión castellana de lo que se conserva de la *Ley municipal Tarentina*, que es la columna primera de la Tabla novena, pudiera intentarse en esta forma:

Rub. I.

no sea lícito á quien tenga ó tuviese á su cargo fondos públicos, sagrados ó religiosos de este municipio, ni defraudarlos, ni distraerlos, ni consienta se haga algo de esto por alguno de ellos, ni con dolo malo empeore la situación del Erario por fraude ó por documentos públicos.

El que lo haga sea multado en el cuádruplo del daño causado, siendo condenado á dar dicha suma al municipio.

Cualquier magistrado que resida en el municipio podrá pedir y hacer la exacción de la mencionada cantidad.

II. De los cuatuorviros y ediles que fuesen designados, los primeros por esta ley, el que de ellos viniese primeramente á Tarento después de dada esta ley, dentro de los veinte días inmediatos á su llegada, haga que el que haya de garantizarlo presente á los cuatuorviros fianzas y fincas que sean bastantes para que queden á salvo los fondos públicos, sagrados y religiosos de este municipio Tarentino, que hubiese de manejar durante su magistratura y de cuya administración haya de dar cuenta cuando el Senado lo determine.

El cuatuorviro á quien se presente dicha fianza, recíbala y hágala inscribir en los registros públicos.

Cualquiera que reuna los comicios para elegir duumviros ó ediles, antes que la mayor parte de las curias designe á algunos de los que soliciten de los comicios dichas magistraturas, reciba de los candidatos fianzas que sean bastantes á garantizar que los fondos públicos, sagrados ó religiosos de este mu-

nicipio, que cualquiera de ellos manejará durante su magistratura, los habrá de conservar íntegros para el Municipio Tarentino y habrá de dar cuenta de su administración, de la manera que lo determine el Senado, cuya garantía haga que sea inscrita en los Registros públicos.

Cualquiera á quien se encomendase en el municipio un negocio público por decreto del Senado ó lo desempeñase haciendo cobranzas ó verificando pagos, presente cuenta de su gestión al Senado sin dolo malo en los diez días próximos al en que lo hubiese ordenado el Senado de este Municipio.

III. El que es ó fuere decurión del municipio Tarentino ó el que en el dicho municipio Tarentino tomase parte en las decisiones del Senado posea sin dolo malo en la ciudad de Tarento ó dentro de su territorio un edificio cubierto lo menos con mil quinientas tejas.

Los que de ellos no tengan este edificio suyo ó el que lo comprare por esta causa ó lo recibiese en municipio defraudando con ello esta ley, sea condenado á dar cada año al municipio Tarentino cinco mil sestercios de plata.

III. Ninguno en la ciudad que fuese de este municipio desteje ni demuela ni destruya edificio alguno sino para reconstruirlo mejor y por sentencia del Senado.

Si alguno procediese en contrario sea condenado á dar al municipio tanto dinero cuanto valga el edificio y tenga el que quiera derecho á pedir este dinero.

El magistrado que lo hiciere pagar ingrese la mitad en el tesoro público, invirtiendo la otra mitad en juegos públicos que haga durante su magistratura ó aplicandolo si quiere al monumento público que levante á sus expensas, todo lo cual podrá hacerlo sin fraude de su parte.

V. Si el cuatuorvir, el duumvir ó el edil de este municipio que por conveniencia pública quisiere hacer, prolongar, alterar, construir, fortificar algunos caminos, canales ó alcanta-

rillas, dentro de los límites que estuviesen marcados á este municipio, le será lícito hacerlo si lo ejecuta sin daño de [tercero] (1).

VI. Si algunos de los que fueran municipes no debieran cantidad alguna al municipio Tarentino, ni la hubiesen debido en los seis años anteriores al en que pretendieron salir duumvir [ó edil].

M. R. DE BERLANGA.

(Continuará).

(1) Lex. Coll. Genet. R. 77·SINE·INIVRIA·PRIVATORUM.

ANALS INÈDITS DE LA VILA DE LA SELVA DEL CAMP DE TARRAGONA

(CONTINUACIÓ)

Al mes de Març de 1617 se va fer al Consell relació de lo que s'havia de pagar del maridatge y coronatge de la Sereníssima Donya Anna Maurícia filla del Sr. Rey d'Espanya, y casada ab lo Christianíssim Rey de Fransa, y en altre document del mes d'Abril del mateix any diu: se tractá que 'l Receptor ó procurador de sa magestat en tot lo principat de Catalunya, lo Sr. Riu, per cobrar lo dret de maridatge, pretén exigir per cada foch á rahó de 8 sous, y es contra la concordia feta en las Corts de Snt. Colgat entre lo Rey D. Alfons y 'l bras eclesiástich y après ho confirmá lo Rey D. Ferran en l'any 1510, en que concorden que per dret de maridatge fossen 7 sous barc., la cual concessió está en les Constitucions de Catalunya... Finalment dit Riu escrigué á les Corts la dificultat que feya la Comuna de pagar 8 sous per foch; pero, vejent que aquéll volia fer gastos á la vila, aquésta se vejé obligada á bestraureli la cantitat á rahó de 8 sous per foch, segons fou proposat en lo consell tingut á 2 de Juliol del mateix any, dihent: «com la vila ha pagat cent trenta y tantes lliures pel coronatge y maridatge de la filla del nostre Rey casada ab lo Rey de Fransa, cosa que no la deu la vila, sino cada hu en particular que es 8 sous per foch, y per la ocasió de la prestesa portava lo receptor del Rey en voler esser pagat, que volia fer gastos, pel bé comú la vila bestragué.»

En lo Consell de Cent tingut á 30 de Juny de 1619 se proposá dihent: «que en lo dia de Snt. Pere 29 los hi fou intimat un manament del ofici del mestre racional demanant á la vila

EL BRONCE DE TARENTO

(CONCLUSIÓN)

Considerando indispensable hacer algunas anotaciones á este inapreciable texto procuraré sin embargo que sean brevísimas.

Rúbrica I. Falta el comienzo del primer capítulo y por lo que se conserva se viene en conocimiento que se trataba del *peculado municipal*, ó séase de la malversación de los fondos públicos del municipio por los funcionarios encargados de su administración y de la pena pecuniaria impuesta á dichos malversadores. Hubo una *ley Julia peculatus*, rogada por Cayo Julio César y de consiguiente posterior á este Bronce Tarentino, de la que se ha conservado memoria por algunos jurisconsultos del Digesto como entre otros por Paulo, Marciano y Modestino (1). El fragmento más importante por su completa similitud con esta nueva Tabla municipal es el reproducido por Ulpiano, (2) cuya comparación estimo del mayor interés para hacer ver la perfecta concordancia del citado Bronce con la indicada *Lex Julia Peculatus* (3).

(1) Dig. 48, 13, 1 y 11. Dig. 48, 13, 4. Dig. 48, 13, 15, 13.

(2) Dig. 48, 13, 1, 3.

(3) Fragmenta Ulpiani. Nequis ex pecunia sacra, religiosa publicave auferat neve intercípiat neve in rem suam vertat neve faciat, quo quis auferat intercípiat vel in rem suam vertat, nisi cui utique lege licebit: neve quis in aurum argentum aes publicum quit indat neve immisceat neve quo quid indatur inmisceatur faciat sciens dolo malo quod id peius fiat.

Paculatus poena aquae et ignis

Lex Tarentina. Neive quis quod eius municipi pecuniae publicae sacrae religiosae est erit fraudato neve avortito neve facito, quo eorum quit fiat neve per litteras publicas fraudemve publicum peius facito dolo malo.

Quei faxit quanti ea res erit,

La crudeza de la pena contra el *peculado* traída por Ulpiano aparece modificada en armonía con el nuevo texto Tarentino en otro jurisconsulto contemporáneo é igualmente célebre que aquel, Julio Paulo en su conocida obra, *Sententiarum*, encaminada á su hijo (1). Con esta última parte de la primera Rúbrica Tarentina tienen íntima relación diversas disposiciones de los Bronces de Osuna y Málaga que son más modernos en fecha (2).

Por lo que hace á la fórmula DARE·DAMNAS·ESTO y á la de PETITO·EXACTIO·ESTO nada debo añadir á lo que sobre ellas tengo manifestado hace años al comentar las Tablas de Osuna, (3) la Malacitana (4) y la Salpensana (5).

Rúbrica II. El comienzo de esta Rúbrica no se hace inteligible sino previa algunas observaciones:

«De los primeros cuatuorviros que lo fuesen por esta ley»

IIII virei quei hac lege primi erunt

«el que primero viniere á Tarento»

quei eorum primum Tarentum venerit

«en los veinte días después de dada esta ley»

in diebus XX proximeis quibus post hanc legem datur.

«presente garantías y fiadores á los cuatuorviros»

praedes praediaque ad IIII viros det

«y este cuatuorvir al que se dé la fianza acéptela»

interdictionem, in quam hodie successit deportatio continet. Porro quoniam eum statum deducitur, sicut omnia pristina iura, ita et bona amittit.

quadruplum multae esto eamque pecuniam municipio dare damnas esto eiusque pecuniae magistratus, quicquid in municipio erit, petito exactioque esto.

(1) Paul. Sent. V. 27, 1. Si quis fiscalem pecuniam attrectaverit, subripuerit, mutaverit, seu in suos usus converterit, in quadruplum eius pecuniae, quam sustulit, condemnatur.

(2) Aes. Genet. R. LXVI. Aes. Malac. R. LXVI et IXVII.

(3) Aes. Genet. R. LXI et passim.

(4) Aes. Malacit. R. LXII et passim.

(5) Aes. Salpens. R. XXVI et passim.

isque IIII vir quói ita praes dabitur accípito
«y hágala inscribir en los Registros públicos»
idque in tabuléis públicéis scriptum sit fácito.

La gravísima dificultad que surge de las prescripciones que se dejan señaladas es, como ya indica Mommsen, que los *primeros cuatuorviros* nombrados por la ley municipal Tarentina dentro de los veinte días de dada no pudieron prestar fianza ante los cuatuorviros que le habían precedido, porque si los hubiera habido no serían ellos denominados los primeros, PRIMEI, por dicho texto legal. Y no puede decirse que la ley se equivocó llamando así á los que debió denominar *secundei* porque el Bronce Salpensano (1) distingue á este propósito los magistrados municipales (2) que existen en el municipio, SVNT, dentro de los cinco días después de dada la ley constitutiva de la localidad, de los que en virtud de esa misma ley fuesen después creados, tales CREATI, (3), y aquellos no debieron ser elegidos por los comicios que aún no existían ni en el corto espacio de cinco días pudieron organizarse, funcionar y elegir magistrados. Debió haber pues una diferencia muy marcada entre los magistrados, que imponía la ley hasta dejar montada la máquina administrativa del pequeño Estado y los primeros elegidos por el pueblo después de regularizada la marcha del municipio ó de la colonia; los unos fueron designados por el legislador, SVNT, los otros elegidos por el pueblo CREATI. La Rúbrica LXX de las Tablas de Osuna comienza con palabras muy significativas para el caso en cuestión (4) lo

(1) Aes. Salp. R. XXVI.

(2) *Qui in eo municipio sunt... in diebus quinque proxumis post hanc legem datam.*

(3) *Quique II viri, aediles, quaestores postea ex hac lege creati erunt.*

(4) *II viri quicumque erunt ei, praeter eos qui primi post hanc legem facti erunt.*

mismo que la que le precede (1) y de ambos pasajes se deduce que se decían *Duumviro primeros* no los que asistían y coadyuvaban á la creación y organización de la pequeña república, sinó los designados por el pueblo al inaugurarse las elecciones en los comicios por tribus.

Mas acertado se muestra pues el profesor insigne al apuntar otra conjetura que parece la más verosímil. «Es probable, dice que los primeros cuatuorviro mayores — *esto es los primeros duumviro* — hubiesen sido dos ciudadanos romanos nobles, que no habitasen en Tarento, los mismos á quienes la ley pública del pueblo romano había ordenado constituir el municipio». Estos crearían los primeros decuriones, los sacerdotes y los magistrados sucesivos, ordenando á la vez la forma de los comicios». Y tal es á no dudarlo la solución más natural de semejante duda.

La ley Julia municipal dice expresamente: *aediles curules aediles plebei qui nunc sunt, queicumque post hanc legem rogatam factei createi erunt*, y semejantes palabras explican con suma claridad la frase *post hanc legem datam* del Bronce Tarentino y del Ursonense (2) porque como dice tambien expresamente el mismo Mommsen, «la ley constitutiva de cada localidad se fundaba necesariamente en derecho sobre una resolución de los Comicios romanos; pero habitualmente emanaba sin duda de la autoridad del magistrado á quien se confiaba esta misión y el cuidado de constituir la ciudad, como lo hace ver el Código de la Colonia Genetiva de César que ha llegado hasta nosotros» (3). Es decir, que había varias leyes generadoras de las colonias y municipios, de las que se conocen la *Rubria* del 49 y la *Julia municipal* del 45 antes de J. C.

(1) Aes. Genet. R. LXIX *Ilvir qui post coloniam deductam primi erunt*.

(2) Aes. Tar. R. II. v. 8. Aes. Col. Gen. R. LXVII.

(3) Mommsen-Stadtrech Lib. III, p. 462.

votadas en los comicios por el pueblo, *rogatae*. Que en virtud de estas leyes el mismo pueblo romano designaba el magistrado, que debía deducir la colonia ó crear el municipio, dándole una ley constitutiva, (1) que por ello decíase *data*, y debía circunscribirse á los límites establecidos por las más antiguas leyes municipales *rogadas*, que aun son desconocidas, siempre que no hubiesen sido modificadas por las últimas conocidas, y á las prácticas consuetudinarias de antiguo fijadas en esta clase de establecimientos dentro y fuera de Italia, como lo declara expresamente la tan citada ley Julia municipal cuando dice: *qui lege plebeive scito permissus est fuit uti leges in municipio fundano municipibusve eius municipi daret* (2).

Salvada esta dificultad el contenido de toda la Rúbrica es bien sencillo; los primeros cuatuorviros elegidos por el municipio debían dar garantías y fianzas en breve plazo á los encargados de crear el municipio á responder de los fondos públicos sagrados y religiosos que hayan de manejar durante su magistratura, obligándose á rendir cuentas cuando lo ordenasen las decuriones, *Senatus*, sin cuyo requisito no podían entrar á ejercer sus funciones. Cuando á su vez llegue el caso de que ellos ó sus sucesores presidan los comicios anuales para elección de nuevas magistraturas no admitan candidato sin que antes no preste la mencionada garantía, que deberá estenderse á responder igualmente de cualquier otro asunto público cuya dirección se le encomiende por acuerdo del Senado durante el ejercicio del cargo, con igual obligación de prestar cuentas á los diez días de haberselo exigido así los decuriones Tarentinos. El Bronce de Málaga habla extensamente de la garantía que deben prestar los magistrados municipales

(1) Justin. Hist. XXXIII. 2 legesque quibus adhuc utitur a Paulo accepit.

(2) CIL I-206. ad finem.

á responder de los fondos públicos que iban á manejar marcando la manera práctica de hacer efectivas estas responsabilidades (1). Las Tablas de Osuna se ocupan de la obligación en que queda el colono de dar cuenta una vez terminado el *negocio público* que le hubiesen encomendado los decuriones, (2) y el fragmento de la ley *dada* á Salpensa conserva la fórmula del juramento que prestaban los duumviros, ediles y cuestores de aquella población obligándose á conservar sin menoscabo los fondos del Erario municipal, REMVE·COM·MVNEM·MVNICIPVM·EIVS MVNICIPI (3).

Rúb. III. Dispone esta Rubrica que todo decurion del municipio Tarentino debería tener su casa morada en la misma población ó dentro de su territorio, cubierta por lo menos de 1500 tejas. El que no la tenga, el que la compre ó tome en mancipio para defraudar la ley deberá pagar anualmente una multa de cinco mil sextercios de plata.

En las Tablas de Osuna (4) se exige también que el decurion, el augur y el pontífice tengan su domicilio en la Colonia ó á mil pasos lo más de ella. Si pasados cinco años no obedeciese este precepto su nombre debería ser borrado de la lista de los decuriones, augures y pontífices.

El edificio propiedad del decurion, QVOD·NON·MINVS MD·TEGVLARVM·TECTVM·SIT, ha venido á aclarar por completo el conocido pasaje de las mismas Tablas de Osuna (5). FIGLINAS·TEGVLARIAS·MAIORES·TEGVLARVM·CCC·TEGVLARIVMQVE·INOPPIDO·COLONIAE·IVLIAE NEQVIS·HABETO.

(1) R. LX. LXIV. LXV. LXVII.

(2) R. LXXX.

(3) R. XXVI.

(4) R. LXXXXXI.

(5) R. LXXVI.

Cuando publiqué este texto por vez primera supuse que se refería dicha Rúbrica al espacio necesario para fabricar de una vez y poner á secar el referido número de tejas (1). El Bronce Tarentino viene á corregir mi error, que me hago un deber en rectificar tan inmediatamente como me ha sido posible.

Rúb. IIII. La primera parte de esta Rúbrica aparece casi integramente reproducida en las Tablas de Osuna primero, (2) de la época de Julio César y en el Bronce de Málaga después, (3) de la de Domiciano, prohibiendo la demolición de edificio alguno en la Colonia ó en el Municipio, sinó garantizando su reconstrucción y previa autorización de los Decuriones. La comparación de estos tres textos hace ver que todos ellos nacen de una ley general votada por el pueblo, de la que se toman los capítulos que hacen al caso, modificándolos ó ampliándolos según lo exigían las condiciones de la localidad á que se destinaban, por los encargados de establecer la colonia, *III VIRI coloniae deducendae*, ó de fundar el municipio, *IIVIRI municipii constituendi*. La pena señalada al contraventor en los tres pasajes aludidos es la misma, consistente en una multa del valor de la casa demolida, que podía exigirse por acción popular, ingresando íntegra en el Erario de la colonia Julia Genitiva ó del Municipio flavio malacitano; pero no sucediendo lo mismo en Tarento. En esta ciudad el magistrado que hacía efectiva dicha suma ingresaba desde luego la mitad en el tesoro municipal, dedicando el resto á los juegos públicos, que durante su magistratura ofreciese al pueblo, ó aplicándolo al monumento público que erigiese. En cambio en la ley Julia Genitiva se dispone que cuando los duumviros celebren las fiestas de

(1) R. LXXVI.

(2) R. LXXV.

(3) R. LXII.

su cargo inviertan de su peculio propio lo menos dos mil ses-tercios, pudiendo retirar del tesoro público igual suma agre-gándola á la precedente, (1) disponiéndose lo mismo respecto de los Ediles (2).

Rúb. V. Esta Rúbrica Tarentina es exactamente igual á otra que traen las Tablas de Osuna (3) con la sola diferencia de haber suprimido por error el que grabó aquel Bronce la pa-labla PRIVATORVM, que trae el Ursonense después del SINE INIVRIA.

Rúb. VI. De la última Rúbrica del Bronce Tarentino sólo quedan dos líneas y las primeras letras de otras seis, habiendo propuesto el profesor Mommsen la restitución del período inicial en esta forma ingeniosísima.

Quei pecuniam municipio Tarentino non debebit, sei quis eorum quei municeps erit neque eo sexenio proximo quo exire volet, duovirum a[edilisve fuerit ex municipio Tarentino exeire volet, id ei sine fraude sua facere liceto].

Es decir: que el municepe Tarentino que llevase seis años sin ser duumvir, ni edil y no debiese nada al Erario municipal podría ausentarse de la capital legalmente, cambiando de resi-dencia.

Prescindiendo de la falta de ajuste de lo restituido con los renglones destruidos de la columna segunda de este Bronce, el mismo epigrafista ilustre que indica la manera de completar su sentido añade con su habitual llaneza é ingenuidad, que *no ha encontrado una disposición legal semejante no pudiendo comparársele la Constitución del 412* (4) de Honorio y Theo-dosio en la que se establece el expediente que debía instruir

(1) R. LXX.

(2) R. LXXI.

(3) R. LXXVII.

(4) Cod. Theod. X. 22. 6.

el que quisiere ser admitido y formar parte del gremio de los constructores de armas, *consortium fabricensium*, para justificar que ni su padre, ni su abuelo habían sido decuriones, ni debían cosa alguna al tesoro público municipal ó colonial.

Es bien sabido que la ley agraria, de la que conservan los Agrimensores tres capítulos, y cuya polionimía no ha sabido explicarse, á la que llama (1) Calistrato *lex agraria quam Caius Caesar tulit*, se compone de tres fragmentos de los que reproduce todo el segundo designado con el número LIII el Bronce de Osuna, (2) y la penalidad marcada en el último el jurisconsulto del Digesto, que acaba de ser nombrado, en su libro quinto *de cognitionibus*.

No puede ignorarse tampoco que el Dr. Hübner hace ya años en el Suplemento á su colección de epígrafes paganos romano-hispanos da á conocer un pequeño Bronce que se decía haber existido colgado en la pared de la sacristía de la iglesia parroquial de una aldea de la provincia de Palencia, en el que se reproducía el comienzo de la quinta columna de una de las Tablas de Osuna, que contenía el final de la Rúbrica LXVI (3) y que bien pudo formar parte de alguna ley dada á determinada localidad del Norte de la Península, en la que se copió del mismo original de la *ley rogada* el pasaje indicado, como se había copiado en el Cuerpo de derecho de la colonia Julia Genitiva.

A estos paralelismos legales habrá que añadir los que se

(1) Dig. 47. 21. 3.

(2) Rub. CIV.

(3) CIL-II Supplem. 5439 a pág. 893, desde la palabra **VE PVBLICE** hasta **ESTO**.

dejan señalados (1) comentando el Bronce Tarentino y los que apunta por conclusión el mismo Mommsen a propósito de otras dos pequeñas planchas de metal encontradas en España. La primera de ellas es un fragmento de bronce descubierto al medio día de Sevilla, en un lugar que el inventor no ha querido indicar, y que fué llevado á París hacia el año 1896. Contiene muy pocas palabras de algunos renglones de la Rúbrica LXVII de la Ley municipal malacitana, desde el párrafo que comienza PER·QVEM·STETERIT·QVO MINVS hasta su final. Con tal motivo reproduce Mommsen su antigua conjetura, pretendiendo que el Bronce de Salpensa se llevó á Málaga para copiar lo que, no se sabe por que causa, faltaba en la ley constitutiva de este último municipio. Semejante supo-

-
- } (1) Lex municipi Tarentini, Rub. I. De peculatu.
 - } Callistratus Dig. 48, 13, 1. Pauli Sent. V. 27. 1.
 - } L·M·T Rub. II. De cautione á magistratibus praestanda.
 - } Lex rogata Iulia municipalis, lín. 24.
 - } Lex data Iulia Genitiva RR. LXIX. LXX.
 - } Lex data Salpensana R·XXVI.
 - } L·M·T Rub. II. De negotio publico municipii.
 - } Lex Iulia Genitiva R. LXXX.
 - } Lex Malacitana R. LX·LXIV·LXV·LXVII.
 - } Lex Salpens R. XXVI.
 - } L·M·T Rub. III. De domicilio decuriorum.
 - } Lex Iulia Genitiva R. LXXXXI.
 - } L·M·T Rub. III. De poena decuriorum sine domicilio municipali.
 - } Lex Iulia Genitiva R. LXXXXI.
 - } L·M·T Rub. III. De aedificio non demoliendo et de poena.
 - } Lex Iulia Genitiva R. LXX·LXXI·LXXV.
 - } Lex Malacitana R. LXII.
 - } L·M·T Rub. V. De itineribus restituendis.
 - } Lex Iulia Genitiva LXXVII.
 - } Lex Colón. Iuliae Genitivae Rub. CIV. De limitibus decumanis.
 - } Lex Iulia Agraria U·C·695 á Chr. 59. K. LIIII.

sición es tan frívola que no resiste el más ligero exámen. Aceptando que hubiese destruido cualquiera de las Tablas de Málaga un incendio, como los que sufrió el Capitolio (1) ó el Tabulario de Heraclea, (2) y que el texto desaparecido fuese exactamente igual al de la Salpensana, que es ya mucho suponer, se comprende que los Decuriones de Málaga hubiesen nombrado una comisión de su seno, que pasase á Facialcazar, cerca de Utrera, y allí copiase en sendos pergaminos la parte que deseaba restablecer de la *lex data municipii malacitani*. Dar por seguro que el *Ordo Salpensanus* permitiese á los legados de Málaga traerse una de las Tablas de su Cuerpo de derecho exponiéndola á los azares de un viaje de ida y vuelta tan dilatado, es de todo punto inaceptable. Porque no hay que olvidar que según el Itinerario de Antonio, de Facialcazar, *Salpensa*, tendrían los comisionados que trasladarse á lomo á la mansión más inmediata de *Bassilippo*, de donde tomarían el camino de *Hispalis* y *Gadés*, yendo de allí á *Melaria* y *Calpe-Cardetia*, para terminar en *Suel* y *Málaga*, despues de un recorrido de 238 millas, que subiría con el regreso á 476 (3) lo cual es á todas luces inverosímil que sucediera. Pero aun llevando la condescendencia hasta el extremo de aceptar supuesto tan inadmisibile, nunca podrá explicarse porque razon la retuvieron en su poder sin devolverla los malacitanos y, para ella sola y una no más de las de Málaga, que no tenía la menor relación con aquella en tamaño, ni en texto, se procediese á cavar en la tierra un hoyo de unos cinco pies de profundidad en cuyo fondo, con ladrillos romanos grandes y muy gruesos, que yo ví perfectamente, se hubiese formado un marco cuadrado ó mejor dos,

(1) Suet. vit. Domit. V.

(2) Cic. pro Archia, 4, tabulas desideras Heracliensiun publicas, quas italico bello, incenso Tabulario, interisse scimus omnes.

(3) Itiner. ed. Wess. 406 á 410 ed Parthey et Pinder p. 194 á 195.

sobre los que descansaran los bordes de ambas Tablas, cuya cara escrita cubierta con una tela fina, al aparecer de hilo blanco, cuyos restos también ví entonces, quedaba de tal modo sin tocar al suelo. ¿Por qué tanto esmero por un solo Bronce malacitano y otro Salpensano? En vez de dejarse arrastrar por la imaginación para aclarar esta duda es mucho más acertado confesar ingenuamente que se ignora en absoluto, sin poderse tampoco conjeturar cual fuera el motivo que determinara esta ocultación hecha con todo despacio y prescindiendo de las otras cuatro ó cinco Tablas de Málaga, para salvar únicamente la que debía ser la cuarta.

El otro fragmento también de Bronce, de que habla á continuación el profesor Mommsen, contiene seis líneas sin comienzo ni fin, habiendo sido descubierto en Elche en 1899 y publicado por Hübner (1) en sus postreros aditamentos á las Inscripciones hispano-paganas hispanas. Apoyado en un fragmento de Sisena citado por Nonio Marcelo, (2) *cistasque quae erant legum ferendarum gratia positas deicerant*, (3) estima el mencionado epigrafista Mommsen que tal vez se tratara en esta plancha tan deteriorada, de la colocación de las Urnas electorales, *ut cistas POSSINT PONENDAS CVRENT*, si bien tropieza muy luego con la palabra CAESARIS de la cuarta línea, que no acierta á concordar con su conjetura.

Haciéndose bien cargo de tales paralelismos y de las diversas similitudes que se dejan apuntadas entre el Bronce de Tarento y otros antes descubiertos, así como con la letra de varios pasajes legales de algunos jurisconsultos clásicos se deducen sin esfuerzo, como ya lo indica el profesor *de Petra*

(1) Ephem. epig. IX p. 133, n.º 349. Additamenta ad Corporis vol. II.

(2) Non. Marcel. De comp. doct. 91, voc. Cistas.

(3) Sisenna Historiae lib. IIII. Peter. Historicorum romanorum reliquiae, editio maior. Lipsae. 1870, vol. I, pag. 293, fragm. 118.

respecto de algunas de ellas, diversas consecuencias, que son muy de tener en cuenta para el más perfecto esclarecimiento del nuevo texto legal descubierto.

1.^a Las Tablas de Heraclea (1), un año anteriores á las de Osuna (2), comprenden como es sabido un fragmento de la *Lex Iulia municipalis*, propuesta por el dictador Cayo Julio César, *rogata*, y votada por el pueblo, cuya ley, á juzgar por lo que de ella resta, debería contener las bases de la nueva organización municipal, que comienza con el imperio.

2.^a No pudieron sin embargo las dichas Tablas de Heraclea servir de arquetipo á las de Tarento, no sólo porque la paleografía, la ortografía y la sintaxis de éstas son más arcaicas que las de aquéllas, cuanto porque diez y ocho años antes que se promulgara la ley Julia municipal, que hasta nosotros ha llegado, ya nombraba municipio á Tarento (3) Marco Tulio Ciceron defendiendo á Licinio Archia y acusando á Cayo Verres.

3.^a El Bronce de Tarento contiene varias Rúbricas de la *lex data* á aquel municipio del 89 al 62 antes de J. C. que debió ser redactada con sujeción á lo dispuesto en una *ley rogada* anterior en fecha, de la que como dice muy bien el profesor Mommsen no se ha conservado la menor memoria.

4.^a En la Italia son escasos en número los municipios romanos antes de la guerra social, habiéndose erigido la mayoría de ellos después que hubo terminado ésta en 188 anterior á nuestra era, mientras en las Hispanías 49 años antes de J. C. recibe *el pleno derecho de municipio itálico* (4) la ciudad marí-

(1) 709 u.c. 45 ant Christ.

(2) 710 u.c. 44 a. Chr.

(3) Cic. pro Archia 5 Rheginos credo, aut Locrenses, aut Neapolitanos, aut Tarentinos. Cic. in Verrem IV. 60. Quid arbitramini Rheginos, qui iam cives romaini sunt.... quid Tarentinos.... ?

(4) Mommsen Röm. Gesch. V. 11.

tima de Gades, emporio que había sido de los navegantes fenicios.

5.^a La ley agraria del 643 de la ciudad, 111 anterior á nuestra era, dispone que se designen tres Comisarios que repartan los campos públicos (1) conquistados del enemigo vencido. La Iulia municipal del 45 antes de J. C. ordena que se designe una persona caracterizada á la que se encomiende la misión de dar la ley al municipio que se creara en lo sucesivo (2) y en el código Ursoanense aparece el dictador César ordenando á un subordinado suyo que dedujese la Colonia Julia Genitiva á la ciudad recién conquistada, dándole su ley orgánica correspondiente (3). De todo lo cual se desprende que para repartir los campos arrebatados al enemigo, para repoblar las ciudades, cuyos moradores vencidos habían sido subastados como esclavos, y para premiar los servicios de los aliados, se confería esta misión á personas de categoría que como *III viri agris assignandis*, como *III vir coloniae deducendae* ó tal vez también como *III vir municipii constituendi*, llenaban tan delicados cometidos con arreglo á la ley, habiendo casos en que los generales de los ejércitos asumían tales prerrogativas como Paulo Emilo en Macedonia (4) y Gneo Pompeyo en Bithynia (5)

6.^a En cualquiera de estas circunstancias ya fueran los tales Comisarios, ciudadanos civiles ó militares, obrando siem-

(1) CIL I· 200 lín. 16. Ager publicus populi romani quae in Italia P. Mucio L. Calpurnio Cos. fuit, eius agri III Vir. agris dandis assignandis ex lege plebeive scito...

(2) CIL I· 206 lín. 159. Quae lege plebeive scito permissus est fuit ut ei leges in municipio fundano municipibusve eius municipi daret.

(3) Aes Col. Genet Rub. CVI. Quicumque Colonus Coloniae erit quae iussu C. Caesaris, dictatoris deducta est. Véase también la Rub. CIIII.

(4) Liv. XLV. 32. 7, leges Macedoniae dedit.

(5) Plin. Epist. LXXXIV (XXXIII.) Pompeia lege, quae Bithinis data est.

pre en nombre y representación del pueblo romano, debían ajustar las leyes que daban á las colonias, que deducían ó á los municipios que constituían, á las que con el carácter de generales habían sido votadas en los comicios para que sirviesen de matrices á estos Códigos locales. Julio de Petra y Teodoro Mommsen no dudan en afirmar que es un error el suponer que todas las leyes municipales romanas emanaban de la de Julio César del 45 antes de J. C., negando el segundo que hubiese existido otra análoga anterior á dicha fecha, en razón á que de ella no conservan memoria los antiguos jurisconsultos; pero se me hace muy difícil aceptar dicha negación, por más que no conozco texto alguno que la contradiga.

La muerte de Mommsen ha sido la pérdida más irreparable que han podido tener los estudios romanos, habiendo dejado un vacío inmenso en las diversas ciencias que cultivaba y á las que había dado una cohesión y un desenvolvimiento no sólo extraordinario sino inesperado, como acontecía con la del Derecho desde las Doce Tablas, (1) hasta las últimas *Novelas* imperiales, (2) con la de las Monedas desde el *as libral* de los Decemviro (3) hasta el *solido* de oro de Constantino (4), con la de las inscripciones desde los elogios de los Scipiones (5) hasta el de Phocas descubierto en el Foro (6) y por último con la paleografía epigráfica itálica á la que dedicó tan profundos estudios como los consagrados al etrusco, al osco y á los demás alfabetos usados en lo antiguo en aquella Península.

(1) 303 u.c 451 ant. J. C.

(2) 468 de J. C.

(3) 304 u.c 450 ant. J. C.

(4) 337 de J. C.

(5) CIL·I·30. Cos. 456 u.c 298 ant. J. C. CIL·I·32. Cos. 495 u.c 259 ant. J. C.

(6) Henzen-Orelli III. 5597 del 608 de J. C.

Y en verdad que no conozco al presente quien haya de ser llamado á sustituirlo en su país, porque fuera de Alemania no hay que pensar en quien podrá hacer las veces de tan gran polígrafo. Con su desaparición de la vida ha quedado también huértana la Historia de aquel mismo pueblo romano que apesar de sus oscuros comienzos y desmedradas postrimerías dominó la Europa, el Africa y el Asia, presentando de continuo el desconsolador espectáculo, que ofreció también la Grecia, puesto que gobernadas una y otra nación por Monarcas, Arcontes y Tiranos, por Reyes, por Cónsules y por Emperadores electivos tuvieron bajo tan distintos sistemas momentos de gran esplendor y de asombrosa decadencia, reflejando siempre exactamente la valía de las personalidades políticas que imprimían su dirección al Estado y el grado de cultura ó de desmoralización de los gobernados.

M. R. DE BERLANGA.

Málaga 15 Marzo 1904.

Sr. D. Pelegrín Casades y Gramatxes.

Muy señor mío y estimado amigo: Lástima grande sería que no se prosigan las excavaciones en el mismo sitio del cementerio del S. O., donde se hallaron la lápida de Celio y los fragmentos

[DILLVS]

[C·IVLIVS·A]

[L·LICINIVS]

[A]

Hay que ver si encajan ó se traban unos con otros por algún lado. Imagino fueron cuatro nombres de los cuatuórviros (2 duúmviros, edil y cuestor) municipales, que con el quincuenal Celio, legaron á la posteridad el recuerdo de su concurso á la construcción de las murallas, torreones y puertas de la ciudad del Puerto, ó del emporio de Barcelona, junto al desagüe del Llobregat

Disponga V. de su siempre affmo.

S. A. y C. q. b. s. m.

FIDEL FITA

*/c Isabel la Católica, 12.

P. D. — En Tarragona (Hübner, 4376) se halló la inscripción funeral dedicada á

C·IVLIO·AEMILIANO

Cognombres, terminados en *dillus*, no he visto en la colección de lápidas hispano-romanas, salvo FA[DILLVS]. Sospecho que en el fragmento donde usted ha leído

= DILLVS

se escribiese

L·DILLVS

(L = *li*)

es decir, *L(ucius) Dillius*; pues con efecto, en una lápida de Lisboa (Hübner, 287), sale nombrada *Dillia T(iti) Filia Amoena*.

Una fotografía que represente los cuatro fragmentos, me vendría bien para mejor orientarme en el estudio de tan preciosos monumentos; y asimismo me convendría un pequeño plano topográfico del sitio en que se descubrieron, relacionado con el de la ermita de Ntra. Sra. del Puerto y el de la desembocadura del Llobregat.

Sr. D. Pelegrín Casades y Gramatxes.

Málaga 4 Mayo 1903.

Mi muy apreciado amigo: le he agradecido mucho la fotografía que ha tenido la amabilidad de remitirme, de la piedra escrita, que acaba de encontrarse á las faldas de Montjuich con ocasión de las excavaciones hechas en el nuevo Cementerio. Por sus hermosas letras, tan profundas, tan anchas y tan regulares, es un interesante ejemplar, de los muy contados que se conservan en la Península, de epigrafía arcáica hispano-romana, más bello que los traídos por Hübner en su paleografía epigráfica (E·S·E·L 30 á 43), y que nos lleva en alas de la imaginación á las locuosas postrimerias de aquella república, regadas con la sangre generosa de Marco Tulio Cicerón y de Julio César, ambos tan cobardemente asesinados.

El breve texto de la piedra Barcinonense, es un modelo acabado de aquella concisión y elegancia del siglo de oro del clasicismo, en el que se escribían el libro *De república* y el *De bello civili*, poco antes que el autor de este conocido *Comentario* transformase la ciudad de los *Barcas* en la colonia *Julia Faventia*.

El nombre de COELIVS, que se encuentra en piedras del Africa (CIL·VIII·972-973 9456.) y de las Galias (CIL·XIV·853·2626·2602), no aparece en las Hispanias sino bajo la forma degenerada de Quintus Coili(us) Q(uestor) en una *tesera* de plomo del monetario de Garcia de la Torre, que publicó Gaillard primero y Delgado después (CIL·II·Supp. 6246·20).

En cambio, la palabra esencialmente arcáica, COER(avit), se encuentra en varias inscripciones de la Hispania antigua, como en una de Cartagena, en otra de Alicante y en una tercera de Tarragona (CIL·II·3134 3561·4371), las tres reproducidas por Mommsen en su conocida Colección de las más arcáicas inscripciones del mundo romano, anteriores á la muerte violenta del vencedor de Munda. (CIL·I·1477 1482·1483).

La forma COERavit exige por su arcaísmo resolver la abreviatura que le procede por FACiundos, en lo que no puede haber duda alguna.

El duumvirato y la edilidad, destinos eran bastante conocidos para tener que detenerse en explicar que era aquél una magistratura anual, y ésta un cargo censorio que duraba lo que el lustro. Tampoco era nuevo que semejantes personalidades públicas tuviesen á su cuidado

la misión de hacer levantar las fortificaciones de la ciudad que gobernaban.

En Cartagena es un *quinquenal* el que cuida que se haga el MVRVM A PORTA·POPILLIA·AD·TVRRIM PROXIMAM, y en Sagunto fué encomendada esta misión por los Decuriones al primer magistrado; II·VIR·EX·D·D·TVRRIS·ET·MVROS·REFICIUNTOS COERAVIT (CIL·II·3426·021).

La fórmula menos corriente de toda esta pequeña inscripción, es la de la paternidad del quinquenal COELIVS, que está expresada por ATISI Filius, manera que no era la prescrita pocos años antes por la ley Julia Municipal, del 43 que precedió á J. C., *nomina, prænomena, patres aut patronos, tribus, cognomina* (CIL·I·206). Sin embargo, en las Hispanias fueron frecuentes tales casos, como en la Lusitania (CIL·II·733·865), en el Norte y Centro de la Península CIL·II·2953·2863, y en varios lugares de la Bética, como en Alcalá del Río, donde figura un VRCHAIL·ATITTA Filius, que cuida de edificar á sus expensas unas puertas y unos hornos (CIL·II·1087 Supp. 5922), indicando semejante procedimiento que se trataba acaso del hijo de algún liberto de origen extranjero, como ATISI en Cataluña y ATITTA en Andalucía.

La lección del epigrafe, es, pues, de todo punto clarísima. C(aius) Coelius, Atisi Filius), duumvir, quinquenales, muros) torres, portas, faciundos) coeravit).

El último extremo de su favorecida del 28 del pasado, á que contesto, no es tan fácil de satisfacer como parece, al menos por mi parte. Los cuatro sillares, ligeramente convexos por su cara escrita, debieron formar parte de una bóveda ó de un muro en forma circular como los asientos de un anfiteatro; pero el simple examen de las letras que contienen, nada aclara en verdad sobre la clase de edificio á que pertenecieron. La primera piedra comprende sólo la terminación de un cognombre en ILLVS, como *quintILLVS*, ó bien *regILLVS*. La última letra de la segunda piedra A y la primera L de la tercera, no pueden leerse *Auli Libertus*, porque entonces el prenombre de IVLIVS no sería *Caius*, sino *Aulius* también, y además, porque no es LICINIVS un cognombre, sino un nombre que, exige delante la inicial del prenombre como lo es la L de *Lucius*. Nuevas excavaciones podrán poner al descubierto otros sillares, que contengan al menos el final de esta leyenda y expliquen lo bastante, porque figuran en estas piedras los tres personajes desconocidos... *quintILLVS·Caius*

IVLIVS y *Lucius* LICINIVS, que pudo ser el liberto del cónsul Licinio Sura, á cuyo liberto se erigieron 16 estatuas en Barcelona en el siglo II.^o Pero si desde luego la paleografía de esta leyenda es semejante á la de la lápida de COELIVS, debió entonces grabarse un siglo antes que Pomponio Mela calificara á Barcino de *parvum oppidum*, y dos siglos antes también que Paulo declarara que era de derecho itálico la colonia creada por César y ampliada por Augusto, como lo declara su nombre de *Colonia Faventia Iulia Augusta*.

No dude que tiene mucho gusto en poderle complacer su
amigo affmo. q. b. s. m.
M. R. DE BERLANGA

UNA MONEDA INÉDITA AL PARECER DE MALACA

Aunque aficionado á la numística, debo confesar que mis conocimientos en esa importante ciencia son tan escasos, que no me otorgan título bastante para escribir sobre ella, pues ni mi opinión tendría valor alguno, ni el género de estudios á que me dedico me ha permitido profundizar en la ciencia de las medallas, hasta el punto de esponer consideraciones que se estimasen de utilidad.

Al escribir estas cuartillas, me ceñiré principalmente á la opinión de algunos aficionados, que al mostrarles la moneda de que voy á ocuparme, me han hecho considerarla como inédita, otorgándole valor especial y confirmando la clasificación que de la misma hice.

Al realizarse unas escavaciones en la calle de la Cruz Verde para sacar los cimientos de un pilar, el albañil encontró tres monedas que vinieron á aumentar mi colección.

Una de ellas era de *Gadir*, igual á la señalada con el n.^o 46 de las Tablas de Delgado y el n.^o 10 de la Tabla XXVII de las del Padre Florez.

Era otra medalla indiscutible de Malaca, citada también por Berlanga, y que representa en su anverso una cabeza con rostro barbado, cubierta con gorro redondo, en cuya parte superior se ve una especie de anillo y además á la espalda un colgante. El gorro está separado de la

cabeza por una línea de puntos á manera de diadema y el ropage sostenido al cuello por un broche. Detrás de la cabeza, aunque algo borrosa, parece existir la inscripción XXIX equivalente á *Malaca* y las tenazas. Dicho anverso está adornado por una línea, que parece representar una rama de hojas y puntos. El reverso presenta la cabeza de Athene, de frente, ornada de rayos, que parecen ser diez, distinguiéndose las ropas que cubren su garganta y parte superior del pecho y sobre la cabeza un adorno que parece una toquilla.

Llego á ocuparme de la tercera medalla, que es la que me hace escribir estas líneas, con el principal objeto de oír opiniones autorizadas, que me guíen á su exacta clasificación.

El anverso representa la cabeza de un Cabiro, igual á los que reproducen las monedas de *Malaca*, citadas por Berlanga, Delgado, Florez, Velazquez, Guillen, Robles y tantos otros. Está cubierta con un birrete cuadrado y mira hacia la izquierda.

Detrás de la cabeza se vé algo borroso que pueden ser las tenazas que en las monedas malagueñas son frecuentes. Delante hay una inscripción muy difícil de averiguar, pero con alguna paciencia y usando la lente se distingue la letra *r* y otra que parece ser *γ*. Como se vé este anverso tiene todos los caracteres de las monedas de *Malaca* aunque no se distinguiese el principio de esa inscripción que la confirma y cuya traducción me han dado á conocer inteligentes numismáticos. En cambio el reverso hace nacer la duda y es donde encuentro la originalidad. La imperfecta acuñación de la moneda contribuye más á esta confusión, pues no puede distinguirse bien. Se divisa solo una línea recta y sobre ella las patas delanteras de un animal del que se vé algo del cuerpo, el cuello y una parte de la cabeza. Entiendo que se trata de un toro semejante al que se halla en monedas de Obulco y Castulo. El modulo de la moneda, su grueso y su peso es igual al de otras de las monedas malagueñas que tengo en mi colección. ¿Se trata de una variación de las monedas de *Malaca*?

El reverso engendra la duda, pues hasta ahora solo conocía los que contienen á *Onka*, *Sika*, hija del Sol, divinidad tirio-fenicia venerada en las marinas mediterráneas, que dió origen á la Athene ó Minerva Helénica; los que representaban un templo, cuyo frontón sostiene cuatro columnas y los que copiaban una estrella con varios rayos encerrados en una orla formada por ramas, sencillas ó dobles. El toro que aparece en la medalla de que me ocupo es por tanto una excepción.

143

En cambio el anverso me hizo creer, desde que llegó á mis manos la moneda, que se trataba de una variación de las acuñadas en Malaca. El Cabiro parece recortado de las acuñaciones conocidas, la factura es idéntica y el principio, que puede apreciarse, de la inscripción imita los caracteres propios de las medallas malagueñas.

Celebraré conocer sobre el particular, la opinión de sabios numismáticos, que confirmen mi creencia ó disipen mi error:

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Anuario de la Asociación de Arquitectos de Cataluña para 1903.

—*Henrich y C.^a, en Comandita.—Barcelona.—1 vol. de 533 páginas y 91 de anuncios*

Con el esmero y pulcritud que ya es habitual en la Casa de los señores Henrich y C.^a, acaba de salir á la venta el cuarto *Anuario* de la Asociación de Arquitectos de Cataluña, formando un sustancioso volumen de 533 páginas de texto y 91 dedicadas á los anuncios.

El plan de la obra es análogo al adoptado en los tomos anteriores; sumamente nutrida la *Sección Legislativa*, se halla adicionada con un reglamento, tarifas y aranceles de evidente utilidad profesional, no menos que los detalles y cuadros de precios de jornales y materiales inherentes á la construcción. Hermoso tributo de compañerismo á los que han dejado de existir, legando en muchos casos, notables obras á la posteridad, es, en sí, la *Nota necrológica* en la que resaltan esbozos con expresivos caracteres de biografía.

En el artículo *Preliminar*, se reseñan, en forma un tanto incisiva, el estado de las obras públicas que se levantan en nuestra ciudad, haciendo patente la lentitud de su marcha, que queda más en evidencia con la actividad que se observa en las de iniciativa particular, como son el Observatorio Fabra, el Apeadero del Paseo de Gracia, el funicular del Tibidabo y otras. Se lee á continuación la *Reseña presidencial*, por don Adriano Casademunt, enumerándose en ella los importantes trabajos llevados á cabo por la Asociación, en interés de la clase muchos de ellos, como sucede en el referente á la competencia de los arquitectos en ma-

Monsalvatje posa má en lo monument históric del sábi sacerdot, queda aquéll expurgat de tota mácula, y, més ovirador encare, s' alsa mages-tuós pera honrar á la Religió, á la Pátria y á l' Art.

C.

Manuel R. de Berlanga.—*Catálogo del Museo Loringiano.*—Málaga, CIBDCCCCIII. 1º vol. 25 × 18, 193 págs. xxxx fototipias.

La publicación de cualquier trabajo debido al sabio Doctor señor de Berlanga debe señalarse siempre en lugar preferente entre las muy escasas obras que en nuestro país logran el honor de pasar las fronteras. Es cosa de puro sabida proverbial que en España se produce muy poco en materia de erudición y crítica histórica; no porque falten elementos de estudio y no cuente esta nación con hombres verdaderamente eminentes en esas disciplinas, sino á causa de la falta de ambiente y, sobre todo, de público lo suficientemente numeroso y en condiciones para infundir alientos y sostener esperanzas de justísima correspondencia á los gastos y positivas molestias que implica la publicación de trabajos de la indicada índole.

Conocedor experimentado el Doctor de Berlanga de cuan inútil es imponerse sacrificios para la generalidad, que raramente aprecia y nunca otorga la debida recompensa, no entrega al reducido *mercado intelectual* regnicola sus obras, sino que las regala á sus amigos y, por ende, admiradores, que aprecian en mucho la largueza del autor. Por suerte, y debido á la grandísima benevolencia que nos dispensa el Doctor de Berlanga, figuramos entre esos escogidos, motivo, entre otros, que nos obligan á estar muy reconocidos á obsequios que, como no se prodigan tienen un valor excepcional.

No hemos de ser nosotros, últimos y poco aventajados discípulos del Maestro, á quienes corresponda hacer la crítica de las obras de tan insigne arqueólogo y epigrafista, una de las pocas é indiscutibles glorias actuales de las Españas. Así es que nos concretaremos á dar una idea del *Catálogo del Museo Loringiano*, absteniéndonos de todo comentario que, por ser nuestro, holgaría en absoluto.

Séanos, empero, permitido consignar que el *Catálogo* no consiste

Vol IV no 45

Año IX

Julio Sep 1905

esmérsi no petites quantitats, sense 'l més ínfim resultat lucratiu, en buscar vells pergamins, interpretarlos, copiarlos y formar ab ells hermosos volums, pera entregarlos al públich, vestits luxosament com ho faria la més carinyosa y endressada mare ab un fill predilecte; y pera er més atractiu el llibre enriquintlo ab fototípias y grabats que reproduéixen los monuments historiatos en el llibre y en els quals, per moltes centurias, se guardaren los documents publicats, que son cóm las *pesas de convicció*, pera que 's *convenci* 'l llegidor de que la llum que traspúa dels textos escrits y dels testimonis veracíssims de las obras d' art, es prou potent pera foragitar aquellas «negrors» ab que la presumptuosa ignorancia dels semi-sabis, pretén enfosquir la civilització cristiana dels sigles mitjvals.

Que 'ns sia perdonada aqueixa «expansió» abans de dir alguna cosa breument, massa breument per lo que 'l volúm últimament publicat se mereix, sobre 'l tomo XIV de las «Noticias históricas» del erudit cronista dels cenobis dels comtats ampuritá, bisuldunés y petrelatense, en lo bisbat de Gerona situats. Comprén lo darrer volúm publicat de la col·lecció Monsalvatje fins á 37 monografias d' altres tantas casas religioses, priorats, *vel-las* y capellas, dependents ó filials dels aludits monastirs, completant, esmenant y aclarint los abaciológis ja publicats abans d' are y donantne á coneixe d' altres ignorats, ab molts datos que escaparen á la pacient investigació del P. Villanueva, en son may prou celebrat *Viaje literario* que, com es sabut, realisá aquell docte religiós á las iglesias d' España, com pressentint, per inspiració divina, que havia aviat de desencadenarse furiosa tempestat, congriada en nom de falsos principis de llibertat y de progrés, que portáren la destrucció dels arxius y biblioteques monacals, y la escandalosa venta al encant dels tresors artístichs y monumentals, convertits en runas, á cambi d' un miserable grapat d' or que 's fongué ben aviat á la gola famolenca del Fisch.

Pera donar una idea de l' importancia del primer volúm dels «Monastirs de la diócesis gerundense», es suficient consignar que en éll son objecte d' estudi los monastirs y casas de religió que á més d' haver estat los arxius de nostra història pàtria, forman altres tants monuments, en sa major part interessantíssims, històrica y artísticament considerats, que son la més esplendorosa corona de la diócesis geronina. L' obra immortal del P. Villanueva té, donchs, el mellor complement que á sa importancia li calia, y, malgrat la respectuosa modéstia ab que 'l senyor

únicamente en una relación fría y escueta de los ejemplares arqueológicos, por cierto de subidísimo valor (más considerable si se tiene en cuenta que, por ser de colección particular, no están á disposición del público), acompañando á la descripción de cada objeto eruditos comentarios para el perfecto conocimiento de su importancia.

El origen del Museo Loringiano es por demás simpático. Con ocasión del viaje de bodas de sus ilustres fundadores, los Excmos. Señores Marqueses de Casa-Loring, el entusiasmo que por las antigüedades aquellos egregios señores siempre sintieron, acrecentóse con la visita á los más célebres Museos y Colecciones del extranjero. Quiso la suerte que, al año de su regreso á Málaga, fuesen á parar en poder de los Señores de Loring las célebres tablas de bronce malacitana y salpensana, descubiertas en los *Tejares* de Málaga. A partir de tan feliz hallazgo y adquisición, el Museo de los Sres. Marqueses de Casa-Loring tuvo ya existencia, que luego fué próspera, según patentizan los escogidos ejemplares de que nos dá noticia el *Catálogo*. Desde el año 1851, en que empezó nuestro sábio comentarista de los antiguos epígrafes jurídicos su labor no interrumpida para ilustrar la historia antigua de las Hispanias; ¡qué cúmulo de doctrina representa el trabajo del insigne compañero de Mommsen, de Hübner, del gran humanista el Marqués de Morante, de José Oliver y Hurtado y demás arqueólogos que ilustraron el pasado siglo con sus profundos conocimientos!

Para los que estimamos y veneramos al señor de Berlanga, tiene el *Catálogo del Museo Loringiano*, á más del intrínseco valor por sus enseñanzas, el inapreciable de comprender en cierto modo la vida científica del eximio maestro malacitano.

De mucho interés, por tanto, resulta la relación de los sucesivos aumentos que el Museo ha experimentado durante su larga existencia, y sube de punto este interés al tener en cuenta que el alma que dió vida, y vida floreciente, á la colección loringiana, fué una dama distinguidísima, cuya devoción por el gran arte y la arqueología patria, tan bien consueñan con su elevada cuna, habiendo dado, con ello, ejemplo á los pocos próceres hispanos que se han preocupado algo de los deberes morales y sociales á que obliga la verdadera aristocracia.

Hállase instalado el Museo de los Marqueses de Casa-Loring en adecuado edificio, en la huerta de la *Concepción*, inmediaciones de Málaga, habiéndose coleccionado en él un número importantísimo de ejemplares, que clasifica el autor del *Catálogo* en siete grupos: prehistórico,

fenicio, ibero, romano, cristiano, musulmán y moderno. El más interesante de todos es el grupo romano, estudiado á su vez con mayor detenimiento por el Sr. Berlanga, comprendiendo varias series, formadas por los epígrafes, esculturas, mosaicos, etc., en su mayor parte hallados en la región andaluza.

Las inscripciones y los fragmentos escultóricos merecen en el *Catálogo* atención preferente por parte del autor, hallándose ya publicados todos los epígrafes de que se dá circunstanciada cuenta en la obra.

Gran servicio, pues, ha prestado á la Arqueología el Doctor Berlanga con la publicación del *Catálogo*, haciendo desear que tan importante colección no pase algún día á enriquecer cualquiera de los Museos extranjeros, hecho siempre lamentable, que si excusó algún día la falta de centros dispuestos á acoger dignamente lo que con tanto esfuerzo llegó á obtenerse, imperdonable sería hoy en que no hay población importante en España que no cuente algún Museo, en espera de ver aumentados sus ejemplares, mediante la benevolencia de los particulares, ya que no hay por qué confiar en que el Estado recuerde que en *provincias* existen también Museos que languidecen por falta de protección oficial y privada, semejando tales centros más bien sitios adecuados para la soporífera existencia de los empleados del *Cuerpo*, salvo honrosísimas excepciones que proclamamos con entusiasmo sincero, que no centros vivos de cultura, para la cual fueron creados.

C.

Comisión de Monumentos históricos y artísticos de la provincia de Oviedo.—**Inocencio Redondo.**—**IGLESIAS PRIMITIVAS DE ASTURIAS.**
—Oviedo. Establecimiento Tipográfico de Angel A. Morán, 1904.
—1 folleto 23×16. 73 páginas. 45 fotograbados intercalados en el texto.

La celosísima Comisión de Monumentos históricos y artísticos de la provincia de Oviedo, dando buen ejemplo á la mayor parte de sus congéneres cuya «somnolencia» ha llegado á ser característica, contribu-

El Excelentísimo Señor Doctor

Don Manuel Rodríguez de Berlanga

HA FALLECIDO

(Q. E. P. D.)

Tan lamentable, y para cuantos tuvimos la suerte de contarnos entre sus amistades, dolorosísima pérdida nos fué comunicada á los pocos días de habernos remitido nuestro llorado é inolvidable maestro, las pruebas del estudio que empezamos á publicar en este número, último trabajo, sin duda, del sabio arqueólogo y distinguido humanista que la muerte, siempre cruel é inoportuna, nos acaba de arrebatarse, sumiéndonos en pesar profundo.

Agobiado nuestro espíritu por tamaña pérdida, no sabemos coordinar las ideas, ni la pluma traducirlas, y tan solo inútiles lamentaciones acuden en tropel, como desahogo de la pesadumbre que nos agobia.

Al desaparecer de entre nosotros la gran figura del sapientísimo Dr. Berlanga, queda su obra inmortal, y el día que la generación actual quiera acordarse de una de las más prestigiosas personalidades de la Ciencia española, al ensalzar su nombre y memoria, no hará otra cosa más que un acto de justicia estricta.

¡Que no sean los sabios extranjeros quienes deban advertirnos que hemos perdido una lumbrera del saber, un arqueólogo eminente, un epigrafista eruditísimo, uno de los pocos sabios que honraban la España actual!

Por nuestra parte dedicamos un fervoroso recuerdo al hombre ilustre que, sin parar mientes en nuestra modestia, nos favoreció con su colaboración tan constante como generosa y nos alentó, con sus consejos y ejemplos, en no cejar en nuestros propósitos.

¡Que Dios tenga entre sus escogidos al ilustre Dr. Berlanga!

LA DIRECCIÓN

Encom. Brief 1909

no 58

146

Estudios históricos

HERRERÍAS Y VILLARICOS

II

Prehistoria, Cronología y concordancias

En el extenso y abrumador estudio que representan las páginas, que van á seguir, he tenido por norma invariable dos reglas de crítica histórica, que me fueron enseñadas hace ya muchos años por el inolvidable profesor Hübner, el más erudito de todos los hispanofilos de nuestros tiempos y el que hubiera hecho á no dudarlo, si hubiese vivido, un juicio crítico más cumplido y exacto de los trabajos de prehistoria hispana realizados por D. Luis Siret que puedan ser las desautorizadas observaciones que me permito en este momento entregar á la imprenta.

Fué la primera de aquellas reglas el previo examen imparcial y detenido de cada una de las más antiguas fuentes de información de los sucesos que se estudian, así como de los autores que los refieren, directamente como contemporáneos ó bien de segunda mano, haciéndose cargo á la vez tanto de su cultura como de su buena fe. Ha sido la segunda el más exacto conocimiento de las copiosas falsificaciones con que, especialmente, desde el Renacimiento, se ha pretendido manchar nuestros Anales patrios á partir del epígrafe *hebreo* de Cartagena hasta el sepulcro *egipcio* de Tarragona. Por desventura es larga, muy larga, la serie de los mal acon-

Vol VI — 2058

Año XIII

Ensero-Hilf 172
147

sejados inventores de semejantes supercherias y la de sus cómplices y amparadores, impulsados cada cual de ellos por móviles á veces distintos y en ocasiones análogos.

Arrastrados los unos por el punzante aguijón del engaño se lanzaron por el camino de las ficciones sin otro interés positivo sino el de mofarse de la credulidad agena, inventando á este propósito el conocido *Viaje de Juan Valera, que hizo con su amo el duque*, en cuyo absurdo papel se hartó éste de inventar leyendas no sólo griegas sino ibéricas y, lo que es más, hasta fenicias, que fué el colmo del atrevimiento aún para aquella época.

Otros queriendo unir el interés pecuniario al trabajo intelectual, que prestaban, se pusieron á sueldo de Corporaciones poderosas, que los subvencionaron para que inventasen los más estupendos papeles de importancia vital para la prosperidad de quienes hacían los dispendios, como fué la *Relación del Moro Benzay* (1) en la supuesta Batalla de Clavijo.

Había también quienes para probar fortuna y por vía de ensayo, antes de emprender mayores hazañas, lanzaban á los vientos de la publicidad cualquier mal fraguado relato lleno de sorprendentes detalles, sobre la pérdida de España, por ejemplo, disfrazándose bajo el supuesto nombre de *Aben-Tarique*. Ni faltaba tampoco quien entregándose á discreción á la voluntad omnimoda de los poderosos señores que lo mantenían, se prestaba á inventar de continuo supuestos codices antiguos llenos de las más estupendas noticias, que convenía propalar y hacer creer á sus mantenedores, interesados en la superchería. Pero lo que es aún más de admirar, no faltaban entonces tampoco humanistas de la más reconocida competencia, que renunciando á su propio criterio personalísimo y obedeciendo sumisos á imposiciones absurdas de supe-

(1) Razón del juicio, p. 9, 18, 26, 68, 70. 99 et passim.

riores, que no quiero calificar como se merecen, se doblegaron humildes á dar su nombre y su aprobación, para prestar alguna autoridad, de que carecían en absoluto, á supuestos documentos de la Corte pontificia, cuyo ridículo estilo denunciaba la supina ignorancia del atrevido inventor.

Estas dos acertadísimas reglas de crítica histórica exigen de suyo un ánimo sereno al examinar los acontecimientos, las causas que los determinaron, los tiempos en que se desarrollaban y los personajes que los promovieron, llevándolos á su realización, y un criterio independiente, ni aherrojado por el estrecho sectarismo filosófico, ni extraviado por el interesado rutinarismo político, para fijar con absoluta independencia, con extremada imparcialidad y con cuanta exactitud esté al alcance de la limitada razón humana la verdad de los hechos, que es el fin único que debe procurar y perseguir de continuo todo historiador sensato que sea digno de este nombre, censurando sin acritud ni encono y con criterio imparcial los extravíos de la soberbia humana desde la cumbre del poder, pesándolos con equidad en la misma balanza y condenando con igual energía el insoportable despotismo político de la monarquía absoluta como el intolerabilísimo de la república democrática, toda vez que cualquiera de estas absurdas intransigencias constituyen una verdadera calamidad para el desventurado país que las sufre resignado.

Pero al cabo de tan fatigosas y dilatadas investigaciones suele tropezarse, y ciertamente se tropieza, con sendos engaños que no era posible presumir siquiera, viniendo tan penosos trabajos á estrellarse ante la pasiva incredulidad de los que se estiman ser los más avisados. De seguro que no sería cosa fácil, por ejemplo, convencer á los más fervorosos demócratas que el *Gorro frigio* no fué nunca en lo antiguo emblema de libertad, con tanto más fundamento cuanto que los que lo usaron fueron siempre sumisos vasallos de Monarcas despó-

ticos, cuando no esclavos de conquistadores extranjeros. En cambio, la verdadera libertad civil y política estuvo simbolizada legalmente en Roma por el *Pileus* republicano, semejante en un todo al ridículo sombrero de Felipe segundo.

A la vez no deja de ser frecuente el encontrar, á cada paso en libros escritos en los tiempos que corren, sostenidas con reiteración teorías y apreciaciones que, sin embargo, cuando se acude al testimonio de los contemporáneos para comprobar su exactitud la ilusión se desvanece con más rapidez que pasa la luz del relámpago, no siendo extraño tampoco el encontrar, á la vez, cualquier especialista que, con fe sincera, deshace errores mal sustentados por el vulgo somero; pero á su vez también incurre en otros no menos graves hácia los que camina inducido por un expepismo engañoso nacido de la falta de oportuna preparación en determinados ramos del saber humano. La prueba es muy concluyente.

Un ingeniero de minas, en extremo ilustrado, que de Bélgica ha venido á establecerse hace años en uno de los centros metalúrgicos más ricos de nuestra Península, desde que en Amberes publicó su primera obra, verdaderamente monumental, en 1887, hasta sus últimas monografías insertas en el presente siglo en la *Revista de Cuestiones científicas* de Bruselas, no ha cesado de esclarecer, con importantes descubrimientos debidos á repetidas y acertadísimas exploraciones personales, los tiempos más oscuros de la Vieja Hispania prehistórica. En los últimos trabajos que conozco de tan distinguido arqueólogo en que se ocupa de las primeras inmigraciones de los *Orientales y Occidentales á la España* en época remotísima y de la *Cerámica pseudo mycena de la Iberia*, he podido apreciar, con sumo gusto de mi parte, que ha procurado restablecer ciertos cánones históricos dislocados por algunos de los más aplaudidos escritores extranjeros

que de nuestros remotos orígenes se han ocupado, haciendo notar ante todo *«las analogías tan significativas que median entre el mobiliario de la época de la piedra pulimentada en España, y el de las más antiguas ciudades de Hissarlik»* descubiertas por Schliemann (1) observando después que *«las artes que se denominan mycenas penetraron en España traídas por los Fenicios, que eran artistas muy medianos y venían á enriquecerse, no á crear escuelas artísticas, no habiendo mostrado en ninguna época los indígenas disposiciones para llegar á ser buenos discípulos.»* (2) Sienta, por último, como deducción innegable que: «Si fué la especialidad del monopolio de los fenicios, desde tiempo antiquísimo, el comercio de objetos de marfil, no se puede explicar la presencia de estos productos en las moradas y en las tumbas neolíticas del Sud de España de otro modo que por la existencia de este comercio fenicio, cuando el período neolítico llegaba á la última de sus fases»; «siendo en extremo probable, por no decir seguro, que la mayor parte de dichos objetos hubiesen sido fabricados por los mismos fenicios en la Siria ó en la España, así como los huesos grabados y pintados»; (3) «no debiendo olvidarse que los tales objetos encontrados en España son productos medianos de los que reservaban para los pueblos atrasados ó para las colonias, como pacotilla destinada á la exportación.» (4) Por último, el Sr. Siret se muestra en extremo explícito respecto de la que denomina, en otra monografía, muy interesante, *de poterie, pseudo mycénienne*, escribiendo esta observación que no debe olvidarse: *«El señor Paris que ha hecho un estudio muy detallado de la cerámica con adornos pintados en rojo y obscuro, cree ver en ella pro-*

(1) Siret. *Orientaux et Occidentaux en Espagne aux temps préhistoriques*, p. 10.

(2) *Ibidem*, p. 34.

(3) *Ibidem*, p. 37.

(4) *Ibidem*, p. 37.

ductos ibéricos inspirados por una muy antigua influencia mycena»; «pero esta cerámica no tiene su origen en la Península apareciendo bruscamente en una época muy baja»; «lo que hay en ella de Myceno en su ornamentación ha sido obra de los mismos griegos ó de los cartagineses, y es probable que tales recipientes no hayan sido fabricados en España, no teniendo en todo caso relación alguna con el Arte ibérico. (1).

Semejantes reconquistas de los verdaderos canones históricos, hechos por un prehistorista tan distinguido, son dignas del mayor elogio, y aún más lo serían si, con la autoridad que le prestan su larga práctica y sus innegables conocimientos, no titubease en ajustar sus descubrimientos á los realizados por los modernos egiptiógrafos respecto á los comienzos de la civilización en la Vieja Europa. Pero, por desgracia, como acabo de indicar, los especialistas, que salvando la frontera de la ciencia que cultivan, pretenden enlazarla con otra que no han profundizado tanto, buscando paralelismos que alagan su fantasía, suelen quedar expuestos de continuo á caer en graves inexactitudes, á veces inconcebibles, que pasan con frecuencia desapercibidas porque nuestra ingénita indiferencia nos impide fijarnos en ellas y menos tomarse el trabajo de rectificarlas. Para hacer ver la exactitud de esta ley constante de las debilidades humanas traeré á cuento literalmente varias apreciaciones de tan esclarecido investigador extranjero parangonándolas con las irrefutables afirmaciones de la moderna crítica histórica más independiente, y también extranjera.

«*La Fenicia permanece muda respecto á la civilización de los Fenicios prehistóricos*», (2). Y no podía ser de otro modo porque, según el testimonio de Herodoto, (3) de Strabon

(1) Ibidem, p. 85.

(2) L. Siret. *Orientaux et Occidentaux*, p. 54.

(3) Herod., I, I, y VII, 89.

(1) y Trogo Pompeyo (2) las costas de la Siria, donde moraron tan hábiles marinos (3) en Aradus y Byblus, Berytus y Sidón, Tyrus y Aco, estaban muy distanciadas de las del Golfo Pérsico, que les sirvieron de cuna en tiempos remotísimos, según refieren los citados escritores más antiguos. Se lee en el Génesis que Noé engendró á Cham, el cual á su vez fué padre de Chanaan, quien tuvo varios hijos, uno de ellos *Arados* y el primogénito *Sidón* (4) habiendo constituido esta prole numerosa el conjunto de los pueblos Cananeos (5) añadiendo que Sara, la mujer de Abraham, fué sepultada, al morir por su marido en una Cueva que compró en tierras de Chanaan, (6) cuyas tierras concedió Dios en perpétua posesión al Patriarca y su descendencia, (7). Los Egiptólogos más distinguidos de nuestros tiempos, partiendo del pasaje compendiado de Justino y de los que se dejan citados de Herodoto y Strabon, refieren los orígenes del pueblo Chananeo, desde su exodo de la Caldea hasta su establecimiento á las márgenes del Jordan y en las playas del ante Libano en la Siria, cuyos (8) acontecimientos (9) se hacen subir á la XII.^a dinastía egipcia, del 2300 al 2250 antes de J.-C., y en ocasión que los Hyksos invadían el Egipto. Durante los cinco siglos que dura la usurpación de los Pastores hasta Ahmes que los expulsa á fines del siglo XVIII (10), los marinos Cananeos perfeccionaron

(1) Strab, I, II, 35.

(2) Just, XVIII, 3.

(3) Genes, x, 19.

(4) Genes, x, 1, 2, 4, 6, 15, 18.

(5) Genes, x, 18.

(6) Genes, XXIII, 19.

(7) Genes, XVII, 8.

(8) Lenormant, Hist, ancienne del'Orient. Paris 1885, vol VI página 118 y siguientes.

(9) Maspero, Hist, ancienne des peuples del'Orient classique. Paris, 1897, II, p. 1368 y siguientes.

(10) Lenormant, II, p. 168. Del 2295 al 1795; Lenormant, VI, p. 118.

en las costas de la Siria sus construcciones navales, desarrollaron sus industrias, extendieron su comercio, inauguraron el establecimiento de sus colonias y factorías, llevando el excedente de la población flotante á las más cercanas islas de los mares que le avecindaban, inventando por último los signos fonéticos de una escritura que substituyó á la ideográfica y á la silábica de los geroglíficos y de los cuneiformes; extendiéndose sin esfuerzo por la Europa, á la sazón iletrada y, por, ello á la vez, no es posible encontrar en la Fenicia restos prehistóricos de un pueblo que viene ya civilizado á establecerse allí de la Caldea en época remotísima, (1).

«Las relaciones que yo he comprobado entre la Cuenca del Mar Egeo y la España son mucho más antiguas que las navegaciones de los Fenicios, (2).

Se sabe que antiquísimos textos egipcios y asirios hacen referencia y conservan el etnico del pueblo Cananeo (3) y que un viejo pápiro del Museo Británico de la época de Rhamses II se ocupa ya de varias ciudades de la Siria como Sidon y Tiro (4) catorce siglos antes de J.-C., tan en contacto con los egipcios, en especial desde la expulsión de los Hyksos, (5). Herodoto, que vivió en los comienzos del v.º antes de J.-C., habiendo visitado el Egipto (6) y la Siria (7) señala á los Fenicios en Memphis (8) y en la Libia (9), haciéndolos venir del Mar Rojo (10) de donde derivan su denominación de *φαινίκας*

(1) Maspero, II, 62 y siguientes; Lenormant, VI, p. 475 y siguientes.

(2) Siret. *Orientaux et Occidentaux* p. 56.

(3) Maspero, II, p. 126, n. 4.

(4) Lenormant, VI, p. 484 y 485.

(5) Maspero, II, p. 209 á 385.

(6) Herod, II, 12, 13.

(7) Herod, II, 44.

(8) Herod, II, 112.

(9) Herod, IV, 197.

(10) Herod, VII, 89.

los colorados, algunos etimologistas antiguos, (1). Asegura á la vez que llevaron su industria minera á la Grecia fundando á Thasos, (2) sus mercancías á la Helada (3) y las letras que habían inventado, (4) habiendo perforado por último el Monte Athos. (5) Eurípides, contemporáneo del Padre de la Historia antigua, añade á su vez que fueron también estos mismos Fenicios los que enseñaron la arquitectura á los Mycenos, (6). Cuatro siglos más tarde otro griego no menos erudito, ocupándose de la Geografía del Mundo antiguo, puede asegurarse que confirma y amplía las noticias que quedan apuntadas celebrando á los Fenicios, que algunos estiman originarios del Golfo pérsico, (7) como gente de talento (8) artistas de gusto (9) astrónomos y aritméticos, mercaderes y marinos (10) que se dirigían en sus navegaciones por el Δεστος, la «Osa» (11) habiéndose establecido en Grecia (12) como en las Baleares (13) y dado la vuelta al Africa en tiempo del Pharaon Nechao II.º (14) siete siglos antes de J.-C., (15).

(1) Strab, I, II, 35; Lucret, II, v, 829.

(2) Herod, II, 44, VI, 47.

(3) Herod, I, 1.

(4) Herod, v, 58.

(5) Herod, VII, 89.

(6) Eurip. ΗΡΑΚΛΗΣ ΜΑΙΝΟΜΕΝΟΣ v. 945 *φαινει κανονι*, como el *φαινει κανονα* de Diodoro Siculo v, LVIII, 3 y de Suidas, Hist. graec. fragm. ed. Didot, IV, 4892 que significa *letras fenicias* y no rojas, aquella frase equivale también á las *reglas fenicias* de las edificaciones, no á color alguno.

(7) Strab, I, II, 35; Maspero, II, 55 y 62.

(8) Strab, III, v, 8.

(9) Strab, XVI, II, 24.

(10) Strab, XVI, II, 24 y XVII, 1, 3.

(11) Strab, I, I, 6.

(12) Strab, VII, VII, 1 y IX, II, 3.

(13) Strab, III, v, 1.

(14) Strab, IV, 42.

(15) Lenormand, VI, p. 528.

Fijan los progresos de los Fenicios en el Egeo los modernos egiptólogos desde que ocupan á Cypre haciéndolos pasar sucesivamente á Thera, Rhodes y el Pangeo, cruzando el Helesponto luego y llegando hasta el Caucasó en busca del estaño, dejando sembrado su paso por aquellos lugares con numerosos y enormes depósitos de caracoles vacíos del *murex trunculus* y del *brandaris*, de que sacaban la púrpura (1) á cuya industria, según los modernos, acaso debieron también el sobrenombre de Fenicios, *los rojos*, (2) con el que sustituyeron los primeros escritores helenos desde Homero, Herodoto y Eurípides el étnico de *Chananeos*, que traían de la Chaldea los marinos que se establecieron en las costas de la Siria del *Ante-Aradus* á *Ako*. Entre tanto la Grecia aún no se había dado cuenta de su capacidad y energía viendo pasar asombrada ante sus ojos tanta cultura, sin intentar todavía el aprovecharse de su enseñanza.

Con la expulsión de los Hyksós los Faraones de la Dinastía XVIII.^o, de Thautmes I.^o á Amenóthes II.^o y los de la XIX.^a, de Setis I.^o á Rhamses III.^o (3) vienen dominando en la Siria hasta el punto que Thautmes III.^o, para hacer efectivos los tributos que le pagaban los pueblos sometidos á su autoridad, se valía de una flota montada por fenicios que recorría en su nombre los mares entonces dominados, (4).

Mucho más tarde al subir al trono Menephtah invaden el Egipto, por primera vez, con los Libios, los Aqueos, los Sardos y los Licios que son derrotados (5) por el ya anciano soberano y en los días de Rhamses III.^o vuelven los mismos

(1) Maspero, II, p. 201 al 205.

(2) Gesenius, *Scripturae linguaeque Phoeniciae monumenta*: lib. VI, cap. I, § 4 n. ***.

(3) Maspero, II, 209 á 384 y siguientes.

(4) Lenormant, VI, p. 487 á 491.

(5) Maspero, II, p. 429.

pueblos, confederados con los Tirrenos y los Danaos, entre otros, de concordancia dudosa, á intentar nueva invasión en las tierras del Nilo para ser de nuevo destrozados por el hazaroso Pharaon invicto, (1). Hasta 300 años después de Thautmes III.^o hacia el final del siglo XVI, antes de J.-C., no aparecen, pues, los Griegos del Egeo y del Asia menor como marinos y guerreros intentando derrocar la vigésima dinastía nilótica, que castiga duramente su prematura osadía. En resumen; durante las cinco centurias que subsiste la usurpación de los Pastores, de la XV.^a á la XVI.^a Dinastía, no dejan los Fenicios de figurar en el Egeo como marinos y negociantes emprendedores, mientras los griegos tardan siglo tras siglo en aparecer, muchísimo más tarde, como conquistadores, fracasados no más.

«Homero ha debido aprovechar tradiciones más antiguas que las de los Fenicios respecto á las expediciones de España, (2).

Ante todo me habrá de permitir que le pregunte con Wolf y sus discípulos; ¿pero ha existido Homero?; ¿en caso afirmativo, cuando pudo vivir?; ¿en 907 antes de J.-C., más de medio siglo después de Salomón, como afirman los *Mármoles de Paros* (3) ó en 880, como supone Herodoto, con más ó menos fundamento? (4). Si antes de sentar afirmación tan rotunda hubiérase procurado su autor cualquier colección de las conocidísimas Biografías de Plutarco, entre las que estuviese incluida la *pseudo plutarquiana* de Homero, á la vez que alguna *Antología* griega, sin mucho esfuerzo hubiera recordado desde luego las dudas que existen, sobre la época, la

(1) Maspero, II, p. 464 y siguientes.

(2) Siret, *Orientaux et Occidentaux* p. 57.

(3) Müller, *Hist. graec. fragm.*, edit Didot, I, p. 546.

(4) Herod., II, 53.

vida y el lugar donde naciera el célebre Cantor de Troya (1), y, sobre todo, que obscurecida la memoria de Homero en el siglo IX, cuando Licurgo, hijo de un Rey de Esparta, promulgaba el primer Código de Leyes en su pueblo, el mismo político insigne, levantola en alto, dando á conocer á los Espartitos los sonoros cantos de la liada, (2) misión que también llevó á cabo Solon, dos centurias después en Atenas (3), donde su pariente Pisistrato, con ser tan tirano, *reunió al fin las poesías de Homero cuyos episodios se cantaban disgregados y sin orden alguno*. (4). Me permitiría también rogar al distinguido prehistorista belga que leyese en la misma Anthología griega que acabo de citar dos pasajes en los que se afirma que un sujeto llamado Cometas, *habiendo encontrado los dos viejos poemas de Homero, los había rejuvenecido haciendo desaparecer de ellos las huellas de la edad, mostrándolos brillantes y con nuevo fulgor á la gente de inteligencia y de gusto*, (5). Después del arreglo realizado por Pisistrato, con el auxilio de algunos sabios de su época, que dió por resultado la edición de Homero que pudiera denominarse *príncipe*, viene luego una serie sucesiva de nuevos ordenadores, *diascevates*, y correctores, *diorthuntes*, del mismo texto, que pasando por Aristoles, 334 años antes de J.-C., llega hasta los Alexandrinos del segundo siglo, cuando imperaban en las tierras del Nilo los primeros Ptolomeos, siendo aquellos eruditos los que fijan la lección que estiman definitiva de la Iliada y la Odisea que hoy corre en manos de los humanistas. De cualquier modo que ello fuese

(1) Anthol, graec, n. 295 á 299. Vita Homeri pseudoplut, I, II, et passim.

(2) Plut, V. Thes, xx, 3.

(3) Plut, V. Solonis, x, 2.

(4) Anthol, graec, n. 442.

(5) Anthol, graec, n. 37 y 38.

es lo cierto que como quiera que ni Kirchhoff (1), ni Roehl (2) ni Reinach (3) registran en sus diferentes estudios sobre el primitivo alfabeto griego ejemplares paleograficos más antiguos que los encontrados en Thera, que datan según conjeturan de fines del VII.^o siglo, es fuerza convenir que los Cantos homéricos debieron conservarse en la memoria de los Rapsodas, aún analfabetos, por un siglo y otro siglo, haciéndose muy dudoso el aceptar, como se ha supuesto, que al comenzar el décimo los mandara recoger Licurgo, cuya recopilación no se conservara ya en el VI.^o y cuyo vacío impulsó al pariente de Solon á llenarlo, dando margen á tantas revisiones, arreglos y correcciones, como se ha visto que sufrieron estos poemas durante más de 400 años, hasta quedar fijados en la forma que hoy tienen adoptada. Habiendo pasado todo ello de la manera expuesta, ¿qué apoyo podrán prestar que no sea en extremo efímero, respecto de los más antiguos acontecimientos históricos de la Hispania, cualquiera de los versos de Homero después de tantas manipulaciones como han sufrido en el transcurso de más 700 años? Unos cantos inspirados por el heroísmo—cuando la Grecia, como es lo más probable, aún no conocía el Alfabeto—que se transmiten de generación en generación por la tradición oral de los Rapsodas aún todavía iletrados, que logran fijar la atención de los primeros legisladores de Esparta y de Atenas, siendo escritos cuando el arcaico alfabeto de Thera se vulgariza en la Helada, que de Pisistrato á los Alexandrinos sufren revisiones, correcciones y alteraciones hasta quedar remozados.

(1) Studien zur Geschichte des Griechischen Alphabets, § 11, p. 49 y siguientes.

(2) Imagines inscriptionum graecarum antiquissimarum, 1 á 19, p. 1 á 3.

(3) Traité de epigraphie grecque, par S. Reinach, p. 174, 181 et passim.

dos en la forma que tienen al presente, tales textos no pueden ser fuentes históricas ni menos cronológicas fehacientes para justificar hechos remotísimos rayanos con los albores de la civilización helénica, (1).

«Los Fenicios no eran solamente mercaderes pacíficos, sino también audaces conquistadores», (2).

No tengo noticia de texto ni documento alguno antiguo del que puedan deducirse tan belicosos alardes en los antiquísimos marinos que moraron, desde época en extremo remota, en las costas de la Siria. Cuando diez y siete siglos antes de J.-C. fueron expulsados los Hyksos de Avaris y del *Delta* figuran ya los Sidonios como los primeros marinos mercantes que habían surcado intrépidos el Mediterráneo, abordando por el Sur á las Costas del Egipto, por el Ocaso á las de la Libia hasta las de ambas Syrtes, habiendo cruzado por el norte el Egeo, recalado en las playas asiáticas, atravesando el Helesponto, abordando al Caucasó, dejando por donde quiera que arribaron señales indelebles de su paso, bien colonizando férciles campos inhabitados é incultos, ya estableciendo factorías en las más abrigadas *Abras* de aquellos mares, ó fábricas de púrpura en las costas más abundantes en murices y, por último, explotaciones mineras en las más ricas cuencas metalíferas que encontraban á su paso. Los modernos investigadores que han explorado algunas de las estaciones Fenicias de la Grecia de fecha la más arcaica, no han encontrado

(1) Reinach. *Traité de épigraphie grecque*, p. 181. «El alfabeto de Thera ha transformado en verdaderas vocales las guturales dulces y las semivocales fenicias, *alep*, *he*, *vau*, *ain*, *iod*, y ha cambiado además la dirección de la escritura como ya observó Herodoto», v, 58. Véase en la pág. 189, el desenvolvimiento cronológico de los alfabetos griegos entre los que figura como más arcaico el de Thera.

(2) L. Siret, *Orient, et Occid. en Esp. etc.*, p. 54.

en ellas ni hachas, ni lanzas, ni armas de bronce, ni menos recias fortificaciones que revelasen un pueblo guerrero y apercibido para la defensa, sino numerosa cerámica, inmensos restos de moluscos vacíos y copiosos escoriales de minas abandonadas, indicios todos ellos innegables de un pueblo que vivía de su industria y de su comercio, cuyos veneros no pueden utilizarse cumplidamente sino en medio de la paz más absoluta. Y tanto es así cuanto que en los tres siglos que median de Ahmes I.^o á Rhamses III.^o, del 1600 al 1300 antes de J.-C., no dejan los Pharaones de cruzar la Siria en las numerosas campañas que sostienen contra sus enemigos del norte, batiendo y dominando de continuo á los soberanos de los pequeños Estados que encuentran á su paso y, sin embargo, en los ánales de piedra, donde aún se conservan consignadas tantas hazañas, no aparecen nunca ni los Sidonios ni los Tirios como dominados por los Egipcios, indicando con ello que vivían aquellos marinos en no interrumpida inteligencia con los Soberanos Nilóticos, á quiénes llegaban á facilitar sus escuadras los primeros para hacer efectivos los tributos de los pueblos sometidos del litoral de la Grecia, (1).

Es cierto que en alguna ocasión los escritores más antiguos hacen aparecer á los Fenicios como pirateando en las Costas de la Helada; pero es incidentalmente y valiéndose de la astucia, nunca de la violencia de las armas, (2). Precisamente en el mismo siglo XIV.^o antes de nuestra Era fué cuando Merenphtah I, de la Dinastía XIX, y más tarde Rhamses III.^o de la inmediata, contienen y derrotan unas formidables invasiones, que sucesivamente atacan los ejércitos egipcios de mar y tierra, compuestas de Aqueos y Laconios, Danaos y Tirrenos, Sardos y Sículos, confederados entre

(1) Maspero, II, p. 169 á 200; Lenormant, VI, p. 484 y siguientes.

(2) Homero, *Odys.* xv, p. 403 á 484; Herod, I, p. 1.

otros con los Libios, para destrozar el poderío egipcio anulando su preponderancia (1) en el mundo antiguo. Después del formidable combate naval librado contra los tales helenos y sus aliados, consignado en sus accidentes más más heroicos en los bajos relieves y en las inscripciones de *Medinet-Abu*, es cuando comienza la ingerencia en el Mediterráneo de la marina griega, que va eliminando á la Sidonia de las aguas del Egeo mermando su talasocracia hasta que, primero el Exodo, arrojando sobre las costas de la Siria á los Cananeos desposeidos de sus tierras por los Israelitas y, por último, los Filistinos ya rehechos de su desastre pasado, atacando inopinadamente á Sidon y entrándola á saco, ponen término á su prosperidad, que no sostuvo nunca con ejércitos porque los desconoció en absoluto.

Herédala Tiro cuyos insulares, buscando compensación á las repetidas pérdidas de las posesiones del Egeo, se encaminan á las playas más distantes del Africa y de la Hispania donde establecen también colonias, factorías, explotaciones mineras, fábricas de púrpura y de salazones, con cuyas industrias alimentaron por cerca de seis siglos su comercio con Europa, hasta que, después de haber triunfado de Sargon y los Asirios, sucumben al cabo de trece años de gloriosa resistencia al recio empuje de los Babilonios de Nabucodonossor, 574 años antes de C.-J., (2).

Los Fenicios, pues, que únicamente moraron en las playas de Siria, no fueron jamás guerreros sino mercaderes; al contrario de sus congéneres los Púnicos que nunca fueron industriales sino soldados; y habitaron en el Africa, por lo que sería error gravísimo confundir y amalgamar á los unos con los otros.

(1) Maspero, II, p. 429 á 480; Lenormant, VI, p. 283 á 305.

(2) Lenormant, VI, p. 531; Maspero, III, p. 549.

«La parte fenicia de la España es la Andalucía moderna, la Bética romana, la Turdetania, Tartesside ó Tarshis prehistórica», (1). «Se sabe que en los mercados de Sidon rebosaba el oro y la plata de Tarshis», (2).

«La España novicia é ignorante; Tarhis rica en plata y explotada por la astucia, las armas y las mercancías de munición de los Fenicios; sus despojos enriqueciendo á Sidon y Mycenae: tal es el cuadro trazado por las escavaciones y que ofrece la península al fin del periodo neolítico», (3).

Ha sido opinión antigua, que aún tiene algunos defensores, que el Tharsis de la Biblia (4) el Tarseios de Polibio y el Tartessus de Herodoto (5), son tres formas accidentalmente alteradas de un mismo etnico, cuya cuna residía en las Costas europeas del viejo Estrecho de Melkart, asiento de las primeras factorías tirias de la Hispania. Ante todo se refiere en el Genesis (6) que *Tharsis* fué hijo de *Iavan*, nieto de *Iaphet* y bisnieto de *Noe* y que entre los descendientes de este patriarca se dividieron las regiones del mundo, fundado en lo cual y en un fragmento de Julio Africano conservado por Eusebio de Cesarea en su *Crónica*, (7) dejó éste escrito *Θαρσίς ἐξ ὧν Ἰβηρες* afirmando que los Iberos provenían de Tharsis. En otro libro he demostrado el error que se encierra en ésta y en varias afirmaciones geográficas análogas que sólo se apoyan en la mera fantasía de sus autores; (8) por lo que no ha de reteiterar ahora

(1) L. Siret, *Orientaux et Occidentaux en Espagne*, p. 54.

(2) *Ibidem*, p. 15.

(3) *Ibidem*, p. 38.

(4) *Reyes*, III, x, 22.

(5) III, 24, 2, 4.

(6) I, 163, IV, 152.

(7) *Gen*, x, 1, 2, 4, 5,

(8) *Berl. Hisp. ant.* p. 33.

(9) *Berl. Los Bronces de Lascuta, Bonanza y Aljustrell*, p. 30 á 35

lo que entonces expuse con profusión, concretándome no más que á los pasajes del libro de los Reyes tan citados de continuo, como conocidos, que confirmados por otro de los Paralipomenos, dicen vertidos literalmente de la Vulgata, al castellano, (1).

«El Rey Salomon construyó también una escuadra en Asiongaber, que está cerca de Ailath en las playas del Mar Rojo en tierras de los Idumeos. En esta escuadra hizo Hiram que se embarcaran con súbditos de Salomon vasallos suyos que eran entendidos marinos. Cuando arribaron á Ophir embarcaron allí y llevaron al Rey Salomon hasta cuatrocientos veinte talentos de oro. La escuadra de Salomon iba á la vez con la de Hiram cada tres años á Tharsis, trayendo de allí oro, plata, colmillos de elefantes, monos y pavos».

Ahora, bien zarpando las escuadras aliadas de Hiram y de Salomon desde Asiongaber en el Eritreo y singlando con rumbo á Gades para rendir luego el viaje desde las playas de Tartesus á las de la Palestina, resultaría necesario que hubiesen recorrido todas las costas del Africa, desde las de los Idumeos hasta más allá de las del Delta, antes de llegar á Jope, puerto natural de arribada, cuya circumnavegación la hicieron ciertamente los fenicios á lo que se sabe, pero tres siglos después de Salomon en tiempo de Nechao II hijo de Psametiko, como acabo de dejar indicado.

Pero, prescindiendo de esta deficiencia, caso de ser cierta, en las fuentes de información histórica de tan remota fecha, aún resultaría otra dificultad que no deja de ser inexplicable. Una vez los buques de ambos Soberanos arribando á Tartessus, la tierra de los metales preciosos, no tenían ya necesidad sus marineros de regresar al Mar Rojo, sino cargar de plata los bageles y seguir el Itinerario que habían trazado,

(1) Reges, III, IX, 26, 27, 28; Reges III, X, 22; Paralip, II, IX, 21.

desde hacia cerca de trescientos años antes, los barcos mercantes de los Tirios, siguiendo las estaciones navales escalonadas por las costas mediterráneas, donde tenían sus factorías establecidas á este intento. invirtiendo en el viaje de ida y vuelta de Tyro á Gades, no tres años como repiten con insistencia los textos bíblicos, (1) sino algunos meses no más.

Aunque se quisiera prescindir por el momento de tales dificultades, habrían de surgir otras, no de más fácil solución por cierto, de los mismos pasajes aducidos de las Crónicas reales, como el ignorarse por completo que en el medio día de la Hispania se criaran monas, ni pavos silvestres, en tanta abundancia, que diesen sobrado abasto para exportación tan lejana, y, sobre todo, que en la Turdetania existiesen tantos colmillos de elefantes que pudieran hacer la carga de un buque y de otro buque, por pequeño que fuese, en repetidos viajes de las márgenes del Guadalquivir á las del Jordán.

En resumen; que el Tartessus de Herodoto en el medio día de la Hispania, regado por el Betis, no podía ser en manera alguna el Tharsis del libro de los Reyes y delos Paralipomenos, á donde iba la escuadra de Salomon desde el Mar Rojo haciendo un viaje de tres años para llevar al monarca Hierosolimitano, plata, oro, monas, pavos y marfil, como lo había demostrado hasta la saciedad hacia más de dos siglos, aunque inútilmente, Samuel Bochart. en su Geog. sacra, (2).

(1) Reges, III, x, 22; Paralip, II, ix, 21, *semel in annis tribus; cada vez en tres años.*

(2) Bochart, Phaleg et Canaan, 1692, col. 171.

«Si el comercio de los productos de *marfil* ha sido la especialidad del monopolio de los Fenicios desde fecha antiquísima, no se puede tratar de explicar su presencia en las tumbas y en las moradas neolíticas del Sud de España de otro modo que por la existencia de este comercio fenicio contemporáneo de la última evolución neolítica.»

«Es en extremo probable por no decir seguro que la mayor parte de estos objetos de *marfil* hayan sido fabricados por los mismos Fenicios en la Syria ó en España así como los huesos grabados y pintados.»

No es posible leer el nombre de Gador sin que cause impresión su semejanza con el de Gadir, ó Agadir, de la más antigua colonia fenicia conocida», (1).

«¡Buscando un significado al nombre de *Los Millares*, en singular *Millar*, encuentro que en español moderno, además del suyo propio, tiene otros dos poco usados, uno de ellos es—lugar en que se pueden criar dos rebaños—ó séase mil ovejas. Pero *Gadir* en fenicio quiere decir—abrigo para rebaños de Ovejas—¡luego *Millares* es la traducción española del nombre fenicio de *Cádiz!*, (2).

«¡Antes del *Gadir* que aún existe, hubo otro que desapareció hace tres mil años, que era el puerto oriental de la Turdetania!»

«¡Después de la expulsión de los Fenicios, debieron éstos escoger una nueva Gadir y se fijaron en Cádiz!»

«¡A la nueva colonia dieron los Fenicios el nombre de la antigua en recuerdo de ella, sencillamente por la habitud ya contraída!», (3).

Todo este copioso raudal de etimologías y conjeturas viene á formar una mera novela fantástica con pretensiones de erudita, provocada por el cariño que ha despertado en su autor el suelo de una región tan rica en tesoros arqueológicos, cuyo estudio le ha producido tales goces intelectuales, que desbordándose el entusiasmo sobre su clara razón ha inundado con el obscuro limo etimológico las más puras fuentes de enseñanzas de aquellos pródigos campos de investigación prehistórica. Tan cierto es que las exageraciones de

«No hay que olvidar que estos objetos-de marfil encontrados en España son productos medianos de los que se destinaban para los pueblos atrasados, para las colonias, como pacotilla para la exportación »

(1) L. Siret, *Orientaux et Occidentaux*, etc., p. 37.

(2) L. Siret, *Orientaux et Occidentaux*, etc., p. 46.

(3) L. Siret, *Orientaux et Occidentaux*, etc., p. 48.

los etimologistas causan sin cesar más daño á la historia y á la Geografía antiguas de España, que Román de la Higuera con todos sus desventurados socios y sucesores.

El mismo ilustrado prehistorista D. Luis Siret en su *Essai sur la chronologie protohistorique de l'Espagne* (1) atribuye á los Celtas la civilización hispana á partir del siglo XII.^o antes á J.-C., cuando precisamente los Tirios abordaban á la Turdetania (2), según la opinión de los más distinguidos fenisiólogos, resucitando la abandonada teoría del primitivo celticismo universal defendida con asombrosa arrogancia por entusiastas *Celtomanos*, quiénes sostienen que la portentosa cultura de sus patrocinados se extiende desde las Galias por el viejo mundo conocido entonces, (3). En otras varias monografías me he ocupado de opinión tan exagerada (4) y no habré de repetir ahora lo que con tanta reiteración vengo sosteniendo, limitándome sólo con este motivo á citar únicamente los pasajes de los más antiguos escritores, griegos y romanos, que se ocupan de los Célticos establecidos en la Península ibérica y de su llegada á las fronteras hispanas en fechas las más remotas.

El texto más antiguo que recuerdo en este momento en el que se habla de los Celtas en la proximidad de la Iberia es el de Hecateo de Mileto, que murió en la Olimpiada 76, el año correspondiente al 473 antes de J.-C. Según dice más de ocho siglos después Esteban de Bizancio, el aludido geógrafo dejó escrito que *Massalia*, colonia focesa, era población ligus-

(1) *Revue Archeologique*. Tom. x, Jul. Dec. 1937, p. 373 et siguientes.

(2) *Movers Die Phoenizier*, II, p. 588 á 659.

(3) Theophile Cailleux, *Origine celtique de la civilisation de tous les peuples*. París, 1878.

(4) Berlanga. *Los Bronces de Lascuta, Bonanza y Aljustrel*. Málaga. 1884, p. 89 á 98 y 774. Prólogo á la Monografía sobre *Astapa* del señor Aguilar Cano. Sevilla. 1899, p. XXIII á XXIX.

tica *vecina* á la Céltica, añadiendo en otro lugar que Narbona y Nyrax eran ciudades Célticas. (1) esto es, de las Galias, (2) sin que indique cosa alguna sobre el establecimiento de Celtas en la Iberia, aunque visitó las *Columnas de Hercules*, y al hablar de las Galias tuvo buen cuidado de anotar, como se ha visto, qué poblaciones eran célticas y cual otra, como Marsella, era ciudad ligústica, colonizada por los Foceos en las inmediaciones de la región ocupada por los Celtas,

Otro escritor griego, cuyo nombre es desconocido, autor del Periplo del siglo VI.^o antes de J.-C., vertido al latín en el IV.^o de nuestra Era por el Proconsul de Africa Rufo Festo Avieno en sus conocidas *Ora Maritima*, (3) tampoco habla una palabra de los Celtas como establecidos en ningún territorio de la Iberia de las costas de ambos mares ó en el interior del país.

Herodoto, que murió hacia el 406 antes de J.-C., en dos pasajes de sus *Musas* dejó consignado que los Celtas, desde el nacimiento del *Ister* se habian venido corriendo hacia el Occidente de Europa, llegando á las fronteras de los Gynetes ó Gynesios, (4). La semejanza de tales nombres con el de la Región *Counea* señalada por Strabon en la Iberia (5) es tan manifiesta, como la del *Tharsis* de la Biblia respecto al *Tarte-*

(1) Müller, *Historicorum graec. fragm.* ed. Didot, vol. I, fragm. 19, 21, 22, El Nyrax de Hecateo suele concordarse con Niort en el departamento de Deux Sevres. En el fragmento 20 del mismo Hecateo se nombra á los Elisios gente de los Ligures.

(2) Caes. De bello galico, I, 1.

(3) Hübner. La Arqueología en España, p. 2 § 2 y p. 4 § 3. Ruffi Festi Avieni Carmina, recensuit Alfred Holder, 1887.

(4) Herod., IV, 49. «El Ister atraviesa toda la Europa naciendo entre los Celtas, que son los últimos de todos los pueblos de la Europa, que habitan hacia el Occidente, si se exceptúan los Gynetes» οἱ Κυνήτιοι. Herod., II, 33. «Habitan los Celtas fuera de las Columnas de Hercules vecinos á los Gynecios último pueblo hacia el Occidente de los que habitan la Europa» οἱ Κυνήτιοι.

(5) Strab. III, 1, 47, χυρχυ... Κουνοῦ.

ssus del padre de la Historia, que ya antes he hecho notar. Sin embargo, el gramático *Stephanus* de Bizancio, que residía en Constantinopla á fines del v.º siglo de nuestra Era, no tuvo dificultad en afirmar que los *Cyneticos*, de que hacía más de 900 años había hablado Herodoto, á quien equivoca con Herodoro, discípulo de Socrates, residían en un lugar de la Iberia, concordancia bien desautorizada por cierto, después de más de novecientos años de haber estado incubada, sin motivo alguno ciertamente, (1). Pytheas de Marsella, que visitó las playas hispanas del 340 al 330 antes de J.-C., *fué el primero que dió la noticia del gran movimiento de los Celtas hasta las Costas hispanas*, (2).

Ephoro de Eolia hacía la misma fecha aseguraba igualmente, que los *Celtas* en el cuarto siglo ocupaban muchas regiones de la Iberia hasta Gadir (3), siendo con Pytheas de los más antiguos que hablan de tales invasores como ocupando algunos territorios ibéricos.

Eratosthenes que murió hacia el 194 antes de J.-C., afirmaba que había Galatas que habitaban en las costas ibéricas hasta Gades, lo cual niega Strabon tachando á su paisano de ignorante en la historia de aquella región, (4).

Polibio de Megalopolis más tarde, después del 167 anterior á nuestra Era, nombra por primera vez la Celtiberia y los Celtiberos, como habitando en el Centro de la Iberia, (5).

Posidonio, que vivía 135 años antes de J.-C., parece que

(1) Steph. bizant. KYNHTICON, ἱβηριακὸς τόπος. Vide etiam Historico rum graec. fragm. ed Didot, II, p. 34, n. 20. Mas semejanza tienen las denominaciones aludidas entre otras con Κυνη, ciudad de la *Lydia*, de que habla Hecateo. Hist. graec. fragm. ed. Didot, I, p. 15, n. 221,—ó con Κυνός, que lo fué de la Acaya y es citada por Ptolemeo. Geographia, III, 15, 10.

(2) Hübner. La Arqueología en España, p. 6 y 7.

(3) Strab., IV, IV, 6.

(4) Strab. II, IV, 4.

(5) Polib. Hist. III, 17, 2 et passim.

fué el que con más exactitud trató de fijar la procedencia de los Celtíberos, (1).

Diodoro Sículo al comenzar el siglo I.^o de J.-C., según ha demostrado Müllenhoff, copió de Posidonio cuanto éste refiere sobre el origen de los Celtíberos por la fusión de los Iberos con los Celtas, después de una cruda guerra de invasión y de conquista que terminó con la paz en tiempos pasados, (2).

Desde Pytheas y Ephoro hasta Posidonio y Polibio, ó lo que es lo mismo, desde que al comenzar el siglo IV.^o antes de J.-C. en que llegan los Celtas á la Iberia hasta, ya mediado el segundo en que aparecen los Celtíberos. pasan más de 250 años, tiempo sobrado para haber realizado la invasión de las costas occidentales de la Península, sosteniendo después larga y tenaz guerra de conquista en el centro del país, fusionándose vencedores y vencidos, luego que depusieron las armas, dando ocasión en más de un siglo de enlaces recíprocos, después de cuatro ó cinco generaciones sucesivas, á la mencionada subraza híbrida de los Celtíberos. Si éstos no aparecen en la historia del mundo antiguo hasta que es ya mediado el segundo siglo que precedió á J.-C., y sin embargo, una centuria antes emite Emporia dracmas del sistema focéo con leyenda en caracteres desconocidos, (3) como los llamaron nuestros primeros numógrafos; en 227 bate Sagunto victoriatos con epígrafes de letras semejantes y peso de 3 gr. 46 á 3 gr. 41, (4) como la dracma ilírica de curso corriente en la Liguria y las Galias; (5) y en 219 acuña la Citerior monedas

(1) Hübner. Estudios geográficos sobre los Caledonios, los Callaici, los Cantabros, Carthagonova y los Celtíberos publicados en la Pauly Real. Encyclopädie de Stuttgart.

(2) Hübner, Ibidem, Diod. Sicul, v. 33.

(3) Velazquez. Ensayo sobre los alfabetos de letras desconocidas Madrid. 1752.

(4) Zabel. I, p. 128.

(5) Gnechhi Monetazine romana, p. 12.

con análogas inscripciones del conocido patrón romano del As uncial de la Ley Flaminia. ¿cómo es que persisten los modernos numismáticos en llamar *Celtiberos* á estos caracteres que aparecen en monedas de pueblos ibéricos, más de un siglo anteriores á la fecha en que fueron los tales celtiberos conocidos y cuando aún desconocían ellos, por lo tanto, el arte de la escritura?

Tales son las Autoridades históricas más dignas de fé, que han llegado á mi noticia, referentes, á la invasión de los Celtas en la Iberia, cuyas afirmaciones aparecen en abierta oposición con las que se atreve á sostener el ilustrado ingeniero belga en la forma que paso á exponer, reproduciendo vertido al Castellano su

Cuadro Cronológico prehistórico de España según D. Luis Siret

Fechas aproximadas	Industrias locales	Epocas históricas	Acontecimientos principales
¿... ..?	Piedra pulim. ^a	¿Hércules?	El Occidente es civilizado por una corriente que viene de los alrededores de la Cuenca del Egeo.
1700/1200	Cobre.		
	Silex tallado	Fenicia	Supremacia Sidonia.
1200/1110	»	»	Invasión de los Celtas en Occidente; destrucción del imperio fenicio.
1100 / 800	Bronce	Céltica	Fundación de Gadir por los Tyrios, Concurrencia griega en el Mediterráneo.
800 / 600	Hierro	Céltica	Apogeo del Comercio griego.
600 / 400	Hierro	Céltica	Preponderancia de los Cartagineses en el Mediterráneo occidental.
400 / 200	Hierro	Cartaginesa	Conquista de los Barcas.
200 / 150	Hierro	Romana	Destrucción de Cártago y conclusión de la nacionalidad fenicia ó púnica.

Tan fantástico resumen sinóptico de sincronismos ideales comprende varias afirmaciones imaginarias de todo punto

inadmisibles, siendo completamente opuestas á cuanto enseñaron los antiguos y han confirmado después los modernos, referente á los orígenes del establecimiento y de la civilización de las más viejas naciones del Africa, del Asia y de la Europa, (1). Porque, en efecto, las peregrinas teorías ideadas y defendidas por el tan justamente celebrado erudito extranjero, salvando las fronteras de la prehistoria, vienen á destruir no pocas de las más importantes afirmaciones que legaron á la posteridad, de cuanto habían logrado aprender, en la dilatada serie de doce siglos, los más sabios de entre los griegos y los romanos que por entonces vivieron, (2).

Y de igual manera pretenden anular algunas de las innegables conquistas que los Egiptiólogos primero y luego los Asiriólogos contemporáneos han logrado alcanzar con sus profundos y notables estudios decifrando las oscuras pági-

(1) Siret, *Essai sur la chronologie protohistorique de l'Espagne*. *Révue Archéologique*, tomo x, Jul., Dec. 1907, p. 379 «Atribuyo la destrucción del imperio fenicio á la invasión de la raza celtica.» p. 385 «la destrucción del poderío fenicio por los Celtas abrió el Occidente á la marina de los Griegos sus amigos y aliados contra los fenicios.» «Considero la fundación de Gadir por los Tyrios en el siglo xii.^o como la consecuencia de la destrucción del imperio Sidonio en España por la invasión de los Celtas», p. 389. «En reauem; los Celtas reemplazaron á los Sidonios en la España y en la Gaula en el siglo xii.^o Su conquista permitió el desenvolvimiento del comercio griego sobre las costas del Mediterráneo y á través de la Gaula. La fundación de Gadir dejó cerrado á los mismos Griegos el camino del Atlántico.»

(2) Siglo vi.^o antes J.-C. Anónimo de Marcella, *traducido por Avieno*.

»	»	»	»	Himilcon.
»	v. ^o	»	»	Hecateo. Herodoto.
»	iv. ^o	»	»	Pytheas-Ephoro.
»	iii. ^o	»	»	Fabio Pictor.
»	ii. ^o	»	»	Pesidonio-Polibio.
»	i. ^o	»	»	Livio-Diodoro-Artemidoro.

Ediciones para los fragmentos de historiadores y geógrafos. Müller, *Fragmenta historicorum graec*, 1881, ed. Didot. Peter. *Historicorum roman. reliquiae*, Leipzig. Teubner 1870 y 1883. Bernhardt. *Geograph. graeci minores*. Lipsiae. 1828. Müller, *Geographi graeci minores*, Paris. 1855 ed. Didot.

Siglo i.^o de J.-C. Trogo. Pompeius-Mela. Plinio-Silvio. Italico-Strabon-Tacito-Velejo Paterculo.

»	ii. ^o	»	»	Ptolemeus-Iustinus-Appianus.
»	iii. ^o	»	»	Solino-Floro - Dionisio el periegete - Dion Cassio.
»	iv. ^o	»	»	Rufo Festo Avieno, Ora maritima-Macrobio.

nas de piedra de los más remotos anales del mundo civilizado. No podrá pues extrañar tan denodado innovador, si tratando de inquirir de parte de quién está la razón me, permita comparar algunas de sus extrañas innovaciones con los epígrafes antes incomprensibles que en los templos y en los palacios del Egipto y de la Asiria aún conservan las biografías de los más esclarecidos de sus antiquísimos Soberanos, apoyándome en la autoridad de los más respetables intérpretes de los geroglíficos y de los cuneiformes que fueron unos y son otros gloria del mundo civilizado en el siglo que pasó y en el que ahora comienza, (1).

(Continuará.)

M. R. DE BERLANGA

- » v.º » » Stephanus bizant.
» vi.º » » Prisciano, versión de Dionisio el periegete.
Isidorus hispalensis, Ruf, Fest, Avieni Carmina, 1887, ed. Alfred Holder Stephanus bizantinus, ed. Dindorf-Leipzig 1825.

- (1) Chabas. Les Pasteurs en Egypte, Amsterdam, 1868.
Chabas. Etude sur l'antiquité historique, Paris, 1872.
Chabas. Recherches pour servir à l'histoire de la xix^e Dynastie et spécialement à celle des temps del'Exodo, Paris 1873.
Mariette. Aperçu del' Histoire d' Egypte, Paris 1870.
Lenormant. Histoire ancienne, Paris 1887.
Maspero. Histoire ancienne des peuples del'Orient classique, Paris. 1895.
Brugs. Histoire d' Egypte, Leipzig 1875.
Mari. Il Codice di Hammurabi é la Bibbia, Roma 1903.
Maspero. Etudes de Mythologie et d'archeologie egyptiennes, Paris 1893.
Menant. Documents periodiques del'Assirie et de la Chaldée, Paris 1877.
Menant. Les Achemenides et les Inscriptions de la Perse, Paris. 1872.
Oppert et Menant. Grande Inscription du Palais de Khorsabad, Journal Asiatique, Paris, Janv, Fev. 1863.
Rougé. L'origine egyptienne del'Alphabet phenicien, Paris 1874.
Lenormant. Essai sur la propagation del'alphabet phenicien dans l'ancien monde. Paris 1875.
Corpus. Inscriptionum Semiticarum, Paris 1881, 1908 et sequentes.
Levy. Phönische Studien, Breslau. 1856, 1857, 1864, 1870.
Levy. Siegel und Gemmen, Breslau. 1869.
Levy. Phönizisches Wörterbuch, Breslau 1864.
Schroder. Die Phönizische Sprache, Halle 1868.
Pellegrini. Studi d'Epigrafia fenicia, Palermo, Torino 1891.
Gesenius. Scripturae linguaeque phoeniciae monumenta. Lipsiae 1837.
Judas. Etude demonstrative de la langue phenicienne et de la langue Libyque, Paris 1847.
Derembourg. Inscription de Carthage sur les offrandes de primices. Journal Asiatique, Feb., Mars., Paris. 1874.
Halevy. Melanges d'epigraphie et d'archeologie semitiques, Paris. 1874.
Halevy. Essai d' epigraphie libyque. Journal Asiatique, Fev., Mars 1874



LA JUNTA DE GERONA EN SUS RELACIONES CON LA DE CATALUÑA

1808 Y 1809

(CONTINUACIÓN)

XIX

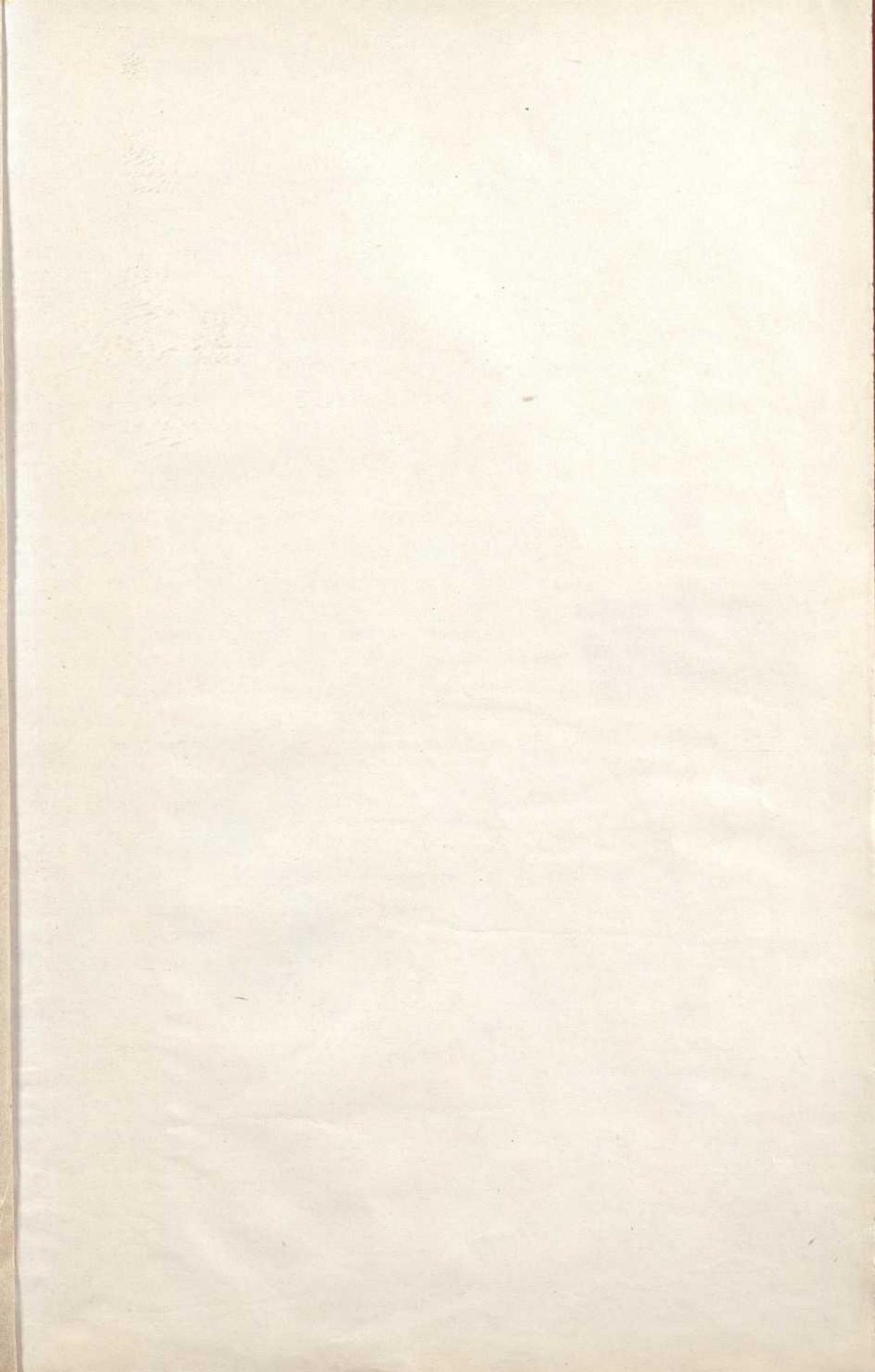
Continuación del sitio de Rosas —Clarós ataca á los sitiadores, auxiliándole el comodoro inglés. — Rendición de enemigos en Llausá.—Temporal de lluvias.—Desplome de la pared que cerraba la brecha de la ciudadela —Trabajos para volver á construirla.—Alvarez hace introducir en Rosas, un refuerzo de migueletes.—Nuevo ataque de Clarós á los sitiadores.—La llanura de Rosas queda inundada.—El general Vives insistiendo en su ilusión de poder rendir la plaza de Barcelona.

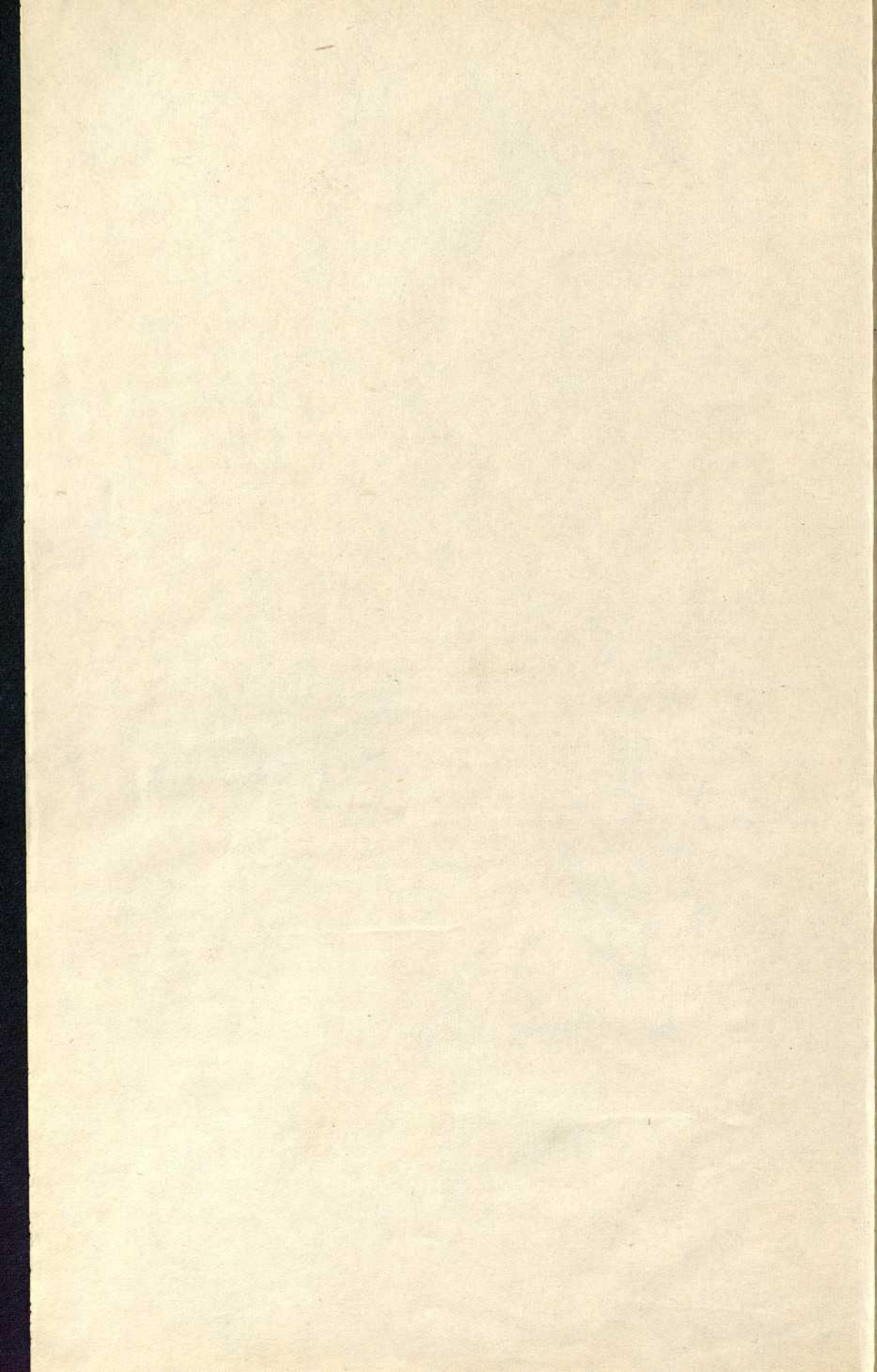
Al amanecer del día 8 de Noviembre empezó la plaza de Rosas el fuego sobre la casa Mayró, donde aún permanecía el enemigo. Reprodújose también el tiroteo entre éste y los migueletes y somatenes de Clarós.

Habiéndose observado que sobre el manso La Garriga había una partida de 150 hombres y 120 caballos, les hizo fuego el baluarte de San Felipe, obligándoles á retirarse.

A las 10 de la mañana se avistó otra columna que penetraba en el bosque, entre los mansos Alseda y Puigmirat, siendo desbaratada y puesta en precipitada fuga por los fuegos de la plaza.

A las 11 salió de la villa D. Juan Clarós, con parte de su gente y atacó á los enemigos que ocupaban la casa del manso Mayró. Poco después acudió en su auxilio el comodoro inglés D. Juan West con algunos oficiales y 80 soldados de marina y marineros de su tripulación, y uniéndose á la gente de Clarós, lograron desalojar á los enemigos de dicha casa. Ha-













RODRIGUEZ
BERLANGA

VARIOS



1427

1170